Sala a
Estante 30
Tabla 1-21
N.° de Orden 2.1.13

5

R. ALVAREZ ESPINO

MISCELÁNEA PERIODÍSTICA

Modesta colección de folletines

redactados á vuela pluma en obsequio de Cádiz

y por propia complacencia.

EDITOR:
FRANCISCO DE PAULA JORDAN,
ENRIQUE DE LAS MARINAS, 5 Y 7.
CÁDIZ.

MISCELÁNEA PERIODÍSTICA.

360

سایهٔ
نیست

E-2464

ROMUALDO ALVAREZ ESPINO.

MISCELÁNEA PERIODÍSTICA

Modesta colección de folletines

redactados á vuela pluma en obsequio de Cádiz

y por propia complacencia.

Reg. 8764

EDITOR:
FRANCISCO DE PAULA JORDAN,
Enrique de las Marinas, 5 y 7.
CÁDIZ.

ES PROPIEDAD.

Cádiz: 1883.—Tip. Jordan, E. de las Marinas, 5 y 7.

AL SR. D. FEDERICO JOLY Y VELASCO.

Hé aquí un libro, amigo mio, que corresponde á V. de derecho, y como á mí me gusta dar á cada uno lo suyo, pídole permiso para estampar el respetable nombre de V. sobre su primera página. Alcanzado este favor de su amabilidad excesiva, tócame pagarlo de alguna manera; que no hay obsequio que no merezca recompensa de la gratitud, ni beneficio que no tenga en cierto modo su precio. Asocio el nombre de V. al de Cádiz, y ofrezco mi libro á Cádiz en la persona de V.: ¿qué le parece esto?

Mis razones son las siguientes.

Las hojas sueltas que forman esta «Miscelánea» fueron escritas casi todas sobre la ancha superficie del «Diario de Cádiz,» periódico á que dió V. vida y vida buena, honrada y larga; pero como el papel es una de las puertas por donde el pensamiento sale al mundo, el folletin que usted me cedió tan galantemente para que el mio naciese á la vida pública, fué cátedra desde la que pude hablar con el pueblo, pensar para él, sentir con él y darme totalmente y en esencia á él, como piensa, siente y se dá quien lleva pájaros en la cabeza, llamas en el corazón y sonrosados ideales en la fantasía. Resultó, pues, que yo pude dedicar mi ingénio, poco ó mucho, mi saber, realmente poco, y mi voluntad, seguramente mucha, á esta ciudad, y que pude todo esto por la bondad de V. que me brindó con su publicación y me tuvo

hospedado en el cuarto bajo de las dos primeras planas de ella durante años enteros. Consecuencia; que hoy al proyectar darle á Cádiz coleccionados algunos de aquellos párrafos en que, desde las columnas del «Diario» publiqué sus glorias, me valgo de V., como me vali entonces, é invoco su nombre, como antes invoqué el de su acreditado periódico.

Pero es mas: no ya en mi espíritu se hallan asociadas la personalidad de V. y la imagen de esta ciudad; sino que fuera de mi y en el órden histórico, encuentro objetivamente unidas ambas entidades. V. es un industrial gaditano: V. ha dotado á Cádiz de un elemento civilizador, de una fuente de trabajo y de un modelo admirable de honradez, de puntualidad y de abnegacion. Cádiz ha enriquecido á V. pero V. ha enaltecido á Cádiz: esto quiere decir, que esta le es á V. todavia deudora; porque hay beneficios que no se pagan con oro, y menos cuando ese oro no está dado, sino ganado; no está ofrecido, sino conquistado. V. ha dotado á esta ciudad de periodismo; porque los diarios politicos son de su partido y actúan en un circulo determinado; los cientificos y literarios pertenecen á sus asociaciones y empresas respectivas, y se desenvuelven en una esfera, todo lo alto y todo lo interesante que se quiera, pero asimismo limitada y concreta: la vida entera, el espíritu cabal y completo, la originalidad característica, la tendencia particular y los gustos y costumbres especiales de este pueblo, no están, no han estado nunca reflejados más que en el «Diario de Cádiz.» Así me explico la rápida popularidad de este periódico, su prodigioso crecimiento, su conservación aquí donde mueren empresas é instituciones, cálculos y proyectos, fundaciones y organismos de todo género: así me doy cuenta del afan con que se le busca, del gusto con que se le recibe y del interés con que se le lee. Ciertamente que el tal periódico á todo responde, todo lo previene, á todos complace, para todos tiene amabilidad y condescendencia y de todo se halla al cabo en la medida y forma que pueda ser mas aceptable; pero por eso mismo revela mejor el modo de ser de este

pueblo de tan rica imaginación, tan variada fantasía, tan atildados gustos y tan seductoras exterioridades.

El «Diario de Cádiz» ha sido tambien un manantial de trabajo para el obrero gaditano, y, completado con los diversos ramos de la gran industria tipográfica que V. cultiva, ese establecimiento que se llama REVISTA MÉDICA *ha ofrecido un gran elemento de vida para el operario y una gran fuente de ilustración para Cádiz. El movimiento intelectual realizado con rapidez casi vertiginosa en los dos últimos lustros por los establecimientos y centros de ilustración que en este tiempo han aparecido, ha encontrado en sus talleres un poderoso auxiliar y una ancha válvula por donde lanzar á los espacios esas evaporaciones de enérgica é incontrastable expansibilidad que se llaman* IDEAS Y SENTIMIENTOS, ASPIRACIONES Y PROPÓSITOS.

Yo, gota de agua convertida en vapor en esa enorme caldera de la meditación y del estudio, he hallado un dia en su periódico un pequeño intersticio por donde salir silbando á esparcirme y desvanecerme entre las brumas de estos mares. Y natural es que ahora que voy á récoger los atómos en que me he deshechò, á destilarlos de nuevo por el tubo de mi cansada pluma y á condensarlos en el alambique del libro, acuda á mi memoria el nombre de V., se despierte en mi la gratitud y enlace mi nombre, aunque el último y el mas humilde, á la cadena que he formado con el de Cádiz, el de V. y el de su periódico.

Mi gratitud he dicho, amigo mio: yo debo al «Diario de Cádiz» una corona que me ha ceñido la ciudad: una corona de rosas inmarcesibles, cuyo perfume eterno estaré aspirando mientras viva y cuyas espinas aparecerán clavadas en mi corazón cuando dé su último latido. ¿Acaso V. no ha tenido ganancias y pérdidas en su negocio? Qué extraño es que yo tambien pueda mostrar unas y otras? Un cuerpo pasea por el mundo y el sol le tuesta, el viento le constipa, la lluvia le balda, el tiempo le encanece, la edad le dobla y la naturaleza le traga: ¿cómo puede sorprender que un alma que se lanza desnuda y descuidada

entre las gentes no reciba de vez en cuando un salpicón de barro ó de saliva, un rasguño de uña ó de lengua, un golpe de la ingratitud ó la calumnia, hasta que, pàlida y fria, sin alas y sin fuerzas, se hunde en las soledades del silencio ó se evapora entre las melancólicas nubes de ese incienso que se llama religión?

Figúrese á Cristo mirando el Gólgota desde el cielo. ¡Cómo debe amar los sitios de su pasión! Si la redención no se verificó mas que en la tierra, cuanto debe amar á este pequeñito globo el Hacedor de tantos!—Algo parecido; pero mucho mas chico y mas imperfecto, me pasa á mí cuando miro á Cádiz y cuando miro su periódico desde el cielo de mis penas: un amor envuelto en gemidos; unos desengaños con oleage de agradecimiento: un perfume de rosas acompañado de un punzamiento de espinas. Es mi corona, bella y sagrada: los que me hirieron me han favorecido mas que los que me halagaron; como los azotes de Jesus, que por las llagas que hacian ihan descubriendo su divinidad. Cuando su periódico se me figuraba un pedestal, no valia tanto como cuando se me convertia en ara; es verdad que como cruz pesaba un poquillo mas que como cetro; pero la llevé, la llevé y la llevo, y puedo asegurarle que sirvo mas para victima que para monarca; los arreos de triunfador me sientan mal y de ello me felicito. Pues bien; pasó mi reinado; ese gracioso reinado del folletinista, ese dominio fugaz y aéreo, como el de Sancho Panza en su ínsula, del revistero, del pedagogo dominguero, del filósofo de hoja suelta y del literato de un dia: no sé si tambien habrá pasado mi pasión; es posible que no, porque la mala suerte es como la lepra ó como la fealdad, y los odios y furores son como los reznos y las garrapatas; pero no importa; aun tengo alientos que perder y lo que es mejor, inocencia para sonreir y abnegación para perdonar; conviene no dejarme un átomo de vida; yo no la quiero para nada, despues de haberla empleado en derramar toda mi esencia. Los colaboradores de la muerte lo son al mismo tiempo de la redención; hacer de los enemigos

del pensamiento escabel para la fama, hé aquí una cosa que he codiciado siempre: no conozco uno que la haya conseguido que no valga mucho: á veces mas qué su siglo: yo me contentaría con valer mas que mis detractores y tanto como esos otros que han tapado con rosas las espinas de mi corona.

Para ellos va este libro que hizo Cádiz y que yo escribí; fórmolo con los pedazos que recorto del «Diario» para que V. lo entregue á quienes pregunten por mí cuando yo no exista: sea V. el fideicomisario de este humildísimo legado; es poco para esta ciudad, porque solo contiene una sola página de su gloriosa historia; pero es mucho para mí, que jamás pude juzgarme á la altura de esa gloria; las fuerzas de la inteligencia no siempre alcanzan á donde llegan las de la voluntad y el cariño.

Y por este nuevo favor le quedará á V. aun mas reconocido su buen amigo y S. S.

Q. B. S. M.

Romualdo Alvarez Espino.

Locales.

(En obsequio de Cádiz.)

AÑO NUEVO.

Así como el ayer se halla separado del mañana por el abismo insondable encerrado en un minuto, así en el último golpe de la campana que media la noche del 31 de Diciembre, se halla escondido el postrer reflejo del crepúsculo de un año que se hunde en eterna noche y el primer destello de la alborada de otro año que inicia el porvenir. El bronce suelda en las sombras los dos eslabones, con oro para los felices, con hierro para los desventurados: el péndulo marca en silencio la soldadura para los que velan con la locura del placer, y señala con pavoroso sonido el paso veloz del tiempo para aquellos que cuentan su seco golpear por los latidos de sus arterias ó el aliento de sus ansiedades.

No es cierto que el tiempo tenga dos marchas para las dos humanidades que cruzan la tierra: el tiempo es la forma de la Vida y la ley de la Naturaleza, y ni la Naturaleza ni la Vida podrían ser traidoras. Igual rapidez tiene el movimiento de los astros para el feliz que para el desventurado; que las armonías del firmamento nada tienen que ver con los desórdenes sociales, ni el género humano puede levantar sus deformidades ni sus injusticias dos dedos más arriba que sus tejados y sus torrecillas.

Con instinto certero remedó con sus campanarios los picos de las montañas y puso en sus elevadas cúspides ese

otro remedo del giro sideral que se llama un reló: así parece que viene del cielo el compás de la vida humana y que se ahueca en la cóncava techumbre del firmamento esa voz que cuenta las pulsaciones de nuestro pecho y los pasos que damos hácia la tumba.

Con no ménos acierto colocó el hombre próximo, al corazón ese bello artefacto de la industria que responde con su palpitante mecanismo al golpe acompasado de nuestra sangre: estrella parece tambien de oro y diamantes, que parodia la tranquila rotación del astro que voltea en el espacio sobre sus invisibles ejes.

El reló es un lujo para el rico, á quien, en efecto, parece que la vida sobra; tal lá derrocha en vanidades y la consume destemplada y torpemente; el pobre solo tiene el reló de la parroquia, como si dejara que la religión le fuese ajustando los minutos de la vida, y sumándole las desdichas que lleva devoradas ó restándole los dolores que le quedan por apurar.

No es al infeliz, en verdad, á quien más importa seguir con ávidos ojos el inflexible rodar del minutero sobre la esfera: basta que la campana le advierta lo que ha consumido de su terrible prueba, para obligarle á que sume los méritos que el ángel de la resurrección habrá apuntado en el libro de la vida.

Mas bien es al dichoso á quien interesa conocer lo que se ha desvanecido de su ventura y meditar en el plazo que le falta para rendir sus cuentas. Y como tal pensamiento es impertinente y pavoroso, véase por qué es tan solo un lujo el cronómetro que lleva en el bolsillo, y por qué no suele oir tampoco esa postrera y solemne campanada con que termina el año viejo y viene á la realidad el nuevo año.

El pecado del aturdimiento trae consigo el castigo de la sorpresa: y así como el que derrocha el capital sin echar

nunca una ojeada al fondo de la caja, se vé un dia asaltado repentinamente por la pobreza, así el que consume la vida en los placeres sin alzar los ojos al reló de la iglesia, se vé un dia sorprendido por la implacable muerte, cuando el Cielo no ha sido tan misericordioso que le avise antes con la vejez, ó la muerte tan benévola que le saque de su estupor con ese despertar tristísimo, pero provechoso, que se llama *dolor* ó *enfermedad*.

Mas el pobre, el desgraciado, el que cumple la ley redentora del sufrimiento, ese no olvida lo que vá consumido de su existencia ni puede aterrarle que se acerque el término de ella; ese no puede ser sorprendido en extremos en que le parezca inoportuno y enojoso el pensamiento de la muerte, ni la vejez le arrancará suspiros, ni aun las dolencias podrán hacer otra cosa que enriquecer el caudal de sus méritos y la fuente de sus esperanzas.

La media noche del último dia del año tiene, pues, dos muy diversas y muy justamente opuestas significaciones; porque nunca aparece más tremenda, más rígida y hasta más cruel esa nivelación de la Naturaleza, que cuando cáe y se extiende sobre las diferencias que, unas veces el capricho, otras la injusticia, han establecido entre los hombres.

Y si los términos extremos se aproximan por una de esas impiedades del azar tan frecuentes en el mundo ó por uno de esos misteriosos decretos de la Providencia que hace hasta del delito fuente de redención y que se sirve á veces del pecado para ocasionar la enmienda, entonces, al golpe del péndulo fatal responden á la vez, y con espantosa armonía, la carcajada del gozoso y el gemido del infortunado. En el palacio el placer no oye; en el sótano el dolor escucha; y entre los ruidos con que la felicidad licenciosa parece insultar con sus abusos y sus torpezas la agonía cruel del desdichado, ábrese paso esa

onda augusta del viento que impele con fuerza el badajo de la campana y que penetra por las rendijas y se filtra por las piedras hasta el centro de la tierra para llevar á los que sufren el consuelo de un año menos de pesares y fatigas. Al mismo tiempo la algazara de la orgía tiene tan agitado el aire espeso que caldea la bacanal, tan ensordecido el ambiente que bate el estrépito de la locura y la embriaguez, que, no oyéndose las doce campanadas de la noche, mal pudieran escucharse los mil ayes que lanza la desventura. Si no se perciben esos sonidos del Cielo que cuentan la vida propia, ¿cómo se han de percibir esos ayes de la tierra que señalan la desdicha agena?

Mas hay entre locos y tristes, ébrios y desesperados, dos grupos de almas que saltan la sima puesta entre el ayer y el mañana con muy diferente actitud y muy diversa disposición. Hay quienes esperan despiertos el toque de esa hora solemne para saludar con una oración el nuevo año ó saborear las misteriosas impresiones de que viene henchida su magestad, y quienes, expresando el espíritu indiferente y egoista de la época, pasan durmiendo ese instante prodigioso, prefiriendo las delicias del ensueño á la gravedad de un pensamiento engendrado por la filosofía y matizado por la religiosidad.

Dormir es la actitud que conviene en tal momento al incrédulo y al impávido: llenar el minuto más hondo de la existencia con el fantasma de una soñación, es propio de quien tiene en la cabeza el vacío del excepticismo y en el corazón la nada de la impasibilidad. Hay lógica: hueca la existencia, no puede haber realidad alguna en el alma para dejarla caer sobre ese momento interesante de la vida.

Mas á su lado hay un anciano que espera con la nieve del invierno en la cabeza y el volcan de la fé en el corazón, rodeado de su tierna esposa y de sus hijos, á que den

las doce. Ha entretenido el sueño de los pequeñuelos con flores de sarten y habilidades de la culinaria maternal y aguarda la hora para consagrar una mirada de amor á aquellos pedazos de su alma y una frase de reconocimiento y devoción al Dios de los cielos: cada golpe de campana le arranca un pensamiento humano y un latido divino; quizás vienen melancólicas las palabras á sus labios y quizás las acompaña una furtiva lágrima que rueda á su encuentro desde el cristal de los ojos; mas esa melancolía es dulcísima y benéfica, y esa lágrima es perla que cuaja la religión en la concha de una conciencia inmaculada.

Tras el grito de la esperanza con que entonces se saluda el año nuevo, y el propósito de perseverar en la honradez con que se cobran fuerzas para avanzar en esa lucha de la vida, un beso cierra los párpados de los hijos, una bendición descarga sobre ellos los dones celestiales, el abrazo conyugal enlaza á los esposos entre las sombras del hogar como tiene enlazados sus espíritus entre las luces del Cielo, y el lecho recibe á la familia fundida en un mismo pensamiento y en una misma creencia, como se encuentra agrupada bajo un mismo techo y para un mismo destino.

He aquí otro modo de esperar el nuevo año.

Ahora bien: ¿quién se despide mejor de esa enorme cantidad de minutos que constituye el año consumido y quién ofrece mayores garantías para el honesto uso de ese otro número igual que forma el venidero?

Qué hará el loco más que desvariar? Qué puede hacer el torpe más que devorar neciamente su propia vida? Qué hará el indiferente sino seguir reptando por el mundo? Y que hará el creyente honrado sino continuar sembrando por la tierra las semillas de sus virtudes y las flores de sus beneficios?

Ah! si; entremos en el año nuevo llevando la humani-

dad en la cabeza, la honradez en el corazón y á Dios en la conciencia.

BAILES DE MASCARAS.

I

TRANSFORMACIÓN.

Yo no bailo.

Esto no quiere decir que voy á anatematizar el baile: añadiré entonces que he bailado más que una peonza: lo que quiere decir que no bailo, es que soy viejo y que por lo tanto no quiero que me metan en danzas. Tengo mucho miedo á las zarabandas públicas, y enmascaradas todavía mayor; que suele el alma subirse á la cabeza más que el vino, y venir unos eruptos por la boca mil veces más temibles que los que produce el néctar de Baco.

Yo no bailo; pero me gusta muchísimo que bailen otros que se hallan en la edad y las condiciones en que yo me encontré cuando brincaba en los salones llevando colgada del cuello abajo una ligera mascarita, y me saltaba el alma en el cuerpo al compás de la polka, y las pajarillas revoloteaban dentro de mi alma al compás de la polka y del cuerpo.

Así es, que apenas he visto que el teatro Principal trueca los títeres de Mr. Cottrelly por los títeres de las muchachas, se me ha hecho á mí tambien títere esto de coger la pluma para usurparle el papel al diablo tentador, y excitar á las muchachas á que echen penas al infierno y se den al espíritu bullicioso de la coreografía amatoria, que es la más sabrosa de todas las coreografías.

El teatro Principal se ha vuelto loco: se decía que los cuadrúpedos lo habían destrozado bajo sus cascos; que sus

viejas tablas astillaban al golpe de los saltos y que el acrobatismo y la equitación habían acelerado su vejez lanzándolo por las pendientes de la decrepitud hácia la ruina y el desmoronamiento.

No hay nada de eso: y en prueba de ello, que se dispone, se engalana y se ofrece para recibir sobre sus viejas costillas toda una juventud, tan numerosa como agitada, con sus cuerpos retozones é inconsiderados y sus almas tumultuosas y frenéticas.

Qué loca es la juventud! Pero qué rica es su locura, qué amena, qué divertida y qué natural! Mientras mayor es nuestra desgracia social, mayor es tambien la necesidad de aturdimiento; y mientras más penosa la situación presente y más inseguro el porvenir de la juventud gaditana de uno y otro sexo, más fácilmente se explica ese afan por el placer, esa tendencia al olvido y ese gusto, ó esa otra necesidad, de aturdirse y enloquecer.

Que la moral se resiente..... ¡qué diablos; la moral no ha de tener siempre cara de vinagre! Que la salud se resiente tambien; ¡qué diantre, por un gustazo un trancazo! La juventud tiene mucha exhuberancia de vida. Que mañana se llora lo que se ríe hoy..... ¡qué demonio; allá lo veremos; ¿quién tiene la culpa de no haber enseñado á las gentes á pensar, ni quién se mete en filosofías durante las noches de Carnaval?

Cuando la cuaresma empiece iremos á lamentar los extravíos de los bailes de máscaras á las iglesias; pero antes, dejemos á los muchachos que vayan al teatro á estropear algo el cuerpo y alegrar algo el espíritu.

Ya se comprenderá que yo no soy un moralista y que tengo mis puntas de diablo; por lo tanto, en nombre del *Diablo Cojuelo* declaro que hace perfectamente el Principal con levantar su tablado y preparar sus salones, y que harán muy bien cuantas muchachas se preparen á hundir

ese tablado bajo sus piececitos de almendra, á estremecer esos salones con sus carcajadas sonoras y á poblar el aire con sus frases de almíbar y mostaza, iluminandolo con los relámpagos de sus ojos de cielo y calentandolo con los alientos de sus tiernos, alegres y ardorosos corazoncitos.

El Carnaval es fiesta que no puede concluir: en primer lugar, porque lo sostiene la sociedad, que todo el año nos obliga á desempeñar el papel de una comedia, y si no nos condena á tener el tafetan pegado al rostro, nos impone el trabajo de estar oyendo la mentira en los labios y sufriendo las inconveniencias de una representación interminable: en segundo lugar, por la índole esencialmente democrática é igualitaria del espectáculo: en efecto, con la cara tapada todos somos íguales: borrada la fisonomía, se borraron los privilegios: somos un lío de ropa calentito y palpitante; pero nada más. Por otra parte, ante el placer tambien aparece la nivelación; y ante ese placer compuesto de la sabrosa mezcla de dos embriagueces, la del amor y la del vino, con mayor razón todavía. Ante unos ojos chispeantes y con una copa del dorado néctar en la mano, no hay alcurnias, no hay más que organismos, no hay más que corazones y aun estos intentan reducirse á la mitad en número fundiéndose dos á dos. La humanidad se parea; el deleite pega, el baile confunde y la música derrama un torrente de armonías sobre esos misterios de la sexualidad, introduciendo por los oidos al diablillo de la confusión.

El teatro Principal es un digno receptáculo para estas venturas, lo ha sancionado la costumbre y lo ha colocado su destino entre el Gran Teatro, donde la aristocrácia estorba á la dicha, y los bailes del Ateneo y otros círculos, donde el desórden amenaza la ventura. Ni tanto, ni tan poco; es una altura conveniente para esos placeres que reclaman su atmósfera natural, su nivel proporcionado y sus condiciones propias y cómodas.

Luego, el nombre de *Davino*, cuya significación no deja de hacer al caso y que suena al frente del restaurant, es una garantía más para el placer; puesto que ir al baile con la fundada esperanza de cenar bien, mucho y barato, no es cosa para perdida en la cuenta.

Figuraos, pues, un salón ataviado por Camilo, tan inteligente en el arreglo explendoroso de las escenas teatrales, fortalecido con una fonda provista por Davino, hombre que posee una selecta biblioteca formada con los ejemplares de las más famosas bodegas nacionales y extranjeras, y un excelente cocinero instruido en el arte culinario francés, italiano y español; añadid una orquesta incansable, con un repertorio escogido de piezas bailables de un ritmo tentador, muchas luces, muchas muchachas y, como es natural, muchos muchachos, porque *tras de la soga vá el caldero*, mucha animación, mucho ruido, mucho chiste, mucha alegría por dentro y mucha paz por fuera, porque cada máscara vá á su avío y cada cual se halla sediento de placer y no de enojos, y se tendrá una imagen, aunque imperfecta, de lo que han de ser este año los bailes del Principal.

Yo no bailo; pero deseo á la juventud ligeros piés, abundante bolsillo, buena fortuna, y un sueño mágico de tres noches.

Á BAILAR.

II

Terminada la temporada dramática, principia la coreográfica; con la diferencia de que en aquella había sus artistas con sus papeles repartidos: y en esta todos nosotros vamos á entrar en juego, sin distinción de primeras ni segundas partes, ni de damas y galanes.

En el entremés se confunden las gerarquías artísticas como en el baile de carnestolendas las edades y posiciones sociales.

Es feo y enojoso eso de hacer el *galan* siempre de *galan* y la *dama* siempre de *dama*; el *barba* siempre de *barba* y la *graciosa* siempre de *graciosa*: mucho más grato y divertido es hacer el viejo de pollo y la señora de fregatriz, el solterón de petimetre y la *damisela* de *corina*.

Si el decrépito coliseo de la calle de la Novena se ha vuelto loco, preciso es confesar que su locura es muy divertida y apetitosa. Un Carnaval es una democracia de un género singular; el placer y cuanto á él conduce, ya lo hemos dicho, tienen una admirable tendencia niveladora. Todos somos iguales al reir y al llorar, como lo somos al nacer y al morir: y para que la igualdad sea más perfecta, tapado el rostro desaparecen esas diferencias de lo bello y lo feo, lo jóven y lo viejo, lo simpático y lo antipático, lo atractivo y lo repulsivo, que tienen su principal fundamento en la fisonomía, en el juego de las facciones y en la expresión.

No hay cuerpo feo arrebujado en un dominó, ni mujer que no sea jóven y bonita detrás de una careta. Es claro!; su edad y su belleza son obra de nuestra fantasía, y no hay hombre tan poco presumido que se imagine que es vieja y fea la mujer que lleva en brazos al compás cadencioso de una dancita habanera, ó la que arrastra con mil lisonjeras promesas al fondo de un cuartito del *restaurant*. Por si queda un leve escrúpulo en el rincon de algun espíritu desconfiado, agregad un par de copas de amontillado, ó de botellas si es preciso, y la ilusión será completa: no hay duda de que bailamos con Vénus y cenamos con Elena.

Además, la dicha es contagiosa: el espectáculo de las alegrías más bulliciosas ahuyenta el *spleen*; se nos pega la

carcajada; se nos inocula el delirio; entramos en el olvido de ese mundo punzante y helado que nos hiere y nos hace tiritar bajo el poder de sus lenguas de escorpión ó de sus sonrisas de *convidado de piedra*, y nos lanzamos á esa hoguera de afectos sin fondo y de ideas sin intento ulterior, que se enciende con tanta rapidez y vehemencia como superficialidad y ligereza, á semejanza de esas luces de bengala y de esas chispas de artificios, que deslumbran y no queman, coloran y no iluminan.

Un baile de máscaras es un caos de mentiras de donde nace un mundo de placeres: y como el placer es una realidad, hé aquí la verdad saliendo de la mentira: cosa preferible muchas veces á lo que pasa en la sociedad, donde con frecuencia sale la mentira de las verdades. Esto quiere decir que no hay lógica, ni en el mundo de las gentes, ni en el de las máscaras; que no hay sentido comun en ninguna parte. Razón por la que no se lo hemos de pedir al teatro *Principal*, y mucho ménos en Carnestolendas.

Ahora bien; si él no lo tiene y nosotros queremos perderlo, ¿qué cosa mejor que irnos con él? Entre la comedia electoral y la del amor, vale inmensamente más esta, que reclama la Naturaleza, que no aquella que nos imponen los hombres; mentir por mentir, vale más hacerlo ante una careta que ante una urna: votar de gusto por atrapar un placer, es mucho más cuerdo sobre ser más dulce que votar de..... tontería, para atrapar un concejal ó un diputado, lo que puede ser amargo sobre ser muy nécio.

Nada, al *Principal*; las gasas, las flores de trapo, las arañas, la música, los misterios; ese arcano llamado mujer envuelto en ese otro arcano que se llama disfraz; y no ese fantasma tieso que se llama político, engreido en su papel de ciudadano elegible.

Despues de haber inventado el hombre la pólvora y el

cañón, no le quedaba más que inventar la política y el sufragio; con aquellas armas nos divide y con estas partidas nos parte por en medio. Pártanos mejor una mascarita con una broma pesada y llévese la mitad de nuestro chaleco entre las uñas, con tal que el amanecer nos encuentre con unas horas de olvido en el cuerpo y unos cuantos bailes sobre nuestras cansadas piernas.

Al *Principal*: allí entre los telones hay con qué reforzar el estómago y animar el cerébro; allí hay para desatar las lenguas y hacer chispear el ingénio; allí se encuentra el sebillo que hace flexibles las caderas para la danza y ágiles las pantorrillas para el wals; allí hay confortantes para los músculos que juegan en el abrazo y flojísticos para los que juegan en la carcajada: allí se encuentran hasta esos vapores de potente elasticidad que abren las válvulas de la prodigalidad y hacen sonar el silbato del oro; y no hay bolsillo más abierto que el que desgarra una febril alegría, ni mano más expléndida que la que obedece é esa demencia que se llama felicidad mundana.

Mil enhorabuenas á esa incansable (aunque vetusta) empresa que nos prepara los bailes de Carnaval en el antiguo teatro de la calle de la Novena. Gaste, gaste en empavesar al *vejete* y estofarle la cara, que ya iremos luego, con las nuestras tapadas, á remunerar sus dispendios y á premiar sus sacrificios. Prepárenos el escenario, que allá irá la numerosa compañía; y es seguro que si nos invita al placer, no serán chicos ni pocos los que hemos de exigirle con nuestra explendidez y nuestra alegría.

Ganará y gozaremos: *ganar gozando*: oh! este es el fondo del epicureismo moderno, el secreto del sibaritismo de todo tiempo; el *non plus* del sempiterno sensualismo; pero ¿puede apetecerse otra cosa ni hablar de otro modo tratándose de bailes de máscaras?

Nada: al baile y viva la Pepa!

III

EN OTRA PARTE.

En la noche del 24 del corriente vá á inaugurar nuestro Gran Teatro una nueva especie de placeres y á escribir una página de diferente naturaleza en la historia de nuestros goces sociales, tán íntimamente unidos con su vida artística.

Esta vez el aristocrático coliseo interrumpe sus ordinarias funciones, para prepararse y engalanarse con nuevos atavíos y aun más radiante explendor, y llamar á nuestras bellas á que disfruten, entre torrentes de luz y raudales de armonía, de los encantos de la danza y de los atractivos del Carnaval.

Terpsícore se abre paso entre Euterpe y Talía: es un paréntesis coreográfico que la careta de tafetan coloca entre la música y la poesía; una comedia de costumbres carnavalescas que la sociedad galante intercala en la série de farsas que el arte nos ofrece todas las noches; solo que el arte las representa y la sociedad las baila. No nos atrevemos á decir de qué parte está la ventaja; para nosotros, para nuestro provecho, confesamos que siempre estuvo de parte de la sociedad y del baile, y que cuando no pensábamos con tanta frecuencia como ahora en este huesped displicente que se llama *alma*, ni habiamos sentido la mordedura de este gusanillo que nos roe el cuerpo y le vá poniendo feo y arrugado que se llama *vejez*, acojiamos con loca fruición la idea de un baile y mucho más si era un baile de máscaras.

Los incidentes de un baile siempre son sabrosísimos: pero con esa diabólica pantalla de seda ó cera (dos cosas suaves y resbaladizas) que se denomina *careta*, el manjar

aumenta su picante condimento hasta convertirse en cosa apetitosísima, que el paladar devora con avidez y el estómago sibarítico digiere convulsivamente.

La careta sobre un rostro plebeyo puede ser nube preñada de insultos; pero sobre el delicado rostro de una señorita, es ligera y sonrosada nube envidiosa del arrebol de unas megillas de raso y del fulgor de dos ojos como dos soles, á través de la cual se filtra, como por entre las finas mallas de un tul, un aliento ardiente y perfumado que nos trae en sus alas una frase enamorada, lo cual equivale al beso del alma, ó una palabrilla quejumbrosa y levemente punzante, deliciosa expresión de unos celillos encantadores, lo cual es como dulce aguijonzuelo de una abeja traviesa pero afectuosa.

¿Hay nada más encantador que una máscara cariñosa y complaciente? ¿Hay placeres comparables con los que envuelve entre sus pliegues ese ámplio capuchón de seda y blondas que solo deja ver, forrada en su guante, una mano acariciadora y, recubierto de raso, un pié juguetón, y que al bailar nos arrebuja en su oleage como para ocultarnos de todas las miradas y hundirnos en un abismo de misteriosos encantos allá en los insondables senos de una ventura privada, exclusiva, propia, soñada por cada uno, para partirla luego entre dos?

El baile nos arrebata, la música nos aturde, las frases de amor nos embriagan, el fuego de esos rayos que hace más hondos y penetrantes la careta y de ese aliento que hace más ardiente y aromático el tafetan, nos enloquece; y cuando el cuerpo pide el descanso y el alma se decide á interrumpir ese abrazo de la danza para aumentar la dicha de volverle á reanudar, perezoso el paso, pero precipitado el labio, continúa el idilio de su amor ó el epígrama de sus quejas ó el poema de sus celos. Un nuevo acorde musical interrumpe aquel duo, cuya letra se

suspira por lo bajo, y empieza un *calderón* en que las *fermatas* se hacen bajo una falda ondulante y graciosa con unos piececitos que apenas rozan ligeros la blanda alfombra, en tanto que las *apoyaturas* quedan á cargo del brazo que oprime á su sabor un flexible talle y de dos manos que se estrechan y acarician á través de la cabritilla.

Oh memorias de la juventud!.....

¿Por qué volveis á la memoria mía
dulces recuerdos del placer perdido?

Aún podemos ir á ver..... Ver!..... Acaso muchas veces no es un tormento el ver?

Sí, sí: siempre que se nos obliga á adivinar, puede ser un suplicio el ver; más vale dormir, que durmiendo se va la vida, y nada mejor tiene que hacer la vejez que irse con su triste cortejo de melancolía y sus negros compañeros los desencantos: la vejez es la impotencia, casi es el aniquilamiento, la vida que torna al caos, el alma que vuelve al cielo y el cuerpo que se deshace en polvo. ¿Qué tiene que hacer la vejez en un baile de máscaras? ¿Hay algo más ridículo que un viejo ante un disfraz que oculta un cuerpo de 15 años? ¿Hay nada más impertinente que un pedazo de nieve lanzado en medio de una hoguera? Chisporrotea, se deshace, amortigua la llama y luego se evapora y se vá, dejando fría y húmeda la atmósfera.

Fuera, fuera los viejos!..... Bellas damas, si por allí parece alguno, barredle fuera con la juguetona escobilla de vuestra graciosa rechifla y vuestro donaire andaluz. Estaba por hacer una excepción en obsequio vuestro y á favor de vuestros respetables papás; pero á bien que teneis unas mamás muy amables y benévolas y no os faltarán para todo evento amigas cariñosas y complacientes: nada, queden los papás con sus batas y gorros leyendo *La Correspondencia* apoltronados en sus cómodas butacas ó abrigando

bajo las pesadas cobijas de sus lechos sus cuerpos fatigados y sus planes de política palpitante ó sus oraciones de devoción sepulcral.

Pero vosotras no falteis: no seais ingratas con la empresa del Gran Teatro, que así os prepara suntuoso salón, incitante música y suculenta cena, dentro de su expléndido y suntuoso templo del arte ayer y mañana, y nido hoy, por el poder del oro, del amor y los placeres.

Bueno es de vez en cuando bordar la vida con bulliciosos deleites; bueno es alguna vez evocar memorias de otros tiempos de grandeza y prosperidad, hacernos la ilusión de que dejamos en los desiertos hogares dormida la abundancia al salir y despierta la ventura al llegar, buscar, en fin, fuerzas para los sinsabores de la vida, pasto para las exigencias de la juventud, tributo para los fueros del amor, alientos para la esperanza y consuelos para la vejez.

A gozar, pues, ya que el placer os provoca y que el Carnaval os favorece: entretanto, nosotros nos disponemos á hacer coro á vuestras carcajadas con nuestros más sonoros ronquidos, si es que nos dejan conciliar el sueño, no los placeres de la ambición ni los temores de la muerte, sino las angustias de nuestra pobreza y la excitante imagen de vuestra hermosura.

IV

PIÑATA.

Queridas lectoras.

Heme aquí una vez más para saludar al Carnaval con vosotras, antes que desaparezca por todo un año con su alegre cortejo de bromas y de danzas.

Os hablé al empezar y os hablo al concluir: de este modo vereis que he estado con vosotras durante el breve período de vuestra infantil locura. No vayais á creer que me he paseado muy sério por entre los grupos enmascarados, envuelto á mi vez en un capuchón y á riesgo de que se me pudiera ver por lo bajo mi inocultable rabo. No: he estado con vosotras en espíritu: porque si ciertas gentes dan en decir que habeis tenido el *diablo* en el cuerpo, yo por mi parte tengo la satisfacción de asegurar que ese diablo he sido yo, y que me he encontrado muy á gusto, sobre todo en ciertos cuerpecillos de jalea dentro de los cuales me he tropezado con una imaginación alegre, un ingénio chispeante, un corazoncillo de fuego (ya que es fuego mi elemento) y teniendo para asomarme á ver la zambra y para inspirar á vuestras parejas dos ojos como dos centellas y unas boquitas como unas rosas.

Vosotras entendísteis mi folletin anterior; ¿verdad, parejas felices? Prueba de que lo entendísteis, que habeis seguido mi consejo; que habeis acudido al *Principal* donde ni la tiesura aristocrática ni los usos quijotescos de la alta sociedad (está esto claro?) estorban á la ventura, ni la amenaza del desórden ó el peligro del enojo ahuyentan la confianza y la ventura. Prueba de que lo entendísteis, que habeis pasado cuatro noches deliciosas, niveladas las clases, confundidas en el placer, entregadas á la broma, ante una perspectiva fantaseada por el inteligente Camilo con una realidad suculenta como la cocina de Davino, deslumbradas con centenares de luces por fuera y millares de esperanzas por dentro, colocadas bajo ese doble magnetismo del amor al brazo y el plato bajo las narices, ó entregadas á esa corriente eléctrica del positivismo social, que se despierta cuando en un polo se pone una danza en brazos de un amante, y en otro más cuantas copas de aromático y delicioso amontillado. ¿No es todo esto cierto?

Hay quien encuentra fea vuestra alegría y delirante vuestro afan; yo tengo un diabólico modo de ver las cosas y entiendo que es inocente vuestro contento y que, si delirais, está muy justificada vuestra demencia. ¿Quién no es capaz de volverse loco con la promesa de ser feliz un cuarto de hora en los tiempos que corren para la generalidad de las gentes? Yo, que no dejo de ser un pobre diablo, ya que no enloquezco con la perspectiva de unos chispeantes ojos y unos labios de caramelo, porque soy viejo, puedo aseguraros que me pongo fuera de mí cuando miro dos peluconas ú oigo el ruido de los centines; me parecen aquellas las mágicas pupilas de la diosa de la ventura y esta la sonrisa de esa felicidad endemoniada que hay en la tierra.

Pero cada cosa á su tiempo, y á cada cerdo su San Antonio. Quitábame antes el dinero para gastármelo con vosotras, hijas mias; y, ¡ojalá me hubiera yo encontrado entonces con un Davino que hace tan suculentos prodigios por tan poco dinero!: ahora me gusta para guardármelo, donde (sea dicho en obsequio de la galantería) se halla á vuestra disposicion, con tal que no me lo derrocheis gastándolo con uno de esos aristocráticos caballeritos que parecen que van al Principal sin temor de que se les caiga á la puerta algo de su alcurnia encopetada y susceptible. Verdad es que este cambio en el oro, se ha visto sustituido por otro de posición respecto de vosotras mismas: antes os llevaba colgadas del cuello por defuera y ahora me encuentro agazapado muy á mi gusto dentro de vuestro blando pecho. Vosotras sois las que os encontrais mal; porque (siento deciroslos) os hallais entre dos diablos, vuestra pareja tentadora por fuera, ocupando el lugar mio antiguo y dispuesta á tentaros usurpándome mis atribuciones, y yo por dentro, en el sitio que ella aspira á ocupar, inspirándoos esos sentimientos y esas concesiones con

que acabais de enloqueceros. Mi papel no es muy aristocrático que digamos; pero es el que corresponde al mismísimo demonio. Luego, acostumbrado como folletinista á ocupar un rinconcillo en el cuarto bajo de un periódico, no es extraño que me plazca ocupar otro bajo las entretelas de vuestros tiernos corazones, donde puedo aseguraros que se está á las mil maravillas. No quiere esto decir que el corazón de una pollita bella y vivaracha sea digno asiento del diablo *Cojuelo*; antes al contrario, es certificar de que ni el demonio puede ser desventurado teniendo tan rico, ardiente y cómodo alojamiento.

Conque vamos al baile de piñata?

Vosotras, niñas bellas, sabeis lo que es una *piñata?* Pues es una esperanza colgada del techo: una nueva ventura envuelta en oropeles y suspendida de lo alto, con todos los encantos de lo desconocido, con todos los pretextos para los cálculos más atrevidos y con todas las promesas de un acrecentamiento del bullicio de vuestro placer y una sorpresa para vuestra ávida curiosidad. Llegan las altas horas de la noche; vuestra alegría ha ido creciendo: las primeras lisonjas han rozado vuestros oidos, los primeros alientos han cruzado abrasadores por delante de vuestros labios, las primeras gotas del néctar de los dioses (aquí el gran dios es Davino) han humedecido vuestras gargantas y, al evaporarse en vuestra boca, han llenado de nubes caprichosas vuestras imaginaciones: os sosteneis, fatigadas de la danza y languidecientes de felicidad, del brazo de de vuestro caballero..... De pronto corre un rumor y se opera un gran movimiento que abre un círculo bajo la piñata, una mano invisible la rompe ó la vuelca y un torrente de dulces cae á vuestras plantas, en tanto que una bandada de blancas palomas, aprisionadas sobre aquel montón de azúcar, tiende el vuelo deslumbrada por entre las gasas y las cintas, llevando en sus cuellos la rica joya para

vuestra garganta ó el problemático billete de la lotería, fundamento posible de una fortuna y real y efectivo de una esperanza tan dorada como risueña.

Esto viene á ser, dicho á la ligera, una piñata: me parece inútil deciros lo que son dos piñatas. Desde luego es doble que una, y por lo tanto, desde luego hay tambien doble razón para ir á ver cómo se rompen y cómo se cazan una paloma, un billete de lotería, un premio de importancia y por último un marido, que todo ello puede salir de una de esas esperanzas forradas de oropel y colgadas del techo.

Y se dirá que un baile de piñata no es cosa transcendental? Se dirá que no tiene su moraleja, cuando puede producir hasta ese santo sacramento que se llama matrimonio? Verdad es que puede no cojerse ni la paloma ni el billete, porque se pueden quedar las plumas de aquella entre los dedos; pero quiere decir que esto será como pescar un novio, cosa fácil en un baile de máscaras, y que no las convide luego á cenar, cosa impropia de un caballero.

Sea lo que quiera, siempre se habrá ganado el placer de una noche más de alegría y de enredo: luego..... no hablemos de luego : la cuaresma se encargará de despertarnos á la realidad.

Conque, muchachas, á bailar: Camilo ha preparado el salón de un modo mágico; Davino ha desplegado sus magníficas baterías y apunta á los estómagos más que á los bolsillos; la empresa coreográfica del Principal vá á *echar el resto* como suele decirse; la vida es corta, la experiencia amarga, la ventura tentadora y la carne flaca: si algo falta, lo pondrá de su cosecha vuestro apasionado amigo y coloborador, el *Diablo Cojuelo*.

V

HABLEMOS DE MÁSCARAS PARA TERMINAR.

Han de saber Vdes. que yo estuve el Domingo en el baile de máscaras: solo que estuve escondido bajo los anchos pliegues de un capuchón más negro que las entretelas de mi corazón. Es evidente que mi objeto al disfrazarme no era ocultar que había estado en el baile; porque lo estoy diciendo, y con la agravante circunstancia de que nadie me lo pregunta; sino simplemente el de observar lo que allí iba á suceder y el de evitar que alguna mascarilla me convidase á cenar con mi bolsillo, ó que algun amigo *francote* me pidiese cinco duros para cenar él, lo cual era mucho peor para mí, y perfectamente inútil para el pedigüeño, porque hace mucho tiempo que yo no veo cinco duros, y mucho más que no me permito el lujo de cenar por tan alto precio.

Ambas cosas conseguí: y como por ello estoy muy satisfecho y la satisfacción es muy comunicativa, me han entrado ganas de charlar con el primero que me salga al paso y de decirle todo lo que me trage á casa arrebujado en mi dominó. Ahora bien; á un revistero, lo primero que le sale al paso siempre es el público: este es su amigo verdadero, el confidente de sus impresiones, el acreedor á su confianza, el depositario de sus secretos y el merecedor de su amistad y de sus servicios: ved aquí por qué largo la negra pantalla de la careta y tomo el negro zumo de mi tintero, para dar al viento, por medio de la pluma, lo que pude atrapar con mis escudriñadoras miradas.

Despues de todo, vais á ver que ni mi intento era alevoso, ni nada he descubierto entre tanta luz que deslum-

bra y tanta belleza que ciega, que no pueda decirse por respeto vuestro, ni deba callarse por conveniencia mfa: porque téngase entendido, que lo que se vé, siempre es adecuado á la índole de la mirada, y que yendo la mía impregnada en respeto y amor cuando os miro, es imposible que descubra sino lo que os enaltece y dignifica.

Hay además otra razón poderosísima é indestructible para que yo no haya podido ver sino lo mucho bueno que allí había; y es que el espectáculo se hallaba constituido por lo más selecto de nuestra sociedad y por su más seductora mitad, las distinguidas gaditanas, á las que siempre contemplo con un embeleso, casi con una codicia, que no porque lo oculto muchas veces deja de rayar en éxtasis, y que quizás porque este es mudo, llega á alcanzar los penosos límites de un delirio.

A vosotras, pues, principalmente me dirijo, bellas lectoras; y claro está que he de dulcificar la frase, cuando voy á tocaros siquiera con la idea: que quisiera arrullar, suspirar, acariciar con las alas del pensamiento, para poner con la pluma el beso de un alma á los piés de vuestra delicada hermosura.

Allí ví en aquel hermoso salón, que iluminaban vuestros ojos mil veces más que los haces de llamas del inflamado gas, y que animaban vuestras sonrisas con una armonía y un placer infinitamente más vivos que los producidos por la incitante orquesta, allí ví, no ya vuestras galas, rivales impotentes de vuestras gracias, ni aún vuestros rostros, rivales vencedores de las estrellas del cielo; sino vuestra curiosidad, vuestra extrañeza, vuestra inexperiencia, paralizando vuestros movimientos, distrayendo vuestro propósito y encadenando vuestra voluntad.

Os ví clavadas en vuestros puestos, dilatadas por la sorpresa vuestras radiantes pupilas y dibujadas en vuestras frentes la timidez y hasta la confusión. Por qué?

Acaso Cádiz ha perdido el recuerdo de sus alegres y galantes tradiciones? ¿Acaso vuestras madres no asistieron jamás á aquellos antiguos bailes que la sociedad gaditana preparaba, ya en el hogar privado, ya en edificios públicos, para incremento del solaz carnavalesco y pasto del juvenil antojo de travesear y divertirse? ¿Por qué ese temor á la máscara, cuando quien la lleva guarda bajo el anómino del vestido la dignidad de la persona y los preceptos de la educación? Allí estaba la misma sociedad que se reune aquí en todas partes; si algun grajo se había disfrazado de pavo real, eso no podía dañar á la verdadera ave de Juno: harto castigado quedó su atrevimiento con la violencia que hubo de hacerse para ocultar sus mañas, y el trabajo que tuvo que emplear en remedar las prácticas y usos del señorío y la hidalguía.

Es la grandeza del alma cosa tan alta y tan firme, que ni la puede escalar el insulto, ni la derriban los más rudos ataques: defendida con su decoro y su nobleza, no puede una careta, cualquiera que sea el rostro que tape, turbarla ni ofenderla; antes bien, la dama honra á quien toca y enaltece cuanto roza, y harta desdicha tiene quién, para oprimir una mano ó aspirar un aliento, ha de embozarse entre los paños de la traición y apelar á los medios del hurtador.

Hay, puede haber, en efecto, estafadores de una distinción ó una caricia: por eso bien será que la dama no se deje llevar del que se atreve á solicitar el favor de un paseo ó el honor de un baile con la cara tapada; mas renunciar á las delicias del sarao, á los blandos atractivos de la danza, á los tiernos coloquios del amor y la galantería, por temor á esas animadas envolturas de raso y encaje que nos escudriñan, quizás envidiosas, quizás amantes, tras el inmultable rostro de esa mueca de cera ó alambre, eso no; es sobrado sacrificio que nada os aprovecha

ni nadie os agradece; y que puede descomponer el bullicioso cuadro que ha de ofrecer un baile.

Comparad si no el aspecto de la carnavalesca fiesta durante las primeras horas de la noche, con el que ofreció más tarde, cuando os decidísteis á bajar de vuestros nidos y á regar la lona con las flores de vuestros encantos; yo por mi parte creí que había brotado sobre la alfombra una mágica primavera; parecióme que la música se habia hecho más juguetona, más cadenciosa y más provocativa; se me figuró que el ambiente se había puesto más tibio y sobre todo más perfumado; creí, en fin, que los espíritus revoltosos del placer, del amor, de la danza, todos los del Carnaval, en fin, que andaban flotantes lastimando sus delicadas alas contra la techumbre, habían descendido de repente como turba de pintadas mariposas, y revolaban en torno de vuestras cabezas.

Para mí empezaba entonces el verdadero baile; pero aun le faltaba algo; le faltaban vuestras caretas y vuestros capuchones. Vosotras no debísteis desnaturalizar aquella fiesta: antes bien, obedeciendo al impulso del momento y al intento de la Empresa coreográfica, debísteis colocar sobre vuestros bellos trages unos lindos disfraces, velar las rosas de vuestras mejillas con el delgado tafetan, haber invadido en revoltosos grupos el salón y haber aturdido á cuantos caballeros se pasean de contínuo embutidos en sus fraques, por los salones particulares en las *soirèes* de alta sociedad.

Luego, más tarde, cuando los hubierais mareado con vuestra charla, y enloquecido con vuestras miradas, y atontado con vuestras promesas de amor, y embriagado con vuestro aliento acariciador, abajo las caretas, fuera los capuchones y á descansar del baile en el ambigú, ó á rellenar los palcos como se rellenan canastillas con flores. No creo que ni tuvierais vosotras que arrepentiros de esta

dulce libertad que el disfraz permite, tratando con caballeros y sabiendo estos que tienen ante sí ese sér respetable y sagrado á que se da el nombre de *señorita*, ni ellos habrían podido, en su cortesía y galante trato, lanzar contra vuestra careta la menor frase de que pudieran avergonzarse cuando aquella desapareciese.

Así es como yo entiendo un baile de máscaras, digno de esta culta ciudad y de vuestro decoro y vuestra distinción: así es como la empresa os lo ofrece y como lo reclamaban claramente la suntuosidad del salón, la magnificencia de los detalles y la riqueza y buen gusto de todos y de cada uno de los elementos agrupados para constituirle.

Como ya lo habíais entendido así al mediar la velada, espero que en otra ocasión tomareis el baile donde ahora lo habeis dejado; que seguireis el consejo que me he permitido daros, con lo cual todos saldremos gananciosos, y que acudireis aun en mayor número, quizá dispuestas en cuadrillas, para seguir puntualmente el plan que os he trazado y que me prometo que ha de daros muy deliciosos frutos.

Si así lo haceis, sobre ganar tres dias de rara ventura, y seductor ensueño, robándolos á las desdichas de la vida y á todo un año de ingrata realidad, lograreis resucitar una antigua costumbre, que tal vez el infortunio amortiguó y que no hay razón bastante para dejar en brazos de las clases populares, las cuales suelen sacar de ella el propio daño en vez del general provecho, y así correspondereis á los generosos esfuerzos de quienes os ofrezcan estas fiestas de un modo digno de la elegancia y explendidez de esta distinguida y galante sociedad.

LOS BUFOS.

Uno de los signos de decadencia de nuestras artes dramáticas, fué en el siglo actual la aparición del género *bufo*.

Voy á tener el atrevimiento de demostrarlo á sus apasionados, aunque haya entre ellos quien, discurriendo de un modo donoso y peregrino, exclame que, «¿cómo tengo el descaro de criticar las comedias *bufas*, yo, que no he escrito ninguna?» Pues, ahí verán ustedes:—les contesto—me basta con haber *bufado* al verlas, para declarar que no solo son un indicio claro de postración literaria, sino un desdoro para los artistas y un insulto cruel hecho al público.

Mi proposición abraza tres extremos; mas no son largos ni difíciles de manifestar.

1.° El género *bufo* es una prueba de abatimiento en las artes escénicas, por la sencillísima razón de que es la ausencia de todo arte. Parece que los ingénios cómicos, ya exprimida la vena y esquilmada la chispeante musa, acuden para vencer en el teatro á torpes resortes y vedados recursos: lejos ya de las sabrosas fuentes del gracioso ridículo, descienden á la mansión de la monstruosa caricatura; faltos de tino para salpicar de agradable sal sus concepciones, truecan este antipútrido de la moral, por la atrevida licencia ó el impúdico chiste; y apartados de lo original y verosímil, traman sus groseros cuentos con la manoseada ocurrencia y la descarada mentira.

Y si esto es verdad, se dirá, ¿cómo el público se rie y acude à tan repugnante espectáculo? Hé aquí una pregunta á que no puedo..... mal digo, á que no debo ni quiero

contestar, á lo menos del todo. Atribuyo la vida de ese teatro de monstruosos delirios y licenciosas lecciones, al atractivo que tiene para todos la risa: al deseo, al hambre de divertirnos con que nos brinda la falsa vida del teatro, cuando nos apena y amarga la vida real del mundo: al extraño candor con que los pueblos, como los niños mimados, absorven y devoran el placer cuando se les ofrece bajo forma deslumbradora, ó se tragan y aun solicitan el veneno cuando les parece grato al paladar y bello á los ojos: á la infantil ligereza con que el corazón humano, no muy exigente siempre, acude á donde le deslumbra la mágica decoración, y le halaga la delicada música, y le sorprende la muchedumbre de seres caprichosos ó le estimula la mentida belleza de figuras femeninas, aun más rebocadas que los trastos escénicos, y que ya representan sirenas ó mariposas, ya ninfas ó pájaros, ya lagartijas ó sardinas, todo en fin, menos mujeres: lo atribuyo en fin, ó uno de esos misterios del corazón y de la fantasía, que corren tras lo que les daña, buscan lo que les pervierte, aman lo que les contradice, y toman lo que les corrompe.

Inventóse la tragedia para sufrir y para reir la comedia: inventóse luego la extraña mezcla del llanto y la risa, á la manera de un dulce con sal, en el drama; pero todo esto cabía dentro de la severa región de la verdad y de la más severa aun de la moral. Más faltaba inventar la horrenda y perniciosa mixtura de lo bello y lo deforme, de lo grato y lo malo, de lo sensual y lo falso, y se creó la *bufonería*. No importaba que quedasen hollados los fueros de la verdad y ofendidos los derechos de la virtud; no importaba sacrificar los respetos de la Naturaleza, la alteza de la Historia y la santidad del corazón humano: el mundo físico se convirtió en dócil instrumento de extravagantes delirios, el libro de la humanidad fué rasgado por la mentira ó manchado con la negra tinta de la calum-

nia y el corazón humano vió convertidos sacrilegamente sus dulces afectos y sus grandes pasiones, admirables á veces en su mismo extravío, en torpes instintos y asquerosos apetitos. Oh, ¡qué triste lección recibiría quién aprendiese lo que es el hombre en el teatro *bufo!*..... Oh, ¡qué pobre concepto formaría de nuestra sociedad, quién juzgase que nuestros aplausos prueban la identidad del hombre real con el personaje *bufo!*..... Pero no es así: nuestro aplauso es á la forma; si viéramos el fondo desnudo, descarado, las muestras de repulsión conmoverían el profanado templo de las artes hasta en sus cimientos.

Para qué más? Es cierto lo que he dicho?..... Luego el género *bufo* prueba es inequívoca de la pobreza y la enfermedad que hoy reina en nuestra literatura dramática.

2.° Las comedias *bufas* son un desdoro para los artistas.

Empecemos por el artista autor, si es que puede llamarse artista quién, por una parte manifiesta tan poco amor al arte que lo arrastra por el barro del desatino y el lodo de la obscenidad y tan poco respeto á sí mismo poniendo su talento y su instrucción al servicio de una idea pobre y vulgar para ataviarla con el oropel de una forma torpe y engañosa, y por otra parte abandona los floridos senderos de la belleza y del buen gusto para recorrer los nauseabundos campos de lo monstruoso y lo corruptor. ¿Es escuela de costumbres el teatro? Pues linda lección nos ofrecen en él los maestros del género *bufo*. ¿Es espejo de nuestros hábitos? Pues gran insulto nos infieren al retratar nuestra sociedad bajo forma tan asquerosa. Si del teatro parte la iniciativa, es un crímen de lesa moralidad el de los autores, que debieran penar las leyes como atentado contra la literatura y la decencia. Si los coliseos solo reflejan lo que ya está en las costumbres, es un sarcasmo insultante el que aquellos nos lanzan al

echarnos al rostro lo que debiera estar envuelto entre las tinieblas y el silencio de la conciencia general. Si el teatro enseña é impone, ¿qué diremos nosotros?: si el teatro imita y remeda, ¿qué dirán de nosotros?

Y si del artista autor pasamos al artista actor; ¿qué concepto del valor artístico y aun de la dignidad personal formarémos al verle someterse dócil y gustosamente á encargos tan vergonzosos y á representaciones tan humillantes? Hubo un tiempo, no muy lejano, en que el histrión era señalado por el desdeñoso dedo público como sér mezquino y despreciable. Aun hay en el quijotismo aristocrático algo que aparta al cómico de los actos más importantes de la vida y le rechaza al tratarse de asuntos de perspicaz honor ó de exigente etiqueta. Y por qué? Ciertamente que hay actores que valen como condes y banqueros que valen menos que histriones; pero ¿qué honrado padre de familias dará la mano de su hija á un *clown* de teatro ó á un *payaso* cómico? Qué noble sentará á su mesa á una *suripanta* ó á una bailadora de *can-can*? ¿Y cómo la virtud y el talento habían de someterse al tiránico, y más que tiránico vergonzoso yugo, de esos hombres cuyos delirios afrentan al arte y cuyos chistes enrojecen el pudor? Ó el artista deberá rechazar con indignación esas grotescas fábulas que se le ofrecen; ó habrá de renunciar á los laureles que preparan al ingénio la admición, y á la honestidad el público decoro.

En verdad que el actor ha de ser flexible para expresar pasiones y tipos, casos y personas; mas siempre dentro, en el caso, de lo verosímil, y en la persona, de la racionalidad; ir más adelante en su docilidad, es exponerse á decaer en instrumento de mentiras ó en máquina de inconveniencias: el artista se metamorfoséa en *cosa*, que ora es á manera de lúbrico mono, ora á modo de oso estúpido; que con papeles de esta significacion lo hemos visto favorecido en algunas comedias *bufas*.

3.° Por último, el teatro *bufo* es un verdadero insulto hecho al público.

Y en efecto; el autor que compone en este género, desde luego supone que agrada á la mayoría; y el artista que se presta á dar vida á una tal composición, participa de la misma creencia y aun le confirma en ella y le ayuda á desenvolverla y á explotarla.

Perdón por lo que á decir voy; mas he de tener el atrevimiento de decirlo, porque sé que hay muchos que tienen el atrevimiento de pensarlo; y por que no creo que nadie pueda ofenderse por lo que se refiere á la sociedad entera, y ¡gracias á Dios¡ más á otras sociedades que á la española, cuyas tradiciones y hábitos pugnaron siempre con cuanto se desata de las vertientes del Pirineo.

El género *bufo* no puede tener en la sociedad, más que dos géneros de cultivadores; los jóvenes libertinos, y los viejos verdes: los demás espectadores son figuras que se encuentran fuera del cuadro, y que, como esos comparsas que abultan, pero no interesan ni sirven, ó representan allí un candor que raya en bobería (cosa increible; pero que puede suceder), ó una indiferencia que toca en ignorancia (cosa singular; pero muy frecuente). Para convencerse de esto, solo haré una observación que quema como ásçuas: ¿qué escenas presenta por lo comun el género *bufo?* Escenas tabernarias ó disolutas. ¿Quiénes pueden ser los héroes de estas escenas?..... ¿A quiénes pueden agradar esos espectáculos?..... ¿Quiénes son los que se encuentran en condiciones de apreciarlos, entenderlos, gozarlos y requerirlos?..... Cada cual respóndase y vea si tengo razón.

Desde luego la honrada madre de familia, no: la pudorosa doncella, tampoco; el anciano timorato de pasiones mudas y escrupulosa conciencia, menos; el hombre

formal de espíritu varonil y corazón limpio y honrado, tampoco; el jóven sensato y prudente que, sin escandalizarse de nada, quiere hallar cada cosa en su sitio, no; los caractéres alegres y divertidos, pero atentos al *qué dirán*, enemigos del escándalo y defensores del *buen parecer*, no: las gentes celosas de la moralidad pública, guardadoras de la forma, enaltecedoras del principio de conveniencia, tampoco; los que no rechazan para sí ni el placer ni aun el vicio, pero que, por una contradicción muy explicable y hasta plausible, sentirían que llegase hasta sus familias el ponzoñoso aliento de la corrupción exterior ó de las liviandades agenas, tampoco: quiénes quedan? los comerciantes que viven del honor? los sacerdotes que viven de la virtud?, los magistrados que viven de la justicia?, los gobernantes que viven de la moralidad?, los políticos que viven del órden cuyo fundamento estriba en las buenas costumbres?..... Quiénes quedan?.....

Y sin embargo, los teatros se llenan.

Y cada desatino es un insulto al sentido comun; y cada obscenidad es una bofetada al pudor público; y cada situación y cada personaje es una burla, una afrenta al espectador, á quien ha de suponerse con amor al arte y con devoción al honor. Confieso que los desatinos hacen reir; pero ¿no pueden conciliarse con la honestidad? Comprendo què lo disparatado choca por lo imprevisto y por lo extrambótico; pero no se puede armonizar con lo verosímil? Ese público, tantas veces engalanado con los adjetivos de *ilustrado*, *entendido*, *respetable*, *ilustre*, etc., etc., no merece al fin más que una sarta de extravagantes delirios y de frases libres y atrevidas? Es ese el teatro? Es eso lo que significa el derecho á gózar que el hombre compra al tomar el billete, el derecho á instruirse deleitándose, que ha de ser lo que búsque, ó el derecho á neutralizar sus penalidades con las dulzuras del arte?

Donde no hay ganancia, la pérdida está cercana; nada gana la sociedad con el espectáculo *bufo*, luego es claro que al público amenaza la pérdida: y esta pérdida es grave, porque se trata de los intereses morales. Comprar con oro lo que halaga y daña, es propio de gente aturdida ó sibarítica; porque poca reflexión y grande afan de placeres ha de sentir quién, por gozarlos, deja que le lleven las ilusiones del alma y los sentimientos del corazón; y evidente es que no puede tener ilusiones quién juzga de la sociedad por el carácter y la conducta de los héroes *bufos*, ni guardar generosos afectos quién aprende que el corazón humano es vaso de asquerosos instintos y de fugaces antojos. Espectáculo superficial y hueco por lo que hace al fondo, y de pérfida intención, aunque brillante y seductora forma, nada puede dejar despues de terminado, sino es una gota de corrosiva ponzoña que lenta é insensiblemente vá minando las buenas costumbres hasta destruir en muchos casos la honradez y con ella la felicidad del corazón.

Estoy seguro de que no habrá quién no se haya dicho para sus adentros lo que yo acabo de decir para afuera y aun algo más, y sin embargo los *bufos* existen; forman una de esas instituciones reconocidas por malas, y que viven en parte por lo que ellas se agarran y en parte por nuestra temeraria indulgencia. Estoy ciertísimo de que autores, artistas y público convienen conmigo, como convendrían en la imprudencia de caminar, saltar, dormir y jugar con un revólver en la mano cargado hasta la boca; y á pesar de todo, el revólver se carga y se dispara todos los dias y la bala viene certera á herir en el decoro y á dejar cadáver la moralidad.

¿Cómo se explica esto? Fácilmente; por el decaimiento de nuestra literatura, decía yo antes; y ahora añadiré, por la degradación de nuestras costumbres.

Por razones largas de reseñar, pero fáciles de conocer, el barómetro de nuestra cultura moral decae; faltos de vigor, enervados por nuestras luchas, decaida nuestra antigua virilidad, sin originalidad ni caractéres propios, exhausto nuestro poder inventivo, estancados los raudales de nuestro personalismo y debilitada, casi extinguida, nuestra autonomía, absorvemos los elementos extraños que nacen en el extranjero: deseosos de novedades y vivas las ánsias del placer, devoramos con avidez los resíduos de agenos gustos, sin reparar en lo que pugnan con nuestro modo de ser y distraidos con lo que nos alegran y divierten; así vinieron rodando á infestar nuestros teatros, la deliciosa píldora del insulso *vaudeville*, la dulce bebida del obsceno *can-can*, y el sabroso manjar de la desatentada comedia *bufa*.

Y morirán: estos alimentos se indigestan al cabo; y el dia que nos dé el cólico, barrerémos por nuestras playas las heces inmundas de los manjares que confecciona la culinaria francesa.

Ya el *vaudeville* convirtióse al aclimatarse en la bella y delicada zarzuela española: ya el *can-can*, levantando sus ropas, se dió á correr hácia su patria; apenas algunas tardías sacerdotisas de esta Vénus coreográfica, se esconden en el café cantante ó en el teatrillo de plazuela; esperemos que tambien los *bufos* lien la pacotilla para su país natal, ó se hundan en las tabernas y garitos donde tienen su escenario natural.

Nuestro teatro solo puede sostener artistas y solo sabe nutrirse con buena sabia literaria: divórciense, pues, los *clowns* del arte, y el chiste cómico del despropósito indecente, y autores, artistas y pueblo, todos habremos ganado.

BUFOS ITALIANOS.

Empiezo por consignar que condeno fuertemente el género *bufo*, no ya por la influencia que ejerce sobre las costumbres que, no obstante el raro caso de alguna individualidad femenina que en realidad se pueda escandalizar en los tiempos que corren, tienen poco que perder y sobre todo que perder en el teatro, donde solo la gazmoñería puede llamarse alarmada; sino que le condeno ante todo por exótico, que no es, ni puede ser admisible una cosa que, sobre ser mala es extranjera; despues le condeno por el estado intelectual y moral que acusa y delata al mundo, puesto qne no puede entenderse muy levantado el nivel de la ilustración artística y de la rectitud de conducta, en un país en que triunfan y prosperan sobre los escenarios el desatino y la licencia; luego le condeno tambien en nombre de la dignidad del pensamiento, que no debe satisfacerse con el absurdo lógico, con el contrasentido racional ni con el disparate bufo, y en nombre de la literatura dramática española, que marchó siempre al frente de la escena europea, se alimentó de obras tan profundas como bellas y aspiró á los nobles triunfos del arte y á las provechosas lecciones de la caballerosidad, la hidalguía y la justicia: por último, le condeno por no prestar fundamento á ciertas declamaciones que no ha mucho tiempo resonaban en los templos gaditanos contra el teatro, como fuente de corrupción, ocasión de pecado é institución diabólica, signo de nuestra decadencia y elemento precursor de nuestra ruina social y religiosa.

Lanzado el anatéma contra el género bufo y dándole por aceptado por nuestro público, ya que no pueda disculparle, he de explicarle al menos en defensa de nuestra ciudad, que tanto se complace con él y tan por encima de cierta especie de respetos le busca y le cultiva á pesar de los severos tiempos cuaresmales.

Lancemos la responsabilidad gravísima de tenerle sobre la escena á sus iniciadores entre nosotros: á aquellos escritores, cuyo nombre tapo, porque he de decir que pusieron su pluma al servicio de la inmoralidad por un puñado de oro, que no todos han ganado, y que siendo (¡oh singular coincidencia!) escritores neo-católicos, no vacilaron en turbar las conciencias, en faltar á su ley religiosa y en promoverlas pasiones con los abortos de su delirante ingénio. Lancémosla luego sobre los especuladores que, agitados por el mismo demonio de la codicia, implantaron en nuestros coliseos, con repugnante profanación de los templos en que habitaban las pudorosas musas de nuestro siglo, las escenas del tugurio y los tipos descarados del libertinage y el cinismo, los lances de la vida galante y los cuadros de Paul-de-Kook. Lancémosla en último lugar sobre los artistas que se han prestado á ejecutar el triste papel que se les ofrecía, especialmente sobre aquellos cuyo talento podía abrirles fácilmente otro camino más decoroso; sobre cuantos pudieron saciar el hambre sin prestarse á tan tiránicas cuanto vergonzosas exigencias; y particularmente sobre los que aceptaron con rára complacencia la proposición funesta que se les hacía y tuvieron el desdichado acierto de desempeñarla á las mil maravíllas y el torpe gusto de enorgullecerse con sus censurables triunfos.

Hecho esto tambien, diré que el público no podía menos de aceptar, entre asombrado con la osadía y halagado en sus pasiones, el nuevo pasto que se le lanzaba

desde la escena: y que bien pronto, hastiado de un manjar sobrado picante é indigesto, impuso al menos á cuantos se lo servían la condición de que se lo variasen haciéndolo más expléndido y costoso. Dura fué la exigencia; pero no había más remedio que acceder á ella, si había de sostenerse el género y conservarse la esperanza de algun lucro.

Los atrezistas, tramoyistas y pintores escenográficos fueron llamados á participar de la ganancia; encargóse á los escritores que fueran más prudentes y pusieran la mostaza más oculta; pasóse á la indumentaria la licencia que se rebajó del libreto; recargóse la música como se redobla un velo ó se multiplica un encanto y se exigió de los escenógrafos más fantasía, más riqueza y mayor deslumbramiento.

En tal estado las cosas, el género *bufo* vivió un año en la córte y vino luego, algo desmayado y descolorido, á residir durante algun tiempo entre nosotros. Aun tenemos vivas en la imaginación las profundas impresiones de aquellas perspectivas de *El siglo futuro*, *El cuento de hadas* y *Los sobrinos del capitan Grant*. Tambien resuenan en nuestros oidos aquellos estrepitosos escándalos promovidos por un público severo y desencantado, durante las noches en que no se le hacía víctima de la tentación ni las alucinaciones.

Huyeron los *bufos* de Cádiz persuadidos de que era ya más difícil divertir al público, más peligroso provocarle con disparates é inconveniencias y cosa delicada defraudar las esperanzas de toda una ciudad, no llenar sus ilusiones y sobre todo contar con su cultura, con su paciencia y hasta con su pueril, por no decir con su nécia, candidez.

Hoy vuelve á aparecer entre nosotros el género *lírico-dramático-bufo;* pero ¡cuan transformado!.... ¡qué feliz-

mente enaltecido! Cuanto la cosa lo permite, cuanto el arte puede conseguir dadas sus condiciones particulares. ¡Qué diferencia entre lo que nos ofreció Arderius y lo que nos ofrece Lupi! Para poderla apreciar, hagamos una suposición. ¿Qué sería de cualquiera de las producciones que hasta aquí nos ha ofrecido en sus quince noches de ejercicio la compañía que dirige este último, si cayese en manos de los artistas que acompañaban al primero? En cambio: ¿cuanto más no valdrían las obras que nos presentó el primero, si fueran ejecutadas por los artistas que trae el segundo?

La índole de las producciones es la misma: salva alguna que otra obra, tal como *Las Campanas de Corneville*, *Serafino il mozo* y *Las educandas de Sorrento*, cuyos argumentos, aunque algo inverosímiles, entran en la esfera de lo cómico y se parecen á muchos de los que forman el fondo de nuestra zarzuelas, las demás se traman con desatinos y licencias que excitan la hilaridad pública cuando descubre los primeros la buena vocalización de los artistas y deslien ó tapan las segundas el temor justísimo del autor y la discreción y decoro de los actores.

Pero si comparamos figura con figura, preciso es convenir en que en la *troupe* que nos trajo Arderius no había ni un solo artista, en tanto que en la compañía que nos presenta el Sr. Lupi, no obstante que se nota esta vez la falta irreparable del Sr. Ficarra, hasta el último *partiquino* y el más insignificante racionista no es extraño al arte.

María Frigerio es una artista cómica admirable y una cantante de zarzuela distinguida: es graciosa, elegante, simpática, de talento flexible, de ingénio perspicaz para los detalles, tiene una pronunciación inmejorable, una voz grata, fresca y sonora, una acción fina, rica y culta. Es imposible hacer de mejor manera sus papeles de *Giroflé*, *Picolo*, y *Doña Plácida*.

La señora Naghel, es una buena actríz de género; la señora Soave es una cantante notabilísima en la especie zarzuelesca: viste con sumo lujo y variedad y presenta una figura siempre agradable: la Srta. Mercantini es una cantante tan modesta como entendida, de grata voz, con afinación y gusto; y las demás llenan su misión con acierto y escrupulosidad y completan el cuadro de un modo acabadísimo.

El señor Lupi es un buen actor cómico y un fecundísimo *bufo*, de inagotables recursos, de discreción suma y de innegable oportunidad: su distinción se nota en *La taza de the*, juguete del género cómico que ejecuta de un modo perfecto y en que no son menos dignos de mención la señora Frigerio por su naturalidad, su elegancia y su gracejo y el Sr. Cappelli por su ingénio y su fuerza cómica. Hé aquí otro artista notabilísimo y fecundo: le hemos visto tocar el género sério en *Las campanas de Corneville*, el alto caricato en el *D. Demócrito* de *Las Educandas de Sorrento* y el perfecto *bufo* en los varios y muy diversos tipos que ejecuta en las demás operetas.

El señor Giamini es otro actor de conciencia, de recursos y un buen cantante zarzuelesco. El señor Scano es un tenor muy aceptable y un actor gracioso, fácil y distinguido. Los demás cumplen su cometido con escrupulosidad y completan una compañía que cierran unos coros inmejorables, seguros, afinados, oportunos y libres del amaneramiento y de la rigidez y monotonía plásticas de que adolecen por lo comun los de nuestras zarzuelas sérias ó bufas.

Con tales elementos las obras salen perfectas; agregad un vestuario tan rico como variado, una escena bien servida y convenientemente dispuesta, por más que el decorado no se halle á la altura del de Arderius, lo cual prueba que lo esencial es el arte con que se ejecuta la produc-

ción, no la accidentalidad de lienzos y oropeles, perspectivas y bengalas; añadid que las obras están dominadas, que hay suma verdad en los diálogos, gran movilidad en las figuras, facilidad suma en la acción, chistes en abundancia, tipos graciosísimos, música muy grata y pegadiza y cuanto puede, en fin, hacer agradable al pueblo un espectáculo.

Lo que hace, en una palabra, de gran precio el trabajo especial que nos ofrece la compañía del Sr. Lupi, es el arte que resalta por encima de todo; ni producciones, ni *spartitos*, ni decorado, ni maquinaria, pueden seducir; pero mientras que por un lado no hay obscenidades, ni complacencias en hacer resaltar las libertades del libreto, ni exhibiciones exageradas é inútiles del desnudo, ni frenéticos can-canes, por otra hay tal belleza en el conjunto, tal riqueza de pormenores, tanta variedad de figuras, trages y tipos, tal perfección en la obra de cada cual y en la resultante de los esfuerzos individuales y tantas ocasiones de justo aplauso y de forzosa hilaridad, que el espectáculo *bufo italiano* resulta suficientemente explicado y aun digno de preferencia respecto á cuantos hemos tenido en nuestros teatros del mismo género y aun á otros muchos zarzuelescos, cómicos y dramáticos, que nos han brindado de algun tiempo á esta parte esas compañías de ocasión y tránsito que con frecuencia intentan sostenerse una breve temporada sobre nuestros escenarios.

Es de lamentar que el señor Lupi nos haya visitado durante la cuaresma; á no ser así, creemos que el pueblo, que ha enriquecido dos veces al señor Arderius, no habría dejado de mostrarse agradecido y expléndido con el entendido director de la compañía *bufa italiana*.

LA NIGROMANCIA.

En torno de una tumba vagan siempre creencias dulcísimas, como si ese misterioso sueño que se llama *muerte* diera á respirar efluvios consoladores á las almas desoladas que se arrastran junto á ella, aun encarceladas bajo sus muros de carne y hueso. El culto de los muertos y la creencia en la inmortalidad del espíritu humano, son de esos sentimientos que se exhalan del sepulcro y se ciernen sobre la fosa: y tales sentimientos, abultados, reanimados y conformados por la fantasía religiosa de los pueblos, han dado origen á la *nigromancia*.

En efecto; cuando se cree que el alma, ya desprendida del cuerpo, vaga por los aires, que los muertos flotan en torno de los vivos, que, cual soplo ligero de la brisa, besan con amor nuestros frentes, juegan deliciosamente con los rizos de nuestros cabellos, se introducen con el oxígeno por entre nuestros ansiosos labios para ir á iluminar nuestros cerébros oscurecidos, á calmar nuestros corazones lastimados, ó para hacer germinar una resolución enérgica en nuestras conciencias vacilantes, cuando se cree todo esto, no está lejos la convicción de que se les puede evocar, invitarles á llegar cuando tardan, entrar en relaciones con ellos, sentirles y poseerles, bien por un simple acto de voluntad, si son dóciles, bien por medio de ceremonias más ó ménos poéticas ú horripilantes, cuando son rebeldes; ora seduciéndoles y halagándoles, ora forzándolos y cohibiéndolos.

De aquí las extrañas costumbres de convertir los sepulcros en adornadas mesas para extravagantes convites; de aquí aquellas prácticas insensatas de acudir con manja-

res que regalar á los muertos, de rodear el podrido cadáver de perfumadas antorchas, de envolverle en nubes de delicados aromas, de entonar cantos, ora de amor, ora de pena, siempre místicos y religiosos, de ejecutar poéticas danzas, y de concluir en fin por medio de encantos, el conjuro y la evocación de las sombras como nos refiere Homero. Prácticas y ceremonias son estas de la más remota antigüedad, tan viejas como los instintos religiosos, y más arraigadas y frecuentes en aquellos pueblos en que la fé domina y la divinidad desempeña un papel importante, entrando á formar la base del órden social y político.

En el Oriente, entre los hebreos sobre todo, donde la costumbre de evocar sombras venerandas hállase en los textos del antiguo Testamento, aunque más bien que como dogma aceptado, como práctica frecuente y superstición ilícita, puede decirse que la *nigromancia* tuvo su origen. No es fácil olvidar la célebre evocación de la sombra de Samuel hecha ante Saul por la pitonisa de Endor; y tales debieron ser los abusos de estos ritos y los accidentes y fines que acompañaron á los conjuros, que Moisés los condena en *El Deuteronomio*, *ne sit qui quærat á mortuis veritatem*; y en *El Levítico* se fulmina nada ménos que la pena de muerte contra los nigromántes.

Nada de esto bastó para atajar estas ceremonias, aunque sí para simplificarlas, privándolas ante todo del sacrificio de víctimas y despues de los sortilegios preparatorios, y dejándolas reducidas quizá á pueriles escenas de ventriloquía, ó á vulgares y ridículas ceremonias, que cuando más solía hacer imponentes la presencia de un cadáver, la que casi siempre se exigía para poder evocar el espíritu de un muerto.

Isaías nos dice, que las almas evocadas solían dar indicios de su asistencia por un ligero murmullo; y que

casi siempre manifestaban sus respuestas por medio de palabras susurradas en voz baja al oido del *medium*: y la *Versión de los setenta*, traduce la palabra hebrea *obot*, nigromántico, por *engastrimyton*, ventrílocuo.

Pero más tarde, entre los sirios y judíos, hállase una horrible práctica nigromántica; consistía en dar muerte á un niño torciéndole el cuello, cortándole la cabeza, salándola ó embalsamándola y colocándola así preparada sobre una plancha ó bandeja de metal en que se había grabado de antemano el nombre del espíritu que se quería invocar: hecho esto, se procedía á sacar los oráculos.

En Grecia, la prácticas nigrománticas eran más sencillas y sus ceremonias hallábanse admitidas, así como sus templos y oráculos estaban reconocidos. Periandro evoca el cadáver de su mujer para descubrir el lugar de un depósito. Plutarco nos refiere que, luego que Pausanias murió de hambre en el templo de Palas, su sombra venía de contínuo á atormentar á los lacedemonios; que estos, para librarse de tan terrible persecución, evocaron las sombras de los enemigos del general espartano, y que despues de un reñido combate, la sombra desapareció para siempre. Agregad á esto las frecuentes evocaciones de la Tesalia, precedidas de sacrificios expiatorios, y en las que, para obtener el oráculo, regábase un cadáver *con sangre caliente*.

Asimismo hacíase esto en Roma, con la diferencia de que el cadáver fué sustituido por los huesos del muerto mismo y especialmente por el cráneo. Segun la *Farsalia*, donde Lucano ha hecho la descripción detenida de todos estos ritos, solíase abrir una fosa en que se derramaban aceite y harina, y al rededor de la cual sentábanse luego los circunstantes en círculo para esperar la aparición de la sombra. Creíase por lo comun que á tal evocación no acudía el alma misma ni el cuerpo, sino una apariencia

formada de una sustancia imponderable, visible, sin organismo real, pero sensible al placer y el dolor, tales como aquellas con que poblaron sus infiernos Platón y Virgilio en lo profano y Dante en el Cristianismo.

Todos sabemos lo que ha hecho el Catolicismo con estas ideas; sin rechazar la existencia de las sombras, ha condenado la nigromancia; fortaleciendo la religión de los muertos, ha proscrito los sortilegios; aceptando nuestras relaciones con los espíritus de la otra vida, á los que alcanzan la eficacia de nuestros ruegos, ha castigado en muchas ocasiones y con muy diversas penas los festines en honor de los muertos: fomenta el altar de ánimas, pero declara pecaminoso y punible el profano culto de los manes.

Durante toda la edad media los nigrománticos fueron perseguidos, encarcelados, torturados y quemados vivos, por magos, por hechiceros, por brujos y por endemoniados; pero sin que por eso cediesen lo más mínimo ni la superstición que los sostenía, ni la confianza popular que los buscaba, ni la ciega fé y la ignorante credulidad que, al par que los solicitaba, solía delatarlos, apedrearlos ó verlos arder impasiblemente en las hogueras del Santo Oficio.

Toledo mantenía escuelas de nigromancia, al par que encendía sus llamas la Inquisición; y la reina Isabel, al paso que establecía el Tribunal de la fé, hacía tapiar las cavernas subterráneas en que se educaban los crédulos en las misteriosas artes del sortilegio.

Por fin; el espíritu moderno, encendiendo las antorchar de la moderna ciencia, ha iluminado las conciencias, dejando penetrar en sus senos esclarecidos los secretos sorprendentes de la Naturaleza. El mundo parece depositar sus arcanos á los piés del sabio; y este, más liberal y generoso, los entrega traducidos á la lengua vulgar, á la ávida curiosidad del estudioso.

Como cuando en derruido y abandonado torreón se introduce una viva antorcha, escapan las sabandijas y alimañas que allí reinan tranquilas en perpétua noche; así el progreso moderno, más poderoso que verdugos y hogueras, tribunales y suplicios, ha lanzado de las conciencias tímidas ó tenebrosas para siempre, una multitud de pueriles aprensiones y de peregrinas creencias que dominaban en ellas á favor de la oscuridad de la ignorancia y del sopor del fanatismo.

El calor de la verdad y la luz de la evidencia, sin matar el amor á lo maravilloso ni el gusto por lo sobrenatural, han humanizado el milagro por decirlo así; han racionalizado la fé; han ensanchado los límites de la ciencia y han relegado los dogmas al dominio de la religión especulativa.

Aun hay *mediums* como Hume, espiritistas como los Dawenport, prestigitadores como Macallister, mixtificadores como Saint-Hipolite y taumaturgos como el conde Patrizio de Castiglioni; mas hoy todo está revelado, explicado, conocido; sonambulismo, mesas giratorias, cabezas parlantes, espectros luminosos, todo está ya en poder del vulgo; porque el magnetismo, la electricidad, la óptica, la mecánica y la química, han manifestado sus adelantos, han derramado sobre los entendimientos una lluvia de verdades que han fecundizado los espíritus é inundado las sociedades.

Hoy se asiste el espectáculo, se goza, se extraña, se admira; pero al corazón no acompaña la creencia, al placer no sigue la fé, la sorpresa no viene amortiguada por el susto, ni lo inexplicable engendra la superstición. Id al tablado, y donde creíais ver una multiplicación prodigiosa, hallareis un juego de la mecánica; donde pensábais ver la aniquilación, encontrareis un simple escamoteo; donde creísteis hallar agentes sobrenaturales, vereis la acción de

los fluidos físicos; donde aparece la infracción de una ley de la Naturaleza, os tropezareis con el cumplimiento de algunas de ellás; dondé pensábais hallar realidades extrañas, solo hay juegos de luz y apariencias de óptica; y cuando se os dice que todo lo que vais á presenciar es obra de los espíritus de ultratumba, os convenceis de que solo es efecto, artísticamente dispuesto, ya de una reacción química, ya de un lindo juego de mecánica, ya de ese agente de prodigios naturales que se llama electricidad.

El hombre, siempre el hombre, y la ciencia, su eterna compañera, adornada por las manos de aquel con el bellísimo y deslumbrador ropaje del arte. No busqueis otra cosa, porque no hay más. El nigromántico actual es un hombre de carne y hueso; hábil, entendido, galante, fino y sabio; la nigromancia es una ciencia natural; un empirismo fácil de explicar y de comprender; un sistema que cabe en todas las cabezas y que se adapta á todas las opiniones, á todos los criterios, á todas las sectas.

Quereis convenceros de ello? Hoy teneis la gran oportunidad de contar entre vosotros el tipo distinguido, elegante y perfecto del nigromántico moderno, en el ilustre conde piamontés Ernesto Patrizio de Castiglione.

GRAN TEATRO.

CADIZ A VALERO.

Así como cuando tropiezan sobre el escenario del mundo los génios de la guerra y los pueblos patrióticos, se realizan esas horribles epopeyas de la sangre y del llanto, así cuando se encuentran frente á frente en el templo de las Musas los génios del arte y los pueblos nobles y cul-

tos, brotan esos poemas honrosos y conmovedores que se llaman triunfos escénicos y glorias del talento.

Del roce, solo de la aproximación de un gran hombre y de un gran pueblo, se engendra, ruje y estalla esa electricidad de las almas que produce el relámpago del pensamiento inspirado, el trueno del sentimiento entusiasta y el rayo al fin de una ovación indescriptible. Tempestades sublimes que purifican la atmósfera de la vida y ofrecen á los pulmones un ambiente de ventura y al corazón una sangre oxigenada con las aromáticas flores del placer y los perfumados laureles de la victoria.

Estos acontecimientos, que así conmueven el cielo de la civilización y los pechos magnánimos, tienen su preparación conveniente.

Apenas el génio de la escena anuncia que prepara un espectáculo para sí entre tantos para otros, el pueblo se conmueve; dispónese á una manifestación ruidosa, significativa é interesante: cada cual se dá cita para el teatro; cada cual se procura un puesto en la gran sala del Coliseo: se disputan las localidades desde donde se vé mejor, se percibe más y se pueden absorver ó devorar con más avidez y en mayor cantidad las bellezas ofrecidas por el talento.

El apresuramiento del aficionado despierta la emulación del indiferente, y el ejemplo de los vecinos decide al vanidoso; el teatro se llena, acrece el empeño, se agotan las localidades y hay que agregar sillas por todas partes y multiplicar las entradas, para que la gente se aglomere por donde pueda: rumores de una ovación circulan por todas partes; los escaparates ostentan las coronas que van á ser depositadas á los piés del eminente artista; aun crece el antojo de presenciar el triunfo hasta hacerse punzante. Llega el momento, dos horas antes se invade el local, todo un pueblo se apiña bajo su alta techumbre y

tras las doradas redes de sus balaustradas que solo pueden contenerle por el mismo prodigio que las arenas contienen el mar; parece que van á astillar sus débiles paredes ó que van á hundirse sus delgados pavimentos: el teatro rebosa.

La sala deslumbra con la riqueza, la belleza, la juventud y la elegancia; impone por el número, el movimiento, la colocación y el ruido; arde con los rayos de las miradas, las ánsias del corazon, las respiraciones de los pechos y el frenesí de los entusiasmos. Cuando aquel mundo grite, va á ser tremendo; cuando se agite, va á ser magnífico; cuando estalle conmovido por el entusiasmo, vá á ser sublime.

Empieza la función.

Dejemos á un lado el juicio crítico de esa crueldad dramática llamada *La carcajada*, que nos importó de Francia la osada pluma de don Isidoro Gil, admirado sin duda de cuanto era posible que hiciese el señor Valero y decidido á trabajar en una obra que no podía vivir en la literatura más que el tiempo que viviese un solo hombre sobre la escena. Cuando un artista es atrevido, un autor puede serlo tambien: esto defiende al señor Gil del pecado cometido contra la literatura patria y contra la sensibilidad humana. El Sr. Valero tiene la culpa de que alguien pensara en traernos la locura á la escena, despues de habernos traido el desórden de las pasiones; pero el señor Valero ha dado tal valor artístico á esta manifestación del supremo dolor y la suprema desdicha, que la admiración de los prodigios que ejecuta distrae del tormento que produce, y el frenesí que despierta consuela de la horrible angustia que nos hace pasar. El pueblo, huyendo de un suplicio, se lanza en un delirio; es quizá la única vez en que se tributan al génio aplausos nerviosos y convulsivos; el auditorio, pálido, erizado el cabello, próximo á delirar

tambien, dibujada en el rostro la misma terrible mueca de la demencia artística, pero húmedos los ojos con un llanto benéfico y salvador, rompe á gritar para ensayar su voz y dar expansión á sus pulmones, y á aplaudir para dar empleo á sus nervios, que se sacuden y se extremecen en una honda convulsión.

Locura contra locura; la artística en el señor Valero, la natural en el público: la desgarradora en el actor, la conmovedora en el auditorio.

La conclusión del acto segundo es indescriptible: lo que hace al artista no puede concebirse sino viéndolo; lo que hizo el pueblo tampoco puede imaginarse sino presenciándolo. Jamás se ha visto un triunfo más completo sobre la naturaleza orgánica y enferma, que el que nos ofrece ese constante vencedor del corazón y de las pasiones. ¿Qué extraño es que diariamente nos finja afectos quién despues de todo así domina sobre su alma, cuando le vemos imperar sobre la materia, sobre la vida y sobre la locura, por medio de una horrible *carcajada?* Aquella palidez mortal, aquel aspecto cadavérico, aquella crispación de los dedos, aquella rigidez de los miembros, aquella desfiguración horrible, aquella elevación del pecho, aquellos signos espantosos, nuncios crueles de la locura que llega, que inunda aquel cerebro, lo desgarra, lo oprime bajo la presión del deshonor y lo deshace con la vergüenza; aquella carcajada, en fin, que nos destroza el alma, que nos agolpa la sangre al corazón, que obliga á nuestras sienes á latir algunos instantes con la violencia de una calentura, y que al fin se resuelve corrido el telón en una salva de aplausos que sofoca los sollozos, los suspiros y las expansiones de la congoja y del sufrimiento, todo esto es sin duda mucho más de lo que puede esperarse de un artista, inmensamente más de lo que hay derecho á esperar de un hombre.

Luego, el tercer acto complementa este trabajo; allí hay más lugar para la obra del talento: allí se deja hueco para las emociones dulces de la compasión y de la pena. Aquellos largos parlamentos en que se escucha el tristísimo lenguage de la demencia; aquel trastorno dolorosísimo de la razón, hallan en el señor Valero tales acentos, tan bellas y sentidas expresiones, tan verdaderos arranques, tan portentosas transiciones, tan artística y rica variedad, que á no perder algun detalle, algun eco, algun gemido, ó á ser posible dejar siquiera un minuto entre palabra y palabra para intercalar un aplauso, las palmadas y los bravos, no habrían dejado adelantar la representación.

Llega el desenlace, tremendo, dificilísimo, en que á la risa mortal sustituye el llanto salvador; empieza la convulsión en la ventana, donde luchan las fibras musculares con los hierros de la reja, y termina en brazos del amor y de la ciencia, con una última carcajada que se deshace en un raudal de lágrimas. Nada mejor hecho, más natural, más terrible y, sin embargo, más consolador: porque el espíritu acongojado se agarra à este postrer suplicio para buscar en él un auxilio. Ya sabe que aquella es la crísis, y esta idea le hace saltar por encima de aquella pena.

Baja el telón al fin y la ovación justísima, atronadora, ardiente, delirante, empieza.

Media hora de aplausos y voces, durante la cual sube y baja solo tres veces el telón, viene á sustituir al cansancio del artista la honda emoción que le produce todo un pueblo amante y justiciero: media hora de gritos y palmadas, en que el frenesí se escapa ruidosamente de todos los pechos, como el vapor por las válbulas de la locomotora, para dar al aire la expansión sonora y potente del más vivo entusiasmo y la más delicada ternura.

Un actor, el señor Aparicio, ofrece al gran artista una

tierna corona de laurel con frutos de oro, en cuyos anchos cabos verdes, se leen con áureas letras los nombres de todos los artistas de la compañía, con esta sentida dedicatoria «*Al maestro de todos.—Cádiz y Mayo, 11 de 1878.*» Otro actor, el señor Reig, con mano conmovida entrega al eminente actor otra corona, tambien de laurel y oro, en cuyos cabos, verde y blanco, aparece esta sencilla pero tierna ofrenda.—«*Manuel Gamir Aparicio, á su querido Director don José Valero,—Gran teatro de Cádiz.—11 de Mayo de 1878.*»—Otro tercer laurel parte todavía de la compañía: el señor don Serafin G. Marin, á quien habían olvidado sus compañeros, ó que no pudo ser consultado á última hora sobre este bello propósito, depositó por sí solo á las plantas del maestro una linda corona adornada con un vistoso lazo de seda grana, en que tambien se hallaban grabadas con caractéres de oro estas palabras.—«*Al eminente actor don José Valero.*»—Una nueva corona de hojas de laurel y espigas de oro, desciende desde lo alto engalanada con anchos lazos blancos, terminados con dorados flecos y manojos de espigas y bayas tambien de oro, en cuyos cabos se lee esta sencilla pero elocuente inscripción: «*A Valero, el cuarto piso.—Cádiz 1878.*» Un ferviente admirador del eminente artista, seguido de un niño, emblema de la pureza del sentimiento que perfumaba aquel laurel, depositaron aquel precioso símbolo en manos del Sr. Valero, en tanto que desde la techumbre, en pintados papeles, como llamas de varios colores que descienden del cielo del amor en una pentecostés del arte, bajan estampados en poéticos versos los ardorosos cantos de las musas populares. El artista toma el laurel, lee la dedicatoria, oprime la corona contra su corazón y, adelantándose al proscenio, saluda conmovido al pueblo de Cádiz agrupado como las hojas de aquella rama en inmensa corona de animadas cabezas, sobre el más alto círculo

del vasto salón. Un grito inmenso, centuplicado mil veces por el redoblado palmotear y animado con innumerables lienzos agitados vivamente, respondió al saludo del artista; jamás se ha visto espectáculo más brillante ni más conmovedor: se habían mirado cara à cara el génio y el pueblo, y del choque de aquellas dos grandezas brotaba la electricidad de la gratitud del uno y del amor del otro: era aquel el raro prodigio de un sentimiento á los piés de una inteligencia.

Triunfo nobilísimo del arte; el mayor, el más espontáneo, el más fervoroso y el más puro que hay en el mundo!.....

Tras la corona del pueblo, sobre cojin de terciopelo y en bandeja de plata, llegó al insigne actor el holocausto de la aristocracia: una corona de plata, con lazo del mismo metal, sirvió de delicada expresión al culto entusiasmo y á la ilustrada admiración del público selecto de esta ciudad: y otra corona, tambien de plata con frutos y lazo de oro y una ancha cinta de moaré blanca y rosa, de los señores Olea de esta ciudad, vino por último á expresar el sentimiento de la amistad y el recuerdo de antiguos años y aun no olvidadas glorias.

Mientras esta ovación se celebraba en la escena, en el cuarto del artista se operaba una rápida y elocuente transformación, fijábase un solio en la pared, en cuyo centro se leía en medio de un óvalo. «¡Gloria al génio!» Levantábase sobre cojines de terciopelo un rico sillón; y en dos trofeos dispuestos á los lados, colocábanse sobre yelmos y corazas coronas de laurel y entre lanzas y espadas verdes guirnaldas entretejidas. Cambióse el mobiliario por otro más rico, tendióse una alfombra grana y suspendióse del techo una araña.

Depositadas luego las coronas recogidas en la escena bajo aquel trono, y colocado junto á él el *Rey de la escena*

española, recibió allí su inmensa y enamorada córte, durante dos horas; los amigos y admiradores vinieron á estrechar su mano y á formular á su oido las más lisonjeras frases de afecto y admiración; las comisiones del pueblo, de sus compañeros y de sus servidores, le agasajaron y rindieron tributo: y terminada la función, á que dió fin la linda piececita *Sobre gustos no hay nada escrito*, un carruaje condujo al gran artista á su casa seguido de una música, victoreado por el pueblo y alumbrado por vistosas bengalas, menos vivas y ardientes que los sentimientos en que se inflamaban los tiernos pechos de los entusiastas gaditanos.

Tal es, muy por encima descrito, el brillante triunfo obtenido por el Sr. Valero en la noche del 11 de Mayo: juzgámosle muy suficiente para curarle de torpes heridas de la injusticia y la maledicencia, y para sustituir en su alma al pesar y las contrariedades, los afectos de la gratitud y de la gloria.

Nos complacemos, no solo en poder unir nuestra humilde felicitación á las voces del general entusiasmo, sino en anotar un suceso que tanto honra á nuestra ciudad y tanto justifica sus envidiables timbres de noble y culta.

TOROS EN CÁDIZ.

Hacía ya mucho tiempo, si el tiempo que tarda un mal en realizarse puede parecer *mucho*, que no se celebraba ninguna corrida de toros dentro de los muros de nuestra bella ciudad. Hasta pensábamos que ese enorme mon-

tón de leña vieja que constituye el circo taurino gaditano, ya desfigurado, desvencijado y roto por el tiempo, los huracanes, el mar y el uso en que le han mantenido las compañías ecuestres, acrobáticas y de otros varios géneros, no podría resistir el peso de toda esa muchedumbre que se reune para ver cualquiera atrocidad y mucho más si esa atrocidad es la tradicional que se nombra *Corrida de toros*.

Como suele suceder, alióse en extraño é impío maridaje, el espectáculo populachero con la festividad religiosa; que siempre los extremos se tocan para venir á producir los contrastes más chocantes y el cielo ha querido que en España sirva el sentimiento católico de manto unas veces y de raiz otras para mantener y desarrollar ideas y prácticas de inmoralidad y extravío.

La fiesta del *Corpus Cristi* sirvió de pretexto para la fiesta del *aminæ populorum;* y despues de haber asistido piadosamente á la expléndida procesión de un Dios sacramentado, gente hubo que lanzó el cirio ó el estandarte, por ir á prepararse en la taberna para la soez diversión tauromáquica de la tarde.

El pueblo entró en el redondel con hambre de barbárie; conocióse esto en la precipitación con que inundó el circo, cuajó los sillones y palcos y apisonó los tendidos de cabezas humanas de todas formas y expresiones, y de todos sexos y edades. Hasta algunas *damas*, si hemos de dar este nombre á las que asisten á los toros no más que para distinguirlas de los hombres, en ridícula y vanidosa imitación de lo que hacen las *mujeres*, ciertas mujeres de la córte, no retrocedieron ante el calor abrasador del día, que puede marchitar sus gracias algo más por lo visto que el espectáculo sus sentimientos. Pocas eran en verdad, hagamos esta justicia á nuestra ciudad; y no citamos el nombre de ellas, porque ni podríamos hacerlo con el de

todas, lo cual sería una injusticia, ni debemos tratarlas con la dureza con que ellas miran cuanto se debe al nombre de sus familias y á la fama de nuestra ciudad.

La corrida resultó mediana, al decir de las gentes, porque claro está que nosotros no la presenciamos: los toros fueron *blandos;* es decir, que no hicieron los desastres que hubieran sido precisos para que la fiesta fuera cumplida y satisfactoria. El Sr. Frascuelo no correspondió á la fama que le ha creado Madrid y que parece estribar en algo que no es seguramente su inteligencia y su habilidad como matador, sino en circunstancias extra-taurinas que no es de nuestra incumbencia averiguar, aunque parece que no les sucede lo mismo á algunos espectadores de nuestra plaza, quienes aludieron á ellas con tanta claridad como osadía, ante un concurso de 13.000 personas próximamente y con gran jolgorio del mayor número.

Lo cierto es que el Sr. Bocanegra, que debe ser un gran chiripero, resultó muy por encima del *diestro* citado, no ya en la suerte de la espada, sino en la circunspección, respeto y favor con que le trató el público. Además, el infeliz Frascuelo, que pisó la plaza de Cádiz con mal pié, recibió un varetazo en el puño, que le desconcertó la muñeca de la mano derecha, al pretender dar la muerte á su último toro. Pidió la gente que se retirase; pero el amor propio ofendido, que no deja de ser un bálsamo que hace la competencia al famoso de *fierabrás,* le hizo insensible al dolor físico y le permitió *despachar* aquel bicho, que tampoco podía desear otra cosa despues del tormento que le había procurado el *maestro.*

El público quedó descontento y desengañado; pero como las penas se ahogan perfectamente con vino, debió durar el disgusto lo que los vapores de Baco, y es muy posible que el empresario lo encuentre dispuesto al segundo desencanto el dia de San Pedro, para el que tiene anunciada otra corrida.

Como consecuencia de la del Corpus, á un carruagillo que habia estado paseando por las Delicias un gracioso grupo de jóvenes arrancados de algun cajón del circo taurino y que ostentaban en palabras, ademán y aspecto las señales de lo que es y produce una corrida de toros, al cruzar la calle Ancha, escapósele una rueda y cayó bajo el peso de la alegría y la felicidad sobre los duros adoquines del embaldosado. Unas contusiones y abolladuras en el cuerpo, pusieron término á aquel incidente, digno en verdad de mejor fin.

Y como la gente estaba estropeada y caldeada, y los paseos se hallaban frescos y eran baratos, los teatros estuvieron aquella noche poco concurridos. Pues sin embargo, no habia bastante razón para ese olvido: en uno de ellos al menos, en el Principal, ejecutábase la popular zarzuela del Sr. Picón (que estará tal vez purgando á estas fechas la osadía de haber criticado tan duramente á su patria de 1798,) música del Sr. Barbieri, titulada *Pan y toros*, obra que se extrenó con extraordinario éxito, á pesar de lo anti-taurómaca, anti-aristocrática, anti-clerical, y anti-lisonjera, en Madrid, el 22 de Diciembre de 1864.

A pesar de que los tiempos no han cambiado mucho, no ya de 1864, sino de 1798, el auditorio escuchó silencioso aquella larga sátira que empieza con la siguiente quintilla:

Hoy fusilan un soldado:
llorad, padres infelices,
aunque diga algun malvado
que le está bien empleado.
¡Hombre, mira lo que dices!

y acaba con las redondillas que siguen, dichas por Jovellanos, aludiendo á la España..... de su tiempo:

Ocho siglos con los moros

supo luchar y vencer,
la España que hoy llegó á ser
el pueblo de *Pan y toros*.
Dios á los buenos cristianos
no perdona en su amargura!
El nos salvará!..... Os lo jura
Don Gaspar de Jovellanos.
Que ya es la distancia corta,
vertiendo sangre y tesoros,
del pueblo de *Pan y toros*,
á la España del *No importa*.

No importa es una palabra prodigiosa en los últimos tiempos del reinado del Sr. D. Cárlos IV. Hoy tendría muy distinta significación y no se pronuncia; pero se ejecuta, lo cual no deja de llamarse progreso: por eso, para apreciar este debidamente, conviene de vez en cuando tener delante aquel término, ya olvidado, de comparación; y por eso no fué desacertadá la elección de la empresa en aquel dia en que Cádiz, no sabemos si había tenido pan; pero seguramente tuvo toros..... y vino.

Por otra parte, no sabemos como habría recibido España la representación de esta zarzuela en los dias en que el inolvidable Fernando VII establecía las clases de tauromáquia en sustitución de las universidades, que para maldito de Dios la cosa que servían, supuesto que los corregidores mantenían la siguiente doctrina:

Demos al pueblo espectáculos
que distraigan su atención.
Hoy, verbena y romería
con una docena ó dos
de riñas y de homicidios;
acá y allá procesión;
pedrea de cofradías

sobre qué santo es mejor;
un militar fusilado;
y mañana real función;
toros por mañana y tarde
en la gran Plaza Mayor,
con uno ó dos chulos muertos
si no lo remedia Dios,
y verá usté, amigo mio,
como á nadie queda humor
para ocuparse en la guerra
ni hablar más del Rosellón.

El buen Corregidor *Quiñones* tenía entonces tanta razón, que hablaba por boca de los potentados de la época, como hoy el pueblo toreador habla por la de la aristocrácia madrileña: antes, esta empleaba los toros contra el pueblo y para embrutecerle: ahora el pueblo defiende los toros contra la aristocrácia para degradarla. Lo peor es que en este juego perdemos todos, porque pierde el país; pero no hay duda de que el antiguo *Panem é circenses* es un gran recurso de la política: no importa el calificativo que el recurso merezca, siempre que sea eficaz para gobernar pueblos, y claro está que con un deleite proporcionado al grado de ilustración, los pueblos se dejan gobernar. Tambien es cierto que á un país ilustrado le repugnan invenciblemente los toros: luego es claro que, ó hay que embrutecerle para conservarle su afición, ó ha de faltar este recurso el dia en que haya ilustración. ¿Qué hacer? Distraer para gobernar y mantener la ignorancia para distraer, ó suprimir los toros, ilustrar las conciencias y dificultar grandemente la gobernación? Contesten otros: pero atiéndase á la pintura de la España de Jovellanos. ¿Será cierto que aun existen hoy muchos de la opinión del Sr. Corregidor, quien, refiriéndose al pueblo, exclamaba:

Es necesario que nunca
pase de menor edad!.....

porque

Desgraciados de nosotros
si llegára á saber más!.....?

La verdad es que los rasgos que todavía se conservan en lo alto y en lo bajo de nuestra España moderna, no permiten dudar de la exactitud del retrato que nos hace el Sr. Picón.

Oigamos al *Abate*, que es otra figura que, aunque algo modificada, no deja de encontrarse *sustancialmente* en nuestras sacristías y, lo que es peor, en nuestros domicilios, declarados inviolables por la ley, pero no por el fanatismo ni la hipocresía.

El *Abate Ciruela*, que no deja de ser un símbolo ó una personificación, empieza por pintar el Madrid de la última decena del siglo anterior; y entre otras cosas dice:

Ví empapeladas esquinas
con carteles de novenas,
retablos por todas partes,
procesiones y retretas,
portales con basureros,
muchos barrios sin escuelas,
á oscuras todas las calles
y ninguna sin taberna:
los hospitales sin sábanas,
las imágenes con perlas,
repletos los calabozos
y las cátedras desiertas.
Y hallé en la córte de España,
aunque imposible parezca,
más sacerdotes que legos,
más corchetes que sentencias,

más altares que cocinas
y menos casas que iglesias.

¿No es cierto que algunos de estos rasgos pudieran verse estampados en muchas ciudades, sin excluir á Cádiz, de la España actual? Pero véase ahora lo que el tal *Abate* dice en solfa, para que mejor pudiera aprenderlo el pueblo de memoria.

Como lleva en el bolsillo
su ganzúa el buen ladrón
para abrir todas las puertas
y robar á su sabor,
yo, pirata de hermosuras
y de vírgenes ladrón,
llevo, en trage de murciélago,
la ganzúa del amor.

—

Ni padres ni esposos,
con este disfraz,
de mi tienen celos
y déjanme entrar:
y á solas con ellas
en viéndome ya,
jamás perdí el tiempo
que tontos me dan.

—

Si alguna gran dama
á un baile se vá,
la empolvo el cabello,
la planto un lunar,
la quito de encima
veinte años ó más,
y en dulce moneda
me suele pagar.

Con bellas devotas
en grande amistad,
bordamos de noche
un paño de altar.
Despues chocolate
en pago me dán,
y luego juntitos
solemos rezar.

El capitan *Peñaranda*, que viene de la frontera francesa con cuatro heridas recientes para traer al rey noticia de los esfuerzos que hace un puñado de valientes por defender la patria de las ambiciones de Napoleón, dibuja el contraste que presenta la córte con el campamento, diezmado y desprovisto de municiones de boca y guerra, y dice, hablando de esta última:

Acá todo es algazara;
un pueblo que en nada piensa
porque le dan *pan y toros*,
una estúpida nobleza,
una córte relajada
y una camarilla abyecta.

No sabemos como hoy se dejan pronunciar tales palabras en el coliseo de una capital de provincia; pero ahora recordamos que se trata de los tiempos del bueno de Cárlos IV: lo que este no hubiera dejado ni pensar, lo charla hoy un modesto ingénio (que ya está en el Cielo) desde el fondo de una zarzuela popular. El pueblo gaditano oyó estas palabras quizá con asombro, quizá con remordimiento, ó quizá con religioso respeto; puesto que parecían venir de ultra-tumba.

Y basta, que no hemos de insertar entero el libreto del Sr. Picón.

Reasumamos por lo que hace á nosotros. El dia del

Corpus, Cádiz tuvo toros; no sabemos si tuvo pan; pero es muy posible que deje de tenerlo pronto. En tal caso, tambien ignoramos si entretendrá el hambre con las corridas taurinas; pero es muy posible que no, puesto que en los candorosos reinados de Cárlos IV y Fernando VII, con ser el pueblo tan ignorante y tan ciego, tuvo necesidad de pan; y entiéndase que con el estómago lleno pueda distraerse el ánimo con las lídias tauromáquicas; pero no que asimismo estas distraigan del hambre que es el mal que nos amenaza.

Un pueblo puede olvidar la guerra cuando está divertido: Cádiz se burlaba de sus sitiadores en el Balón; mas hay que temer que cuando tenga hambre se olvide de los toros y caiga en el desliz de pensar en la política, en la economía, en el derecho, en la administración ó en cualquier otro objeto de este calibre, y entonces, estamos perdidos!.....

El *Corpus* puede convertirse en *Sanguis*, y la plaza de toros remedarse en las de abastos; entonces, así como en las tabernas se desata la barbárie enseñada y absorvida en el circo taurino, pueden en los hogares venir á desfogar los sentimientos trágicos suscitados en las plazuelas. ¿Qué harán entonces los hombres de la España de *Sin pan ni toros*? ¿Dónde están Jovellanos y Saavedra? ¿Serán los políticos modernos los que salvarán el conflicto? ¿Resistirán nuestros ínclitos generales al pueblo que no pudo resistir el *Capitan del Siglo*, el génio militar de Austerlistz?

Dejémonos de toros y tabernas y vamos á las escuelas y á los talleres; echen los hombres el brazo al ganado y vayan juntos á labrar los campos: dénse las manos pobres y ricos en lugar más digno que una plaza taurina y con ocasión más decorosa y útil que una lidia, y esfuércense por resolver los problemas que tiene planteados

con mortal angustia la mísera España, á ver si la madeja se desenlaza sin romperse y si podemos, con mancomunados esfuerzos, entrar en las vías de la ventura y en el concierto sereno y magnífico de la civilización moderna.

Ya se vé como con el pensamiento de las Sociedades Protectoras, se enlazan las más graves cuestiones sociales; que no es la sola defensa de seres útiles y débiles lo que la tal Sociedad se propone; sino el mejoramiento moral del hombre, su ilustración científica, su educación estética y su redención de una multitud de errores que son otras tantas esclavitudes en que le mantienen hábitos de viejos tiempos ó malicias y aturdimientos de los modernos.

Los que no piensan y los que piensan mal, que desgraciadamente suelen ser el mayor número, pueden explicar esa obcecación con que se aferran tantos á las prácticas y usos más nocivos: si así no fuera, el progreso que entra en el movimiento social por las puertas que le abren la inteligencia y el valor de los menos, no encontraría tantos y tan penosos obstáculos y se realizaría pronta y holgadamente. Bastaría la enunciación del pensamiento nuevo, su discusión racional, que vendría á significar esa ley de la lucha, crisol por donde ha de pasar toda idea reformadora, y su expresión en fórmula concreta, clara, decisiva y legal, y el adelanto se habría consumado.

No es así por causa de la ignorancia de unos y de la malicia de otros, y menester es vencer la ignorancia con la luz y la maldad con la virtud. Esto hacen las Sociedades protectoras en su esfera y esto es lo que acredita su grandeza y les tiene asegurado su porvenir.

ALGO PEOR QUE LOS TOROS.

¿Quién sostendría que no tiene el mal su fecundidad? Si por sí no fuese transcendental, el hombre aguzaría el ingénio para darle riqueza de forma y cantidad de resultados. Donde el hombre pone su espíritu, brota un raudal; lástima grande que no lo ponga siempre al servicio del bien, porque inundaría de beneficios la tierra!

Mas trabajando, por ejemplo, sobre la afición taurina, y siempre aguijoneado por el ánsia de lucro y el intento de la especulación, que dicho sea de paso, son los que muy particularmente sostienen los espectáculos taurinos entre nosotros, el ingénio humano ha llegado á producir las combinaciones más monstruosas, más ridículas y más perjudiciales que pueden concebirse. Es decir; que ha demostrado, como si la cosa mereciese el trabajo de una demostración, que el mal tiene su transcendencia, porque tambien cabe en él el progreso.

Y hé aquí lo que por nuestra parte vamos tambien á demostrar: esto es, que el hombre se ha complacido en hacer con lo malo todo el mayor mal posible, y que para eso ha tomado el espectáculo taurino, y dejándole asociado en repugnante y sacrílego contubernio con la beneficencia, lo ha rebajado, le ha quitado su fiereza y sus alardes de brutal temeridad y ha sustituido sus peligros, ocasión de sus empresas de valor, por la mogiganga grosera, por los lances humillantes, por las bufonadas ridículas y por los detalles en que el horror es sustituido por la repugnancia.

Hé aquí un documento en que todo ello queda evidente é irrecusablemente comprobado:

Plaza de toros de Palencia.

(Aquí la imagen de un toro, que ofrece la muestra del estado en que se encuentra entre nosotros el arte de la estampación taurófila.)

Gran corrida de Vacas y Becerros para el dia 23 de Julio.

Vacas y becerros; esto es, las madres y los hijos; no se libra de la crueldad humana ningun individuo de la familia cornúpeta; ni el sexo, ni la edad son causa de excepción. Verdades es que tampoco son óbice en el género humano, puesto que hemos visto varias veces con espada y muleta á las mujeres y á los niños, aunque tambien hemos visto á estos últimos, y lo han visto sus madres, enganchados en los cuernos del toro, y á aquellas tambien las hemos visto, y las han visto sus hijos, rodar por la plaza con las enaguas liadas en la cabeza.

«Con superior permiso, y si lo permite el tiempo, á las cuatro de la tarde del indicado dia se verificará una extraordinaria corrida de cuatro vacas y dos becerros, procedentes de una acreditada ganadería de Salamanca, destinando los productos á los pobres acogidos en la *Beneficencia.*»

Con superior permiso: estas cosas siempre se hacen con licencia de la autoridad, lo cual demuestra que la autoridad da siempre la licencia, con lo que á su vez se prueban las relaciones que las autoridades españolas suelen guardar con la civilización y la cultura de los pueblos, lo que trabajan por la corrección de las costumbres, lo que previenen los escándalos, las catástrofes y otra multitud de daños y lo que se ocupan de esos deberes que les impone el carácter tutelar y ejemplar con que se presentan engalanadas y robustecidas en los libros de derecho administrativo, ante la inteligencia de esa juventud perspicaz que estudia en nuestras universidades.

Estos jóvenes, convenientemente preparados para ser ministros, gobernadores y alcaldes por supuesto, comprenderán fácilmente que lo primero que hay que hacer para desempeñar el cargo á gusto popular, es dar completamente al olvido lo que les enseñó enfáticamente su docto profesor en la carrera administrativa; y lo segundo es convencerse de que, para distraer á las gentes, no hay como embrutecerlas y enrabiarlas con espectáculos taurinos, y para socorrerlas y enseñarlas la práctica de la caridad, tampoco hay cosa mejor ni más derecha que mostrarles la piadosa alianza de la beneficencia con el tauromaquismo. Llegados á este extremo, es probado que mañana, y pasado, y por siempre jamás *amen*, las corridas de toros, vacas y becerros habrán de celebrarse con toda esa legalidad, ese respeto y esa perfecta posesión que se envuelve en esta frase: *Con superior permiso.*

Dado el permiso, ya no hay que hacer sino echarse en brazos de Dios; y por eso se agrega: *y si el tiempo lo permite.*

Desgraciadamente el tiempo lo permite casi siempre; que no ha de andar la Providencia tras de los hombres cogiéndole las erratas al libro de su racional cultura y progreso; y si no lo permite, tambien sabe el hombre salirse con la suya á pesar del fragor de las tempestades; que no hay chubasco que baste á resfriar el entusiasmo con que se ejecutan las atrocidades, ni truenos y rayos que estorben al placer misterioso de contemplarlas y aplaudírlas en los demás desde el tendido y bajo la débil techumbre de un paraguas.

Luego, la idea de que todo aquello no es más que para la beneficencia, seguramente que puede arrimar algo de ardor al ánimo que flaquea. Que resbala un torero y sustituye el charco de agua por otro de sangre; sea todo por Dios y por los pobres! Que se cae un picador y se deja

las muelas y aun las quijadas incrustadas en el barro; ¡paciencia! mucho lo celebrarán los enfermos del hospital y los niños del hospicio! Que se cae el diestro y se atraviesa la espada equivocándose de cuerpo, ó el toro con la pezuña le pone la columna vertebral en contacto con el esternón: ¡desgracia inesperada; pero á bien que las monjitas ó los pobres del asilo salen ganando! Todo esto es delicioso y sobre todo de una religiosidad intachable!

Sigamos, pues, con la papeleta: «*Órden de la función.*

1.° Sinfonía.

2.° Se lidiarán, por los aficionados que gusten bajar al redondel, *cuatro vacas*, exceptuando los niños y ancianos.»

Sinfonía! Nunca se ha llamado así á la chanfaina que ejecutan los murgas trompeteras que por lo comun amenizan las corridas de toros. Suponemos que no serán maestros concertistas los que concurrirán á la plaza de Palencia, ni acostumbrarán los taurómanos de aquella ciudad á oir las obras clásicas alemanas entre el *Salga el toro*, y el *Que lo maten*, que es el sentido de los cornetines y trompetas en esos espectáculos.

Sinfonía! Hasta esta palabra técnica y que designa una composición séria y respetable, sienta pésimamente aplicada al detalle musical de una lidia. En los toros no caben más que ruidos; bandas de mala muerte; metal, mucho metal y potentes pulmones para llenarlos de viento, es lo que se necesita y lo que se aplica á esas fiestas, porque el divino arte no podría hallarse al servicio de la rudeza y la inhumanidad de unos hechos y unas gentes que aparentan ser de todo punto extraños á los más espontáneos y primitivos fenómenos de sensibilidad racional.

Se lidiaran cuatro vacas, por los aficionados que gusten bajar al redondel. No deja de ser cosa nueva una lidia en que

no hay cuadrilla, por la sencillísima razón de que se espera que todo el pueblo sea lidiador: y puesto que las que se van á torear son vacas, deferencia debe haber sido esta guardada al bello sexo vacuno. Cosa original y por demás graciosa es una semejante invitación hecha al pueblo (con excepción cuerda y piadosa de niños y ancianos), para que muestre de improviso su arrojo y destreza tauromáquicos.

¿Qué concepto tendrá la empresa del honrado pueblo palentino? Se figurará que hacer una rica manta ó un famoso cobertor, es lo mismo que echar una elegante *verónica* ó poner primorosamente un buen par de banderillas? Pues qué ¿no hay más que convertir en toreros á los hombres por arte y prodigio de una corrida de toros, ni más ni menos que si un Sr. ministro hiciese doctores de real órden á los memorialistas de portal, ó una revolución hiciese ministros de los jefes de barricadas?

No hay que confundir poderes ni procedimientos: una empresa taurina no vale tanto todavía como una revolución, ni un cartel de toros puede compararse con gran exactitud á una real órden, al menos por ahora.

Aunque el programa de la fiesta taurómaca de Palencia suponga á los pacíficos y sensatos habitantes de esta ciudad, con instintos, aficiones, deseos y entusiasmo toreadores suficientes, siempre les faltará esa educación *artística* que distingue á los profesores y enaltece la carrera y que se adquiere en dehesas, tentaderos, herraderos, mataderos, plazoletas y circos de tercero y cuarto órden.

No por que la enseñanza se mantenga libre, á despecho de los ministros restauradores, en este ramo importante de la ilustración española, hemos de entender que los palentinos se hallan de improviso en el caso de arrostrar los diversos lances de una lidia, sin haber pasado por la escala gerárquica de los toreros ni haber practica-

do, bajo la dirección de los maestros, los diversos ejercicios de capeador, banderillero, puntillero, media espada, sobresaliente, etc., que constituye esta famosa, cuanto lucrativa profesión.

A menos que la empresa de Palencia haya querido abrir escuela y adiestrar de un golpe á toda la población!.. A menos que se haya creido que invitando á tomar parte en el espectáculo la concurrencia iba á ser mayor!..... Si fué lo primero, qué desatino! siempre habrá una parte, y la más excelente de sus habitantes, que mirará como una falta de sentido comun ó como un insulto semejante excitación: y si no la hay en Palencia, la hay seguramente en España, lo cual es mucho peor para la empresa. Y si lo segundo, que tontería! ¿acaso las nueve décimas partes de los que concurren á las corridas serían capaces de ponerse á veinte pasos del toro y á un metro de la barrera? Es seguro que una de las cosas que más moverían la curiosidad de los palentinos el 25 de Julio, sería ver quiénes eran capaces de aceptar la invitación de la empresa y de qué modo saldrían airosos de su atrevimiento ó pagarían su insensato arrojo.

Y puesto que segun la letra del permiso dado para torear al público, las señoras no estaban excluidas, es de suponer que tambien bajaría al redondel otra cuadrilla con faldas. Hijas de aquellas célebres matronas de Sagunto y Numancia, que desearían probar al mundo cómo la rueca y la aguja no han desvirtuado la fiereza de su sangre, por más que se haya torcido un tanto la dirección de su ardimiento con la influencia de la educación que damos á la mujer en el siglo XIX y de la que nos tomamos nosotros entre protestas de patriotismo, alardes de libertad y vociferaciones de moralidad y cultura.

La empresa procuraba la ocasión de conocer á esas heroinas por fuera; los cuernos del toro se encargarían de

mostrarlas por dentro: el público palentino ciertamente que pasaría un gran rato: la diversión debió parecerles barata á todos.

Concluyamos.

«3.º Se soltarán *dos becerros* para los chicos de 14 años abajo que quieran tomar parte en la lidia, no permitiendo durante ella estar en el redondel más gente que la que tenga la edad expresada.»

La excepción establecida en el número anterior del programa, ha venido á tierra en su mitad con esta última torpeza.

Se soltarán dos becerros para los chicos de 14 años abajo: abajo! que barbaridad!..... Hasta los que gateen!..... Y no se les ofrece que lidien, sino que se les *soltarán* dos becerros, por el gusto de verlos correr, ser cogidos, ensartados, volteados y reventados. Y esto se les brinda á los padres; y se les brinda para que se diviertan!..... Pero de qué tienen las entrañas los palentinos, de lana?—«Mándenme Vdes. los chicos—dice la empresa á los padres y madres de Palencia:—mándenme Vdes. los chicos á la plaza, que les voy á *soltar* dos bichos y verán Vdes. lo que nos divertimos. No importa que apenas puedan tenerse en pié: al contrario, si son grandullones no sirven para la fiesta; como tengan más de catorce años no los admito.—Pero señores y si nos los matan los becerros ó nos los lastiman?.....—Y qué importa?, con tal *que quieran tomar parte en la lidia*, á nadie podrán quejarse despues.

¡Luego se dirá que no hay respeto á la libertad humana, ni se ofrecen ocasiones para acostumbrar al ejercicio de la autonomía individual! ¿Se dirá que la empresa de Palencia no está bien empapada en los principios modernos? Véase qué manera de rendir culto á la voluntad libre, ilegislable, inalienable é indestructible del sér humano, hasta en su expresión más germinal y débil.

¿Quieren Vdes. torear niños, adiestraerse, amamantarse en el toreo?; pues suelten Vdes. la saya de sus madres, tiren el rosquetillo y las avellanas que saborean espantados sobre el tendido, y con la capa de padre, la colcha de la cama, ó el pañuelo de los mocos, vengan Vdes. á repetir al vivo esos graciosos juegos que tanto os deleitan en las plazas y paseos los dias de fiesta, con gran satisfacción de vuestros progenitores y paisanos.

Y lleven entendido que no se permite estar en el redondel durante la lidia, á *más gente que la que tenga la edad expresada:* es decir; que estareis solitos, que os las manejareis como Dios os dé á entender, y que si os parte el corazón el toro, para eso que vuestra soberana voluntad lo habrá querido, que vuestros tiernos padres lo han autorizado con su permiso y su presencia, y que las autoridades locales y nacionales, civiles y políticas, judiciales y religiosas han dado su licencia y han honrado con su asistencia y dirección el acto. ¿Puede hacerse la atrocidad con mejores formas, con mas excelentes condiciones, con más respetables requisitos y de un modo más legal y justificado? Ignoramos cual fué el resultado de la corrida de toros celebrada en Palencia el 25 de Julio; pero es seguro que si no hubo desgracias, no fué ciertamente por culpa de la empresa ni de cuantos idearon, coadyuvaron y consintieron tamaño atentado contra la prudencia y la humanidad.

El sentido comun popular, los gritos de la Naturaleza, y la chiripa ó la Providencia, que dirige por encima de hombres y de sucesos los destinos de las gentes, elementos son con que nunca se cuenta para tales cálculos como para otros muy diversos y que sin embargo, siempre vienen por fortuna á imponer sus benéficas soluciones en los casos desatinados.

Con que ya se vé cómo existe progreso en el mal, có-

mo puede empeorarse el espectáculo taurino y cómo, por lo tanto, se justifican cuantos esfuerzos hagamos por desterrar esta horrible afición de nuestros gustos y nuestras costumbres.

SOCIEDAD PROTECTORA
DE LOS
ANIMALES Y LAS PLANTAS
DE CÁDIZ.

UNA NUEVA PROTESTA.

Ni es fácil empresa luchar contra hábitos apoyados y defendidos por errores del corazón, ni grata tarea, cuando se tiene un alma generosa y un profundo amor al pueblo en que se ha visto la luz del dia, el arrebatarle sus míseras aficiones, el afearle su conducta y el criticar públicamente algun detalle de su vida.

Quien crea que ésta misión se explica por un espíritu de malevolencia, ó por cierto egoismo de escuela incompatible con la ternura del corazón y hasta con la lealtad de la conciencia, se equivoca grandemente. Y quien, irritado con la desnudez de poderosas razones ó con la amargura de la verdad, se alza con rabia, maldice con ira ó se lanza con saña contra el crítico, se equivoca tambien del modo más lastimoso.

Cuando se ha nacido del pueblo, cuando se ha participado de sus luchas y de sus esperanzas, cuando se han absorbido sus costumbres, se han sentido sus instintos, se ha gozado con su grandeza y se ha padecido con sus errores, es imposible sentir odio en el pecho y terquedad

en la mente. Y cuando ha llegado al entendimiento la conviccion de un vicio ó se ha vislumbrado el funesto resultado del error, no hay más remedio, es un deber imprescindible publicarlo, enseñarlo por todas partes, aconsejar á todo el mundo la extirpación.

No hay, pues, que irritarse contra la idea que la *Sociedad Protectora* defiende, ni que reconvenirla por el valor con que expone sus razones y la constancia con que insiste sobre ellas, ni que impacientarse por la firmeza y la asiduidad con que impone, aconseja ó suplica la corrección de ciertas prácticas y la supresión de ciertas otras.

Ya comprendo, que si difícil es hacer mudar de opinión al obcecado, mucho más difícil es cambiarle los gustos al que padece de aberración sensible; porque sin duda se llega más fácilmente á los senos de una razón tranquila que á los profundos pliegues de un corazón alucinado; mas á nosotros toca medir las dificultades de la empresa, escogitar los medios y procurarnos esa fé que allana los montes y que vence las vanidades y los caprichos. Y téngase entendido que, si á muchos molestan y hasta enojan nuestras ínfulas de regeneradores y nuestra persistencia en esta obra de redención moral, para nosotros, ni puede ser agradable la de corregir vicios y curar dolencias, ni menos cosa satisfactoria la de recibir á cada paso, como demostraciones de una injusta impopularidad, el ridículo con que nos hieren los sábios, las sinrazones con que nos condenan los nécios, y los airados insultos con que nos maltratan los alucinados y mal engreidos.

Dicho esto en defensa de nuestra tenacidad é insistencia, vuelvo hoy, por encargo de la citada *Sociedad*, á alzar una enérgica protesta contra los espectáculos tauromáquicos, tan frecuentes en la actual estación, y por desgracia tan prodigados en ciertos pueblos de España, con más daño de sus actores que de la idea que defiendo, y

menos provecho para el decoro de nuestro país, que para la *Sociedad Protectora*.

No veais en mis ataques una simple agresión contra vuestros gustos; no mireis en mi crítica una saña contra vuestros caprichos individuales: mirad y ved en mis palabras la defensa de vuestro decoro y el deseo de vuestra cultura, más aun que como individuos, como colectividad de raza y de nación.

Sí; yo ataco las costumbres populares y los antojos aristocráticos: yo combato los hábitos generales que sostiene una tradición lamentable, hoy ya sin razón ni grandeza. Cuando las necesidades son de cierto género, las costumbres que vienen á satisfacerlas se calcan por las mismas necesidades; pero cuando estas varían y otras nuevas aparecen, empujadas por el progreso y sostenidas por las modernas ideas, los usos deben cambiar tambien, siempre dóciles y amoldables á las condiciones de la existencia actual de los pueblos. En el estado presente de nuestra civilización, ya no pueden sostenerse las *Corridas de toros*: el pensamiento envuelto en ideas de libertad y de dignidad, de justicia y de grandeza, arrastra consigo el corazón retenido por una red de hábitos ciegos y de usos viejos y rutinarios: la lucha tiene que concluir por romper, si no puede desatar, una á una las mallas de esa red; porque es incontrastable el poder regenerador de aquellas ideas. Y si es cierto que los pueblos suspiran por una vida racional; y si lo es que no hay grandeza, ni popularidad, ni perfectibilidad, ni ventura, ni plácidos destinos en la tierra, sin igualdad y libertad, sin moralidad ni justicia, menester es que el corazón deshaga con resuelta mano los lazos de un tradicionalismo vergonzoso, que cuando no clava á los pueblos en el centro de sus añejas costumbres, les hace ir á la rastra tras el carro triunfante de la civilización extranjera.

En las batallas de la vida social y pública, sucede lo que en esas guerras íntimas que se dan dentro de las conciencias; que la razón no vence sin el sacrificio de un capricho, de una pasión ó de cualquier otro interés sensible: para que la justicia triunfe, es menester que el corazón confundido sucumba; para que el deber se cumpla, es preciso que el tiránico antojo se destruya. La conciencia privada, como la conducta general, no puede ceder á dos señores: si el corazón nos manda y el gusto nos domina, el interés racional ha de enmudecer y lo reflejo y libre retroceder ante lo ciego y arbitrario; si, por lo inverso, la razón ha de imperar y el deber ha de ser brújula del destino y pauta de la libertad, es preciso que el capricho calle y que el hábito sensible se arruine y muera. La justicia es incompatible con el deleite; la humanidad con la crueldad, el progreso con la tradicion, la idea nueva con la práctica vieja, el derecho con la tiranía, la libertad con los abusos, la dignidad personal y general con los espectáculos de la obscenidad ó la barbárie.

Ahora bien; todo nuestro triunfo estriba en demostrar claramente y repetir hasta la saciedad, que ni el interés verdadero delhombre, ni las exigencias actuales de un pueblo, consisten en ceder á lo que halaga, en fomentar lo que deleita, en defender lo viejo solo porque es costumbre, y persistir en la rutina no más que por una razón de educación.

La persistencia que se apoya en si misma, está confesando su propia falta de fundamento; decir que los espectáculos taurinos deben sostenerse porque se hallan apegados á muy viejas costumbres, es lo mismo que buscar por ejemplo la exculpación de un vicio, alegando que se contrajo en la infancia. La vejez de un hábito, solo explica la necesidad del mayor esfuerzo para desarraigarle, pero en modo alguno su respetabilidad, ni su conveniencia.

Otras muy viejas prácticas han desaparecido; porque gracias á Dios, no vivimos con las condiciones sociales del siglo pasado siquiera, y si la que hoy atacamos subsiste, no es por vieja, sino por placentera. Claro está que con otra dirección dada á la inteligencia y con mejor cultivo para el corazón, seca la raiz del placer que mantiene viva esta planta, se llegará á secar y á morir ella tambien.

Tales son nuestras esperanzas: no nuestras razones solamente, que ya sabémos el valor que tienen las razones para los espíritus alucinados, sino la obra natural más que nada de la moderna civilización, el espíritu de libertad que se agita en la atmósfera social y que aspiran con delicia todas las conciencias y las conquistas de la nueva sabiduría que nos invaden sin cesar y por todas partes, y que, como los antiguos ejércitos de Alejandro, traen entre las vencedoras lanzas las banderas del progreso, esos serán los que triunfen de la preocupación intelectual y de la aberración sensible, representadas entre nosotros por los circos tauromaços, como en otros paises por las riñas de gallos, los boxeadores, las vivisecciones, y otras prácticas.

Un espectáculo que rechaza de su seno á la mujer, viene ya herido de muerte á la vida social; precisamente para el goce, es para lo que el hombre se asocia con su compañera, no para el sufrimiento; y precisamente por eso, y por el deseo de sostener unos espectáculos que le agradan, el egoismo varonil se empeña en atraer á ellos á esos séres delicados, cuya naturaleza, por encima á veces de su docilidad, protesta contra la violencia cruel que se les hace obligándoles á presenciar esas horribles escenas de sangre y exposición.

A nadie puede ocultársele que el sitio de una señora no está en *las plazas de toros*: no es posible que á ninguno se le esconda que una señorita no puede hallar en esos

espectáculos ni uno solo de los elementos que reclama una buena educación; y como donde no está la ganancia anda cerca la pérdida, es evidente que una jóven educada en los circos tauromacos, que puede resistir el espectáculo brutal de una lidia y que no siente en su rostro el peso de la vergüenza ante cualquiera de los incidentes que amenizan y alegran esa fiesta, no presenta las mayores seguridades de que pueda ser una buena, una tierna, una delicada madre de familia. Yo lo siento mucho; pero ese ideal sublime de la maternidad, ese ideal poético de la casta esposa, y ese otro ideal purísimo de la virginidad moral de la doncella, que encontramos en los libros y que buscamos en la vida real, no se construyen con los materiales proporcionados y recogidos en una plaza de toros.

Aun más puede afirmarse; la nobleza varonil, la elevación del pensamiento humano, las enseñanzas que enaltecen la conciencia del hombre, el verdadero valor viril, ese valor que algunos creen equivocadamente recibir de la espectación y la familiaridad de actos crueles y sanguinarios, no se hallan tampoco en los circos taurinos.

Nada más ridículo que el *marquesito toreador*; nada más repugnante que el *noble pétrimete* que asienta su ilustre ejecutoria sobre los agudos lomos de un desdichado jamelgo, que empuña con aristocrática, pero débil mano, ese instrumento terrible llamado *pica*, que brinda con atiplada voz, que quizá el vino hace provocativa, una repugnante suerte al ídolo taimado de sus amores, y concluye por mostrarle, manchados con la sangrienta arena, sus huesos y sus títulos de nobleza juntamente.

Nada más risible que todo aquel lio de pergaminos ensartado por los fondillos en los cuernos de un torete brayucón, ó aquel ilustre heredero de viejísima prosapia clavándole con medrosa mano al toro los traidores rehiletes

á dos dedos del rabo; ó aquel perfumado pisaverde objeto de pomposas esperanzas y centro de orgullosos proyectos, empleando su ingénio en confeccionar un brindis con estilo *macareno*, y su gracia y su ardimiento en asesinar á un bicho con cien puñaladas de otras tantas torpezas.

Figuraos una plaza llena en la parte baja por el pueblo y en la alta por la nobleza, que siempre la aristocracia es cosa que se sube á la cabeza; si en el circo hay toreros, los vapores del entusiasmo popular han de dar vahidos al decoro del elemento nobiliario; si en el circo hay caballeros, los picantes antojos del tendido, siempre en guerra con el palco, han de ser un cáustico aplicado á la vanidad y al amor propio de la nobleza. Iniciada la rivalidad entre elementos tan opuestos, la lucha puede ser terrible, y el vencimiento, sin ser profeta, ya puede concederse al pueblo; es el número, es la bulla, es la fuerza, y á más de todo, es la razón; la grandeza no tiene allí su sitio. En balde ha querido democratizarse; la populachería se le viene encima, para aumentar esa indigestión de democrácia que siempre han padecido los aristócratas.

Hay que desengañarse: á la manera que no es posible embellecer, ni suavizar, ni poetizar, ni enaltecer los espectáculos taurinos llenando de bellas señoritas y de nobles damas la plaza, tampoco se puede ennoblecer ni ensalzar una corrida trocando el fraque por la chaquetilla bordada, ni llegar à popularizar los timbres nobiliarios, descendiendo, con olvido de la genealogía, à la humilde arena del taurino redondel.

Cualquiera diría que tocaba al plebeyo imitar la conducta del noble; á cualquiera se le ocurre que siempre ha querido el noble servir de modelo al plebeyo; ¿cómo se explica que la nobleza venga á buscar á la plebe al terreno de una institución lamentabilísima, y que se burle

ó se irrite áquella, ante el natural antojo que suele sentir esta última de ir á buscar á su competidora hasta lo alto de sus soberbios alcázares y de sus pingües rentas? Qué afan se explica mejor? Observad que el del pueblo es eminentemente dramático, en tanto que el de la aristocracia es del más perfecto ridículo; y que si aquel produce llamas y sangre, este puede producir gritos y silbas. Además, el uno conduce al otro; una visita temeraria hecha por la invasora aristocrácia en las costumbres populares, puede producir que el pueblo entre en ganas de pagarla tumultuosamente un dia, interrumpiendo sus festines y hollando sus títulos.

Está demostrado que es muy difícil el papel de *noble populachero* desde los tiempos de *Felipe Igualdad* y del *Príncipe Deseado*. Y no es el único peligro que corre un noble al transformarse en torero, el de ser ensartado por el demagógico cuerno de un toro de Lesaca. No creais que porque el pueblo está á vuestros piés en la plaza de los toros, sois dueños de entregaros ante él á todos vuestros caprichos; si os plantais en el redondel, os aturdirá con sus gritos; si os poneis contra él, os embestirá con sus armas. ¡Se embiste tan fácilmente el dia de una lucha á aquel con quien nos hemos codeado el dia del placer!

Mas no es el miedo, sino la razón, lo que debe alejaros de los circos taurómacos: no es el orgullo, sino la dignidad, lo que debe manteneros en vuestra venturosa posición de modelos, no es el capricho el que debe arrastraros á la corrida, sino el sentimiento de vuestra misión lo que debe obligaros á combatirla, aconsejando al pueblo que deserte de sus tendidos como vosotros habreis desertado de vuestros palcos.

Por lo mismo que sois á vuestra vez los representantes de las tradiciones españolas, estais más comprometidos á mantenerlas limpias de todo desdoro y exentas de toda

mancha; y por lo mismo que quereis marchar con ellas al frente de una nación gloriosa y noble, debeis purgarla de cuanto la afea y desembarazarla y desbrozarla de cuanto la entorpece.

Nada ni nadie ganará más que vosotros mismos: haga, pues, la nobleza lo que la ciencia y la moralidad aconsejan, que la verdadera conveniencia para todos se halla siempre del lado de la civilización del país y del enalteci-miento general de la patria.

EL REY EN LOS TOROS.

La ley inflexible del destino tiene unas compensaciones terribles; pero admirables en su crueldad y dureza.

Cuando dá la ciencia, quita la riqueza; cuando dá el valor, quita la sabiduría; cuando dá la virtud, quita la posición social: cuando dá la gerarquía, pone la desventura.

Hay virtudes desdichadas que causan satisfacción, y triunfos famosos que es preciso compadecer.

Momentos al menos en que se envidia la independencia del mendigo honrado, y en que dá dolor la triste esclavitud del poderoso. Casos en que se exclama;—¡qué infeliz más dichoso!—ó—¡qué dichoso más infeliz!

Ocasiones en que se daría una corona por un andrajo, ó una tiara por una cruz!.....

Entre los seres desventurados de la tierra, figuran, los primeros en mi concepto, los reyes.

Parece mentira que sobre las gradas del trono se halle la desgracia: la desgracia engalanada con el rico ropage de la dicha, es un sacasmo cruel: y sin embargo, por

bajo de los régios atavíos es fácil percibir ese sarcasmo. Un rey malo, es un tirano: y un tirano suele dar á los pueblos una lección de felicidad al compás de los latigazos, que concluyen aquellos infelices por aprender de memoria y repetir en coro. Sarcasmo horrible de una boca que acaricia y un brazo que hiere; de algunos millares de labios que ríen y unos cuantos millones de ojos que lloran. Un rey bueno, es un esclavo infelicísimo; porque tiene muchos señores á cual más déspota y caprichoso: el favorito, el consejero, el confesor, el magnate influyente, el cuerpo consultivo, el general temible, el orador popular, el partido dominante, el elemento que le encumbra y que le apoya, etc., etc.: el uno le acosa, el otro le inspira, aquel le aconseja, estotro le amenaza, alguno le alienta, ciertos se le imponen, otros le contradicen, casi todos le fuerzan, le roban la iniciativa, le despojan de su originalidad, le infiltran nuevas pasiones, le deslumbran con el sofisma ó le arrastran con la seducción, y le aturden, y le esclavizan, y le dejan lleno de dolor bajo el régio dosel, que no basta á encubrir tanto infortunio. Parece mentira, como las oleadas de la miseria humana suben lamiendo los escalones del trono y ahogan murmurando lentamente la magestad del rey!..... Sarcasmo cruel el de un siervo real; debilidad y sujeción con el ropage del poder y la libertad: una cabeza que se levanta y una conciencia que se postra: unos millares de frentes que se inclinan y otras tantas voluntades que se imponen....

En los actuales gobiernos de la decrépita Europa, esos hijos políticos de la filosofía ecléctica que á principios del siglo nos enseñaba la ingeniosa Francia, existe como fundamento la graciosa paradoja, forma á la moda de ese sarcasmo de que acabo de hablár, de que *El rey reina; pero no gobierna.* Y en efecto; reina de un modo tal, que cualquiera le gobierna; pero.... y á los pueblos ¿quién los go-

bierna? Es lo cierto, que reinar sin gobernar es cosa triste: tiene todo el aspecto de una generosidad y es una usurpasión; parece una garantía y es una exposición; semeja una independencia y es una esclavitud: por eso digo que es un sarcasmo.

Veamos un ejemplo, y ábrame paso para salir de la política que me infunde repugnancia, casi miedo, y que no es ni puede ser mi ánimo en este momento.

Un príncipe jóven, sometido al aprendizage de los talentos y virtudes que pueden hacer de él un rey modelo y un cumplido caballero, cuenta entre sus medios de cultura los viajes por los paises más célebres del mundo.

Durante esos preciosos años de la juventud, caracterizados por el poder absorvente y asimilador del espíritu, recorre las más notables capitales de la Europa: fortalece su pensamiento en Inglaterra, ahonda su conciencia en Alemania, robustece su organismo en Rusia, aviva su imaginación en Francia y educa su corazón en Italia.

El mundo entero parece haber derramado su contenido higiénico, científico y artístico, en aquella alma, preparada para absorver y ávida para devorar. Si quereis colocarle en mejores disposiciones de cultura y de perfeccionamiento, figuradle aleccionado por la desgracia y bajo el peso del mayor de los infortunios. La desventura robustece el juicio, precipita el advenimiento de la reflexión, modera la pueril movilidad del sentimiento, parece como que arruga la frente y asegura la planta.

Este noble jóven, nutrido en fin con un saber muy superior á su edad, lleno de grandes proyectos, preparado con las más bellas disposiciones y con el sentimiento y la conciencia de su dignidad propia y de la magnitud de sus destinos, pisa un dia por fin el trono secular de sus mayores, que el espíritu moderno, más fuerte ay! que las viejas tradiciones, conmueve con violento empuje. Con

ánimo sereno y una sonrisa de melancólica confianza en su misma grandeza, tiende la mirada hácia la fiera tormenta que zumba sorda sobre su cabeza; mira como se empujan y atropellan á sus piés las pasiones populares, y escucha los clamores que trae á sus oidos un vientecillo, no obstante suave, de acariciadora esperanza.

El nuevo rey siente que se levanta en su pecho un hambre vehemente y santa de popularidad!

Ah! la popularidad es el gran secreto de la ciencia del mando: el reinado del amor es seguro y pacífico: nadie se desprende de su dicha, ni deja de aficionarse á quien se la dá! La gratitud, esa hija del respeto y la ternura, liga los corazones honrados á los pies del autor del beneficio. Esta es otra esclavitud: mal digo, es otra dependencia, otra subordinación; pero bellísima, racional y digna.

Y bien; ¿cómo buscar la popularidad?....

Una voz engañosa, quizá tambien engañada, susurra á los oidos del inexperto monarca.—«Es preciso transigir con el pueblo, bajar hasta él, respirar su atmósfera, revestir sus formas, compartir con él los usos y costumbres, favorecer sus instintos en cierto modo, apegarse á sus tradiciones, participar de algunas de sus ideas más caras y dividir con él esos goces que le son familiares y de que se siente más ansioso.—

—Y de qué modo?....—

—Venid, venid conmigo; yo os llevaré á una plaza de toros.»—

¿Y son esas las tradiciones más respetables, los usos más íntimos, las costumbres más queridas, los goces preferidos, las manifestaciones más claras del carácter y tendencias del pueblo español?

No es verdad!

¿Y es ese el pueblo con que debe fraternizar el rey, y es esa la ocasión de mostrarle su amor, y es ese el medio de

darle á entender cuanto procura su progreso y cuanto se desvelará por su ventura?

De ningun modo!

¿Y es ese el momento y es esa la forma en que ofrecerá el monarca una pública prueba de su ilustración, de su cultura estética, de su elevación moral, de su magestad régia y hasta de su dignidad personal?

No ciertamente.

¿Y ha de protestar de un modo tan claro de lo que aprendió en las naciones civilizadas, de lo que la ciencia clavó en su pensamiento, de lo que el arte grabó en su corazón, de lo que la desgracia engendró en su conciencia?

No, en modo alguno!

Para presentar á un rey como modelo de caballeros, le conducís al circo tauromáquico, donde cualquier caballero no tiene inconveniente en dejar de serlo y á donde el que lo es no lo parece, tal se presentan rivalizando por todas partes el desacato con la grosería y la ordinariez con la deshonestidad?

¿Es en una plaza de toros donde un rey deberá conocer á su pueblo? Tristísima idea formará de él!.... Vergonzosa comparación por nuestra parte, y por ende de la suya, cuando sin querer le compare con los de París y Lóndres, Berlin y Roma!

¿Y es en una plaza de toros donde el pueblo deberá conocer á su rey? Gran peligro hay de que le maltrate y gran seguridad de que le ofenda con los naturales y licenciosos desahogos que parece exigir la índole del espectáculo.

Buscar la popularidad y la nivelación en esfera tan baja, es expuestísimo, es temerario. Un rey, no puede aplaudir una corrida de toros; no puede resistir el peso de tanta degradación; no puede tolerar impávido tanto desórden en el fondo y tanto escándalo en la forma. Para nive-

lar, suba el pueblo hasta él; mas no baje él hasta el populacho.

Hay cosas en que un rey no puede seguir las huellas de sus progenitores, por la sencilla razón de que ningun pueblo del mundo está clavado. Cuando el espíritu avanza y la Humanidad progresa, hay siempre necesidad de relajar ataduras y romper lazos. Contra la costumbre está la idea nueva, contra la tradición el moderno sistema, contra el hábito ciego, el adelanto fecundo, contra la rutina, las exigencias de la civilización, contra la preocupación del pasado, la moralidad del presente, contra la terquedad sombría, la libertad luminosa. Por eso precisamente no deben ser los reyes esclavos: por eso han de conservar autoridad robusta é independencia y diafanidad suficientes para disipar nieblas, y destruir ruinas, y lavar manchas, y romper trabas, y regenerar hombres, y redimir conciencias.

Ya no estamos en los tiempos del Sr. D. Fernando VII, ya no son los toros las gallardas lizas de los galantes tiempos del famoso Villamediana; ya no son tampoco los reyes los *señores naturales* de los pueblos.

Hoy el rey ha de imponerse por la superioridad del talento y de la virtud, y los pueblos han de obedecerle por sugestiones de la conveniencia y por excitaciones del cariño y de la admiración. El espíritu servil ha huido al impetuoso soplo de la dignidad personal, y el libre exámen ha subido al trono como ha subido á la silla de San Pedro; menester es que la autoridad real resista la crítica, y que los tronos se sostengan sobre el mérito personal de los reyes. Antes el trono sustentaba al rey; hoy el rey sustenta el trono. La idea nueva ha invertido por cómpleto la idea vieja.

Pues bien, jamás podrá convertirse en sólio, el estrecho palco de una plaza de toros: no es aquel el marco de

esa figura delicadísima hoy, que se llama *magestad humana*.

¿Quereis que el rey se encuentre con el pueblo? Nada más fácil; que descienda á los talleres, que visite las fábricas, que acuda á las escuelas, que asista á las bibliotecas populares, que frecuente los centros de instrucción, que vierta su espíritu sobre las masas en una lluvia de sabias y cariñosas leyes, que vuele hasta las más apartadas aldeas en la forma magnífica de la educación, en la forma espléndida de la riqueza, en la forma santa de la justicia, en la forma divina de la moralidad, que se multiplique, que vele, que se le sienta, que se vea su acción en todas partes, que se perciba su influencia todos los dias.

¿Quereis que el pueblo se encuentre con el rey? Pues que vaya á buscarle al teatro, que es el templo del arte; á la ópera, que es la escuela del sentimiento; al hospital, que es el palacio de la caridad; al asilo, que es el alcázar del infortunio! Que vaya por él á donde se adquiere una verdad, se engendra una virtud ó se disfruta de una belleza! Que le vea allí donde pueda presentársele como tipo de caballeros, modelo de reyes, ejemplo digno de imitación y prenda de orgullo nacional.

Sacad por Dios al rey de la plaza de toros; que no se le vea aplaudir, que no se le pueda silbar. Sacadle de allí para que no lo vea España, ni lo sepa Europa. Sacadle de allí para que se haga amar de su pueblo, admirar del mundo y respetar de la Historia.

LA VELADA DE LOS ÁNGELES.

I

LA VÍSPERA.

(1875)

Ya empieza á cubrirse y á recibir forma esa série de esqueletos levantados en nuestro paseo de las Delicias, entre los bellos jardines que hizo brotar mágicamente del suelo nuestro galante municipio, y las descarnadas paredes del parque que construyó malignamente el espíritu de la guerra.

Muy pronto se cubrirán aquellos armazones de telas y flores, luces y banderines, y el salón aparecerá transformado en un fresco vergel de los soñados en Babilonia por Semíramis ó en Bagdad por Arun-al-Raschid.

Muy pronto las músicas llenarán de armonías alegres y retozonas el aire perfumado por el aroma de las flores y el aliento de nuestras bellas.

Frente á la calle de Asdrúbal tropieza la vista con un edificio destinado á la Rifa de las Escuelas Católicas: el tierno maridaje de la enseñanza y la religión, verificado en el blando seno de la caridad, nos sale al encuentro en la morada del placer.

Aquel saloncito cargado de objetos, como el cielo de estrellas, revela que el firmamento de la virtud popular tambien ostenta sus preciosas, aunque modestas, luminarias; y aquellas jóvenes sentadas á su puerta, como los ángeles á la entrada del templo de la filantropía, parecen indicar la aurora de ese cielo de caridad ó el rosicler de esa mañana de la vida.

En ningun nombre mejor que en el de los niños puede ejercerse la beneficencia; para ningun objeto más grande que para la enseñanza y por conducto de nadie más á propósito que las lindas hijas de nuestra elegante aristocrácia.

Al lado de esta Rifa de Caridad bien está el jardin, con sus montecillos, sus surtidores, sus peces y sus aves, su frescura y su perfume, su verdor y su poesía.

Un jardin cubierto de flores, es como un cielo cubierto de estrellas, bajo tan suntuosa techumbre y sobre tan rica alfombra, el mundo parece otro, la sociedad se nos figura diferente.

¿Quién puede esperar, caminando entre un tapíz y un espejo, hallar otra cosa que una bella? ¿Quién puede pensar, caminando entre flores y soles, encontrar algo que no sea un ángel?

¡Qué grande es cuanto hizo Dios, y cómo es bella la obra del hombre, solo con ser remedo de lo que Dios hizo!

Tras el jardin sigue el café: una de esas pequeñas ventas que el hombre errante ha colocado en el camino de la vida, para soltar en ella lo que le estorba y recibir de ella lo que necesita. Suelta palabras envueltas en humo y recibe café con azúcar desleida.

Las palabras son un inmenso beneficio ó un mal tremendo; con ellas el hombre parece un Dios ó parece una mujer; eso es segun.

El humo es una gran cosa: no hay imágen más perfecta de la vida; por eso una especie de Providencia hace que, cuando el hombre se propone gastar tiempo, instintivamente fije el cigarro entre sus dientes.

En cambio de esto, bebe á sorbos el café, que es un ónico: reconstituye sus fuerzas y activa la vida animal

y vegetativa. Los vegetales siempre se ayudan unos á otros como los animales; mientras no anda en ello el hombre, la armonía se muestra por todas partes. El café, vegetal tostado por el hombre inquisidor, y recocido hasta ponerlo líquido todavía, entra á favorecer los intereses materiales de su fiero tirano.

Luego el azúcar, otro vegetal recalentado y destilado y puesto en tortura, se alía con su compañero de suplicios, para hacer deliciosa la acción alimenticia y medicatriz del café.

Y el hombre lo sorbe con beatífico deleite entre los vapores de la nicotina.

Tras del café el polvorin.

Pasemos, no salte una chispa.

Afortunadamente creo que está vacío; mas no por eso deja de recordar ese horrible condimento, de invención puramente humana, que la revuelta cocina de la política destina á esos espantosos guisos de la ambición y del ódio que suele servirnos en el banquete de la vida.

Pasemos, pasemos.

Sigue luego otro gran café: son demasiados los pasajeros para que quepan en una sola posada.

Luego, allí no van solamente los que necesitan el reconstituyente moka; ni los que, diciendo que *hacen tiempo*, se proponen perderlo en grandes porciones; sino los que buscan un resfresco para calmar la irritación de la sangre, ó un calmante para la sed hidrofóbica, ó materiales que exhudar en amorosa danza, ó una copilla que dé á la lengua lo que le quita la timidez, ó un remedio contra la bilis engendrada en acalorada polémica, ó un sebillo con que fácilmente se pueda emprender de nuevo la venenosa crítica y la chispeante murmuración, etc., etc.

Resultado: que son muchos los que necesitan suspender la marcha, descansar de la fatiga y proveerse de lo necesario.

Sigue luego una gran esplanada rectangular dispuesta para el pueblo.

La vista del mar, que tantas semejanzas guarda con él, se ha ocultado con una larga fila de casillas, que se dobla en ángulo recto para cerrar el espacio y unirse con el salón central.

Parece que se le ha querido decir al espíritu popular: Detente, no mires del lado allá, que puedes pensar en el infinito reflejado por ese mar y sentir aspiraciones vehementes y extrañas, desconocidas y peligrosas. Conténtate, distráete con esta muralla de placeres; aquí el vino, allí los buñuelos, dentro la amistad y el amor: limítate á esto; no sueñes, no medites, sino goza.—

En el centro, otro espacio rectangular más pequeño, circunscrito por unos pilares que sostienen un toldo, de cuyo centro penden algunas arañas despertadoras de ideas aristocráticas, cobija unos cuantos asientos donde se pueden sosegadamente respirar las húmedas brisas del mar, algo modificadas por el calor de los hornillos y el humo del aceite frito.

Aquel es un lugar para los espectadores pasivos, á quiénes la pobreza, esa plaga de los pueblos postrados, ó la tristeza, ese lote de los pueblos infelices, aleja del lugar de la elegancia y de la alegría.

Es aquel el sitio de las tristes filosofías.

Demos la vuelta.

Estamos en el centro; junto á otro polvorin, nuevo antro de la muerte, se ha levantado una torrecilla cuadrada para colocar la luz eléctrica, expresión de los adelantos científicos.

A sus piés se halla un triple *restaurant*, ó por mejor decir tres *restaurants*. Otro instinto ha puesto juntos la luz, pan de la inteligencia, y el pan, luz de la vida: solo que ese mismo instinto ha colocado el lugar donde se come más bajo que el lugar en que se vé. ¡Pasmosa alegoría! Comer es menos que ver: cosa más baja, más humilde!....

Sigue luego una fuente destinada á exponer sus raudales á los rayos potentes de la luz eléctrica. El agua surgiendo del seno de la tierra, y la luz viniendo de lo alto, van á besarse en el espacio; de este beso debe nacer un deleite popular, un inocente encanto, unos minutos de admiración: el iris, signo de paz.

Agua y fuego: los principios que explicaban ante el génio antiguo la formación del mundo, van á convertirse en juguete del pueblo moderno. Esa antítesis de la Naturaleza, va á mostrarnos por unos instantes sus términos en lucha.

Viene luego la triple tienda del *Círculo Mercantil*, extenso y elevado salón, ampliado con dos graciosas rotondas, que van á servir de nidos al amor y la belleza. Allí se bailará, se gozará, se sufrirá, se desenvolverá la vida bajo la múltiple forma que la prestan las edades, los sexos, los gustos, las educaciones, los caractéres y temperamentos. Habrá quien suba aquellos escalones para divertirse, y quien los baje para ocultar la rábia ó el despecho: mas no importa: la sociedad no repara, sobre todo en el que baja.

Avancemos.

Empieza luego la gran galería: larga como quisiéramos que fuera el placer; y estrecha como desde luego es nuestra situación presente.

Allí, bajo pabellones de vistosos colores, rodeados de flores y como sumergidos en un oceáno de luz, nadan, se revuelven ó revolotean, segun los casos, en una indecible mezcla, cuantos elementos forman la urdimbre de la vida social.

Las incitantes niñas y los almibarados petrimetes, forman contraste con las complacientes mamás y los viejos benévolos: el literato que anda en busca de un consonante para cada farolillo ó de un tropo para cada tiesto de albahaca, se roza con el político ó el periodista que busca un plan de gobierno que llene su bolsa ó un rico imbécil que subvencione su pluma; y la solterona rabiosa de afilado diente, sonrie y muerde al lado de la devota de maldiciente lengua.

Tambien allí se rie, se suspira, se proyecta, se destroza, se miente, se lisonjea; pero la baba del amor y la lágrima de los celos caen sobre las flores, así como la miserable lisonja ó la vil calumnia se deslien entre las ondas del aire ensordecido por la música.

¡Qué bella es la sociedad!.... ¡Qué serena está la noche; qué suave es el beso de la brisa; cómo murmura el mar; cómo brilla la luna; cómo tanta belleza, mirada á través de los fantásticos farolillos y de las repintadas lonas, nos hace pensar en el atractivo de la vida y en la rica fantasía humana!.... Qué cuadros tan hermosos encaja el hombre dentro de la Creación!.... Cómo se busca un escenario digno de su comedia y construye una decoración en armonía con la fábula!. ..

Preciso es convenir que todo esto es delicioso, seductor y apetecible.

El hombre no sabrá encontrar un sistema de gobierno que haga rica y feliz á una nación; pero sabe armar una Velada en que sueñe un pueblo que es dichoso, nada ménos que por quince dias. Despues de todo; bien hecho es-

tá el placer, aunque corto, es placer; la dicha, aún en sombras, es dicha!

Por último: cierra la série de las construcciones la elegante tienda del Casino; otra mansión de delicias, tan sencilla como gallarda, y tan aristocrática como hermosa. Tambien hay que subir para penetrar en ella: pero hay quienes no pueden subir; quienes se quedan al pié: ni en el Cielo entrarémos todos: pero ¡qué más dá!...

Si hay quién goza..... gozando, tambien hay quién goza viendo gozar! Es un modo conmovedor y sublime de ser venturoso: una dicha que nadie puede quitar y que tiene ¡quién lo duda! sus misteriosos encantos.

La tienda del Casino alza sus ámplios cortinages para dar paso á la belleza, la nobleza y la distinción, y luego los cierra como para escudar estos méritos contra las envidias del mundo: escoge lo que le parece mejor, se lo atrae, y lo disfruta: este es un monopolio; pero quién se atreverá á discutirlo? Acaso no es esta una ley de la sociedad? Si me llaman y quiero ir, ¿quién me impedirá que vaya?

Despues de todo, la galantería brinda bajo aquellos paños con el placer; y el corazón humano, hecho para gozar, acude. La existencia está sembrada de dolores; nos toca reir; desperdiciaríamos la ocasión? Buena necedad estaría esa!....

Si entramos por un lado en la rica tienda del Casino con el ánsia natural de ser felices, y al cruzarla lo somos, ¿por qué hemos de sentir, al descender por el lado opuesto, el haberlo sido?

Ábrase la Velada y empiece el placer: la vida es corta; pero puede ser distraida: así fuera tan fácil hacerla buena, como puede hacérsela bella!....

Y pues que la vida es sueño, soñemos, alma, soñemos!....

En tanto, puesto que me encuentro otra vez en la calle de Asdrúbal y estoy fatigado del paseo, nadie extrañará que me vuelva á casa.

II

INAUGURACIÓN.

Bajo un cielo purísimo, de un límpido azul, hondo y transparente como esas inocentes y ricas esperanzas del alma juvenil, poblóse ayer tarde el lugar, bien llamado de *las Delicias*, con cuanto encierran hoy nuestras murallas de bullicioso y alegre, bello y gracioso. Las hijas de Cádiz, mezcladas con las mujeres españolas, que vienen por este tiempo á nuestra ciudad como se amontonan las pintadas mariposas en un florido vergel, acudieron á pisar con sus pies de almendra la fresca arena de nuestro paseo, dando al viento los sedosos rizos de sus cabellos envueltos en las blondas y su aliento perfumado y tibio exalado en una amable sonrisa ó en un amoroso suspiro.

Una fresca brisa, besando cariñosa sus mejillas y jugando coquetona con sus plumas y cintas, deslizábase atrevida entre los pliegues ondulantes de sus faldas para mostrarnos, por medio de una pequeña traición, aquellos piececitos diminutos, ó dejarnos adivinar, por medio de una graciosa picardía, las líneas suaves de una pierna dibujada bajo la seda. Vengábase así sin duda el viento de que esos otros suspiros que modulaba entre las ramas, se viesen sofocados por ese ruido que hace una elegante falda al rozar por la arena; sin ver que el mismo gorgear de las aves se ahogaba tambien con el blando murmullo de las conversaciones y el eco argentino de las sonrisas.

El mismo Apolo recogía avergonzado sus rayos de oro bajo las ondas, como dejando á los ardientes ojos de nuestras hermosas el cuidado de alumbrar el espacio: y á medida que el azul del firmamento se iba haciendo más profundo y que el cielo se iba cubriendo de estrellas, relucían en la tierra en cada rostro dos luceros, en cada mujer un astro.

Muy pronto entre estos dos piélagos de luces empezó á lucir un tercero; como quien derrama un raudal de enormes diamantes, millares de llamas fueron encendiéndose sobre nuestras cabezas; aquello era una lucha de estrellas; el ejército de las creadas por Dios, se mantenía en lo alto; el otro ejército fabricado por el hombre, surgía de lo bajo; la tercera hueste se agitaba sobre la tierra en los rostros de nuestras mujeres, como esperando el instante de entrar en la batalla.

Los rayos de una mujer que mira al cielo, hacen apagarse cien farolillos y casi casi vacilar una estrella: la luz del astro oscila, parece que guiña, como suplicando á la mirada femenil que la deje brillar ó que la preste su fulgor: los ojos y las estrellas cambian sus fuegos; y por eso cuando la niña deja de mirar al astro, aquel parece que luce más con las llamas que le dieron los ojos, y estos más lánguidos revelan todo un cielo en sus miradas.

Ya es de noche: ya todo brilla con mil irradiaciones poderosas y penetrantes sobre el fondo negro de la sombra: el cuerpo parece que nada en un fresco lago de aguas perfumadas, en que se han echado á diluir infinitas estrellas, á semejanza de aquellos sibaríticos estanques orientales en que la hurí desleía perlas y esencias.

De repente, un nuevo tor rente nos invade; un torrente de armonías que ensordecen el viento y activan el movimiento loco de las aladas brisas: las músicas rompen el concierto, y de los diversos puntos del horizonte suenan

instrumentos que hacen brotar la alegría en nuestros pechos y luego la pregonan por todas partes.

Con esa poesía del alma que se llama *amor*, y esa poesía del arte que se llama *música*, y esa otra poesía del cielo que se llama *placer*, ¿quién ha de poder llamarse desgraciado? Cuantos miles de seres estaban en la Velada anoche, otros tantos seres felices había entonces sobre esta peña lamida por el Occeano. ¿Cuándo se ha visto tanta felicidad junta? En un punto de la tierra cercado por los mares, que rujían sordamente como temerosos de que pudiese alguien turbar aquella ventura, habíanse agrupado en un momento unos cuantos millares de gentes dichosas; y estas, adormecidas en el deleite, olvidadas de la ciudad, sepulcro quizá de la dicha, y confiadas en las ondas, imponentes guardas de su alegría, se entregaban á la inmensa felicidad de vivir en el presente, sin el recuerdo, tal vez penoso, del ayer, ni el cuidado, siempre cruel, del mañana.

Un peñasco bien puede sostener por algunas horas á un pueblo venturoso, así como otras veces ha resistido el peso de un pueblo libre. Un dia se enlazarán las dos cosas, teniendo la primera su razón en la segunda: y ese dia será aquel en que las luces brillen en ese cielo de la conciencia, tan hondo, tan extenso y tan magnífico que llevamos dentro del pecho, y cuyos fúlgidos astros se llaman deber, justicia, honradez, ley, patriotismo, caridad, derecho, libertad y progreso.

Ese dia será aquel en que la luz eléctrica se sustiya por la ilustración intelectual, el amor de las mujeres por la ternura de la esposa, la vanidad del lujo por la prudente economía, la ambición de mando por el temor á las responsabilidades morales, la sed de placeres por el espíritu de laboriosidad, las músicas por el rechinar de las máquinas y el golpear de los martillos, y la holganza de las

incesantes fiestas, por el cuidado del cultivo, la actividad de las industrias y la movilidad del comercio.

Ese dia no se habrá inaugurado una velada de quince dias, sino una vida de eterna verdad: no un sueño embriagador, sino una realidad provechosa.

Mas ya que lo uno no, lo otro: la Velada de los Ángeles queda inaugurada.

III

EFECTO DE DIA.

No os dejeis seducir por el título, porque nuestra *Velada* no la han hecho los *Angeles*, sino los hombres; pero hay momentos en que los hombres obran como los ángeles; instantes en que se inspiran en lo bello y se dejan arrastrar por la generosidad y el humanitarismo. Entonces, alejados del interés calculador y yerto y del positivismo egoista é individualizador, ceden al poderoso resorte del sentimiento, se inspiran en admirables ideales y realizan obras portentosas y sorprendentes, á cuyo goce son llamados todos los séres que tienen un corazón sensible y un deseo de ventura.

Nada más nivelador que el sentimiento, nada más fraternal y democrático, nada más pródigo y expansivo. Haced un alcázar para el placer, y habreis hecho un palacio universal bajo cuya techumbre caben y se armonizan todas las castas y todas las posiciones: porque no hay razón para dividir lo que el intento reune y el sentimiento estrecha.

¿Y por qué habrían de separarse los que se enlazan por el afan de la dicha y se encuentran en la posesión del placer? No es fácil borrar los admirables rasgos que aún conserva la Humanidad de su orígen divino; por grande

que haya sido siempre la lucha del hombre contra la Naturaleza, hay casos y momentos en que esta triunfa de los deplorables errores de aquel: y uno de ellos es cuando se confunden nobles y plebeyos, orgullosos y humildes, privilegio y costumbre, renta y jornal, holganza y trabajo, dentro de un mismo fin ó en el seno de una misma dicha. El corazón humano responde con un latido unísono á los ecos de la alegría, porque el anhelo de ser feliz es universal; y este afan, igualmente legítimo, echa por tierra con aquel latido todas las diferencias establecidas por los caprichosos vaivenes de la ciega fortuna ó por los orgullosos antojos de una sociedad artificiosa y preocupada.

Por eso una fiesta popular no es un divertimiento *social*, sino un goce *humano*; cada clase echa una gota en el cáliz de la ventura, y luego todos beben en él: esta magnífica y dulce mancomunidad es el primer resultado de la generosidad y de la nobleza del corazón y el mayor atractivo que les brinda á todos la fiesta.

Generoso y noble el pueblo gaditano, con los últimos restos de su opulencia levanta un vergel para su ventura; y sin reparar en su pobreza y dando al olvido sus infortunios, busca en el placer puro de lo bello, y en el encanto apacible de la fraternidad general, un lenitivo á sus pesares, y un nuevo vigor para sus luchas.

Con oro é ingénio se hacen milagros: dadle dinero á una imaginación pintoresca, y os hará un prodigio; dádselo á un corazón entusiasta, y os hará un paraiso: pues bien; un paraiso prodigioso es lo que se ha hecho sobre el *Peregil*.

Encerrada la vista entre decoraciones de diversos géneros y entretenida con construcciones ligeras y graciosas, tanto como ricas y elegantes, ya no divisa la desnuda pared del rudo Parque habitado por la guerra, ni el

triste muro del viejo hospital morada del dolor. Sepultadas entre follages y tiendas las negras piedras de los fuertes polvorines, lleva la muerte el antifaz de la vida; y suspendida la mirada por la voluble línea de casetas caprichosas y de edificios pintorescos, no divisa el Occéano, tremenda imágen de un infinito imponente. Hasta las húmedas emanaciones del mar cercano hállanse embalsamadas con el aroma de las flores, y el pavoroso sonido de sus movibles ondas cede ante la algazara del placer y los acordes de los instrumentos. La dura roca del pavimento natural desaparece bajo el blando almohadón de menuda arena, entre cuyos granos se oprimen los delgados cimientos de cien construcciones de ingeniosa forma y gallarda extructura. Un sin número de mástiles dan al viento pintadas banderolas y rizados gallardetes, como tocado de cintas de la mágica deidad señora del vergel: y las flores y los juegos de aguas amenizan aquel recinto, habitado por la franca alegría y los risueños amores.

Añadid á esto un torrente de luz que desciende desde un cielo azul y diáfano, puro y sereno; poblad el espacio de mil armonías diversas que se cruzan en los aires y que revoletean en alas de la brisa; poned el suspiro de amor que semeja el beso de dos almas, confundido con la carcajada del vino, que remeda la locura de dos amigos; la blanda queja del amante, vagando al lado del gracioso desden de la celosa dama; la maliciosa agudeza, volando junto á la frase inocente; la provocativa mirada, tropezando en los aires con la incitante sonrisa; y confundid todo esto con las voces de la alegría, los gritos del placer y los ecos de los instrumentos, ayer resonando marciales con himnos de guerra y hoy modulando blandos y graciosos aires para la danza, y tendreis una idea, pero solo una idea, del aspecto general de la *Velada de los Angeles*.

Pasad al detalle; penetrad por aquel frondoso arco adornado de banderas, que se desatan al viento como lenguas agitadas por la alegría; seguid aquella arcada que se extiende delante del Parque, haciendo con su debilidad burla de tanta fiereza; pasad por delante de aquellos toscos pero tradicionales depósitos de juguetes, que son la envidia de los niños y la desesperación de los *papás* y que allí forman con el hospital que se alza triste á sus espaldas, la penosa antítesis de la vida que empieza jugando y de la existencia que se consume sufriendo, cruzad por delante de la tosca barraca, pomposamente convertida en artístico museo; dejad á la izquierda la grotesca diversión de los animales sábios, delicia de la infancia y asunto de meditación para la virilidad; prescindid del teatro mecánico, donde el pueblo se solaza, y del tiro de pistola, donde el jóven aprende á matar en vez de aprender á vivir; y torced á la otra acera, donde parece que tiene su puesto el pueblo en aquel festin de placeres. Buñolerías, tabernas, tiendas de comidas con incitantes mozas y graciosos motes; pintorescas gitanillas y *hembras de rumbo* que invitan á probar el buñuelo calentito, regado con miel ó salpicado con azúcar; mozos que os frecen la limpia caña de dorada manzanilla, ó la plañidera copla del morisco *jaleo;* y todo un diluvio de graciosas ocurrencias y de atrevidas frases sazonadas de sal y pimienta, capaces de robar la seriedad á un *Hermano de la Vela*; y todo un mundo de gentes de *rompe y rasga*, sacerdotes de la bacanal y satélites de la *chispa*, dispuestos á venderos por un duro un plato de grasiento *menudo* ó de fresco *gazpacho*. Atravesad el espacioso salón, donde bajo un techo de lona y en férreos asientos, se respiran las leves brisas que rizan el cristal de los mares; tal vez traen entre sus pliegues los alientos de otros pueblos que un dia dejaron en nuestras playas las huellas de sus plantas; quizá vienen henchidas de los suspiros de un pasado perdido y

de las esperanzas de un porvenir codiciado!... Pasad luego por delante del café, en que encontrareis la taza hirviente del aromático *moka* ó el largo vaso de la refrigerante cerveza, y penetrad en ese ancho rectángulo, cerrado por tres hermosas fondas, donde hallareis el aristocrático almuerzo ó la opípara comida; parece el extenso patio de uno de esos *hoteles* de la opulenta América, objeto de nuestra envidia y modelo de nuestra vida económica y política: en su centro se alza un obelisco cubierto de plantas y rodeado de asientos, y todo él se halla preparado como para una iluminacion expléndida. Atravesad por delante del jardin, cuya fachada tambien se ha decorado primorosamente, seguid la línea de las casetas, cruzad la de las Escuelas Católicas, donde aparecerán los objetos de su acostumbrada rifa; prescindid del Circo ecuestre del señor Diaz, nuestro antiguo conocido, en que han de lucir sus habilidades más de cuarenta artistas con más de treinta caballos, y volved al centro que aun os falta por recorrer.

Habeis visto el marco, ahora vais á ver el cuadro: habeis visto la parte más humilde, la más general, la más común; ahora es preciso recorrer la más rica, la más caprichosa, la más original: la verdadera creación de la riqueza y la fantasía.

Frente á un enorme macetero, frondosa pirámide de flores de la que brotan delgados hilos de aguas como sartas de perlas, se alza la pintoresca tienda del casino; graciosa y elegante construcción blanca y roja, que se apoya en un lecho de flores, como fantástica creación que una hada hiciera brotar del fondo de una canastilla: sus delgados pilares, levantados sobre un pavimento al que se asciende por tres anchas graderías, sostienen una techumbre encrespada de lonas á listas, de la que penden alrededor ámplios pliegues de la misma tela. Tres frontispicios

arqueados con fondos de cristal que ostentan el título de *Casino gaditano*, marcan los ingresos en lo alto de las eslinatas; rodéala una barandilla sencilla y airosa, interrumpida por lindos pedestales que contienen jarros con flores, y la adornan interiormente preciosas arañas y candelabros de gas. Por todos lados se alzan al espacio delgados mástiles que tienden al aire preciosas banderolas blancas y rojas.

A continuación se halla una larga galería dividida en treinta y cuatro compartimientos, adornada en sus extremos con bellos y caprichosos remates de oro y colores y en cuyo centro aparece, sobre fondo azul, la régia *flor de lis* emblema de los Borbones: los pilares muestran tambien este mismo escudo, alternado con el castillo y el león del antiguo blasón castellano y rodeado de banderas españolas. Esta galería se halla interrumpida en su centro por una construcción caprichosa de cierto sabor árabe, terminada por un minarete ó castillejo con cúpula bizantina; y toda ella rodeada por un barandaje calado y blanco, interrumpido tambien por gruesos pilares que sostienen enormes jarrones ó grandes tiestos de albahacas y y pinos. El interior se halla adornado á gusto de las corporaciones y particulares á quienes pertenecen sus varias secciones; pero siempre con sorprendente lujo y esmerado gusto.

El *Círculo Mercantil* ha levantado luégo otra graciosa tienda que juega dignamente con la del *Casino*, compuesta de dos rotondas unidas por una larga galería, colocadas en alto y en el centro tambien de un pequeño jardin que parece rebosar por sus cimientos: su techumbre es asimismo de lona blanca y listas encarnadas, y se halla tambien engalanada exteriormente con gallardetes y banderas, pedestales y flores, é interiormente con espejos y arañas.

Luego sigue otro enorme macetero situado en medio de un patio adornado de dorados pilares con arañas y canastillas de flores, dejando á los lados dos anchos paseos á los que dan entrada unas puertas de follaje con tres agudos arcos; y por último, se levanta en el fondo de este jardin delicioso improvisado por la fantasía, un pequeño pero pintoresco teatro en que todas las noches se ofrecen al pueblo, que llena libremente sus asientos, graciosas y ligeras producciones lírico-dramáticas. Parece como que el arte preside á todo aquel delirio de una imaginación poética.

Pues bien: todo esto apenas es una sombra de la realidad; porque para describir minuciosamente cuanto han inventado y fabricado el ingenioso capricho y el atinado gusto, necesitaríase de más poesía que la que brota de mi pluma y de más papel que el que tiene ofrecido á su actividad, y aún así, habría que añadir despues cuanto ponen de su parte el movimiento, la vida, la realidad; que hay gran distancia de lo vivo á lo pintado.

Démos la enhorabuena á cuantos concibieron y realizaron este pensamiento y sírvales de satisfacción la doble idea de que ni puede darse al trabajo y al sufrimiento de los gaditanos mejor indemnización que unos momentos de olvido en brazos de la dicha, ni puede ofrecerse á los extraños mejor regalo que unos dias de tranquilidad y de placer.

Ay! que la paz es la fuente del dinero, y el dinero da en el mundo la felicidad si se gasta honestamente: mas ay tambien! que solo puede obtenerse la paz mediante la libertad, la honradez y el órden.

Seamos buenos y vivirémos tranquilos; vivamos tranquilos y serémos ricos: seamos ricos y seremos dichosos!

IV

EFECTO DE NOCHE.

Si uno de esos espíritus soñadores del viejo Oriente fuese trasladado dormido desde el calado salón de su palacio arábigo, estrecha caja de encajes bordados de oro y colores que guarda sus placeres, al centro de nuestro *Peregil* durante una de las serenas noches de la *Velada*, seguro estoy de que se creería prolongar despierto aquel poético sueño poblado por las fantásticas formas engendradas por el *hatchis* ó el ópio.

Si despues de haber recorrido á la luz del sol los risueños paseos de nuestra bella verbena, uno de nosotros mismos, embriagado por el deleite, se quedase adormecido bajo la débil techumbre de la extendida lona, y por vez primera se despertase de noche al vivo resplandor de aquel rocío de llamas que forman su iluminación, estoy seguro de que se creeria trasportado por encanto á uno de esos mágicos jardines inventados por la delirante imaginación de los poetas de la Arabia.

Todo lo que tiene de bello y gracioso nuestro *Peregil* durante el dia, truécase en mágico y sorprendente durante la noche: hermoso panorama estereoscópico de doble efecto, que seduce al sol y arrebata en las sombras: vergel encantador por la mañana, fresco y perfumado por la tarde, y poblado de misterios y de incentivos por la noche: lugar què cambia sus formas y sus accidentes y que nos habla otro lenguaje y nos inspira otros afectos más dulces y arrebatadores, y otros propósitos más atrevidos, pero más deliciosos. Morada que se puebla de ocultos espíritus, que pasan rozando con sus álas nuestra frente, dejándonos caer en la mente un nuevo antojo, ó haciendo

vibrar en el pecho la oculta fibra de un desconocido sentimiento.

Parecen las sombras que descubren la vista entre las movibles luces, estrechos nidos en que habitan séres misteriosos; parecen los oscuros pliegues del negro manto de la noche que bordan aquellos vivos fuegos, antros de donde brotan esos alientos tibios y perfumados que acarician nuestro rostro y besan nuestros lábios, ó esos ardientes soplos que queman nuestras sienes y avivan el fuego de nuestra mirada. La noche siempre tiene voces misteriosas que se dejan sentir en el alma con cierta dulce melancolía; pero la noche fantaseada, idealizada, convertida en un sueño mágico y seductor, acrece sus armonías, presta elocuencia á sus sonidos y aviva á un tiempo los delirios de la mente y los afanes del corazón.

En la *Velada*, cada panorama tiene un sentido, cada detalle ejerce una influencia; se goza más, se ama más, se enloquece más. La atmósfera, como si estuviera dividida en zonas, inspira aquí la pasión, allí la franqueza, acullá el apetito, más allá la ebriosidad y en todas partes la alegría decidora y el bullicio expansivo y parlanchin. Las mujeres parecen más bellas y más complacientes; los hombres más leales y más comunicativos; el trato más animado y más sincero; el espíritu más dispuesto al goce; la mirada más reluciente y la sonrisa más franca. En los que aman, se trueca el suspiro en un arrullo y la queja en un halago; en los que no saben ó no pueden amar, la alegría les empuja la carcajada hácia la garganta y la conversación hácia el lábio: hasta el que sufre siente convertirse su dolor en una dulce languidez y en cierta apacible tristeza, que consuela más bien que aflije y hace bien en lugar de daño. La noche es un estímulo para las dichas del alma y un bálsamo para las heridas del corazón!

Luego, la noche es más poética que el dia; al menos se presta más á los antojos del deseo y á los caprichos del arte. Ese rudo contraste de la luz y las tinieblas, de la llama y la oscuridad, es un manantial de originalidad inagotable y una fuente de invenciones sin fin para la fantasía. Con tan sencillos elementos se dibuja el cuadro más sorprèndente y la perspectiva más variada: con tan fácil dualismo se produce la variedad más asombrosa y el panorama más bello.

Mirado el *Peregil* desde una altura, parece que el globo está invertido: el firmamento semeja entonces la dura corteza de la tierra, y el suelo el aéreo manto bordado de estrellas que solemos ver sobre nuestras cabezas; nos figuramos que, cuajado el aire, la bóveda celeste se ha petrificado; y que si damos un paso, hemos de hollar las estrellas llovìdas sobre el suelo. Mirado desde léjos, se representa á manera de un frondoso bosque de ardiente ramaje y encendidas guirnaldas, cargado de frutos de fuego y poblado de enormes fantasmas que llevan en la cabeza largos penachos tendidos al viento. Encantada la vista con aquel diluvio de estrellas, más brillantes mientras más profundas, y que se balancean dulcemente como si danzaran al compás de las músicas, enciéndese tambien en el alma el deseo de recorrer aquel jardin encantado; y cuando la proximidad parece que vá á matar la ilusión, la sorpresa y el encanto aumentan, y la admiración y el deleite acrecen.

La fresca arcada de la mañana, contorneada de farolillos, ofrece el contraste de un ramaje cargado de luces, sobre el cual se lee con caractéres transparentes el título de la *Velada*. Al frente, el pintado macetero continúa lanzando entre las flores sus delgados hilos de reluciente plata; más encendido tambien, como desafiando el fuego al agua, muestra bajo las ramas el sorprendente consorcio de

dos elementos enemigos ligados con una red de flores.

La graciosa tienda del *Casino*, engalanada como elegante cortesana, muestra en su toca precioso collar de perlas y rubíes y en su seno rico aderezo de brillantes y esmeraldas. Bajo sus airosos pabellones y sobre el ancho fondo de luz que despiden las arañas de cristal, como aromatizado oleaje de flores, se agitan en cadenciosas danzas las bellas hijas de la risueña Andalucía, envueltas en sedas y tules, y radiantes de belleza y de placer. La tienda del Casino es un lindo crisol en que se derriten juventud y belleza al fuego del amor y de la ventura; ¡nido poético de la galantería acariciado por el suspiro de las áuras, arrullado por los acordes de la música y engalanado como para unas bodas, no apagues tus fuegos, ni despiertes de tu sueño; pliega tus lienzos y goza!....

Aquella extensa galería, en cuyo interior no parece noche, ha iluminado sus frentes con lindos vasillos de colores que hacen resaltar sus pinturas y dorados: ciñe tambien largo cinturón de llamas, como sarta de brillantes, y ostenta su cúpula salpicada de luces semejando un montón de encendidas áscuas. Pebetereros, arañas, candelabros, bujías que multiplican sus destellos en los cristales y espejos, convierten el seno de aquel vasto salón en un piélago de luz; en tanto que el barandaje, repoblado de hermosas jóvenes, le asemejan á un inmenso canastillo de flores. Los ojos de las andaluzas son luminarias que amortiguan las llamas de los faroles y aumentan el explendor del salón; sus alientos embalsaman el ambiente más que el amortiguado perfume de los gruesos ramos y frescos tiestos que embellecen la decoración; y sus animadas conversaciones y sus risas incesantes, producen sonidos más gratos que las armonías de las bandas militares que tocan aires de danza.

La elegante tienda del *Círculo* tambien ceñida de luces y engalanada con elegantes candelabros de gas, presenta un aspecto encantador, lleno de animación y de alegría. En sù centro reina tambien la inquieta Terpsícore; la belleza en brazos del amor se revuelve palpitante en placentera danza, ó bien en los intérvalos, abandonando aquella deidad su cetro en las manos de Euterpe, se pulsa el clave y sus dulces melodías traducen al exterior el placer que inunda el alma.

Tras esta tienda se halla un precioso patio lleno de arcos y flores, pilastras y macetas, pedestales y canastillas que la separa del teatro. En él no hay una rama que no sostenga una luz; un mástil de que no penda una araña; un pilar que no reluzca con el fuego. El macetero del centro parece de cristal verde, merced á las llamas que arden bajo las hojas; y el agua, al brotar en menudos caños como débil rocío, cambia, al pasar entre las luces, sus gotas en perlas y sus espesos chorros en plateada gasa. El frente de esta caprichosa pirámide de ardor y frescura, de murmullos y aromas, se halla ceñido por unos grandes caractéres, tejidos con flores de vivísimos matices, que forman el grito de *Viva Alfonso XII*.

Si de allí pasamos al salón de las tres fondas, todo se halla viveado, dibujado con llamas: sobre el negro azul del cielo y haciendo palidecer á las lejanas estrellas, se destacan los ardientes contornos de aquellos elegantes edificios, exhuberantemente alumbrados en su interior; y como si esto no fuera bastante, largos hilos de menudos farolillos cuelgan en bambas de uno á otro mástil por el centro, dejando en medio que luzca sobre el verde ramage sus encendidas flores de color, la graciosa pirámide recubierta de macetas que lo adorna.

Agregad á esto la iluminación á la veneciana que recorre por los lados el inmenso rectángulo; las innume-

rables estrellas fijas en cada mástil y cubiertas de vasillos de color, los largos hilos que aparecen por encima del jardin como relucientes guirnaldas suspendidas de los árboles, y la encendida pedrería que adorna su entrada, de la que penden racimos de luces de color que remedan asimismo rubíes y topacios, amatistas y esmeraldas. Poned ante el Parque una série de arcos de fuego y ante el hospital una franja de luces variadas; regad sobre el frente por delante del mar algunos millares de lucecillas que destellan en el suelo, ó brillan entre los árboles, ó cuelgan de las ramas, ó trepan por los delgados maderos que sostienen las banderas; agregad junto á la tierra el rojo fulgor de los anafes, y las transparentes nubes de los humeantes hornillos en que se fríen los buñuelos ó se elaboran los barquillos: sujetad una luz en cada relieve, una llama en cada hoja, un farol en cada pico, un vasillo de color en cada remate; y poned entre tanto esplendor todo un mundo que circula, bulle, se arrastra y culebrea entre aquellos accidentes, á lo largo de aquellas alamedas y á favor de las arenosas sendas que conducen á todas partes, llevando una palabra en los labios, una carcajada en la boca, un pito entre los dientes, ó un grito en la laringe, y os ireis formando una idea aproximada de aquella realidad sorprendente é inverosímil.

Hay cosas indescriptibles; mirando los colores de la *Velada* á la luz del sol, mi pintura es pálida y triste; mirándolos al fulgor de aquella inmensa hoguera esparcida en millares de fragmentos, mi descripción es yerta y apagada. Id á verla, y de seguro notareis cómo resaltan los dos aspectos de este cuadro encantador por encima de estos débiles bosquejos que he intentado presentaros con atrevida pluma, pero plausible propósito.

Lejos de ser mi intento dibujar para los que no puedan ver, he querido describir para los que lleguen á admirar;

por si aquellos piensan que hay exageración en lo descrito, que puedan estos publicar que supera la realidad á lo pintado. Este será el mejor triunfo de Cádiz sobre sus émulos, y la mejor prueba de su cultura, de su ingénio y de su proverbial riqueza y elegancia.

V

EL JARDIN DE LAS DELICIAS.

I

Si fuera posible separar á Dios de la Naturaleza, la experiencia enseña que se puede negar á la Divinidad y rendir tributo al mundo físico. Pruébalo así el crecido número de indiferentistas religiosos, de sibaritas y de sensualistas filosóficos, que gusta de las maravillas del campo y reniega, ó se olvida al menos, de su Autor.

Mas no es un tema filosófico el que voy á desenvolver: es solo un hecho el que quiero señalar á la agena meditación. El hombre menos sensible á las verdades teóricas, hállase dispuesto á rendir culto á los hechos de la vida. Para reflexionar y venir á forjar sistemas contrarios á la Divinidad, suele el hombre aislarse en los prados, hundirse en los bosques y, á la sombra del árbol secular, sobre una alfombra de pequeñas flores, donde canta el ave y se ostenta la vida, allí suelen engendrarse esas teorías contra Dios vivo, autor de cuanto es y se mueve, huele y canta.

Y cuando el hombre no puede disfrutar del campo, cuando no quiere molestarse en irlo á buscar, cuando más parece desdeñarlo en fuerza de sus hábitos de ciudad y del trato doméstico, cuando le niega su valor y su eficacia como asunto de estudio ó no le siente en su grandeza y religiosidad, aun entonces, no sabiendo prescindir de él, coje un pedazo y lo adosa á las tapias de su habitación,

lo clava en el centro de su palacio, lo encierra bajo las llaves de su propiedad ó lo hace salir del fondo de su terruño.

Y aquí tenemos los jardines.

II

Los que en la tierra disponen del oro, pueden crear un pequeño mundo dentro de las paredes de su domicilio; y aunque esto sea ridículo y haya entre la naturaleza del jardin y el jardin de la Naturaleza la distancia que vá entre el dinero que compra la primera y el poder creador que produjo el segundo, es lo cierto que, cuando en una fresca mañana de primavera ó en una tibia tarde de otoño, las ventanas del palacio se abren y las miradas del hombre opulento se pasean, fatigadas ó doloridas por sus anchos dominios, ese recuerdo de la realidad hermosa, esa pequeña copia de lo exterior poético, bastan para hacer subir desde el fondo del alma hasta el labio, desdeñoso ó condolido, una melancólica y consoladora sonrisa.

El bosquecillo, la cascada, el lago, el puente rústico, la ruina, la montaña, allí están: se ven, se tocan, se transitan; allí el pequeño prado cruzado por el arroyuelo; allí la espesa enramada poblada de canoras aves, allí la sombría gruta en que se escucha el cansado gotear de una filtración excitadora del sueño, allí la empinada cresta de un montecillo que domina la ciudad; á un lado el inmenso estanque con su pequeña isla y su ligero esquife, al otro la apariencia de un templo en ruinas convidando á la meditación; en un punto, la soledad y la frescura convocan al estudio; en otro, el elegante cenador invita á departir entre amigos ante unas copas del dorado néctar; una espesa enredadera de perfumadas florecillas oculta un blando asiento de cesped hecho para coloquio de amor ó tálamo de deleites, y una linda plazoleta, recubierta de menuda

arena y humedecida por una elegante fuente de vistosos surtidores, invita á las apacibles conversaciones familiares, interrumpidas por la travesura de un chico que busca un nido entre los árboles, ó la gracia de una niña angelical que le hecha pan á los peces.

III

Nada de esto se ha hecho para el pobre; mas á semejanza de lo que hace el rico para sí en su casa, el pueblo lo hace para todos en sus paseos. Ciertamente que la obra suele no ser tan completa; pero los pobres se contentan con muy poco.

La vida de las ciudades es monótona para el trabajador, insulsa para el holgazan y molesta para todos. Si hemos de amenizarla, es preciso que le mezclemos algo de la vida del campo: unos cuantos árboles, algunos frescos arbustos, un caño de agua, varias flores con que recrear la vista y el olfato; unos asientos en que reposar ante la misteriosa y dulcísima vida de las plantas; una poca de sombra donde detenerse á respirar el oxígeno que nos regalan.... y ya tenemos bastante.

Se vive muy bien entre lo que vive, salva, por nuestra fatal estrella, la especie humana: entre robustos troncos y flexibles ramas, entre amorosas aves y pintadas mariposas, vive el cuerpo y alienta el alma; no nos pongais enfrente un hombre, y todo va bien. Dejad que se admire y se goce la obra de Dios, aunque sea en el recuerdo humano; y no la turbeis con la pasión del hombre ni con el hábito de las sociedades. Para vivir y gozar, se necesitan la confianza y la calma; y para la paz y el abandono, se exije la soledad; esto es, la conciencia y la Naturaleza, el espíritu y Dios, la libertad y los campos: si poneis dos figuras de hombre en el mismo espacio, hay gran peligro

de que el sosiego se turbe, la desconfianza se engendre, la vida se altere y el goce desaparezca.

IV

En medio del Oceano, sobre esta pelada roca, recubierta á trozos de infecunda arena y rellena en otros de esponjosos sedimentos por donde se filtran las amargas ondas, el hombre ha realizado el prodigio de plantar un vergel.

Sus árboles se encorvan al violento soplo del ardoroso Levante, ó refrescan sus copas con las húmedas brisas que soplan del Austro: sus raices chupan, desleidas en las aguas que robó la industria de lejanas fuentes, los gérmenes de vida que les regalan el ingénio y el trabajo del floricultor, sazonados con las sales marinas que no es posible separar de los abonos.

Un jardin en medio del mar, es algo tan bello como un oásis en el desierto: un vergel sobre una piedra, es algo tan admirable como la industria humana. El hombre tiene en su talento un medio maravilloso para conservar flores bajo las brumas del mar, despues de haberlas hecho brotar de la dura costra de un peñasco.

Y ahí teneis las *Delicias*. Un jardin muy pequeño: pero que está indicando que pudiera ser grande. Dad oro, y buenos administradores al tesoro comunal, y tras el cinturón de piedra con que en otras edades nos fortificó la impía guerra, brotará un blando ceñidor de flores que en tiempos de ilustración cultivará el trabajo. Frondosa guirnalda podrá sujetar la blanca túnica con que perpétuamente se baña en el mar esta reina del Oceano, y prolongado el vergel por el estrecho istmo que nos ata á la Península, una cinta de follage salpicada de rosas puede ser la que guíe nuestros pasos hácia el corazón de la pátria.

Hoy nuestras *Delicias* bastan á nuestras necesidades; pero no á nuestras aspiraciones: es cuanto tenemos en este punto, mas no cuanto podemos ni debemos tener. Sigamos: caigan esos polvorines, vergonzoso estigma de tiempos de rudeza y de ódio, y tendamos sobre ellos una alfombra de flores, símbolo de paz, fuente de salud y signo de ilustración y de progreso.

V

Y si un jardin es bello de dia, mucho más misterioso, melancólico y poético es de noche. Las sombras, con la desconfianza y el miedo son aterradoras: pero con la seguridad y la calma dulcísimas y gratas. Una negra nube preñada de tempestades, asusta; pero un bosque tranquilo y lleno de poesía, halaga y alivia. Las sombras pueden ser manto en que se embocen las traidoras asechanzas; mas tambien pueden ser pudorosas gasas en que se esconden tímidas las promesas.

El campo de noche está lleno de elocuencia, de esperanzas y de religiosidad.

Una noche serena y despejada, teñida por el blanco matiz de la argentada luna; fresca y callada como aquellos plácidos recuerdos de la edad de los amores; pasada en un jardin donde solo se escucha el beso del áura, el canto arrullador del ave nocturna, la respiración de la Naturaleza dormida y la voz interna del espíritu, que ya reza pensando en Dios, ya suspira ausente de la dama, ya sonríe al lado de su amor, es una noche de felicidad llena de delirios inefables, de suaves arrobamientos, de ensueños sublimes, de poesía, en fin, celestial é infinita.

¡Dichosas las aves que pueden anidar bajo las ramas, compartiendo de dos en dos el blando lecho de plumas que fabricó el amor, sin que se lo estorben los bandos del Se-

ñor Alcalde! ¡Dichosos esos puros misterios de la flor que se realizan bajo su perfumado broche, sin que puedan impedirlo los edictos de buen gobierno! Más desventurado el hombre, halla cerradas las puertas de los jardines y defendida su entrada por leyes de alto decoro y de pública conveniencia. Solo la planta humana no puede penetrar en ellos: el pueblo podría turbar la solemnidad del sitio, herir su grandeza y manchar su religiosidad.

Bien está: la noche hace inmune el jardin contra las licencias de la pasión y los abusos de la ignorancia: esperémos que la ilustración y la moralidad nos abran un dia incondicionalmente sus puertas.

VI

Pero podemos admirarle desde afuera; y para facilitar esta inspección, la autoridad lo ha iluminado *á giorno*.

En el primer tércio, una canastilla de fuego, que rodea una pequeña fuente, basta para inundar de luz aquel pequeño triángulo: parece una série de simétricos surtidores de llamas que brotan y vuelven á la tierra como procedentes de un oculto mar de luz, enlazándose entre sí: aquello es caprichoso, pero nada nuevo; las flores sentirán secarse sus raices y abrasarse sus pétalos, y las ranas callarán asustadas, ocultas en el fondo de su lecho de lamas; pero nada más. Luz muy baja, que permitiría perfectamente investigar el estado de las enaguas y la obra del zapatero en las niñas, si se consintiese á las niñas entrar en el jardin.

El segundo tércio es la parte más frondosa del verjel y por tanto la más misteriosa; tambien el follaje es más espeso y alto, y á excepción de la original idea de presentarnos un sol de gas naciendo del pilón de una fuente,

pero cuyos rayos se quiebran y apagan entre el inmediato y apretado ramaje, no tiene otra iluminación que la de unas estrellas de diferentes colores que parecen regadas acá y allá, como si en efecto hubiesen descendido en lluvia desde lo alto del firmamento. La vista á lo léjos no deja de ser bonita; pero desde cerca se descubre el secreto y se vé que son astros de oropel, que deben proceder de un mundo aún más falso que el nuestro. La astronomía por los suelos produce un desencanto; para conservar la ilusión, se necesita de la distancia y aun de la altura.

El último tércio, en fin, del jardin, es un espacioso rectángulo de recientes plantaciones y de vegetación muy baja, y que por tanto se halla profusamente alumbrado con un solo aparato, tambien de gas, montado sobre otra fuente. Solo que, como ésta se halla rellena con un risco calado, cubierto de surtidores, de más efecto que gusto, el aparato de gas sube á buena altura sobre cuatro delgados arcos llenos de lucecitas hasta colocar encima del caño del centro, y á conveniente distancia para que no se moje, una sencilla corona imperial, formada asimismo de pequeñas llamas.

VII

Resúmen: el jardin está bonito, y decora bellamente uno de los largos costados de nuestra preciosa Velada. Lástima que no podamos disfrutarle interiormente, y que nos veamos condenados á admirarle como una simple perspectiva. Semeja una de esas vistas estereoscópicas con efecto nocturno, que causan las delicias de los niños y de las gentes de alma sencilla.

La hermosa luna que estas noches lo inunda, léjos de debilitar sus encantos, le agrega otros nuevos con la fantástica combinacion de las dos luces; la natural y la arti-

ficial; la blanca, pura como el cielo de donde procede, y la amarilla, del color del oro que cuesta.

Decididamente la Velada de los Angeles, es un ensueño de los hombres.

IV

LAS TRES LUCES.

APUNTES SOBRE LA VELADA.

Gran cosa es la luz! Físicamente, es movimiento y fuerza: naturalmente, es realidad y vida; lógicamente, es verdad y evidencia; científicamente, es agente y fenómeno; y artísticamente, belleza y encanto.

La luz es armonía, necesidad, utilidad, fecundidad y placer: es luz para los efectos del hombre inteligente, y calor para los del hombre sensible: es fuego que alumbra y abrasa, guía y alienta, crea y destruye.

El hombre halla alumbrado el mundo por la mano de Dios; y, en su afan de parecerse á su Autor, trabaja por fabricar luces. Del revuelto seno del cáos saca un Sol el Creador, y del rico fondo de la creación saca el observador una chispa. Dios crea infinitos soles, y el hombre una multitud de llamas artificiales; desde la centella con que inflama la hoguera, hasta el fósforo con que enciende el cigarro; y desde la apestosa pajuela con que prende fuego á la mecha del candil, hasta la luz eléctrica con que ilumina una ciudad y registra el abismo de los mares.

Despues de haber confundido al Sol con Dios, el hombre ha querido confundir á Dios consigo mismo; y, remedando su obra, ha procurado dar á las luces fabricadas por

él, el carácter que más sobresale, á los ojos de nuestro siglo, en la creada por Dios: la utilidad. El ingénio humano, trabajando sobre la luz, ha procurado adaptarla á todos sus usos; el candelero y la araña para el hogar: el petróleo y el gas para las ciudades; el aceite y la cera para los templos; el pedernal, el fulminante y la pólvora para las guerras; el hidrógeno y la electricidad para los abismos.

El hombre no sabe estar á oscuras; falta que busque la ilustración para su inteligencia, el amor para sus corazones, la libertad para sus conciencias, el derecho para sus sociedades y la moralidad para su conducta: luces son estas que alumbran más que el luminar del dia!

*
* *

Sobre un mar de graciosas lucecillas, que recuerdan las fantásticas fosforescencias de las ondas, encendidas por el deleite en nuestro histórico paseo de las *Delicias;* sobre aquella varia y oscilante techumbre de llamas de todos tamaños é intensidades, en que la grasa arde humildemente junto á la aristocrática estearina y el humilde, pero precioso, farolillo veneciano se columpia al lado del sólido y complicado aparato de gas, observaba yo la noche del último viérnes alzarse imponente entre las agudas techumbres de los polvorines y sobre el fondo profundo del mar y más profundo del cielo, un negro é imponente fantasma coronado por una luz.

Parecía haberse alzado hasta el firmamento, haber arrancado de él una estrella y haberse detenido un instante, antes de hundirse en la tierra, para mostrarla á los humanos clavada en su frente. Era el faro de San Sebastian: esa estrella símbolo es de aquella llama que lleva por nombre la *caridad;* enciéndela el hombre que se arrastra por el suelo con el pensamiento fijo en el que rueda por

los mares: esa luz arde en el límite de lo sólido y lo líquido, de lo seguro y lo inseguro, por el amor del que vive sobre una piedra hácia aquel que vive sobre un madero: esa llama se alza entre mar y cielo, entre muerte y esperanza, por la fraternidad que enlaza al peregrino de la tierra con el navegante de los mares.

Aquel faro es una de las magníficas aplicaciones que hace el ingénio humano de la luz encontrada en sus incesantes investigaciones. Aquella luz es de aceite; allí arde lá oliva, símbolo poético de la paz, sobre un gigantesco altar en forma de castillo y en aras de la Humanidad. Guardala un lindo fanal del soplo de las tempestades, mantiénela viva un tejido que tal vez tramaron manos de hijos y madres, hermanas y esposas, y la vigila un hombre que no duerme á la hora del sueño, y cuya mirada se extiende sobre el mar envuelta en aquellos rayos reforzados por las lentes de Fresnel. Pupila inmensa de un gigante parece aquella luz, á quien mantiene desvelada la fraternidad.

*
* *

Yo ví luego enrojecerse aquella luz, parecía como si se hubiese encolerizado ó como si sintiera el rubor de la vergüenza. Clavé en ella la vista con interés y extrañeza, cuando otro rayo de luz vivísima, hiriendo fuertemente mi pupila, me obligó á cerrar los ojos.

Cuando los abrí, el faro habia desaparecido; en su lugar otra redonda llama de brillo intenso, que despedía delgados y espesos rayos, como movibles hilos de una larguísima cabellera, rompía el aire, hacía palidecer las iluminaciones de la Velada y lo inundaba todo con una blanca claridad, sobre la cual se proyectaban negras y recortadas, las sombras de nuestros cuerpos.

Era la luz eléctrica. Ese agente poderoso que tiene por

esencia el rayo y por forma el dia, dominado una vez más por el osado pensamiento humano, viene á servir dócilmente de juguete en la Velada.

Si el valor hace de la fiera un muñeco, el talento hace de la electricidad un placer: faroles, arañas, esperma, gas, todo se amortiguaba bajo los brillantes destellos de aquel astro humano. Los millares de luces suspendidas ó elevadas sobre nuestras cabezas, deshicieron sus débiles resplandores en el ancho seno de aquel cono deslumbrador. Los hombres bajaron las frentes: las bellas sintieron debilitarse sus encantos, marchitarse las rosas de sus mejillas y el clavel de sus lábios, teñirse sus frentes de una lividez espectral, adquirir sus incitantes sonrisas la cruel conformación de una mueca y apagarse y languidecer el brillo ardiente de sus ojos. La luz, velada por el papel de color ó filtrada como chorro de oro por cedazo de cristal, favorecía sus atractivos ó aumentaba su belleza; más la despiadada insistencia de aquel rayo en llamas, deshacía toda ilusión, derretía el delicioso barniz de sus coquetonas apariencias y las depojaba tiránicamente de sus más preciosos y reales encantos.

Aquella orgullosa luz robó belleza á la mujer, delicia á la Velada y poesía á la noche; todo cuanto entró en ella se hizo monótono; todo cuanto quedó fuera, oscuro y triste.

*
* *

Mas bien pronto el faro y las bellas, la Velada y la noche encontraron quien las vengara de las injurias de la electricidad.

Una tercera luz, blanca, purísima, suave, poética, consoladora y divina, apareció en lo alto. Por encima de las tapias del medroso parque levantóse solemnemente como reina de la noche y señora de la tierra. Era la luna; esa

bellísima y casta Diana de los trovadores enamorados; esa eterna encubridora de los coloquios de amor; esa incorruptible depositaria de las dulces debilidades femeninas y de los falaces juramentos de los hombres.

Aún con sombras, aún tan alta, aún tan plácida y serena, bien pronto dominó aquel conjunto: tornáronse los ojos con amor y gratitud hácia su plateado disco, y una lluvia de esperanzas y consuelos cayó sobre los corazones, desprendida del ancho manto de la diosa.

Si la luna es el espejo del sol, y el sol es luz divina, un solo reflejo de la luz de Dios vale inmensamente más que todas las luces que inventaron los hombres: más que la electricidad, llama que hiere; más que el faro, llama que salva. Por eso una bella puede mirarla cara á cara; por eso una niña de alma de ángel y rostro de cielo puede contemplarse en ese espejo de amor y de poesía y hallarse hermosa y aparecer seductora; por eso la mujer, mirada á favor del rayo eléctrico, puede aparecer fea ó desabrida como la realidad, y contemplada á la luz de la luna, se presenta bella como una ilusión y espiritual como un querube.

¿Qué mujer no arranca un juramento ardiente de amor cuando sonríe lánguidamente en nuestros brazos, envuelta en el blanco fulgor del astro de los amantes? ¿Y cuán fácilmente no rechazamos á la luz del sol el pedazo de materia, manchado con las sombras del deleite, que apretamos contra nuestro pecho al despertar?....

¡Ah!.... cuán buena es la luna! cuánto nos hace soñar!....

*
* *

Venció la luna; la luz eléctrica se apagó: cayó como herida del rayo, como rota por su misma fuerza: suicidada.

La Velada tornó á su primera aparición; recobraron las luces su explendor, los matices sus lindas gradaciones, los cambiantes de luz sus caprichosos juegos y las irradiaciones infinitas que se entretejían en el espacio, prendiéndonos como incautos mosquitos en dorada red, su diafanidad y su brillo.

Quédese la electricidad para los severos intentos de la ciencia y los soberbios propósitos del pensamiento humano!.... Ardan los faros en la costa como centinelas de la filantropía y estrellas de la esperanza!.... Y venga la luna á regar con sus argentados raudales la morada del placer y á servir de poética lámpara en el templo del amor!....

CARRERAS DE CABALLOS.

I

Sabido es que este aristocrático espectáculo tiene su origen en los antiguos tiempos y que la vieja Europa los vió nacer en el *estadio* griego, pasar al *circo* romano, vivir en el *torneo* de la edad media y llegar hasta nosotros en el *hipódromo* inglés, que han imitado Francia, Bélgica, Alemania y por último España.

Los juegos Olímpicos, los Neméos, los Pythicos y los Ysthmicos, contaban siempre entre sus espectáculos diversas carreras, ya á pié, ya á caballo, ya en carros, de cuyo ejercicio se mostraban muy apasionados aquellos valerosos pueblos, así como orgullosos de sobresalir los capitanes más nobles y afamados.

El hipódromo constaba de uno á cuatro estadios por lo general, siendo el estadio, como es sabido, de 125 pasos geométricos, y los *andarines* habían de recorrerlos una vez ó dos, forma que se llamaba *Diaula*, ó más veces, á lo que se denominaba *Dolica*.

Después venían las carreras ecuestres ó en carros, ejercicio de gran elegancia y en que tomaban parte los personages más distinguidos; porque, no tratándose simplemente de divertir al pueblo, sino de acreditarse, ya como más ligeros y ágiles, ya como más robustos y poderosos, ya como más inteligentes y diestros para las batallas, era natural que los hombres de más elevada categoría y los soldados más valientes se complacieran y aun ambicionasen acreditar su aptitud para derrotar al enemigo, para apoderarse de un puesto importante, para evitar las sorpresas, para arrebatar alguna enseña guerrera, para reconocer los puestos enemigos, para eludir asechanzas formidables ó para perseguir en su fuga el contrario.

Por eso reyes y generales venían á Olimpia á disputar el premio, y la Grecia y aun el Archipiélago y hasta el Asia, enviaba sus más renombrados corredores á las *lampadedromías* instituidas en honor de Minerva, Vulcano y Prometeo, llamadas así porque, á la agilidad en la carrera, había que añadir el particular arte de impedir que se apagase la antorcha encendida que llevaban en la mano.

Las carreras ecuestres que se verificaban en el circo de Roma eran de varias especies.

Primeramente corrían los caballeros en pelo y sin estribos, y aun á veces llevando de la brida un segundo caballo y pasando de un salto de uno á otro durante la carrera con maravillosa destreza: despues había las de carros, para las cuales se colocaba en uno de los extremos del hipódromo el premio que era preciso alcanzar; la *cabalgata* solía hacerse en torno de una gran hoguera; la carre-

ra de los juegos *seviriales* (sex-vires), en que figuraban los caballeros distribuidos en grupos y mandados por un jefe, y por último, las carreras de Neptuno, á quién estaba consagrado especialmente el caballo.

Para todas estas carreras valíanse los romanos de *jockeys*, que llamaban *cursores* ó corredores, los que, como hoy, se distinguían por sus pintorescos vestidos blancos y verdes, azules y rojos, á cuyos coloros agregó luego Domiciano la púrpura y el oro. Eran en un principio estos *cursores* humildes esclavos, á quienes se les hacían muy buenos regalos cuando contribuían á la victoria; mas bien pronto entraron en antojo los hijos de los más nobles patricios de llenar estas funciones, y el circo romano tuvo sus *getlemen-riders*. Al mismo tiempo tenía Roma sus picadores ó *agitatores*, y su *Jockey-club*, cuyo presidente, ó *editor spectaculorum*, organizaba las carreras y las presidía desde una bella tribuna colocada frente de la del César, si bien habia otro presidente encargado de dar la señal y que por esto se llamaba *designator*.

Los premios consistían en sumas de dinero, copas y vasos preciosos, palmas y coronas. Las apuestas eran numerosísimas y no ménos extravagantes y peregrinas que las nuestras. De manera que puede decirse que las sociedades modernas no han hecho más en esto que copiar á la Roma de Nerón y Calígula.

II

Cuando el imperio de Occidente se destruye, los hipódromos de Constantinopla se hacen los depositarios de estas caballerescas tradiciones. Bizancio se había dado prisa á construir un hipódromo que excediese en magnificencia á los de su rival; y apenas la emperatriz Irene demolió el edificado por Teodosio, cuando Septimio Severo trazó otro que vino á concluir Constantino; pero los bizantinos, de-

caidos en sus costumbres y olvidados de la gloriosa memoria de sus abuelos y de las épicas empresas de Grecia y las fastuosas y nobles luchas de Roma, entregaron la arena á la vanidad de una aristocrácia cruel que, cuando no dió á las justas un falso interés, las trocó en un espectáculo trágico casi siempre teñido con sangre. Dos partidos antagónicos llamados de los *azules* y los *verdes*, luchando en magnificencia hasta regar el campo con polvos de azul y carmin, concluyeron por manchar la liza con el cárdeno de sus despedazados miembros y el rojo de su enardecida sangre. Despues..... las fiestas y justas desaparecen, para dar lugar durante algunos siglos á las guerras y batallas.

Cuando tornan á presentarse los cosos y lizas, las cañas y alcancías, las parejas y torneos, y otros varios ejercicios de la nobleza de los tiempos medios, aunque conservan á veces algunos puntos de contacto con las antiguas carreras, no deja de aparecer claro que el principal objeto de ellos es más bien comparar la agilidad y fuerza de los caballeros que las de los caballos. Dícese, no obstante, que la Bretaña celebró sus corridas, que los Normandos eran famosos en el arte de correr las sortijas, que en la vieja Armórica los bretones ejecutaron carreras cuyo precio fué la mano de la bella Alienora, hija de Badick, su jefe; que Archambaud de Bourbón y su esposa Inés de Saboya, establecieron en una de sus ciudades un hipódromo y ofrecieron á los corredores el premio de un marco de plata al vencedor y 5 sueldos á los que le siguiesen de cerca; y que en 1370 existian estos ejercicios en los departamentos de Costa de oro y Semur. Mas todas estas pruebas están muy lejos de tener la estabilidad y corrección que ofrecen hoy las nuestras, y respecto á las cuales no es posible arrebatar á la Inglaterra el honor de haberlas establecido y organizado.

III

La Inglaterra ha sido siempre un suelo privilegiado para la raza caballar, en el que, á la bondad de los pastos, se han unido las ventajas del clima. Ciertamente que la raza indígena sufrió una degeneración cuando los romanos, conquistadores de la Gran Bretaña, mezclaron los caballos del país con los de diverso origen que montaba su caballería; pero mucho despues, el caballo español, valiente, noble y hermoso, fué el encargado de regenerar la degradada especie inglesa, y hubiéralo conseguido si aquel ensayo, meramente aristocrático, de los tiempos de Enrique I, hubiese tenido una importancia verdaderamente nacional.

Es lo cierto, que las primeras carreras datan de los tiempos del rey Enrique II; y que el *smithjields*, en que se hacían caminar, trotar y galopar los caballos ante los condes, barones, caballeros y plebeyos con el propósito de venderlos, concluía por una gran carrera en la que no faltaban pruebas de destreza y agilidad.

Los caballos ingleses estaban muy lejos de responder sin embargo al ideal del *caballo de carrera*, que parecían buscar con empeño los hijos de Albión. Eduardo III ya lo obtuvo, gracias á la influencia del caballo español, si bien no pudo conseguir en él la ligereza sino con detrimento de la fuerza; Enrique VIII estableció las carreras de Chester y de Hamford, aunque sin hipódromos, sino corriendo intrépidamente por los campos: el premio consistía en una campanilla, primero de madera adornada con flores y más adelante de plata. Jacobo I multiplicó estos espectáculos y aun los amenizó con grandes apuestas en que dió el ejemplo, estableciéndolos en Garteley, Croydon y Enfield-Chase. En fin; Cárlos I creó un hipódromo en Hyden-Parck, que fomentaron ya y reprodujeron con

sucesivas reformas Cárlos II, la reina Ana, y todos cuantos desde entonces han ocupado el trono de Inglaterra.

Tras esta nación, su eterna émula la Francia, ya al finalizar el siglo XVIII, estableció sus corridas, más con el fin de distraer elegantemente la vida de los príncipes, duques, condes y gentiles hombres, que con el útil propósito de mejorar la raza caballar. Napoleón las dejó languidecer en su odio por todo lo inglés y Luis XVIII las fomentó por su amor á todo lo que odió Napoleón. La revolución de 1830 las dejó olvidadas y el rey Luis Felipe creó el registro de matrícula, especie de Stud-Book de la Francia, que viene á indicar cuanto en instituciones hípicas imperan las ideas inglesas. El *Jockey-Club* emprendió la propaganda de estas teorías y la *Societé d' Encouragement*, fundada en 1833 bajo el mismo reinado de Luis Felipe, ha continuado hasta hoy ejerciendo la mayor influencia sobre la mejora de la raza caballar, y favoreciendo el desarrollo de los caballos *pur-sang*.

De Francia, la institución hípica pasó á Bélgica y Alemania y por último vino á España, donde hoy empieza á tomar consistencia, presentando en nuestra ciudad esa elevada y provechosa tendencia á trocar su carácter de pasatiempo adventicio y de placer aristocrático, pero fugitivo, por el racional propósito de imitar á Francia, crear un centro estable y propender á la mejora de la raza caballar española, tal vez la mejor del mundo y desde luego la única que reune ó puede llegar á reunir las cualidades de belleza, fuerza y agilidad.

Todo pensamiento que redunde más en provecho del animal, y por ende en interés verdadero del hombre, que en tentativa vergonzosa de constante placer, merece aplauso y favor: ir á buscar en todas partes el deleite y la ganancia material nada más, es chico, es mezquino; pero cuando la sensualidad del placer ó la materialidad del lu-

cro son lo secundario y lo principal es el cultivo de esta especie bellísima y útil de animales y el deseo de colocar la raza caballar española por encima de todas las del mundo, y aplicarla á los distintos y múltiples usos á que puede ser aplicada, entonces, intento es este muy digno de ser respetado, propósito que merece favor de todo espíritu ilustrado y de toda autoridad celosa del bien material, y espectáculo delicioso el de la carrera, muy digno de un pueblo caballeresco, galante, varonil y culto.

Celebrémos, pues, tenerlo en Cádiz; demos las gracias á sus introductores y fomentémoslo hasta convertir la idea imperfecta de ayer en sólida institución para siempre, á semejanza de lo que han hecho Inglaterra y Francia.

EL HIPÓDROMO GADITANO.

I

La primera condición de un hipódromo es que se halle cubierto de cesped; el más menudo enchinado, la más fina arena, la composición mejor combinada, no pueden reemplazar ventajosamente esa blanda alfombra de menuda hierba, colocada sobre un suelo duro y seco. Nada importa que la pista deje de ser perfectamente plana, con tal que las pequeñas elevaciones y depresiones no se hallen en las vueltas, ni que los puntos de partida y de alto se hagan sobre una de esas hondonadas. Lo que sí ha de evitarse con cuidado, es que el terreno sea pedregoso, ó que abunde en esas gruesas y peladas piedras que con dificultad pueden arrancarse del suelo, ó bien que se componga

de esa tierra blanda y esponjosa en que se alimenta una hierba espesa y suculenta bajo la cual, tras una ligera lluvia, se forma un barro pegajoso y resbaladizo, por donde no es posible que corra el caballo sin gran molestia y aun peligro para él y para el ginete. El suelo, pues, debe estar formado por un terreno árido, ligeramente enarenado y recubierto de un cesped fino y achaparrado, bastante espeso para dar homogeneidad á la superficie de la tierra y presentar á la herradura del caballo un tapiz blando, que no baste á amortiguar su esfuerzo y, que, sin embargo, solo le ofrezca un punto de apoyo sólido al par que suave.

Estos terrenos generalmente no los ofrece la Naturaleza; mas, como en Cádiz, la industria y el trabajo, el oro y la inteligencia, logran poseerlos y colocar sobre ellos sus hipódromos.

II

Los mejores hipódromos de Europa, son los ingleses; y en Inglaterra, los más célebres son los de Epsom y New-Market: el primero, situado en incultas landas, ha sido construido con sumo acierto y sirve para las carreras primaverales del famoso *Derby* y los otoñales *Oak's stakes*. El de New-Market tiene un suelo especial, que la roedura de un insecto de la localidad hace elástico, y sobre el cual rebota el casco del caballo como la bola de billar empujada por el taco del jugador. Este hipódromo tiene trazadas diversas carreras, en con formidad con las varias cualidades de los caballos que han de probarse en él: cuestas para el caballo vigoroso apto para subir y para el caballo débil, pero galopador, á propósito para bajar; caminos en curva para el caballo sobresaliente y perfecto, y pistas completamente planas para aquellos otros rehechos y derrengados, ó delicados y como convalec ientes.

A más de estos dos hipódromos, aun pueden citarse los de Ascot, Goodwod, Croydon, Doncaster y Liverpool.

En Francia el primero digno de mención fué el del *Champ de Mars*; pero la mala elección del sitio hizo que se le abandonara en 1857, reemplazándole con el magnífico del *Bois de Boulogne*, uno de los más bellos del mundo y con el cual han intentado rivalizar los creados en *Vincennes* y *Chantilly*, que gozan de gran popularidad, y el elegantísimo de la *Marche*, donde por primera vez se han celebrado las carreras con obstáculos ó *steeple-chases*. Hasta un centenar de hipódromos pueden todavía contarse en diversos puntos de Francia, donde la institución hípica se halla muy arraigada y extendida; entre ellos, el de *Nantes* es el que tiene mejores condiciones.

La Bélgica posée los de Anvers, Bruselas, Gante, Brujas, Lieja, Namur, Spa y otros varios.

En Alemania solo merecen citarse los de Baden y Franfort sobre el Mein.

III

En España, despues de visitar el de Cádiz, no puede hacerse mención de ningun otro; verdad es que nosotros empezamos hoy á imitar á los extranjeros; porque aunque en esto, como en muchas cosas, la Naturaleza nos ha favorecido y nadie puede negar (Inglaterra menos que nadie) que poseemos los mejores caballos del mundo, como poseemos el mejor suelo y el mejor cielo y otras muchas cosas mejores qué las de los demás paises del globo, es lo cierto que por lo mismo las miramos con un vergonzoso y lamentable desdén, las dejamos en un funesto y punible abandono, y envueltos en un laberinto de pasiones y de propósitos deplorabilísimos, no solemos tornar los ojos hácia el provecho y la riqueza hasta que nos sacan de

nuestra mísera distracción los gritos acusadores de los pueblos extranjeros, ó los ecos bulliciosos y ufanos de sus bellos y útiles espectáculos.

¡Cómo correr caballos en España, á pesar de poseer el elegante caballo andaluz, cuando nos vemos corridos todos los dias por los políticos revolucionarios y corremos todos una suerte tan azarosa sobre un suelo inseguro y y bajo un cielo cargado de desconfianzas!.... Los placeres honestos, como los adelantos de las ciencias y las artes y el desarrollo de la agricultura y el comercio, reclaman paz, seguridad, estabilidad en los gobiernos, órden en la sociedad, justicia en las leyes, libertad en los pueblos y moralidad en los hombres. Pero faltando todo esto, no es posible que esta ni ninguna otra institución aparezca y se arraigue en nuestro suelo, sobre todo cuando alienta en otra esfera que la política, reclama otros elementos que los que entrañan los infatigables partidos y se propone fines de laboriosidad y de progreso que no entienden los que son presa de egoistas pasiones y padecen la sed de mando.

Con todo, y á pesar de todo, Cádiz tiene la honra, en esto como en otras muchas cosas, de ser la primera á dar hospitalidad al *Jockey-Club*, y en fundar una Sociedad análoga á la de *Encouragement*, que, favorecida y alentada como lo merece, será aquí, como en el extranjero, fuente de grandes beneficios para todos.

Hablar de ellos será asunto para otro día; mas hoy que nos ocupamos de los hipódromos, veamos de dar cuenta del que tenemos á poca distancia de nuestros muros, debido á la generosidad y galantería de nuestra aristocrática sociedad del *Jockey-Club*.

IV

El *hipódromo gaditano* está contruido muy cerca de *la*

Cortadura, entre la bahía, cuyas azules ondas se extienden al frente limitadas por la cercana costa que dibuja un bellísimo horizonte, y el ferro-carril que cruza por la espalda próximo al espumoso mar del Sur ancho y profundo.

Tiene la figura de un extenso rectángulo cuyos cuatro vértices se redondean en suaves curvas, abrazando una superficie total de 118.005,76 metros. La superficie de la faja que comprende la pista es de 25.220,80 y la longitud media de la misma para los efectos de la carrera de 1.229 por unos 29 metros de ancho.

Arreglada la explanación del terreno á una pendiente ligerísima de dos por mil en la parte ocupada por la pista principal y segunda pista, extendióse en las dos terceras partes de su longitud, constituidas por las naturales y movedizas arenas, una capa de arcilla de doce centímetros de espesor, sobre la que se tiró un manto de abono formado con estiércol y raspa de curtido, en el que, luego de rastrillado, se sembraron algunas gramíneas.

La sequedad del tiempo impidió en primer lugar, que ligasen la arcilla y la arena, produciéndose por el contrario una costra ténue y agrietada que á la menor presión se desprendía de la arena; y en segundo lugar, que las semillas germinasen dentro de la arcilla, que la falta de agua había puesto dura y compacta.

Para dar trabazón y solidez al terreno, recurrióse al costoso medio de acarrear de la inmediata ciudad de San Fernando detritus de cantera ó recebo natural, que extendido tambien en una capa de ocho á diez centímetros sobre toda la pista, cilindrado y regado convenientemente, ha dado lugar á la sólida costra que hoy presenta. Mil doscientos metros cúbicos de tierra fueron transportados para este efecto en diez trenes especiales, ayudando despues la vegetación con una siembra de alpiste, que aun no ha brotado sino á trozos.

En uno de sus frentes, y pegada á la pista, se levanta una larga y estrecha galería destinada á los miembros del *Jockey-Club* y á los *sportment's* gaditanos ó extranjeros, que siguen con avidez los incidentes del espectáculo, anotan los éxitos y animan las carreras con las apuestas que apuntan y liquidan los *book-mark's:* esta galería se halla dividida en su centro por la pequeña tribuna que ocupa el *Juez de llegada, designator* de los romanos.

Tras la galería se tiende el espacioso patio del *Stand*, cerrado por dos verjas de madera: la una sirve de ingreso al publico; la de enfrente dá paso al patio en que estan situadas las cuadras: á la izquierda pasa la pista y se halla la tribuna del *Jockey-Club* y á la de derecha se levanta una graciosa y elegante construcción destinada á tribuna pública.

Sobre unos pilares de sillería suficientemente sólidos, se apoya un sencillo y elegante edificio de madera é hierro, que bien pudiera sostener el peso de unas mil personas, dividido en tres pisos.

Dan ascenso al primero unas anchas graderías situadas una á cada lado sobre el ancho frente, y lo componen dos espaciosas soteillas defendidas por un lindo barandaje de hierro, y en las que pueden cómodamente colocarse hasta unas 300 sillas. De cada una de estas azoteas parte una pequeña escalera que conduce á los palcos bajos, los cuales se extienden en larga hilera por todo el frente de la tribuna en número de 28, separados por una ligera baranda tambien de hierro é igual á la que les sirve de antepecho. Estos palcos son suficientemente anchos para que puedan contener fácilmente hasta seis personas y tras ellos hay un cómodo pasadizo que proporciona el ingreso en ellos y permite circular á los caballeros que unen al atractivo del espectáculo los deliciosos placeres del trato social y la galantería. Finalmente: otras dos gradas

abiertas de frente permiten subir á los palcos segundos que asimismo se extienden á todo lo largo del edificio en número de 52, y tras los cuales aun queda una ancha galería que puede estar ocupada por espectadores de á pié y desde la que se disfruta en redondo de unas vistas deliciosas.

Un espeso toldo defiende á los que ocupan esta altura de los rigores del sol.

Está construcción se halla decorada y adornada con la sencillez y el gusto con que sella Cádiz todo cuanto dedica al solaz y divertimiento de la buena sociedad.

El pedestal allí levantado á la belleza y al placer, no podía dejar de ser digno de su preciosa carga y de la delicadeza y explendidez de los que le construyeron.

*
* *

Le hemos visto por fuera y por encima, vamos á verle por dentro y por debajo.

Entre las dos gradas inferiores aparece una ancha puerta que dá paso, por la derecha primero al *restaurant* de las tribunas, anchuroso salón de ocho metros de largo, y más allá al del público, no menos espacioso que el primero; y por la izquierda, al despacho de billetes, á la enfermería y al cuarto de sillas y arreos.

Bajo las azoteas dan al exterior otras puertas que comunican, las de la derecha, la primera con el tocador de señoras, la segunda con la habitación del Jurado, y la última con el cuarto de los caballeros ginetes: las de la izquierda corresponden, la primera al tocador de caballeros, la segunda á la secretaría, con un pequeño departamento para el presidente y detrás el cuarto del peso, y la tercera al aposento destinado á los *Jockey's*.

Como se vé todo está previsto, todo tiene su lugar cómodo, ordenado y bien dispuesto: conócese que para los que han dirigido esta bella construcción no son extra-

ños los hipódromos extranjeros, principalmente los franceses.

Las cuadras se extienden en dos anchas alas siguiendo la primera la línea de la gran tribuna, y cerrando la otra el espacio en ángulo recto: construyéronse en un principio hasta treinta, mas hoy la primera está convertida en cocina para servicio del guarda.

Observamos que fácilmente la techumbre de estas cuadras hubiera podido disponerse de modo que sobre ella se apoyase una buena gradería donde alojar á esa multitud de curiosos y aficionados que conduce el ferro-carril, y á quienes se ha dejado hasta hoy de pié en el centro del hipódromo.

Finalmente; antes de penetrar en el *Stand*, se construye en la actualidad una cómoda y extensa grada para uso de los que no puedan ó no quieran abonar los altos precios de los puestos preferentes: esto sin duda conducirá á las próximas carreras un número considerable de personas que, por las circunstancias indicadas, se privaron de asistir á las primeras que con tanto explendor celebró Cádiz no hace mucho tiempo.

*
* *

Adornado aquello de banderines y gallardetes, poblado de alegres y risueñas damas, recorrido por nuestros jóvenes más distinguidos y galantes, embellecido por el pueblo aglomerado en distintos puntos para dar á la fiesta esa vida y ese bullicio que imprime con su presencia, esmaltado por los pintorescos trages de los *jockey's* y los mil delicados colores del atavío femenino y animado por las dulces sonrisas de las bellas, las conversaciones y apuestas, las ocurrencias y alusiones del ingénio y la alegría y algazara que comunica el *lunch*, el hipódromo ha de presentar un aspecto indescriptible, encantador, ca-

paz de hacer olvidar cuanto es trabajo y miseria, y cuantos son desencantos y pesares en la vida.

Muy pronto hemos de verlo, puesto que las carreras se aproximan, aunque ninguno de los que asistieron á su inauguración habrán podido olvidarlo.

Cádiz sabe imprimir á todas esas fiestas dignas de su cultura tal carácter de distinción y elegancia, que sin duda por ellas, más que por otra cualquier demostración de su finura y buen tono, tiene acreditados su exquisito gusto y su notoria ilustración.

EL JOCKEY-CLUB.

I

La *Societé d' encouragement pour l' amélioration des races de chevaux en France*, de la que ha tomado sus fundamentos la constituida recientemente en Cádiz, fué á su vez fundada en 1833 á imitación del *Jockey-Club* de New-Market, por los nobles *sportmant's* parisienses más adeptos al pensamiento reformista de la raza caballar, entre los cuales se encontraban el Conde Max. Caccia, el de Cambis, el de Demidoff, el Príncipe de Moskowa, el Duque de Normandía, los señores Delamarre, Fasquel, Laffitte, Leroy, Machado, Rieusèe, coronel de la guardia nacional de á caballo, Seymour, y otros.

Su objeto; claramente contenido y expresado en el manifiesto que publicaron por el mes de Diciembre del citado año, no fué otro que fomentar y desenvolver, con el fin de mejorar las razas, la producción del caballo de pura sangre. Los medios eran cuantos se creyesen oportunos,

pero principalmente la institución de premios y recompensas; y la práctica consistió en la fundación de hipódromos, siendo el primero el de *Chantilly*, y la redacción de un reglamento, que muy pronto fué aceptado por todas las sociedades análogas y aun adoptado en 1862 por el mismo gobierno.

El *Jockey-Club* de Cádiz fundóse en Junio del corriente año, bajo la Presidencia honoraria de S. M. el Rey Don Alfonso, y por la iniciativa y bajo la dirección de los señores D. Agustin de la Viesca *Presidente*, D. Tomás F. Reade *Vice-presidente*, D. Manuel Gomez Cuevas *Contador*, D. César Lovental *Tesorero* y D. Fernando de Abarzuza, *Secretario*. Muy pronto llegó á reunir el respetable número, dentro de la ciudad, de 55 socios, cuyos nombres constan á continuación de su Reglamento el cual aparece aprobado en Junta general extraordinaria celebrada el 18 de Julio del año corriente.

Inspirado este Reglamento en el de la *Societé d' Encouragément*, tiene por objeto *mejorar nuestras razas caballares, estimulando su fomento por medio de las carreras de caballos y otros ejercicios análogos que se crean convenientes*. En efecto; la carrera es una prueba por la cual acreditan los caballos su fuerza y su ligereza, y por tanto su uso y su utilidad, y la institución de estas pruebas ha venido siempre seguida de cerca de alguna mejora ó regeneración en la raza caballar. Para ello concédense premios diversos y más ó menos importantes, consistentes por lo general en dinero, pero tambien con frecuencia en algun objeto precioso de arte, y que ora viene á galardonar el éxito de una carrera en plano *(á plates)* ó con obstáculos *(au clocher)*, ora á recompensar con distinción los esfuerzos del caballo de dos, tres ó cuatro años, ó los de la potranca y la yegua.

A estos premios agréganse las puestas *(stakes)* que, no solo se cruzan entre los concurrentes, sino que por lo ge-

neral vienen á realzar, á veces considerablemente, el valor del premio y el interés del éxito.

II

Veamos ahora la influencia que las carreras pueden ejercer en la producción del caballo. Es innegable que un caballo ligero, vigoroso, de aliento, de fondo, excelente en una palabra, debe producir en el *puesto* ó sea en la *yegüeriza* otros indivíduos que se le parezcan ó que le excedan, sobre todo si se le une con una yegua que, sometida á las mismas pruebas, haya demostrado análogas cualidades. Las carreras, como medio de acreditar la existencia de estas condiciones, son útiles para los usos de la *yeguacería* y por tanto para la regeneración y mejoramiento de las razas.

Ciertamente que hoy, en vez de atender por ellas á los intereses de la reproducción y de la *pura sangre*, se ha convertido la carrera en un espectáculo atento solo á los fines de la especulación; mas ni teóricamente es este el objeto de la institución, ni los resultados, tanto en Francia como en Inglaterra, han dejado de enseñar bien claramente cómo se marcha por equivocado camino: los caballos franceses é ingleses han llegado á ser animales bellísimos, de elegante estampa y graciosos movimientos, rápidos sin duda en la carrera, bien *enmusculados*; pero que por lo general se rinden á la mitad de la prueba, y lo que es peor, sometidos ó duro ejercicio, suelen quedar imposibilitados para siempre de repetirlo.

Despues de correr un *Derby*, (1) por ejemplo, el animal

(1) El premio DERBY fué instituido en 1779 por el lord de este nombre. en el hipódromo de las OACK'S construido para celebrar sus bodas con la aristocrática amazona lady Elisabet Hamilton: esta lady fundó el premio para yeguas de tres años, su esposo le amplió á los potros de la misma edad, y á su semejanza se han generalizado estos premios.

sale del hipódromo desgarrados los flancos por la espuela, empapado en sudor, relajados sus tendones y músculos y en disposición de que no se pueda pensar ni hablar más de él, porque, en efecto, ha cumplido la misión para que ha sido educado tan cuidadosamente.

La razón de esto es sencilla: cuando un caballo de formas elegantes y vigorosas y que puede rendir muy útiles servicios á su país se dedica á ganar premios *Derby*, hay que abusar forzosamente de sus facultades y que darle ligereza á costa de su potencia de acción y de su vitalidad. Cuando esto se hace de un modo prudente y en racional medida, los animales, perdiendo algo de la dureza de sus miembros y de la compacticidad de sus tejidos, conservan el poder de su musculatura y la fortaleza de su pecho; mas cuando temerariamente se lleva este propósito fuera del límite de su naturaleza y de nuestra razón, la ligereza solo se obtiene á costa de la potencia de acción. De aquí que los caballos obtenidos por los criadores presentaron formas prolongadas y largas, pero músculos menos desarrollados y tendones menos pronunciados; una cruz más marcada, pero menos poderosa. Estos caballos no pueden resistir á tanta fatiga ni recorrer tanta distancia como los otros; y de aquí la necesidad de achicar los hipódromos y de suavizar las pruebas.

La moda fácilmente se contentó con estas simplificaciones, tanto más cuanto que se disminuía el tiempo de ansiedad de los postores, y se llegaba pronto á la adjudicación de las *stakes*, que es todo lo que se quería demostrar. Por otra parte, los caballos, obligados á reproducir las carreras siete ú ocho veces en esas luchas de *segunda mano* tan interesantes y comprometidas, habían de dejar bien comprobadas sus cualidades de fuerza y resistencia; mas hoy, en carreras cortas y respecto de caballos de análoga potencia, todo el éxito depende del *jockey*; todo,

consiste en que sepa guardar este una calculada distancia durante la carrera respectó de sus competidores, reservar cuidadosamente el aliento de su caballo, llevándole rápido pero sin tenderlo á fondo, y lanzarlo como una flecha en el último momento, antes que sus rivales hayan tenido tiempo siquiera de recojer los suyos para obligarles á hacer el último esfuerzo.

Este método traslada la emulación en cierto modo del caballo al *jockey*, y esto produce desgraciadamente la introducción de prácticas crueles en la carrera, como la espuela y la fusta, de las que hoy se hace tan deplorable abuso, que el caballo suele quedar, no ya estropeado paro una nueva lucha, sino desgastado para toda su vida.

Si las instituciones hípicas han de ser fieles al pensamiento que las enaltece y las legitíma, preciso es que no se conviertan en una distracción de los desocupados ni en un medio de obtener fácilmente pingües ganancias; que no arrastren á esos violentos ejercicios potros de 18 meses y de dos años, que aun no están bien formados ni pueden resistir las violentas fatigas de esas duras pruebas; y que procuren ofrecernos mañana ese animal todo nervios y músculos honra de su raza y de su dueño, en vez de esos organismos dislocados, sin belleza ni fuerza, con daño de la especie y vergüenza del criador.

Es innegable que un potro de tres años, bien nacido y bien educado, se halla en estado de correr sin atraer sobre sí las causas de su ruina; pero procúrese alejar siempre esos abusos y esos extravíos, si se quiere hacer de las carreras lo que ellas deben ser en efecto; esto es, pruebas sérias destinadas á evidenciar los resultados obtenidos por los criadores inteligentes y los méritos alcanzados por los domadores prudentes y sabios.

III

El *Jockey-Club* de Cádiz puede, al iniciar aquí esta reforma, rendir un gran servicio al país; puede favorecer grandemente los intereses de los criadores; le es fácil alejar todos los yerros en que incurrieron Inglaterra y Francia; emprender la consecución de su propósito desde el punto y con la tendencia con que todos le desean y el país le necesita, y fijar, en fin, su atención en tres puntos principales; la *edad*, el *peso* y la *distancia*, que son las bases sobre que giran todas las carreras y de que dependen sus importantes consecuencias.

No olvide la vulgar máxima de que todo exceso es dañoso; evite la admisión de los animales muy jóvenes; no acepte pesos muy ligeros, ni establezca distancias demasiado cortas; y más que nada tenga presente que la ligereza no lo es todo; y que, sin desatenderla, será conveniente procurar la resistencia, la *endurance*, como dicen los ingleses.

Concluyamos estableciendo que, para que la prueba de una carrera sea concluyente, es preciso que el caballo despliegue en ella, al recorrer una distancia determinada, toda su fuerza física y todo su valor moral, por decirlo así; y que es absurdo exagerar la ligereza hasta hacerla resaltar por encima de la potencia fisiológica.

Atento á estas observaciones, el *Jockey-Club* vivirá para honor de Cádiz, obtendrá justa fama para sí y prestará muy buenos servicios al país.

EL CABALLO DE PURA SANGRE.

La raza caballar inglesa debe á tres caballos su última transformación; cada uno de ellos había recibido el nombre de su dueño, y llamábanse *Beyerley*, *Darley* y *Godolfin;* el primero era turco y árabes los otros dos. Apenas uno de ellos fué admitido en la *yeguaceria* para la reproducción, inscribióse su nombre en el *Stud Book*, así como los de todos los otros animales á quienes dió origen.

El *Stud-Boog*, es, pues, un libro genealógico ecuestre en que fácilmente puede comprobarse la pureza de sangre de un caballo, como en un registro civil puede averiguarse la filiación más aristocrática.

Caballo *pur-sang*, no es, por lo tanto, otra cosa, segun el *Stud-Book*, que el caballo inglés, regenerado por medio de la mezcla de su sangre con la del caballo árabe.

Gracias á este cruzamiento, á un sistema de alimentación perfectamente entendido y á condiciones climatológicas y á otras influencias locales, que tal vez no se reunen en otras partes, por lo menos en el mismo grado, ha llegado la Inglaterra á producir un caballo que, bajo los conceptos de ligereza y de fuerza, es reputado por todos los *sportsman's* como el primer caballo del mundo.

Comparado este caballo con el árabe, ó lo que es lo mismo, comparadas las obras de la Naturaleza y la industria humana combinadas con lá de la Naturaleza sola, aquellas triunfan sobre esta: el caballo árabe salta de 14 á 16 piés; el caballo inglés llega á cubrir ¡hasta 28! es decir; ¡más de 100 pies, en cuatro saltos! lo cual significa que la carrera se convierte en vuelo; que el caballo se transforma en ave y devora el espacio.

Veamos ahora qué es lo que han hecho los ingleses para producir este caballo y qué podríamos ejecutar nosotros para obtenerlos semejantes á los ingleses.

No hay caballo en el mundo que posea una cabeza más hermosa que el árabe; su frente es ancha y cuadrada, sus narices grandes y abiertas, su boca fina y pequeña, su mandíbula inferior delgada, su ojo saliente y brillante y toda la cabeza va envuelta en una espesa red de venas gruesas y bien alimentadas. Sin duda su cuerpo es sobrado delgado y ligero y su pecho estrecho y poco poderoso; pero los hijares se ensanchan detrás de los brazos para procurar cómoda cabida á los pulmones: el cuello es largo y arqueado; pero la cruz es alta, el homóplato convenientemente indinado, la musculatura vigorosa sin pesadez y la pierna es fina y se halla conformada de una manera admirable: el hueso es de una gran densidad, los tendones se hallan claramente muy desprendidos de ellos, los músculos de la cadera, muslo y antebrazo son notables por su fuerza y disposición, y la ranilla ó cuarto casco presenta una oblicuidad considerable.

La cabeza del caballo inglés se parece mucho á la del árabe: su cuello tambien es delgado, afilado y fino, la espalda ancha y de una gran oblicuidad; el pecho es más profundo y anchuroso que el del caballo árabe; sus piernas son chatas, más bien cortas á partir desde la rótula hasta el casco, lo cual es uno de sus principales defectos, y la ranilla, menos oblícua que la de su rival, pero larga y de una perfecta elasticidad. La solidez del esqueleto ofrece á los músculos puntos de inserción capaces de todos los esfuerzos y de todas las resistencias; y la estrechez del vientre parece indicar que el animal no quisiera recargar sus ligeros miembros con un peso inútil. En una palabra, ardor, fogosidad, indomable energía, valor inextinguible hasta el postrer aliento, son las dotes morales

del caballo de *pura sangre*, verdadera máquina por lo ligero y potente; y como cualidades de forma, pelo bayo, castaño ó alazan, alguna vez negro y rarísimamente gris ó blanco; los de este último color no suelen ser los mejores.

Los caballos *pur-sang* son los que se disputan casi exclusivamente los premios en las carreras al galope; pero no todos los descendientes de estos caballos son aptos para presentarse en los hipódromos; apenas una tercera parte de los potros de tres años se halla en disposición de afrontar esta dura prueba; y de esta tercera parte, como otros dos tercios no repasan la modesta línea de las medianías; de los restantes, un nueve por ciento son considerados como buenos, y uno entre todos, como verdadera celebridad.

Esos héroes del mundo hípico, esos valerosos y arrojados corceles de nervios de acero y pulmones de hierro, tales como los famosisímos *Eclipse*, *Monarca* y *Gladiador*, están en la proporción, bien triste y desesperadora, de uno por cada diez mil.

Estos caballos sufren varias pruebas que constituyen como su carrera y cuyos méritos van formando, por decirlo así, su brillante hoja de servicios. Preséntanse á los tres años de edad á la prueba que se llama la *poule d' essai*, que consiste en una carrera de 1.500 metros, en la que generalmente compiten quince ó veinte animales y que tiene lugar en Abril: á principios de Mayo, sufren la segunda prueba, llamada *la poule des produits*, que es una carrera de 1.900 metros; y por último, al fin del mismo mes arrostran la gran prueba del *Stude-Book* francés, conocida con el nombre de *Premio del Jockey-Club*, que se corre en Chantilly, sobre una pista de 2.400 metros, y cuyo valor se eleva á 20.000 francos, sin contar las entradas. Sesenta caballos de tres años se inscriben anualmente en el registro del *Jockey-Club*; de quince á veinte tan solo llegan á

afrontar la prueba. Aun vencedores de ella, les queda á los animales que sufrir otra suprema, á la cual son admitidos los caballos de tres años de todos los paises: conócese con el nombre de *Gran premio de la ciudad de París*, se eleva á 100.000 francos, sin las entradas, y se disputa sobre el hipódromo de Longchamps. Las inscripciones suelen subir de ciento, pero las pruebas preliminares dejan reducido á cuatro ó cinco el número de concurrentes.

Concluyamos diciendo algo de la educación del caballo de *pur-sang*, que no está exenta de interés ni de misterios.

Hasta la edad de 18 meses, déjasele vagar libremente por las praderas, recogiéndole cuidadosamente en el *box* durante las noches, donde se le alimenta con avena porque indudablemente el buen grano hace al buen caballo.

Pasa luego al picadero, donde se le doma sobre un suelo ni sobrado duro, porque la violencia del galope y el calor del ejercicio podrían dañar sus piés aún delicados, ni demasiado blando, porque cedería el piso bajo sus fuertes pisadas, y que ha de estar rodeado de vegetación, á fin de que el aire que respire el escolar, se halle purificado con las saludables emanaciones forestales. Concluida la lección vuelve al colegio, donde se le aloja cómodamente y aun con lujo en una preciosa celda del *box*, cuyo mobiliario se reduce á un pesebre y un pilón, en el que se desliza un hilo de agua limpia y fresca. Esta habitación está asistida por un mozo ó camarero que se llama *lad* ó *stable-boy*, duerme en el *box*, cuida esmerada y solícitamente del jóven huesped, subviene á su existencia y curación, y le limpia y asea con el cepillo y la esponja, porque la almohaza irritaría su piel fina y delicada.

El picador, entre tanto, vá graduando sus lecciones lentamente y preparando al alumno para los exámenes du-

rísimos que le aguardan, con sumo tacto, paciencia y circunspección: es preciso evitar la tos crónica y la inflamación de las articulaciones, que son dos enfermedades á que se vería muy expuesto, si la educación caminase con imprudente celeridad. Generalmente un año es lo que se invierte en esta ensenñanza, que consta de dos partes; una medicinal y otra gimnástica: esta última consiste en aumentar sus medios de acción como corredor; mas para ello es preciso hacer que desaparezca todo peso inútil, la carne supérflua y la grasa estorbosa. Para esto, mézclase al ejercicio cotidiano el uso de pociones farmacéuticas que purifiquen y robustezcan el organismo del alumno.

Los quince primeros dias solo le exige el picador unas cuatro horas de marcha al paso, para dar flexibilidad á sus músculos y fortaleza á sus piernas; á la tercera semana se emplean los sudoríficos, que endurecen los miembros y desalojan las grasas; el primero de estos es una manta de paño ó lana que le cubre todo el cuerpo y que se redobla sobre aquellas partes que se quieren desengrasar más: el segundo es ponerle al galope de caza primero y luego al galope tendido, haciéndole recorrer así de 6 á 8 kilómetros, y trayéndole luego al paso á la cuadra, donde se le arropa con nuevas mantas. Luego que el sudor es abundante, se le quitan las coberteras y se le frota suavemente con trozos ó gruesos tapones de paño, hasta dejarle bien seco. En esta disposición se le hace dar otro pequeño paseo higiénico, tambien al paso, y se le conduce de nuevo al *box*, donde se le deja reposar hasta el dia siguiénte.

Cuando ha desaparecido el exceso de grasa, empieza el segundo período de la educación, durante el cual ha de procurar el piçador dos cosas: la una desenvolver en el caballo toda su velocidad; y la otra enseñarle á respirar libremente, porque el pulmón juega en esto un papel tan

importante como los hijares y los riñones. En este período siguen aplicándosele los medios de sudar y aun con mayor frecuencia, pero el sistema alimenticio es más abundante y tónico.

Concluido este segundo curso, el caballo está en situación de empezar las pruebas ya indicadas, sin más que los trabajos particulares que han de servir de preparación á cada prueba, pero que reclaman en el picador sumo tacto, exacto golpe de vista y profundo conocimiento de lo que se le exige y recomienda.

¿Llegará el Jockey-Club de Cádiz á establecer con este grado de perfección la educación caballar entre nosotros? ¿Llegará á poseer caballos españoles que rivalicen dignamente con los extranjeros? ¿Contará con la paciencia, la constancia, la fé y los medios materiales de acción que necesita para esto? Allá lo veremos; árdua es la empresa; pero ya es honroso el haberla emprendido: llegar al término es alta gloria reservada al tiempo y al trabajo, al patriotismo y al entusiasmo.

PRIMER DIA DE CARRERAS.

A diferencia de Francia, donde la estación primaveral parece la escogida para la asistencia á los espectáculos hípicos de las clases elevadas y del mundo elegante, en Cádiz las carreras de caballos se han iniciado en el estío con el explendor que era de esperar. Como si el gusto por este género de diversiones fuese aquí cosa antigua y arraigada, el hipódromo presentaba un aspecto brillante y animado: y es que este pueblo tiene el instinto

del buen gusto y el amor á cuanto es bello, noble y distinguido.

Ciertamente que las aficiones hipológicas y el entusiasmo por este género de ejercicios, aun no se ha vulgarizado entre nosotros; esto es, no ha descendido á las más modestas clases sociales, donde, aunque doloroso sea decirlo, habrán de luchar para arraigarse con hábitos y gustos bien opuestos y sobre todo bien dolorosos; mas por eso mismo debe haber mayor empeño en imponerlos, en hacerlos dominar y en que sustituyan á viejas costumbres y lamentables extravíos, contra los cuales acaban de protextar, de un modo tan elocuente como digno, las clases ilustradas, y de los que se acabará por distraer del todo á la muchedumbre.

Luego que todos, grandes y pequeños, aristocrácia y pueblo, participen en natural y lógica proporción del carácter del *sportman*; luego que el más y el menos inteligente, el más y el menos rico, se unan con fuerza proporcional en el seno de esta bella y apacible afición, es de esperar que acuda el pueblo en masa á presenciar estas fiestas, á las que, á la distinción y elegancia del alto tono, se agregan en delicioso y bello contraste el bullicio y la espontánea alegría del pueblo, y que reciba así la nueva institución ese sello de universalidad que garantizará su existencia y su desarrollo.

Hoy por hoy, las carreras de caballos son entre nosotros una importación de la moda que acepta la aristocrácia, una nueva dirección que imprimen los vientos ultrapirenáicos á nuestras costumbres sociales, un aliento que se levanta y al que obedecen cuantos estiman los fueros de la alta sociedad, y un estímulo, en fin, para las gentes privilegiadas, pero que habrá de convertirse en ley general para todo el pueblo.

Gusta este de seguir los ejemplos y acudir á los llama-

mientos de los hombres del saber y del dinero: sabe ya, y siente en épocas de tranquilidad y concordia, que cuando la nobleza le llama, le importa y gana mucho con acudir: así es, que por más que no todos entiendan ni gusten de caballos, les bastará entender de fiestas, amar lo bello y lo delicioso sentir lo nuevo y delicado de una carrera de caballos, para quedar prendados de ella, asistir á su ejecución y dejar que insensiblemente se vayan borrando otras aficiones, ya afortunadamente en vías de descenso y desaparición.

*
* *

La perspectiva era bellísima.

Bajo un cielo de un azul purísimo, igual y diáfano; sin que flotára en el espacio transparente, como ligera gasa, la más leve nubecilla; sobre un campo inundado de luz, refrescado por una brisa suave y deliciosa y viveado por dos franjas de brillantes y tranquilas ondas, como ancha guarnición de encajes bordada por Dios sobre la larga cola de nuestro manto de arenas, destacábase, cual pintado país de un inmenso abanico, la gran tribuna de nuestro hipódromo. Bajo una techumbre de movible lona, sobre la cual cien lenguas, que tales parecian los gallardetes y banderolas, daban al aire las señales de la alegría que reinaba bajo sus ondulantes pliegues, agrupábanse con pintoresca armonía más de mil personas de serena frente y radiante mirada. Era la felicidad rica, deslumbradora, viva, encajada en un cuadro y sombreada por un lienzo: dos soles separados por una cortina para poder distinguir sus rayos, recalentándose, abrasándose mútuamente á través del lienzo, como dos almas que se besan á través de un velo.

La Naturaleza parecía muda y quieta en torno, comparada con la movilidad y el bullicio de la tribuna; desde

el labio que movia la risa y el párpado movido por el rayo de la mirada, hasta el rizo que agitaba el aire y el abanico agitado por la mano, todo era allí vida y animación: y desde el blando murmullo del requiebro amoroso ó el susurro del epígrama picaresco, hasta la fresca carcajada de la alegría ó la franca voz de la cordialidad, todo era allí ruido y armonías. ¡Grito del placer, vida de la ventura!

Y como si esto no fuera bastante, la música, esa otra voz del arte salida del corazón y reforzada por los instrumentos, lanzó al aire sus alegres cantos para publicar más alto tanta belleza.

Y empezaron las carreras.

Las miradas se tornaron hácia la tierra dirigidas por la curiosidad y animadas por un interés diverso del de la contemplación de lo bello; pero de muy distinta forma. En la tribuna, este interés se adornaba con los graciosos caractéres inventados ya por el ingénio ya por la galantería; en el *Stand*, ese interés adquiría la gravedad de una apuesta y la severidad de una especulación.

*
* *

Ni es hoy mi ánimo insistir sobre lo que llevo dicho á cargo de la paciencia de mis lectores, ni me propongo sino reseñar, muy de ligero, lo que allí pasó. Una carrera es cosa tan veloz, que por mucho que corre mi cansada pluma, no puede ganarle el premio al caballo. Describir siquiera sea á los vencedores, es cosa imposible sin examinarlos atentamente y sin conocer sus antecedentes y circunstancias; señalarlos por sus notas exteriores, cosa es que hizo ya el programa de la función.

Limítome, pues, á anotar los resultados.

Babieca, ese venturoso tocayo del ilustre caballo del Cid, venció en su fortuna á *Fortunero*, y en su celeri-

dad al *Aguila*, en una sencilla prueba de 1000 metros, que le valió el objeto de arte regalado por el Sr. Gobernador de la provincia, D. Santiago Dupuy.

Este triunfo arrancó algunas flores de los tocados de las damas para clavarlas en los ojales de las levitas de los caballeros, é hizo pasar algunas monedas de uno á otro bolsillo con cortesana sonrisa de los que perdieron y muy viva y verdadera por parte de los que ganaron.

Lucero, ese astro bellísimo en que creen ver los enamorados la mirada de la mujer que aman, remontó su vuelo á donde no pudo alcanzarle el veloz *Plénipo*, ni rozarle el chispeante *Triquitraque*. Corrióle el *jockey* con inteligencia y destreza por 1.700 metros y dióle, con aplauso de todos, el premio ofrecido por la Princesa de Astúrias.

Cuadro de costumbres turcas parecía la tercera carrera: el valeroso favorito de Hixen II, juega con tres odaliscas tomadas de su serrallo: *Almanzor* se las apuesta con *Lady Elisabeth*, la *Coqueta* y, lo que es algo más, con la *Traviatta*. A fuer de moro galan, deja el triunfo á una de sus damas; y á fuer de honrado y justiciero, se deja vencer por la más honesta de las tres. *Lady Elisabeth*, elegante y ligera, salva como una saeta los 3.000 metros que se le ponen delante y arranca á la Sociedad el premio de los 6.000 reales; *Almanzor*, muerto de risa, deja la lucha en poder de las otras dos señoras; y la *Traviatta*, como más lista en empresas caballerescas, alcanza el segundo premio de 50 pesos.

El público aplaudió este resultado y tomó la determinación, la parte de él que perdía, de ir á buscar el olvido de su desgracia entre la espuma del champagne; y la parte de él que ganaba, de ir á celebrar su victoria con unas copas del áureo amontillado.

*
* *

La hora del *lunch* está llena de misterios gastronómicos y báquicos.

Vuelta á pasar de un objeto á otro, que tal es la vida; del interés del dinero al del estómago, de la ganancia y pérdida, al comer y beber, que tambien puede ser pérdida aunque todo parece ganancia: por lo menos, en esto hay uniformidad completa; ya no hay bandos de los que toman y de los que sueltan, sino que aquí todos toman.

¡Y con qué afan y con qué gusto se come en el campo, con el cielo por encima, y la alegría por dentro!

Hé aquí la gran tribuna convertida en inmenso comedor; por todas partes se tienden manteles, se sacan manjares, se destapan botellas; por encima y por debajo, por dentro y por fuera.

El corazón de aquel lindo edificio era comestible; y como ruiseñores, que son aves que se alimentan de corazones, los indivíduos del sexo masculino devoran aquella entraña en la suculenta forma que ha sabido prestarle el diestro Miguel Casaux, y se sorben la sangre que contenía, que segun dogmas de la Iglesia, es sangre de Cristo.

Entre tanto, por encima aparecen mechadas las carnes de aquel inmenso cuerpo y las bellas, que posaban sobre sus lomos los delicados pies, clavan en ellas primero sus rosadas uñas y despues sus ebúrneos dientes.

Si pudiera haber silencio donde hay placer, se oiría por unos instantes el chasquear de las lenguas y el crujir de las mandíbulas; mas estos prosáicos ruidos se sofocan con el eco entusiasta de los bríndis, el agudo chocar de las copas y los gritos y carcajadas en que se envuelven las apúestas, los graciosos retos, su osadá aceptación, las esperanzas del uno, los cálculos del otro, la alusión de aquel, la frase disimuladora de este, las manifestaciones, en fin, del despecho, la tema, la confianza y la alegría.

Despues del *lunch* la escena cambia, porque la vida se centuplica, como se aviva una llama cuando le echan combustible. Más calor, más bullicio, más movimiento,

más confusión. Los caballeros, que escalaron la tribuna en busca de las damas, descienden con ellas triunfantes al *Stand;* cada cual pasea con su pareja de acá para allá en déliciosa mezcla y gracioso uso de cortesanía: la familiaridad y la confianza, sin amenguar la delicadeza del trato ni la finura y comedimiento de las relaciones, ahonda la intimidad y agranda el deleite: y lo que antes era pacífica perspectiva ó panorama seductor, pasa ahora á ser escenario vivo y palenque de afectos.

Los *hurrahs* interiores salen por las puertas como poderosos alientos de un gigante ébrio de gozo y vienen á deshacerse en la algazara exterior continua, creciente, formada de esos mil elementos eufónicos qne se escapan de los pechos de algunos millares de seres que son felices en un mismo momento.

*
* *

Por último, suena la campana.

El espectáculo se enlaza y reanuda: cada cual corre á su sitio y torna á las proposiciones y apuestas, ahora más atrevidas y expléndidas porque son las últimas y por que muchas de ellas las hace el *lunch*.

Se presentan en la escena los nuevos rivales cuadrúpedos. *Lucero* cede esta vez el honor galantemente á *Il Barbieri*, que á su vez afeita y riza el premio á *Petit-Verre* y á *Carmona*, hace la barba al mismo *Lucero* del alba y se calza sus 8.000 metros, dejándole á este el premio segundo de 100 pesos. El gallardo *Barbero* enjabona con sus delgadas patas la distancia de los 2.000 metros y se retira llevándose el premio de la barba.

El de los aficionados, salieron á disputarle dos lindos animales de diferente sexo. Ella se llama *Chula* y él se llama *Arturo*. Creo que, no por galantería de este con las damas, sino por tunantería de aquella con los hom-

bres, *Chula*, chuleó á *Arturo*, lo dejó corriendo más corrido que lo que él hubiera querido correr, y en dos minutos salvó la distancia de 900 metros y conquistó el premio de 1.000 reales ofrecido al vencedor.

Por último; en la carrera de obstáculos *Plénipo* se la jugó á *Ducalí*; pues cuando más engreido estaba, este, valiéndose de sus trazas, le quitó el premio de 3.000 rs. que habían ofrecido algunos extranjeros residentes en Cádiz.

A las siete y cuarto terminaron las carreras y la tarde: la noche tendió su manto sobre todo aquello, como para indicar que quedaba envuelto en las sombras del pasado: que ya no podía verse y que para volverlo á gozar era preciso evocarlo de entre las nieblas del sueño: la noche puede ser imágen del ayer, no en el sentido de que el ayer sea oscuro, que antes bien suele ser radiante y bello, sino en el sentido de que el pasado es un sueño y la región de los sueños es la noche.

Mas aún sonríe la esperanza del hoy, más hermosa por más próxima, y todo hace creer que los goces serán mayores por venir más realzados desde luego, y á más, porque se habrán de disfrutar con el ánsia de ser por ahora los postreros.

SEGUNDO DIA DE CARRERAS.

Como era fácil de preveer y así lo acabo de decir, el segundo y último dia de carreras, el hipódromo había de verse concurridísimo, la animación había de ser mayor y el entusiasmo, el *sport*, se habían de manifestar de un modo tan claro como seductor y bullicioso.

El tren de las dos y media ya condujo sobre el campo

una porción de verdaderos *sportman's*, *getleman-riders* y *pures amateurs* que quisieron aprovechar la fiesta desde el principio, así como á todas aquellas familias que, previsoras de cuanto iba á suceder, temieron á la confusión del último viaje. El dia estaba fresco, merced á un vientecillo Poniente que nos traía el húmedo olor de la mar del sur, y á la sombra de los toldos se podía aguardar con calma la hora del espectáculo, disfrutando deliciosamente de un cielo puro y sereno y de un horizonte bellísimo, inundado de luz y en que se combinan del modo más pintoresco aguas y costas, planos y accidentes.

A los tres minutos, el silbido de la locomotora nos anunció la llegada de esa gran masa de espectadores destinada á traer, no ya la vida, sino la algazara y la alegría al lugar, hasta entonces tranquilo, de la fiesta.

Sesenta ó setenta coches cargados de cuanto encierra Cádiz de bello y elegante, de gracioso y distinguido, de juvenil y bullidor, como enormes cestas que vácian sus flores, empezaron á arrojar lindas y aristocráticas damas y apuestos y galantes caballeros, que en deliciosa mezcla y con viva algazára invadieron el *stand*, tomaron por asalto la tribuna, y se posesionaron de todos los puestos. En un instante aquello se matizó, se esmaltó, se engalanó, se reanimó y el espacio se pobló de ruidos, y el aire se agitó bajo el impulso de las carcajadas, del grito, del murmullo, y se sintió azotado por la elegante falda de seda ó por el breve faldón del *chaquet*, que se movían ya dulcemente llevada aquella por un breve y aristocrático pié que apenas hacía crujir la arena; ya con cierta brusquedad por este último, arrastrado por unas ágiles piernas que subían las escaleras de cuatro en cuatro pasos haciéndolas retemblar.

Desde entonces empezó la fiesta; aquella irrupción del campo solitario y mudo, por la ciudad risueña y rui-

dosa; aquella invasión del alto tono, en los tranquilos dominios de la naturaleza; aquella transplantación de la belleza y la juventud á la desnudez y el abandono, semejante á la que hace el jardinero cuando sobre una llanura escueta forma de improviso un vergel, tenía mucho de admirable y todavía más de encantador y placentero.

Los inteligentes y aficionados tomaron posesión del *stand*; formáronse grupos; abrió sus ventanillas el botiquin de las *apuestas mútuas*; aparecieron los nombres de los primeros adalides en la pizarra, y las propuestas, los retos, las cavilaciones azarosas y los alardes de inteligencias y de fortuna, cruzáronse de una á otra parte y dejaron sus doradas huellas en las esportillas del cobrador, y sus negros trazos en los programas de la función.

Disputábase en la primera carrera un premio de la Sociedad, que había ofrecido 6.000 reales para el vencedor y 1.000 para el segundo: y admitíanse en ella potros españoles y cruzados de tres y cuatro años ó menos, españoles, hispano-árabes, é hispano-ingleses de tres ó cuatro años con diferentes pesos y los potros de dos años con 35 libras menos que los de tres.

Cuatro antiguos conocidos nuestros se presentaron bizarramente en la palestra á disputarse los premios: *Petit Verre, Triquitraque, Il Barbieri y Babieca*. Habían de correr 1.500 metros; mas *Babieca* tuvo la humorada de justificar su nombre saliéndose de la pista como á unos 200 metros de la Tribuna, sin que sintiese picado su amor propio con el elocuente y atrevido ejemplo que le daban sus compañeros, quienes seguian devorando el espacio. *Triquitraque*, como si realmente llevára pólvora encendida en las venas, partió ganando sobre los otros una pequeña ventaja; pero supo conservarla y logró entrar el primero por medio cuerpo sobre *Petit Verre*, así como este entró con tres cuartos sobre *Il Barbieri*. Este éxito de *Triquitraque* sor-

prendió á los postores como trueno gordo disparado de improviso en una función de pirotécnia; á la mayor parte, que habían puesto en su contra, les dejó admirados y abatidos; á los que ganaron 424 reales por duro, dejoles admirados tambien, pero contentísimos, como era natural.

La segunda carrera, *Handicap*, con premio de 3.000 reales del Ministerio de Fomento, estuvo tan poco concurrida, que solo entró en ella *Marmión*, lindo caballo español, tordo ya cerrado y que galopó sus 1.700 metros con 140 libras.

En cambio, el *Handicap* de la tercera carrera premiado por el Excmo. Ayuntamiento con 3.000 reales para el vencedor y 1.000 para el segundo, estuvo bien concurrido y fué muy interesante, ya por la justa fama de los caballos, ya por la destreza é inteligencia de los *jockey's*. Competían en él animales de cualquier raza, con tal que hubiesen nacido en España, y debían recorrer una distancia de 2.100 metros.

Presentáronse el famoso hispano-inglés *Lucero* con 210 libras y el caballo español *Marmión* tordo, entero, cerrado y con 130 libras, ambos de Mr. Davies; el gallardo *Petit-Verre* con 145 libras y el caballo inglés, nacido en la Península, *Platero*, alazan, entero, cerrado y con 135 libras, ambos del Sr. de la Sierra; y el hispano-árabe *Carmona*, que tambien conocemos, con 128 libras.

Brilló *Lucero* sobre todos, á quien el ginete hizo guardar al principio una distancia humilde y como desdeñosa; mas en los últimos 600 metros avanzó rapidísimamente cual veloz saeta y eclipsó á sus compañeros dejándoles burlados de la manera más graciosa y elegante. Ganó, pues, *Lucero* por un cuerpo, á *Marmión*, que entró el segundo llevando igual distancia sobre *Petit-Verre*; siguióle *Platero* avergonzado de no haber podido relucir frente á

frente de aquel astro y llegó por último *Carmona*, casi distanciado.

Sonó la hora del *lunch*; como la tarde anterior cedieron las lenguas el lugar á las mandíbulas; sucedió á las ociosas conversaciones el positivo chocar de los dientes y, sobre el sordo murmullo de los diálogos y la masticación, resonaron alternando el taponazo, carcajada del champagne y la carcajadà, taponazo de la alegría.

Los *restaurants* astillaban con la interna presión de los gritos y la movilidad: la presidencia atronaba con el clamoréo de contínuos brindis y entusiastas aclamaciones: los palcos y galerías respondían á estas voces de lo interior con alegres competencias y bulliciosas libaciones, y por todas partes circulaba el placer en forma de rojas lonjas de jamón ó sólidas rebanadas de ternera, de blancas pechugas de pollos ó menudos y suculentos *sanwichs*, ó en sendas copas de amontillado y champagne y anchos vasos de cerveza ó mantecado.

En tanto que se devoraba con sabrosa satisfacción y sorprendente apetito, continuaban las apuestas, sobre todo entre damas y galanes de aquel universal festin, y ya se aludía ingeniosamente á las pérdidas y ganancias de la tarde anterior, ya la ufanía del triunfo ó la galantería del amor propio multiplicaba la importancia y número de otras nuevas; y la caja de dulces, el abanico, el *bouquet*, el sorbete, el pequeño convite, el *tout-cas*, el dije ó el capricho de la moda, servían de objeto á las apuestas y de recurso á la delicada explendidez de la dama ó á la rendida generosidad del caballero.

Mientras tanto, abajo seguían los cálculos un rumbo más formal y las proposiciones un móvil más concienzudo; y al par que los afortunados mostraban su complacencia, ya en francos convites, ya en osadas apuestas, los desgraciados se vengaban en los licores y las viandas, y

aceptaban con timidez ó rehuían las provocaciones llevándose instintivamente las manos al bolsillo, como para defender el oro contra la tirana suerte.

El contento general y el aturdimiento que produce la dicha dejáronse birlar el tiempo, que corría más ligero que *Triquitraque* y *Lucero*, como si le disputase el premio de la vida al placer: así es, que cuando pudo notarse que el sol habia apagado sus fuegos en las saladas ondas del Océano, y los dulces rayos que despedían los bellos ojos de las damas no bastaban á amortiguar las chispas que lanzaba el néctar por las pupilas de los caballeros, hubo necesidad de reanudar el espectáculo y de hacerle caminar precipitadamente.

Habían dado las seis y media, cuando aparecieron sobre la arena del hipódromo los que se habían de disputar galantemente el premio de las Señoritas de Cádiz, consistente en una bella copa de plata, recorriendo la distancia de 1.500 metros. *Triquitraque* con 127 libras; *Il Barbieri* con 134; *Plénipo* con 147; *Marmión* con 144 y *Almanzor* con 110, cruzaron arrogantemente la pista y fueron á alinearse en el punto de partida. *Lucero* saboreaba quizá su gloria envuelta en un pienso y *Babieca* ocultaba su vergüenza hundiendo su cabeza en el pesebre; porque ninguno de los dos quiso presentarse.

La carrera fué reñida é interesante, á semejanza de los antiguos torneos en que se luchaba por el favor ó la prenda de una dama; mas al fin ganó *Il Barbieri* fácilmente por medio cuerpo de *Triquitraque*, tomando así de este la revancha, que tambien suele subirse á las barbas un barbero: *Plénipo* llegó el tercero, aventajado en otro medio cuerpo, y tras él *Marmión* con seis cuerpos menos y *Almanzor* el último muy retrasado.

Era cerca de las siete cuando, cerrado el hipódromo en varios lugares por espesos follajes de un metro de al-

tura, se presentaron á luchar en la carrera de obstáculos *Plénipo*, *Ducalí* y *Marmión*: disputándose el premio ofrecido por los Sres. Senadores y Diputados de la provincia que consistía en 2.500: la distancia se reducía á 1.700 metros.

Esta carrera fué interrumpida por la llegada del tren que volvía por su deliciosa carga; pero el interés se había despertado grademente y nadie se movió de su puesto hasta no conocer el resultado. Entretanto compitieron en agilidad y fuerza los tres cuadrúpedos, salvando las barreras con suma limpieza y hendiendo el aire con creciente rapidez; *Plénipo* y *Ducalí* se mantenían casi en la misma línea, seguidos muy de cerca por *Marmión*, cuyo aliento les aventaba las colas; al fin ganó *Ducalí* por una cabeza, entrando el segundo *Plénipo* con una ventaja de dos cuerpos sobre *Marmión*.

Los espectadores se dirigieron al tren y ocuparon sus puestos como Dios y el aturdimiento les permitía, sin esperar el último *Handicap* que había de servir de compensación á los anteriores ejercicios y que solo presenciaron los verdaderos *sportman's*. El premio ofrecido por la Excma. Diputación Provincial ascendía á 2.000 reales y la distancia era de 1.500 metros.

Petit-Verre y *Platero* salieron á disputarle y en algunos segundos el primero ganó al último con medio cuerpo de ventaja, llevando aquel 140 libras y 126 su competidor.

Por poco que se atienda á las circunstancias que han concurrido en este segundo dia de carreras, fácilmente se vendrá á reconocer que para aclimatar entre nosotros estos bellos y aristocráticos espectáculos la mitad del camino está andada. El alto tono y los aficionados, tanto á la cria caballar como á la simple equitación, no han de dejar de concurrir á ellos; aquella parte distinguida de la sociedad, que, con instintos de urbanidad y de

grandeza, se muestra ávida de todo lo que sea noble y agradable, tampoco puede negar á estas fiestas su brillante concurso.

Resta, pues, atraer al pueblo y promover la concurrencia de los criadores y de los verdaderos *getleman-riders*.

Lo uno se conseguirá con facilidad, concediendo á las clases modestas de nuestra sociedad un lugar ante la pista, en que, por un módico precio, puedan disfrutar del espectáculo, tomar parte en las apuestas é interesarse en los resultados: lo segundo ya es algo más difícil; pero los premios, el crédito que cada día merecerán estas fiestas y las muchas y activas gestiones, ya oficiales del *Jockey-Club*, ya particulares de su Presidente y de cada uno de sus socios, conseguirán indudablemente, y en no largo plazo, atraer mayor número de caballos que den más interés, importancia y explendor á estas luchas en que se ostentan á un tiempo mismo la Naturaleza y el Arte, los instintos y la inteligencia, el animal y el hombre.

De todos modos, debemos felicitarnos por cuanto acabamos de presenciar, alegrarnos de que las carreras de caballos entren á figurar en un puesto muy distinguido entre los espectáculos propios y dignos de un pueblo noble y culto, y enviar nuestra más sincera y entusiasta enhorabuena á la Sociedad del *Jockey-Club* y sobre todo á su entendido y activo Presidente, que habrá de estar muy satisfecho de la buena acogida que ha tenido su idea en el espíritu general, de la prontitud con que se arraiga en nuestras costumbres y de las esperanzas de vida con que se presenta para el porvenir.

LAS REGATAS.

El regateo sobre el mar, como las carreras de caballos, constituye hoy sin duda una rama ó sección del *sport*. No tiene aquel ciertamente la antigua y gloriosa historia que estas últimas; mas no por eso ha dejado de constituir en nuestros dias y en los pueblos más cultos de la Europa, sus sociedades perfectamente organizadas y de tener sus periódicos propagandistas, sus luchas y rivalidades y hasta sus héroes, que gozan de cierta fama en el mundo de la moda.

Es innegable que esos mismos espíritus galantes, y esas fantasías soñadoras y extravagantes, generadoras de cuanto es caprichoso y original en las sociedades de alto tono, fueron los autores de este espectáculo, hoy tan del gusto de la gente jóven y de buen humor: y sin duda debe contener el regateo algo de agradable, de misteriosamente atractivo, de poderosamente seductor, puesto que la juventud se deja tentar por sus placeres, se siente arrastrar por esta bella é inocente pasión, y tal novedad se abre paso en las costumbres y toma asiento definitivamente en nuestras aristocráticas sociedades.

Es evidente que cuanto tiene el mar de pavoroso y aterrador agitado por la borrasca, conviértese en plácido y poético cuando refleja tranquilo el puro azul del firmamento; que á la tristeza profunda que causan unas olas sin fin, sustituye un indecible gozo cuando en el cercano límite se agrupa un pueblo bullicioso y entusiasta; y que esas impotentes maniobras y esos tremendos esfuerzos que ejecuta el marinero como por única esperanza de salvación, se convierten en graciosos y hábiles recursos y en

ufanas muestras de agilidad y de robustez, cuando se trata de conquistar un premio halagador de un legítimo orgullo y que tal vez se va á recibir de manos de una bella, realzado con la más encantadora de las sonrisas.

Correr un huracan sobre un navío, puede ser toda una epopeya; cruzar como un pez el lago transparente, tiene sin duda toda la dulce poesía de un idilio. En verdad que no late el corazón del remero regateador á impulsos de esta emoción poética: ciertamente que para experimentarla se necesitan otras condiciones y otro fin que los que preocupan al marinero postor; mas no cabe duda en que secretamente y á pesar suyo, á más del latido que arrancan la codicia y el amor propio, inspiran al alma cierto hondo placer el arrullo del mar, la frescura del ambiente, la suavidad del movimiento y hasta la blanda rapidez de la carrera.

Sin embargo de esto, las regatas no están exentas de peligros; cortar el mar sobre unas pequeñas cáscaras de nuez, flotar sobre unas aguas revoltosas, cuya grosura sirve de obstáculo, y cuya movilidad entre tanto constituye una amenaza, lanzarse como flechas acrecentando la exposición de un vuelco con la velocidad, luchar sobre un abismo, desafiar los riesgos complaciéndose en aumentarlos y hacer posible un naufragio que la misma temeridad hace probable, todo esto reclama un cierto grado de valor, de serenidad, de osadía, que no son las cualidades ménos admirables y plausibles de cuantas se ostentan en una regata.

Si estas carreras de mar sobre pequeñas embarcaciones quisieran entrar en competencia con esas otras carreras de tierra sobre caballos de pura raza, es muy posible que pudieran alegar, por cuanto hace á su lado moral, las mismas condiciones al menos que los espectáculos hípicos.

Veámoslo.

¿Qué es lo que se exije de la juventud en una regata? Salud, fuerza y destreza. Pues bien, ved lo que piden las sociedades inglesas y las universidades de Oxford y de Cambrige á cuantos aspiran al honor de manejar el remo de carrera, y que se halla contenido en sus reglamentos. Queda prohibido todo exceso: so pena de ser dado de baja, hay que observar un régimen sóbrio y severo: á esta higiene escrupulosa hay que mezclar en sábia proporción el ejercicio que sea necesario para conservar la fuerza muscular, adquirir la flexibilidad y elasticidad convenientes y retenér el aliento y empuje que reclama el triunfo. ¿Puede darse nada más saludable ni más moral? Ser robusto no basta para ser un buen remero: dad un remo á un atleta, y como no sepa manejarlo, como, aun cuando sepa, haya transcurrido algun tiempo que no se ejercita en él, se verá como al cabo de algunos minutos le acomete la disnéa, sus miembros se tornan rígidos, y sus manos se niegan á sostener aquel pesado instrumento.

Hay quien rie de ver á un remador, apenas se lo permiten sus ocupaciones, saltar al bote, desplegar la vela, empuñar el remo y lanzarse á luchar contra las olas, vogando contra corriente, cortándola, girando en todas direcciones, agitándose en las aguas como si llevára la canoa pegada al cuerpo cual su concha el marisco, hasta que, falto de fuerzas y de alientos, con el sudor en la frente y el rojo del trabajo en las mejillas, torna á la playa risueño, ligero, hambriento, respirando salud y vida, lleno el pulmón de aire fresco, reblandecidos los músculos, ensanchado el pecho, con un apetito devorador y un sueño benéfico, porque la fatiga reclama los manjares y el lecho, así como la gimnástica produce la actividad y la salud. Y sin embargo; todo esto es un placer y un provecho, se goza y se robustece, se ejercita el valor y se for-

talece la vida. ¿Dónde está; pues, la ventaja de las carreras de caballos sobre las regatas?

En nuestro puerto, al lado de las instituciones hípicas, tan bellas y caballerescas, tan deliciosas y elegantes, se desenvuelve la afición al regateo: el que no puede ceñir los lomos de un caballo inglés, puede ocupar un puesto en un esquife: el que no es un *sportmant*, puede ser un *yachtmant:* salvos aquellos que pueden ser ambas cosas.

La Naturaleza nos ha dado una bahía de las más bellas del mundo y una lengua de tierra suficiente para que la materialidad de la vida trace un ferrocarril y la espiritualidad del goce dibuje un hipódromo: es por lo tanto justo que sobre la bahía construya un puerto la conveniencia y ejecute la moda unas regatas.

Unos y otros espectáculos son costosos; pero unos y otros pueden hallar su indemnización en las recompensas: unos y otros son arriesgados; mas en ambos se triunfa: unos y otros son aristocráticos, elegantes, caballerescos; pero todos pueden llamar en su auxilio al pueblo, buscar en la generalidad un apoyo, distraer con su delicadeza de otras costumbres rudas y funestas, y aclimatarse en el seno de una ciudad que quiere la cultura en el órden intelectual, necesita de la riqueza en el industrial y apetece la moralidad en el habitual y artístico.

Grandes premios atraerán la concurrencia; gruesas sumas fomentarán el interés y el amor propio, y la juventud, separada de aquellos deleites que enervan y de aquellos usos que manchan, acudirá á distraer sus ocios en estas prácticas que robustecen y en estos alardes que honran. La navegación puede ser un placer ó una especulación, exactamente lo mismo que la equitación; entre un ginete de alta escuela y un *jockey*, hay la misma diferencia que entre un navegante y un remero, ó que entre un remador de lujo y un regatero. Conviene que la afición pase

entre los ginetes, desde la modesta línea del picadero al gran interés de la cria caballar y entre los regateros, desde la estrecha esfera de los *marinos-de agua dulce*, á la transcendental de los valerosos hijos de la mar; desde los remeros á los constructores y armadores.

Para esto se necesita dinero y la juventud no suele tenerlo; por eso se necesitan ganancias: valor no falta; poned de su lado el interés y la suerte de todos estos espectáculos está asegurada.

En cuanto á la organización de nuestra Sociedad gaditana de regatas, la ignoro completamente; mas no por eso me atrevo menos á aconsejarle que estudie, si desea prosperar, la que ha alcanzado en Francia, á pesar del desdén con que se la ha mirado especialmente por los gobiernos, la *Societé des régates parisiennes* instituida bajo la presidencia de Mr. Duruy y que se halla subdividida en dos *Clubs*: el *Rowing-Club* ó *Sección del remo*, que está bajo la dirección de Mr. Fleuret y el *Saèling-Club*, ó *Sección de la vela*, presidida por Mr. Benoist-Champy. El alto Sena, está representado por el *Sport-nautique*, bajo la presidencia de Mr. de Thiellaut. Los que sériamente se ocupan del *Sport*, se hallan en Francia distribuidos en sociedades particulares, entre las cuales pueden citarse como las principales las del Havre, Dieppe, Saint-Valery, Rouen, Fécamp, Nantes, Saint-Nazaire, Bordeaux, Marseille, Cannes, Reims, Angers, Metz, etc., etc.; pero las más notables, las más concurridas, son sin duda las que se verifican sobre el Sena en las cercanías de Argenteuil. A su solo anuncio, una multitud, en que se confunden todas las clases sociales, se aglomera en las orillas; no bien empiezan las regatas, los rostros se animan, las apuestas se levantan y se cruzan, las manos aplauden, los pañuelos se agitan, gritan las laringes y la animación y el entusiasmo rivaliza con el de un dia en Derby ó una carrera de *steeple-chase*.

Entre nosotros, aunque el espectáculo empieza, hay algo de esto. Bajo un cielo transparente y puro, tiéndese resplandeciente de luz la movible alfombra de los mares, esmaltada como el prado por Abril, de mil pequeñas embarcaciones semejantes á lindos ramilletes que se mecen graciosamente al soplo de la brisa.

En el muelle y en la costa se amontona la multitud, en el muelle sobre todo, como flores arrojadas en inmensa cesta, se aglomera la parte más bella, más rica, más radiante de nuestra juventud: todo es bullicio allí y risas y animación y vida: apuestas, ocurrencias, galanterías, requiebros, súplicas, promesas, provocaciones, todo esto forma un arrullo que se levanta y se sofoca bajo las armonías de la Naturaleza y del espectáculo.

Y empieza la regata. Cual bandadas de aves parten rizando la mar las débiles embarcaciones, dejando una estela argentina, como si para aligerar el peso lanzáran al agua tras de sí un lastre de plata. Y luego, un *hurra*, música, un triunfo y un premio. Tras esto nada: la juventud masculina ufana con el lauro, la femenina satisfecha con sus encantos, los ancianos sonrientes con la dicha de sus hijos, los hombres hartos con lo que comieron y bebieron, los codiciosos contando sus ganancias y pérdidas, los enamorados pesando sus esperanzas y desengaños y todos.... con un dia más perdido, pero un placer más ganado.

Bien está: no olviden los pueblos que las regatas han dado más de un oficial á la marina real de Inglaterra. Esto es lo que más puede importarnos.

PREMIO AL TRABAJO.

La Iglesia, oidlo bien, estuvo siempre al lado del verdadero progreso! (Apiausos.)
Palabras del Sr. Herrero.

No voy á glosar la bella frase que invoco al empezar: voy por el contrario á cubrirme con su grandeza, y á justificarla con el simple relato de lo que ví y entendí en la sesión solemne en que fué pronunciada. Voy á dejarme llevar, como suelo, de las impresiones que gozó mi alma y de las ideas que venían á mi mente en aquella ocasión y á dejar correr mi pluma para que las vaya derramando una por una como gotas destiladas del raudal de mi entusiasmo.

Una mujer que trabaja, un hombre que canta un himno á la mujer y una religión que bendice la obra de ambos, es más que un libro; es un poéma.

Un poéma hallo en el fondo de la solemnidad á que me refiero.

Un pueblo que trabaja, una justicia que premia el trabajo y un evangélio que acepta la obra, la ensalza y la santifica, es más que un poéma todavía; es una oración.

Una oración poética y elocuente veo en la escena grande y conmovedora que me inspira.

Cádiz postrada, pobre y abatida, labraba en la oscuridad los timbres de su gloria; en el suntuoso gabinete y en la desmantelada guardilla, en el limpio nido de la virtud y en la triste celda de la caridad, se agitaban armónicos los espíritus de la aplicación y del trabajo; se oían uní-

sonos el suave rozamiento del pincel y el débil chasquido de la aguja, que como el gusano en el moral y la abeja entre las rosas, labraban la seda del arte y el panal del mérito.

Llegó el dia, y Barcelona recibió en sus manos los frutos cultivados en el silencio y cosechados, ora entre risas, ora entre suspiros, en nuestra ciudad. Llegó el dia, y vió el mundo las obras de la constancia y los maravillosos productos de la virtud.

Y Barcelona premió aquellos frutos y el mundo aplaudió agradecido estos resultados, quizá inesperados y sorprendentes.

El mundo, sí; el mundo que admira las serenas manifestaciones de la belleza moral cuando aparecen en el elegante salón donde mora la riqueza, y que se postra ante las difíciles pruebas de la honradez cuando se engendran entre la miseria y el llanto. Que si es bello y conmovedor el cuadro que ofrece el trabajo ejercido por aristocráticas manos á la luz de la rica lámpara, sublime es y admirable el lienzo en que se dibuja á la juventud marchitando su frescura á la luz de una candileja durante las largas horas de soledad y de frío. Vigilia apacible de encantador atractivo, la de la juventud opulenta y sosegada. Vigilia triste, de melancólico interés, la de la aquella otra estrecha é intranquila!

¡Cuadro magnífico, lleno de moralidad y dulzura, suavidad y elevación, el de la rica dama trabajando en el desierto hogar de la hija del asilo, ó el de la pobre jornalera aposentada en el blando divan de la bondadosa señorita!

Unidos por la santa ley del trabajo esos seres tan distantes por el caprichoso antojo del destino, ejercitaban la paciencia y la laboriosidad animados de un mismo pensamiento, empujados por un mismo deseo ó alentados por un mismo propósito.

Unidas recibieron sus obras un veredicto honroso y justo en Barcelona y unidas vinieron á Cádiz á engalanárse con los títulos de una sanción legítima y gloriosa.

Símbolo la justicia humana de la justicia del Cielo, enlaza bajo una misma fórmula de gracia y de honor, el trabajo del humilde con la obra del poderoso, despues de haber colocado sobre las diferencias terrenales, el magestuoso nivel del deber cumplido y del mérito conquistado. Iguales en merecer, iguales en alcanzar: idénticos en la virtud, idénticos en el lauro.

Y nosotros presenciamos la tierna escena de esta magnífica nivelación, y Cádiz correspondió á ella, confundiendo á su vez en un mismo latido de su pecho conmovido la satisfacción por el triunfo del rico y el placer por el vencimiento del pobre. Que tan honrosa es para un pueblo noble la laboriosidad de la dama como la virtud de la jornalera, y de tanta gloria el trabajo de la gran señora, como el esfuerzo de la infeliz proletaria.

No hay distinciones ante la honradez, la aplicación y las virtudes; no las puede haber tampoco ante los laureles con que la justicia corona el mérito; no las hubo, por tanto, ante los afectos que se despertaron en nuestros corazones con la tierna y solemne ceremonia de aquel dia.

Aquella fiesta fué el triunfo de la mujer; de la mujer española, de la mujer cristiana; triunfo de gran significación para ella, y de sumo valer para nosotros los hombres. Ostentación brillante de la virtud de la mujer gaditana; es decir de nuestras madres, de nuestras hijas, de nuestras compañeras, de nuestras amadas; manifestación clara de esos preciosos títulos que ofrecerán siempre á nuestro respeto y á nuestro amor; dignificación justa de esos méritos inmarcesibles que sostendrán vivos en nuestro pecho esos sentimientos de legítimo orgullo que ponen

radiante la mirada y alta la frente, cuando decimos: *esta es mi madre! esa es mi hija!*: glorificación, en fin, de esas preciosas cualidades recogidas en los débiles senos del corazón femenino, y que al aparecer llenan de satisfacción y de ventura al hermano y al esposo!....

Y esta solemnidad conmovedora, tuvo su historiador, su poeta y su sacerdote.

Y esta fiesta tuvo su holocausto, su propaganda y su culto.

Su historiador fué el Sr. D. Bernadino de Sobrino, que narró los accidentes de esa obra del trabajo, nos informó de su ejecución y nos ponderó su mérito. Discurso fácil y sencillo, interesante y elocuente, que escuchó Cádiz con atención y aprobó con su aplauso.

Su poeta fué el Sr. D. José Franco de Terán, que describió las excelencias del trabajo, dibujó con vivo colorido el ideal de la mujer é hirió el corazón con las alabanzas de la virtud y de la fé. Enardecido con el pensamiento de aquel instante y dejándose llevar de un sentimiento delicado y generoso, al decirnos lo que es, lo que debe ser la mujer en nuestra sociedad y lo que puede llegar á ser en el porvenir, ofreció una doble lección de provechosa enseñanza para todos; porque diciendole á la mujer lo que es, le dió á entender lo que es preciso que sea siempre; y diciéndonos á nosotros lo que la mujer debe ser, nos dejó percibir lo que es menester que hagamos de ella para el futuro. En efecto; si la mujer es lo que dice el Sr. Franco, es preciso adorarla; si la resta algo para alcanzar aquella perfección, es menester otorgárselo cuanto antes. La mujer debe ser esa que se nos ha dibujado de modo tan admirable: esa es la que amamos, esa es la que el hombre y la sociedad necesitan.

Su sacerdote en fin, fué el Sr. D. Sebastian Herrero. Obra tán admirable había de ser bendecida y lo fué. So-

lemnidad tan patética y grande necesitaba del sello de la religión y lo obtuvo. Necesitábase de un sacerdote de gran corazón y de elevado pensamiento y ninguno podía serlo más que el Sr. Herrero, poeta en el sentimiento y sábio en la ciencia. El Sr. Arcipreste fué la preciosa síntesis de aquella dualidad significada por la historia y el himno. Instruido de la verdad por el Sr. Sobrino y conmovido por el arte del Sr. Franco, el sacerdote debía armonizar aquellos elementos y expresarlos juntamente bajo un nuevo carácter; el de la religiosidad. El Sr. Herrero, con intención clara comprendió su misión, la aceptó y la ejecutó de un modo admirable.—«Vuestra obra es la virtud, dijo, yo la bendigo: vuestro premio es la conquista del trabajo, yo lo santifico. La religión no puede separarse de la verdad, ni ser insensible á la belleza, ni dejar de estar al lado de la virtud. Yo soy aquí el ministro de Dios; pues bien; hijos del trabajo: yo os bendigo!... porque, *oidlo bien; la Iglesia estuvo siempre al lado del verdadero progreso!*»—

Un grito de entusiasmo salió de todos los labios: Cádiz respondía lleno de júbilo á la voz del Evangelio cristiano.

Pero esta fiesta tuvo tambien su holocausto. La primera autoridad de la provincia se encargó de ofrecerlo, en unas sentidas palabras que expresaron su satisfacción y su alegría al felicitar á las hijas de Cádiz. La autoridad política, la ley social, la representación del gobierno, rendida por propia y voluntaria espontaneidad ante la soberanía de la virtud, ante la ley moral, ante la expresión de la honradez y del trabajo, es espectáculo altamente significativo y en gran manera honroso para todos. El poder humano tributando su respeto al don del Cielo, presenta un elocuente ejemplo á los pueblos de la actitud del hombre frente á frente de Dios y dá ocasión para que se aprecie en su justo valor una ofrenda que, más que enorgullece á quien la recibe, ennoblece y realza á

quien la otorga. El Sr. D. Santiago Dùpuy supo mostrarse respetable en su entusiasta alusión á aquella idea, y digno de aplauso en sus fervorosos elogios al trabajo y á las laboriosas gaditanas.

Tambien halló su propagandista. La señorita de Retortillo tuvo la satisfacción de dar á la publicidad uno por uno los nombres de las Sras. premiadas, y de lanzar al viento los títulos del honor que recibían. Rompiendo el misterio que envuelve siempre la obra de la virtud, sancionó el mérito con la gloria de la promulgación y ofreció á Cádiz una série de ejemplos todavía más dignos de imitación que de alabanzas.

Finalmente; aquella solemnidad tuvo su culto fastuoso y magnífico, y fué Cádiz entera la que se encargó de dárselo. La respetuosa actitud con que escuchó la bella historia de aquel suceso, el placer que se dibujaba en los rostros, los aplausos con que frecuentemente interrumpía á los que fueron intérpretes de sus mismas ideas y de sus mismos sentimientos y el regocijo y la satisfacción con que abandonó aquel lugar ennoblecido con los destellos de su misma grandeza, no fueron otra cosa que profunda adhesión y perfecto acatamiento al trabajo allí honrado y á la ceremonia allí celebrada.

¡Felices los pueblos en quienes alienta aun la fé, vive la virtud, y se rinde culto á la moralidad y la justicia! Mientras el sentimiento del deber, el respeto á la verdad y el amor á Dios, bullan y se agiten en el fondo de las conciencias, el destino de un pueblo está asegurado: la Providencia no puede abandonarle, y su misericordia le sacará triunfante de las adversidades!

LA EXPOSICIÓN REGIONAL.

Si el movimiento es la forma de la vida, la actividad tiene que ser la ley del Universo: y como la actividad no es otra cosa que un acto de fuerza, la manifestación de esta ha de ser constante por todas partes.

Ahora bien; en la Humanidad, la fuerza engendra, en el órden material la guerra y en el órden moral la lucha; dos productos antagónicos é incompatibles como el Vichnou y el Siva de la trinidad india ó como el Ormuz y el Arhimanes del dualismo persa.

Cuando la guerra domina, la destrucción se consuma; cuando la lucha principia, la creación comienza: el mal viene despues del bien, porque para destruir ha sido preciso crear primero.

En la tierra primero ha sido la creación: esto es, la Naturaleza: despues ha sido la destrucción; es decir el hombre: de manera que si el hombre ha sido la última palabra de la voluntad creadora, esta última palabra ha sido una sentencia de muerte.

Antes que el hombre apareciera, la Naturaleza era una perenne é inmensa fuente de vitalidad: nada se deshacía como no fuera para rehacerse; nada desaparecía como no fuera para multiplicarse: la vida, esto es, los cambios, surgían por todas partes; la vitalidad se mostraba potente, magestuosa, tranquila y como confiada.

Nace el hombre y aparece el primer cadáver. Su envidia produce un charco de sangre, su amor un torrente de lágrimas, su ambición un cementerio; hasta su religiosidad hace víctimas. El hombre quiere tenerlo todo á sus

plantas, pasivo, mudo, duro y resistente como el suelo; y el ave, y el pez, y el animal del bosque, y la familia de la choza, y la tribu del aduar, y los pueblos del imperio, entran en los azares de la guerra y caen en la abyección de la esclavitud. Porque para tener á sus plantas al mundo entero, es preciso que caiga muerto de algun modo y bajo alguna forma, y por eso el animal cae como cadáver, y la mujer cae como mueble, y el hijo como esclavo, y el pária como caza, y el pueblo como rebaño.

Mas la reacción viene luego traida por el progreso, y la civilización empieza interrumpiendo las guerras para recomponer, producir y formar lo que luego ha de ser destruido al recomenzar aquellas. Enciéndese dentro de la Humanidad una llama: transparentanse los organismos y dejan ver en el fondo de la mente la maravillosa generación de una idea: vésela aparecer entre las fibras del cerebro, como Minerva brotando armada del cráneo de Júpiter; se la percibe caer en lluvia de centellas dentro del negro abismo de la conciencia; se vé á esta inflamarse con los fuegos de un incendio, y al fin el volcan del sentimiento arroja por el cráter de la vida las empresas y las hazañas, las heroicidades y las virtudes. Prometeo acaba de mostrarse triunfante con los rayos robados al cielo.

Abandona la mano la espada y empuña el arado; lávase la gota de sangre con la gota de sudor; sustituye el idilio al rugido; aparece la rueca en manos de la mujer y el estilo ó el cincel en las del hombre; rompe el paciente buey la seca costra de la tierra cavando la fosa para la semilla y taladra el hombre la dura roca de la montaña para arrancarle las metálicas fibras de sus entrañas; crecen las piras hasta convertirse en columnas; apóyase en ellas una cóncava techumbre y se alza el templo, venerando asilo de Dios; estréchanse los hombres bajo la dulce inspiración de la amistad; únense las familias como

las melífluas celdillas de un panal y se forma la ciudad; cópianse en gigantescas proporciones las obras más primorosas de la Naturaleza y se levantan los alcázares y pórticos, los vergeles y jardines, los castillos y monasterios, moradas de otras tantas ideas y de otros tantos afectos en que se enlazan grandeza con placer, respeto con miedo, materialidad con misticismo, vapor de mundo con olor de cielo.

Los grandes imperios son signos de los grandes egoismos; las admirables instituciones de las más magníficas ideas: los hechos pasmosos de las más sublimes inspiraciones y las concepciones atrevidas, son las más claras muestras del progreso.

El espíritu ha tomado posesión de la tierra: pero como no por eso le ha abandonado la materia, en esta doble monarquía alternan el bien con el mal, la destrucción sigue á la creación y la guerra sombrea el brillante cuadro de la lucha moral.

Hoy vive España felizmente dias de tranquilidad: cesó por todas partes la lucha armada y la han sustituido el batallar de las ideas, el conspirar de las aspiraciones y el bullir de los espíritus. Al trabajo ruidoso y amenazador de la política, siempre enemiga de la paz y de la confianza y más en nuestro país entregado al fatigoso oscilar de los tanteos y al triste combatir de lo viejo contra lo nuevo, sustituye en las provincias el más ameno y más útil batallar de las ideas y los adelantos. Y dejando al fin encomendada nuestra suerte social á ese perturbado cerébro de la corte, y arrinconada cuanto es posible en cada localidad la obra política, como chispa que se esconde entre el rescoldo para que no moleste en la estación del calor, nos entregamos á las delicias de la vida moral, provocamos las grandezas de las ciencias y de las artes y emplazamos para dentro de nuestras habitaciones ciuda-

danas los prodigios y las bellezas de las manufacturas, las industrias, los inventos, los artefactos, las obras en fin, producidas en misteriosa y tierna mancomunidad por la Naturaleza dócil y pródiga y el entendimiento humano osado y potente.

Tal hace Cádiz en estos momentos en que celebra su Exposición regional.

El templo de la desventura háse trocado en alcázar para nuestras glorias, como si quisiera tenderse sobre el paño de la desgracia el rico manto de nuestras excelencias: (1) la obra de la pasión desaparece bajo la de la razón por un solo momento: el bien cubre y eclipsa al mal, y la infamia engendrada entre las sombras del pecado vá á soportar el brillo que despiden las maravillosas producciones de los hombres.

Delante vá esta vez la virtud, detrás el vicio: encima el explendor de la ventura humana, debajo la escoria de su miseria: al exterior las manifestaciones de esa lucha titánica del talento y del ingénio contra la Naturaleza arcánica y resistente, por dentro los resultados de esas complacencias del organismo gozadas en el doble misterio de la sombra y el secreto. Siempre materia y espíritu en lucha: siempre contrastes en que la reflexión halla tristes asuntos sobre qué meditar y penosas enseñanzas acerca de la Humanidad.

Acortemos la mirada; distraigamos la atención con lo que nos rodea y neguémonos á penetrar más allá de lo que se nos ofrece: olvidemos que estamos en el Hospicio provincial; así admirarémos mejor, así admirarémos únicamente los preciosos productos que arrojan el entendimiento y el trabajo del hombre cuando se inspira este en

---

(1) La Exposición se verificó en la planta baja del Hospicio provincial.

el estudio, se entrega á la moralidad y cede á los fines racionales que le marcan su destino terrestre.

¡Qué suma tan enorme de cavilaciones, de esfuerzos, de alientos y de gotas de sudor suponen esas obras aglomeradas ante nuestra vista. Con los suspiros lanzados por los científicos podría formarse una tempestad; y con el sudor de los trabajadores un océano. ¿Y hemos de pasar ante esos objetos con el solo propósito de recrear el ánimo y la vista? ¿No hemos de admirar las obras de nuestros hermanos; no hemos de pensar siquiera que todo eso que gozamos entre sonrisas es el efecto del dolor? ¡Poderoso y celestial aguijón el del dolor, que arranca del alma humana tantas maravillas! Pensémoslo y la Exposición habrá regenerado á sus visitadores: que no es solo para la vanidad del productor para lo que se ha dado cita á la inteligencia humana en el palacio de nuestro Hospicio provincial; sino para la enseñanza, para el estímulo, para la meditación y para el aprovechamiento de cuantos la visiten.

Si creeis que este certámen no debe dejar de su paso otras huellas que una medalla ó una cartulina en manos del expositor aventajado y unos miles de duros regados por aquí y por allá, os habeis equivocado. Un resultado moral, más hondo, más duradero y más transcendente debe dejarnos en el alma; algo como una idea, algo como un propósito, como una lección aprendida, como un paso dado hácia la civilización, como una moralidad en la conciencia, como una regeneración para las costumbres y un progreso para la inteligencia, deben quedarnos tambien. Estela luminosa trazada en el cielo de los espíritus por ese brillante cometa de la ciencia y el trabajo: curva marcada en los espacios ideales de la vida, para que sirva de órbita á las almas en sus revoluciones al rededor de ese centro de la verdad, que es luz, de la belleza que es calor y del bien que es fecundidad.

Solo así podrá no venir la enervación tras la erección: solo así no caerá en el olvido el hecho glorioso que acabamos de realizar, ni quedará sin florecer su semilla, ni dejarémos de recojer sus frutos; solo así no tornará tan pronto á dominar la materia, ni se delibitará lucha tan sublime, ni los espíritus de Shiva y de Arhimanes se cernerán sobre esta bella y generosa ciudad, la de la honrosa historia, la de los grandes elementos, la de los providenciales destinos.

LA ESGRIMA.

Entiéndese generalmente por *esgrima*, en su acepción más lata, el arte que enseña á servirse de las armas de mano de la manera más ventajosa, y ya para el ataque, ya para la defensa: en sentido restringido, se designa con este nombre frecuentemente solo el *juego de punta*.

Su origen es muy difícil de señalar.

La necesidad de defenderse ó de atacar para procurarse los objetos más indispensables para la vida, ó lo que es más claro, el ánsia por poseer cuantos reclaman nuestras pasiones más imperiosas, debieron lanzar al hombre á la cruel determinación de una lucha á mano armada. Y desde la quijada de un jumento hasta nuestra famosa espada toledana, todo debió convertirse en instrumento de conquista para lograr lo apetecido, ó en medio de defensa para conservar lo propio. Poco á poco el manejo de las primeras toscas armas, fabricadas con este doble objeto, debió hacerse familiar: su uso engendró el hábito y este el perfeccionamiento de su ejercicio. La reflexión cayó luego

sobre el hecho de las colisiones particulares, y el ingénio puso sus cálculos y sus astucias al servicio de la guerra, para producir dos efectos notables: fué el primero, la fijación de ciertas reglas y principios que facilitaran el fin de la esgrima y lo hicieran más seguro; fué el segundo, la modificación de las primitivas armas y la creación de otras nuevas.

Más tarde, aquellos principios se sometieron á la ley de estos inventos, y el arte de la esgrima apareció dividido en capítulos, tantos cuantas eran las armas de mano puestas al servicio de las necesidades del momento, desde el palo al sable, desde la honda á la pistola.

Ya en tiempo de los romanos, en que los tratadistas encuentran medios de abrir la historia de este arte, los maestros de esgrima gozaban de una gran consideración.

Dedicábanse, con el nombre de *lanistæ*, á instruir los gladiadores destinados al circo, y, lo que era mejor, á enseñar á los legionarios el uso del arma que debían de manejar en el combate. Trajeron, pues, los romanos este arte á España; y á fé que hicieron un gran servicio á este país, en donde la afición á los combates particulares había de elevarse al grado de una locura, y en el que las pasiones habían de terminar por la fiebre del duelo, siempre y con una facilidad tristemente pasmosa. Cuestiones políticas y privadas, intereses de amor ó de ambición, sed de rábia ó sed de justicia, odios de raza y puerilidades de la galantería, todo había de ser entre nosotros razón bastante para inflamar nuestra sangre, encender nuestro valor y arrastrarnos al ardimiento y la pelea. Hondos problemas de honor ó ridículas peripecias de la vida social, obligaban á recurrir siempre á los secretos de la esgrima, llamada por entonces nada menos que *noble ciencia*, y enseñada y aprendida de una manera particular y con legítimo afan por maestros y caballeros.

En un principio, la fuerza muscular y la equitación jugaron el principal papel en la esgrima: no se podía ser un buen caballero, sin ser un gimnasta y un ginete; mas luego aparecieron nuevas armas y con ellas otras reglas que cambiaron por completo las leyes y los usos de la esgrima. Es evidente que cuando el ánsia de matar, primera que debió ocurrir al hombre apasionado, solo dió por resultado la invención de armas agresivas, el manejo de los instrumentos de matanza se debió apoyar en bien escasas é imperiosas reglas; pero cuando se ocurrió que el propósito del combatiente podía ser doble, que no siempre se siente rábia destructora, sino necesidad mera de protejer la vida, entonces el espíritu más sosegado hubo de inventar escudos protectores por una parte y de formular por otra nuevos principios que hoy complican el arte, lo enaltecen y lo explican. En efecto; es triste que el hombre se sienta empujado por el ódio al extremo de atacar y al hecho de dar muerte; pero es justo y plausible que se proporcione recursos preciosos con que asegurar su vida, defender su integridad corpórea y defraudar los sañosos intentos de un agresor frenético y en muchos casos, á más de frenético, injusto. Y hé aquí la parte utilísima de la esgrima; hacer casi infalible la defensa, garantir el éxito, burlar, ó dificultar al menos, el triunfo de un adversario ciego, iracundo y terco, y llegar á poner en salvo nuestros intereses más caros, impidiendo atentados y estorbando crímenes, son, en efecto, cosas de gran provecho y de indisputable mérito y grandeza.

Pues bien; la adopción de una espada más ligera que sustituyese á la pesada tizona de los tiempos anteriores, dió origen á un nuevo manejo de este arma, y por consecuencia á un nuevo arte. En España fué donde tuvo origen esta reforma, que luego fué perfeccionada en Italia y que al poco tiempo encontró en Francia, partidarios y

maestros muy notables. La Boessière y su discípulo el celebérrimo caballero de Saint-Georges, purgaron la esgrima de una multitud de reglas confusas y de trabas molestas, formularon sus leyes en principios sencillísimos que facilitaron su estudio y estimularon á su cultivo, y lo convirtieron en una verdadera ciencia con toda la precisión y la exactitud de las matemáticas. Desde entonces, casi puede asegurarse que no es el azar quien decide del éxito de los combates singulares, que no es la astucia la que triunfa de la lealtad, ni aun la fuerza material la que resuelve el problema armado; sino que hay aquí un encadenamiento matemático, unas reglas indefectibles que obran y se imponen por bajo de aquellos movimientos dictados al parecer por la pasión, y una razón, un cálculo, un arte, en fin, que se desenvuelven tras el asalto, por entre los golpes, como lógica de las manos y ley de aquella obra de destrucción y de furores que se expresa por violentos ataques y rapidísimos quites.

Todo golpe tiene su quite ó parada. Cuando la escuela fija la mirada en el primer objeto de la esgrima, solo enseña á atacar; mas cuando considera el otro fin, aun más excelente, de la defensa, entonces enseña principalmente á protejerse. Arreciar los golpes, redoblarlos en todos sentidos, convertirse en una tempestad que vence atronando y mata por haber aturdido, no es siempre un recurso indefectible; pensando en herir, se olvida el combatiente de defenderse, se descubre y se pierde: es la obra de la pasión que olvida imprudentemente el cálculo. Atendiendo, por el contrario, á que la espada no debe abandonar jamás sus guardas protectoras para entregarse á evoluciones exageradas, preveyendo ó adivinando la respuesta que ha de tener precisamente todo golpe que se asesta y partiendo del principio de que todo ataque tiene su parada que lo inutiliza, la cordura y la sangre fría obtienen

un más seguro éxito, que se expresa por la posibilidad de defenderse mejor y más tiempo, y por la seguridad de herir menos pero con más acierto. La complicación de las suertes suele ser más peligrosa para el que las emplea que para el adversario, á más de significar más astucia que valor y de manchar fácilmente el triunfo á que por ellas se llega con la infamante nota de deslealtad ó de traición.

Por otra parte, esos juegos de artificio están más en su lugar en la sala de armas que sobre la candente arena del campo del honor: en esta, el golpe recto ó directo y el que se desprende del mismo juego, son los más empleados: y estos, que pueden ser simples ó compuestos, enriquecen y multiplican tanto las vicisitudes del duelo, que hay quien señala con Lafougère más de doce mil.

Mas yo no me propongo dar aquí, ni mucho menos, un curso de esgrima, entre otras razones, porque se me alcanza muy poco de todo esto. Estas consideraciones han venido á mi pluma á excitación de un amigo, celebérrimo maestro en este arte, y con ocasión de una visita hecha á su sala de armas.

En ella se me ha ocurrido en primer lugar, cuán feliz podía ser esta ciudad, á donde acude de fuera todo lo que pudiera desearse, á donde fácilmente echan raices cuantos elementos constituyen el bienestar, el progreso y la cultura de un pueblo, y á donde más bien sus afortunados moradores tienen que desechar lo placentero que no ambicionar lo provechoso. He pensado cuanto se esfuerzan otras poblaciones por conseguir algo de lo que constituye la vitalidad ó la civilización de las gentes, y qué sacrificio no harían por poseer lo que nosotros solemos mirar con desdeñosa indiferencia. Despues he cavilado acerca de cuan útil podría ser para nosotros el enlazar en cierto grado y medida las caballerescas, al par que valerosas, tradiciones de nuestros mayores; y aunque ya sé que ni es

posible ni conveniente dar saltos atrás en las costumbres ni en ninguna otra cosa, se me antoja que hay algunos alientos que no conviene sofocar por completo, sino tan sólo dirigirlos hácia cierto lado y reformarlos con una determinada educación. Pareciame que siempre es grande, bello y provechoso conservar la virilidad y hasta la fuerza de nuestro linage, tan claramente reflejadas en nuestra gloriosa historia, y estoy seguro de que, antes de mantener estas brillantes virtudes con el ponzoñoso pasto de las lides taurómacas y de otros espectáculos de destrucción y de sangre, sería mucho más eficaz educar al pueblo en el manejo de las armas, prepararle para la vida militar, darle condiciones higiénicas y gimnásticas, desenvolver la idea del valor en perfecta armonía con la del honor, así como la ley del duelo en consonancia con las de la generosidad y la hidalguía y enseñar, en fin, á todo el mundo el uso y condiciones de esos instrumentos que son salvaguardia de los más caros intereses y que si bien son asimismo un recurso en los casos lamentables en que hay que acometer, constituyen al mismo tiempo un medio precioso en aquellos otros, más frecuentes y nobles, en que hay que defenderse.

Todo esto decía yo á mi amigo el Sr. D. Tirso de Arregui, al visitar su sala de armas situada en la calle del Calvario número 5, y en todo esto convenía él ponderandome los casos frecuentísimos en que hay que recurrir á la lucha armada para responder á las agresiones de nuestra sociedad, y las ventajas generales que la esgrima proporciona, aun independientemente del concepto de la defensa, ya como medicina para ciertas enfermedades, ya como auxiliar para el desarrollo orgánico, ya como elemento de ilustración, puesto que su enseñanza viene acompañada de reglas matemáticas y de preceptos de fisiología, higiene y aun moral social, ya como requisito de una

esmerada educación, porque el uso de las armas comunica distinción y elegancia, al par que desarrolla sentimientos nobles y caballerescos.

Esto, independientemente del aprovechamiento que la esgrima tiene para la clase militar; porque nada más ridículo que un soldado que ignora el manejo de las armas que lleva pendientes de su cintura, ni nada más contradictorio que ordenar el uso de unos instrumentos cuyas leyes se desconocen y cuyo ejercicio no podríamos llevar á cabo con lucimiento.

De todo lo expuesto deduzco que el Sr. de Arregui ha fundado en Cádiz una escuela utilísima, que la juventud debe sentirse inclinada á visitarla, que los padres de familia deben reflexionar acerca de la conveniencia de hacer entrar la esgrima en los programas de esa cumplida educación social que anhelan para sus hijos y que cuantos deseen conservar y desenvolver con acierto sus valerosos y honrados instintos pueden aconsejarse con aquel simpático maestro, que es á un tiempo diestro tirador y valiente é ilustrado caballero.

EL TIRO DE PALOMAS.

El hombre se ha ocupado *sériamente* en destruir al hombre, y *graciosamente* en destruir á los animales; es decir, que ha consagrado sus horas de trabajo á combatir ó á intrigar, y sus momentos de ocio á cazar bestias ó á tender lazos á los animales inofensivos Cuando le aqueja el odio, mata; unas veces hombres y otras veces fieras; cuando se siente de buen humor, urde y trama; unas ve-

ces planes de conspiración para atrapar grados y títulos, otras trampas y redes para prender el ave incauta y el pez inocente. El rencor pone en sus manos el cuchillo y la carabina, y el egoismo pone en su mente el plan maquiavélico y entre sus dedos la traidora liga. Sus sérias reflexiones le conducen al pensamiento de su incompatibilidad social con el poderoso ó de su incompatibilidad natural con los animales feroces; y sus ideas más ingeniosas y placenteras le arrastran al intento de envolver y derribar al potentado á quien envidia ó de aprisionar y destruir al animal que le entretiene, le deleita y le instruye. En la ciudad tiene la pluma con que traza el proyecto revolucionario y describe la máquina destructora; y en el campo la escopeta y la red, con que hiere al lobo y coje la perdiz. El éxito calma en el primer caso la sed de furores ó la codiciosa hambre de la ambición; en el segundo lisonjea el orgullo del tirador ó la necia satisfacción de una caza abundante. El hombre llena su soberbia con los despojos humanos y su vientre con los restos animales; sacia su vanidad con las conquistas de la intriga y llena su bolsa con las víctimas de su certero arcabuz ó de sus invisibles redes: en todos estos casos mata y devora: destruye y traga.

Si el lazo sirve para la raposa ó el zorro y el arcabuz para el oso y el tigre, pase: porque entonces el hombre se defiende: si el cañón se dirije contra el tiránico invasor y el revólver contra el salteador de caminos, pase tambien, porque la sociedad se defiende asimismo; mas que muevan aquellos el deleite egoista ó el interés calculador, y carguen estos últimos la ambición ó la venganza, aberración monstruosa es que acusa un hondo vicio en la cultura moral y funestos errores en el entendimiento pervertido. El uso racional de las armas explica, si no disculpa, los resultados deplorables que producen; el abu-

so apasionado de esos instrumentos de muerte, agrava la criminalidad del intento y acrecienta el terror y la repugnancia que causan sus desastrosos efectos.

Esto quiere decir, que los aparatos y los propósitos guerreros tienen su límite allí donde acaba el derecho de la defensa; que ni la astucia ni la osadía humanas pueden ir más allá que á donde las conduce el instinto de conservación; y que las máquinas de guerra y los instrumentos destructores solo alcanzan con su legítimo poder á los horizontes de nuestra personalidad y á las fronteras de nuestro honor, nuestra vida y nuestra hacienda, propiedades sagradas que siempre hay derecho á defender contra el hombre y contra la bestia.

Y si esto es así, ¿cómo explicar el salvaje deleite de la caza, el cruel entretenimiento de la matanza, los ridículos vencimientos y las feroces complacencias de esa tiranía del hombre sobre la naturaleza esclava?

¿No basta dominar con la razón, y la ciencia, y el arte, y la virtud, y hasta el oro, que hemos de aspirar al predominio que dan el patíbulo, el fusil, la tea, el lazo, la sangre y las ruinas? ¿No es mejor domar al león, que matarle?; ¿no vale más regenerar al culpable que arrastrarle al cadalso?, ¿no es más ingenioso y noble poner el toro al servicio de las industrias que hundirle una espada en su corazón indefenso?; ¿no es más sábio y más santo educar al hombre para el trabajo, que azotarle la espalda con el degradante látigo del bárbaro capataz? Los triunfos de la fuerza son siempre vergonzosos y miserables: los de la inteligencia, son honrosos y magníficos.

Ahora bien; que ya es tiempo de que entremos en materia; ¿qué gloria encierra, ni que instrucción supone, ni qué méritos indica, ni qué provecho se saca del *tiro de palomas?* Ninguna de esas cualidades, á que el capricho ó

los prejuicios humanos unen una ocasión de triunfo ó un concepto de orgullo, se ejercita en este crudo y repugnante entretenimiento; ni la fuerza, ni el talento, ni el dinero, ni la ciencia, ni la apostura, ni la gracia; nada que, con razón más ó menos séria, pueda legitimar esa viva satisfacción que parece invadir el pecho del tirador, cuando mira á sus piés palpitante el cuerpo ensangrentado de una víctima inocente. Solo el *tino*, el *tino mecánico*, ese tino que cualquiera consigue con buena vista y larga práctica, es lo que viene á demostrar el tirador afortunado: ¡estrecho cimiento para su gloria y mezquina gloria para el poder humano! Se han matado cien palomas de cien tiros: bien, ¿y qué? Para eso no se necesita ser un valiente, ni un sábio, ni un artista, ni un santo, ni siquiera un potentado; se puede ser un cobarde, y un ignorante, y un grosero, y un malvado, y un miserable, todo esto junto, y ser un famoso tirador de palomas. Lo que no se puede es tener exquisita sensibilidad, y clara noción de nuestros deberes para con los seres vivos, sentimientos de ternura y de bondad é ideas del respeto que se debe á toda materia organizada, espíritu independiente y limpio de preocupaciones y errores y sana instrucción acerca de las ciencias naturales y morales, amor á los seres inofensivos y provechosos y religiosa adoración á su Autor, todo esto junto, y ser un tirador de palomas. Ser generoso y destructor de animales bellos y útiles, es imposible: ser egoista y torpe, y hacer un divertimiento de esa guerra terrible en que el hombre se arma hasta los dientes contra seres indefensos, á quien solo dió la Naturaleza medios de huida, como para indicar que no deberían esperar nunca esas duras acometidas, esto es lo posible, y esto es lo que pasa todos los dias.

Las palomas son víctimas del egoismo humano. Hay aficiones delicadas y simpáticas, como el cultivo y cría

de palomos; tambien debía haber hábitos repugnantes y antipáticos, como el *tiro de palomas*. Cuando la matanza se explica por imposiciones de la necesidad, nada hay que decir; cuando tiene su razón en el deseo del lucro, solo resta que compadecer á quien vive matando y duerme con un sueño que hacen tranquilo la ignorancia y la rudeza moral; pero cuando la matanza se convierte en placer y el hombre hace de la muerte un título de ufanía y de superioridad, solo queda que alzarse contra tamaña monstruosidad, armarnos á nuestra vez con razones contra el error y argumentos contra las preocupaciones, y preparar nuestro desdén contra el ridículo y nuestra imperturbabilidad contra la ignorancia irritada y los caprichos contrariados. La idea protectora es idea que viene; entra en el mundo moral por la conciencia de algunos, imponiéndoles el deber de extenderla á los demás: este deber tiene sus peligros, pero tambien tiene sus satisfacciones: entre aquellos se pueden contar los riesgos de la impopularidad, las extrañezas de lo nuevo y las protestas de varios géneros que lanzan los que se encuentran en posesión de los hábitos contrariados; entre las satisfacciones, pueden contarse el sentimiento de la dignidad y grandeza de la idea, la creencia profunda de trabajar en defensa de los intereses morales y aun materiales de aquellos mismos á quienes hay que combatir, y la seguridad en fin, del triunfo.

¿Saben los aficionados á este género de distracciones, lo que es una paloma? ¿Se les ha ocurrido meditar en el abuso á que dá lugar su crueldad? ¿Han pensado en algo más, sino en que así gozan, y les ha dejado ver su egoismo la inconveniencia y la crueldad de su conducta? Voy á intentar el darles una ligera noción de lo que es este bello y delicado animal.

La familia de las palomas comprende cinco principales especies: la paloma torcaz (*Columba palumbus*, Linneo);

el pichón de palomar, zurito ó paloma salvage *(Columba œnas* de Linneo); la paloma de roca *(Columba livia*, de Bresson); la paloma mensagera ó paloma volante, que pertenece al grupo de las domésticas *(Columba doméstica)* y la tórtola *(Columba turtur* de Linneo).

La paloma torcaz hállase muy generalizada en la Europa, sobre todo en los paises templados: vive en España é Italia de contínuo, y suele traspasar en grandes bandadas los Pirineos y los Alpes para ir á veranear hácia el Norte durante los meses de Marzo á Noviembre. El carácter de estos animales suspicaz y feroz, se dulcifica por la domesticidad y aun por la proximidad del hombre; hácense modelo de confianza y aun de ternura, se dejan aprisionar sin pena y acuden gozosos á picar en la mano la miga de pan, ó á acariciar con las alas el rostro de su bienhechor al posarse sobre sus hombros; reciben las caricias sin sobresalto, se dejan manejar cómodamente y cojer sin miedo, y aun tienen la encantadora osadía de besar nuestros labios con su pequeño pico.

El palomo zurito, muy comun en el mediodía de Europa y en el norte de Africa, tiene grandes rasgos de semejanza con el anterior, del que se diferencia en el tamaño, porque es más pequeño, y en la costumbre de fabricar el nido en los troncos de los árboles, en vez de colgarlos de las ramas como la especie torcaz.

La paloma de roca, llamada así porque deposita sus huevos en las peñas y en los agujeros de los edificios ruinosos, es más general en las altas costas de Inglaterra y Noruega, aunque tambien suele hallársela en algunas islas del Mediterráneo; pero fácilmente se aviene á sacrificar su libertad para vivir en los palomares que el hombre le prepara.

De esta familia se desprende esa multitud de razas que forman los palomos domésticos, cuya división prin-

cipal es la de palomas *de palomar*, y palomas de *pajarera:* aquellas gozan de completa libertad y vuelven á veces á su estado de primitiva ferocidad; y estas se hallan del todo aprisionadas, y sin temor pueden dejarse abiertas las puertas de sus jaulas, porque, ó no salen, ó se alejan poco de ellas y vuelven siempre á su domicilio.

Ahora bien; de todas las aves, las gallináceas son las más útiles al hombre; como acabamos de ver con las palomas, la mayor parte de aquellas son susceptibles de domesticación y pueblan nuestros corrales y jardines, y en cuanto á las especies salvages, proporcionan un alimento muy estimable. Las palomas particularmente son de costumbres dulces y familiares, viven aparejadas como monógamas, y los esposos se demuestran una gran ternura y una escrupulosa fidelidad el uno al otro: y no solo son modelo de constancia y de amor, sino de cariño y solicitud paternales: ambos esposos construyen el nido, y ambos alimentan con igual asiduidad y esmero al polluelo, incubado tambien por ambos. En cuanto á su alimento, consiste en granos y en bayas, bellotas, hayucos, fresas, algunas comen limazas ó babosas y pequeños insectos, y solo cuando les faltan estos alimentos, suelen arrojarse sobre las tierras cultivadas, las que revuelven con el pico para desenterrar los cereales que comienzan á germinar. Ciertamente que en tal caso hacen daño á las cosechas; mas compensan grandemente estos estragos con los buenos servicios que rinden á la Agricultura, proporcionandola un abono excelente, eficacísimo y de una acción muy viva, en particular sobre los terrenos húmedos, fríos y tenaces, que se llama *palomina*, y á los cultivos industriales, especialmente á los del lino, el tabaco, y la colsa, (col silvestre de cuya simiente se saca aceite). Solo en la Flandes y en algunos departamentos del Norte de la Francia, se recoje con cuidado la palomina; pero

nunca se habrá aconsejado bastante á los agricultores el empleo de este estiércol, con el cual podrán proporcionar á la tierra medios de reparar las pérdidas que ocasiona naturalmente la vegetación, y de rejuvenecer al par las plantas esquilmadas y empobrecidas.

A más de la palomina, estas aves son igualmente preciosas para el criador y el consumidor: para el primero, por los grandes beneficios que reporta, y para el segundo porque halla en ellas un alimento sano, agradable y económico: téngase en cuenta que, aunque por lo regular solo ponen dos huevos de cada vez, hay especies que hacen diez posturas al año, lo que dá un total de veinte pichones por pareja,

El palomo mensajero ofrece aún otra utilidad fundada en el admirable instinto de volver á su palomar, aun despues de alejado de su país natal por largo tiempo, con una resolución y un tino admirables. Esta preciosa facultad fué en lo antiguo utilizada por el Oriente y Roma; refiere Plinio que durante el sitio de una ciudad cercada por Marco Antonio, Bruto concertaba sus planes con Hircio, por medio de palomas; y Belon nos cuenta que los marineros del Egipto y del Archipiélago griego llevaban estos palomos en sus buques para soltarlos luego que llegaban á su destino. Hoy mismo en Siria, Arabia y Egipto, transpórtanse en cestas los palomos á largas distancias y luego se les deja ir á grandes intérvalos con un billete bajo el ala. El Mogol hace esto mismo en los casos que reclaman una gran diligencia. El príncipe de Orange sirvióse de ellos en el sitio de la ciudad de Leyde (1574) para entenderse con la plaza; en nuestro siglo los partes de la Bolsa se enviaron durante algun tiempo por medio de palomos desde París á Bruselas; y en nuestros dias sabidos son de todos los beneficios reportados por estos preciosos animales durante la cruel guerra franco-prusiana.

¿Será oportuno agregar á estas razones de utilidad otras tomadas del sentir comun de la antigüedad que, más sentimental ó menos materializada que nuestra sociedad moderna, dedujo el respeto á las palomas de razones de arte ó de fantasías de religión? Sin duda por la dulzura de sus costumbres, la blancura de su plumaje y la debilidad de su organismo, la paloma ha llamado la atención y se ha atraido la simpatía de todos los pueblos, quienes la han hecho jugar un papel importante, tanto en sus mitos, como en sus símbolos. Las palomas, dice la Grecia, que alimentaron á Júpiter; que eran las aves favoritas de Vénus y las intérpretes de los oráculos de Dodona y de Libya. Las palomas fueron entre griegos y romanos emblemas del amor y la ternura, y entre los judíos el holocausto que rendían á su dios, tras la noche de sus bodas, las jóvenes desposadas. Semíramis fué en el Asia simbolizada por una paloma, y Cupido vá siempre acompañado de dos pichoncillos, cuyos picos se unen en un poético beso.

Segun Arístoteles, los antiguos habían ponderado la castidad de la paloma, y los egipcios habían hecho de ella la representación de la viuda honesta que se niega á tomar un segundo marido. En las Sagradas Escrituras, el Antiguo Testamento la hace simbolizar la inocencia y la sencillez, el pudor y la humildad, la dulzura y el candor, la belleza y la gracia; y el Testamento Nuevo, el sagrado amor, la divina ciencia, la celestial misericordia y el Espíritu Santo, expresión del mismo Dios. El arte cristiano es sin duda el que ha fijado y enaltecido más el papel simbólico de la paloma: pinturas, relieves, mosáicos, vídrios, tumbas, templos, lámparas, utensilios y ornamentos, han ofrecido innumerables representaciones de sublimes misterios, más ó menos exactas, pero todas ellas tiernas y poéticas. Dios parece haber escojido este animal para hacerle intervenir en todos sus prodigios de amor.

Así lo vemos aparecer despues del diluvio, como mensajero de paz, y ante los tres niños hebreos sacrificados en el horno de Babilonia, como nuncio de su libertad y del castigo de un rey impío; más tarde desciende sobre la cabeza del Cristo en la bellísima escena del Bautismo, y sobre la frente de los Apóstoles en el sublime misterio del Cenáculo. Como imagen del Espíritu de verdad, la paloma inspiradora se posa al oido de San Gregorio el Grande y sobre los hombros de Santa Teresa de Jesús, despues de haber inundado de rayos de lumbre celestial la frente de María en la anunciación del divino pensamiento de Redimir al hombre.

La Iglesia primitiva ha mirado á la paloma como el geroglífico de la simplicidad cristiana, de la humildad, de la mansedumbre, de la caridad, de la contemplación y de la prudencia contra las tentaciones del demonio: así tambien la considera como representación del martirio, de la fidelidad conyugal, de la paz del alma, de la ascensión de Cristo, de la virginidad de María y de la Iglesia misma.

Seis ó siete palomas expresan los dones del Espíritu Santo; doce colocadas al rededor de una cruz, á los doce Apóstoles; San Paulino dice que algunas palomas posadas sobre los brazos de una cruz, indican que el reino de Dios está abierto para los limpios de corazón. En un mosáico descubierto en Rávena en el siglo V, aparecen unas palomas bañándose en una fuente, las cuales simbolizan á los fieles regenerados por el Bautismo. Dos palomas que beben en un cáliz sobre el sepulcro de San Ambrosio en Milan, designan el sacramento de la Eucaristía. Y, en fin, otra paloma con medio cuerpo de plata y el otro medio de oro, y alas en la cabeza, en los hombros y en los piés, simboliza á la Iglesia en una miniatura del siglo XI.

Si estas razones, tomadas de la historia iconográfica de la paloma, no bastan á conmover el corazón, las an-

teriores pueden servir para convencer á la cabeza.

Queden por unas y otras libres estas aves de la injusta, cuanto tenaz, persecución de que son víctimas, y busque el deleite otro objeto más digno y menos reprensible. Los intereses materiales, la cultura moral, la sensibilidad general y el sentir comun de la Humanidad, lo agradecerán grandemente.

Locales.

(Por propia complacencia.)

AYER Y MAÑANA.

La vida no se detiene en su acompasada rotación: en vano el hombre, para hacerla penetrar dentro de su pensamiento, la ha dividido en períodos: ella no cesa: entre una y otra porción media el espacio de dos latidos del pulso: verdad que entre dos latidos cabe un abismo: uno de esos abismos que se abren al exterior sobre el suelo en una delgada grieta semejante á un cabello caido de la cabeza de un gigante descomunal; pero que si penetra la mirada por ella, se ensanchan bajo el rayo de los ojos como las enormes fáuces de un mónstruo, para dejarnos percibir, ó más bien adivinar, inmensos antros llenos de sombras en que zumban los pavorosos alientos que marcan la respiración de un planeta; quizá el rechinar de la masa adaptándose á la ley de su forma bajo la presión de esas manos invisibles que la redondean y la empujan por los espacios con toda la carga de una humanidad parásita, agobiada á su vez bajo el peso del pensamiento que se debate contra el misterio.

Tendidos sobre la grieta, debajo tenemos un abismo de tinieblas; encima otro de luz: nada vemos hundiendo en el primero una mirada de lince; nada vemos alzando hácia el segundo una mirada de condor. La noche; hé aquí lo que tenemos al frente, bajo la costra del suelo; sombras, fantasmas, adivinaciones, pronósticos, cálculos, algo impalpable y que sin embargo toma dócilmente las formas del antojo, las del ensueño, las del deseo, al mágico con-

tacto de nuestra fantasía, ora delirante con toda la fiebre de la juventud, ora astuta y helada con todo el frío de la melancolía y la desconfianza.

El dia; hé aquí lo que tenemos á la espalda, sobre la cabeza; un occéano de luz que nos inunda, aromas, armonías, colores, seres que se mueven, respiraciones que se sienten, la realidad, la verdad material por todas partes, lo que sabemos, ó lo que creemos saber: algo que se nos entró por los sentidos para producirnos la certeza de lo evidente, ó algo que se prestó á servir de base á un raciocinio ó, lo que es lo mismo, de escala para bajar á la conciencia y dejarnos allí la creencia de la verdad.

Ahora bien: colocaos en ese minuto que separa el 31 de Diciembre del 1.º de Enero, ya que por entre estas dos fechas ha cortado el hombre á pedazos la vida: mirad á través de ese minuto para atrás y hallareis lo cierto; mirad hácia adelante y hallareis lo dudoso. La historia es lo claro; la novela es lo oscuro: lo seguro, lo poseido, lo que se presta á la confianza y engendra la satisfacción y aun la vanidad, eso es el ayer: lo indescifrable, lo desconocido, lo que se ofrece á las soñaciones y delirios y sirve para los cálculos y las cuentas, lo que produce temores y levanta pavorosos pensamientos de pequeñez, de miseria y de muerte, eso es el mañana.

Un ocaso y una aurora se dicen encerrados en ese minuto que separa á un año de otro año: está bien; solo que el ocaso es resplandor de lo innegable y la aurora siempre es nuncio de lo inseguro. Aurora, de qué?... De la vida?... Quién sabe!... Del año?. . Y por qué? Abrid el año en Noviembre ó en Febrero y rodará la aurora á lo largo de las estaciones.... Del dia? Y qué es la aurora de un dia? Mirar al porvenir es aplicar los ojos á la grieta: podéis forjaros en la mansión de los gérmenes misteriosos todo lo que querais; siempre resultará que habeis trabajado con

sombras. Cuando salga á la luz vuestra creación, es muy posible que os asusteis de su monstruosidad ó que os riais de su extravagancia.

Eso que pasa en la vida física, pasa tambien en la vida moral.

Tomad un ser humano: poned vuestro pecho contra el suyo; que latan juntos los dos corazones, que se confundan en su golpear los latidos, como si fuesen péndulos de un solo reló. Bajo aquellos golpes están las conciencias: la vuestra clara, iluminada á vuestros ojos como el dia, podeis registrarla para ver vuestro pasado; la agena oscura, cerrada, impenetrable á vuestras miradas, como anegada en sombras: es vuestro porvenir. Quereis leerlo? Subís los ojos á la altura de la agena pupila, y sobre los rayos, dulces como el cielo azul, ó profundos como las tempestades del firmamento, formais vuestros cálculos: esto es, dejais flotar una porción de ilusiones que, en fuerza de ver caminar por los espacios de la alucinación, introducís al fin en el alma agena, las aposentais en la conciencia extraña, y las haceis moverse á vuestro gusto y pasar y repasar en vuestro obsequio. Exactamente lo mismo que cuando mirábais por el intersticio del terreno; oscuridad, fantasmagoría y sueños: exactamente lo mismo que cuando escudriñabais el año desde el minuto con que le abre el mes de Enero; deseos, aspiraciones y esperanzas. Resultado; el desengaño, que es el servidor sempiterno de esos señores que se llaman el *candor* y la *ignorancia*.

Esto quiere decir que en esta vida no hay más que una cosa segura: lo pasado; esto es lo irremediable. Por eso cuando se lanza una mirada al ayer, que es sin duda la más provechosa, porque es la más filosófica que puede echarse, hemos de procurar que esa investigación nos deje tranquilos: si el ojo perspicaz descubre nubes, sombras tambien, manchas, ay del alma! porque esa es la

única verdad indestructible: ¡y es tan triste caminar entre dos noches, rodar entre dos tempestades!....

El mañana es incierto: reparad que no hemos dispuesto completamente de él jamás: esto es lo primero que nos dice esa mirada retrospectiva, y no otra cosa es lo que expresamos cuando decimos.—*¡Si se naciera dos veces!*—Pues si tardía acude la conciencia de que el ayer no fué del todo nuestro, ¿de qué sirven los cálculos de hoy sobre el mañana?....

Y si el mañana fuera la tumba: si la única luz que se abriera paso en las tinieblas de ese vacío subterráneo fuese la antorcha funeraria, ¿qué haríamos? Volver la mirada á lo alto, apartarla con terror de lo bajo, no es esto? Pues esto es suspender el paso en medio del camino, volver piés atrás y acojernos, como perseguidos por un fantasma, tras los radiantes pliegues del día.

Esto es lo que hace el niño cuando despierta con una pesadilla: corre á la ventana y la abre de par en par para que penetre el día. Gran chasco si el día aun no ha venido; gran horror si, al cobijarnos con los recuerdos del pasado, son estos negros como la noche ó están humedecidos aún por lágrimas ó tintos en sangre!

No puede volverse la vista atrás, como no se esté seguro de que la historia nos favorece: imprudente es caminar hácia adelante con la carcajada en la boca; pero muy bueno retroceder con el pensamiento hácia atrás llevando en los labios una sonrisa inefable. Porque no es el pasado lo que ha de inspirar desdén, sino más bien el porvenir; como no es propio de espíritus juiciosos y meditabundos correr desatentadamente hácia el mañana, cual si fuesen perseguidos por espectros del ayer. El año que viene se enlaza con el que vá: el modo de tener aquel, en cuanto es posible, en nuestra mano, es llevar bien agarrado este otro: porque entre aquel y este no hay solución

ni laguna, son dos latidos de un mismo pulso, dos golpes de un mismo péndulo.

Nada importa que los hombres cuenten por años, si la conciencia cuenta por actos y el cielo por virtudes: haced de la vida una cadena de acciones intachables, colocad entre cada dos minutos si es posible una virtud y dejad los calendarios fabricados por los hombres para los usos puramente mecánicos de la vida.

Año nuevo vida nueva, no; sol nuevo virtud vieja: la virtud no tiene edad. Qué se adelanta contando la vida por arrugas y por canas? No es mejor contarla por buenas acciones? Pues ¿qué vale más, una idea que viene, un sacrificio que se hace, una gloria que se conquista, una santidad que se gana, ó un cabello que se vá, un diente que cae, un surco que se abre ó una fuerza que se debilita y extingue?

El alma no tiene ayer ni mañana más que en la tierra: cuidaos de ella y dejad que se os pare el reló. Todo lo más que podrá resultar es, que os coja desprevenidos la hora de la muerte: ¿qué importa, si esta no suena para el espíritu, y este, siempre apercibido para el viaje, tiene preparado un equipo de virtudes!

Sin embargo, yo os deseo á todos un año feliz. Concédaselo tambien Dios á España.

LA SEMANA SANTA.

Santa deberá llamarse esta semana por recordar en ella la Iglesia Católica la historia de Jesús: y en verdad que son pocos siete dias para traer á la memoria vida tan alta, tan honda y tan sábia, como la del Redentor de los

hombres: ni tiempo hay para abarcarla, ni pensamiento reflexivo que, detenido un punto sobre cada accidente de ella, no deje sin sentir deslizarse la semana entera.

La Humanidad hace 19 siglos que la contempla y aun no ha acertado á entenderla; falta luego que la aprenda, y despues que la imite: en cada uno de estos trabajos, se gastarán ¡ay! las vidas de muchas generaciones. Y es que la obra de un Dios no cabe en la mente de un hombre: sobre todo no cabe en su corazón: y como no se siente lo que no se conoce, ni se hace lo que no se siente, la vida de Jesús tardará mucho en pasar desde los Evangelios á la conciencia, y en bajar desde el Gólgota á las sociedades.

Cumbre altísima la del Calvario, á la que despues de Cristo nadie ha subido y desde la cual se dió al viento una doctrina que rueda aún por aquellas escarpadas laderas sin haber llegado á los valles. Cogiéronla como al pasar los discípulos de Jesús; acercáronla con sus labios á los oidos de los hombres; tomáronla luego los monjes y trazáronla en los libros, para que estuviese constantemente ante los ojos. ¡Trabajos inútiles! La obra de Cristo no ha penetrado en los espíritus. Bien hace la Iglesia católica en recordarla; porque el Domingo de Pascua ya está olvidada. Mal hace el hombre en olvidarla; porque mientras no la aprenda y la cumpla, no será grande, ni feliz, ni virtuoso.

Hay quien entiende que la Semana Santa es aquel tiempo del año en que el hombre está más obligado á obrar y pensar santamente: el resto del año entiende que es dominio del diablo, y que así como un solo Dios bastó para redimir una Humanidad, así una sola semana de templanza y de penitencia, si se quiere, basta para labar las culpas de los 358 dias que completan el año.

«Semana Santa,—dicen los hombres:—pues es preciso

arreglarse y vivir santamente: vamos al templo, que despues de todo el plazo es corto y el sacrificio leve.»

Y en efecto; la Iglesia es tan indulgente, que media hora los dias de misa, basta para santificar la fiesta; y siete dias de pasión, para santificar el año; y setenta semanas de contemplación cristiana, para santificar la vida. Luego..... al Cielo en derechura, porque hemos sido *hombres de bien*.

No importa que antes de entrar en la Iglesia el Domingo hayamos deshonrado á una familia y que al salir vaya nuestra usura á empobrecer á otra: nos hemos dejado la primera culpa en el confesionario, y allá irémos á vaciar la segunda, con algunas otras, el Domingo siguiente. Así tambien, no importa que lleguemos al *Domiugo de Palmas* con el saco lleno de inmundicias; lo vaciamos al oido del primer sacerdote que allí espera, y no abandonando desde entonces el templo, y oyendo cuanto allí se dice, y viendo cuanto se hace, y dormitando en un oscuro rinconcito cuando estemos fatigados de arrodillarnos y levantarnos ó aburridos de oir lo que tantas veces nos han repetido, ni ocasiones hay de pecar, ni forma de ofender á Dios, ni modo de que se nos haga muy largo el tiempo, ni dificultad para llegar santamente al Sábado de gloria, con lo cual se ha resuelto el problema religioso para todo el año, y podemos salir del templo con la ufanía del que se siente digno del Cielo y en disposición de habérselas con todos los demonios de la tierra.

Mas desdichadamente para esta clase de gentes, la Semana Santa tiene otra significación, impone otros deberes, tiene otro precio. Es una reprensión durísima, cuanto puede ser duro lo que emana del Cielo, por nuestra ingratitud; una acusación formidable contra la humanidad de la tierra, contra los cristianos débiles y olvidadizos y contra los católicos hipócritas y contumaces. Si Jesús pisara

a tierra y viera sus templos, empuñando las correas despejaría las sagradas casas de fariseos y prevaricadores: ni uno solo de cuantos guardan la santidad para esa semana, y el recuerdo del Redentor para los templos, quedaría clavado sobre sus baldosas: ni menos, cuantos ante el altar mismo niegan su lengua á la oración para darla á las murmuraciones ó distraen su pensamiento del Evangelio que se les explica para hundirlo en los cálculos ganancios que deben realizar algunas horas más tarde. Gentiles y publicanos son que visten trage de devotos y afectan continente de justos, para asegurar el éxito de sus planes y atraerse el aprecio de una sociedad nécia si se deja engañar y astuta cuando finge que cree la ficción agena.

La Semana Santa, como el rosario en la boca de una beata, es una rutina; allá vá la gente por que sí, y allá van muchos que no quisieran ir porque vá la gente: todos los años hay que hacer esto y todos los años la gente hipócrita es la primera que lo hace y la primera que critica y llama impío y malvado á quien no imita su hipocresía.

Y entretanto, suenan voces en el Gólgota pidiendo, no la santidad de la semana, sino la santidad de la vida; no el culto de las imágenes, sino el de las virtudes; no las procesiones por las calles, sino la honradez en el alma; no el banquillo y el devocionario, el cirio y el estandarte, sino la sinceridad en el labio, la benevolencia en el corazón, la justicia en el pensamiento y Dios en la conciencia. Voces se escuchan del lado de Jerusalen que piden firmeza en la fé, caridad en el trato y honestidad en la vida: voces que lamentan que toda virtud se encierre bajo las paredes del templo y todo mérito moral estribe únicamente en asistir con asiduidad á los oficios, más bien que á pensar en Dios, á maldecir con la vecina y á anotar

los dislates que suelta el padre en el calor de la improvisación.

Caigan las prácticas del templo sobre las virtudes del hogar y las bellezas morales de una sociedad honesta y leal; venga la Semana Santa, sobre otras muchas semanas empleadas en el amor del prógimo, el cultivo de la ciencia, los deliciosos juegos del arte y la práctica de todos los deberes: agréguese, en fin, la obra del cuerpo á la grandeza del alma; la oración del sabio á la pureza del corazón; la lágrima y el gemido á la ternura y la caridad; y sirva la confesión, más que para delatar miserias y dar á probar inmundicias, para aclarar púntos dudosos, cimentar virtudes, fortalecer las creencias, anotar méritos, aquilatar bellezas y conseguir justificaciones, y esos misterios que se recuerdan en los solemnes dias de la Semana Santa serán un motivo de gozo y satisfacción para el Cielo y para la Tierra; porque solo así nuestra Humanidad se juzgará redimida y solo así no habrá sido estéril la obra de un Dios.

La Semana Santa recuerda la redención que quedó en manos de la libertad humana: ¿qué se ha hecho de ella? Ay! si solo responden á esta voz gentes hacinadas en los templos, mientras enmudecen las ciudades y los hogares!

PALMAS Y ESPINAS.

Hoy conmemora la Iglesia Católica un suceso interesantísimo en los fastos religiosos y de altísima significación en órden á la fé cristiana; pero de escasa novedad para el que conoce la historia y de frecuente repetición en todos los pueblos y épocas.

Historia de la ceguedad y de la ingratitud unidas; esas dos nieblas, esos dos vacíos del espíritu humano, que ni entiende, ni ama: lucha de la tradición entronizada, contra la reforma invasora: antagonismo de la posesión contra el derecho, del estancamiento contra el progreso, del ayer con su barbarie, sus gustos y sus conveniencias, contra el porvenir con sus amenazas, su magestad y sus promesas.

La conducta de Judá con Jesucristo, la de Jerusalen con el Evangelio, la del mundo con el Cristianismo, es la eterna conducta de la ignorancia contra la ciencia, de la ambición contra la justicia, del odio contra el amor, de la ingratitud contra el beneficio, que se vé por todas partes, antes y despues de Cristo, en los pueblos y en los indivíduos; porque ni el hombre tolera mentores, ni las naciones reformistas: la Humanidad odia á sus modelos. En la esfera particular, el favor engendra al enemigo: en la general, el redentor determina el asesinato: entre hombre y hombre, la superioridad del consejo ó del ejemplo produce el envidioso y tras él el disfamador: entre hombre y sociedad, el génio y la virtud mueven á la ira generadora del delito.

En la esfera de los hechos colosales, la saña y la estupidez populares hacen del profeta el mártir: en la de los hechos pequeños, el espíritu de partido y la conveniencia de los bandos hacen del adversario reo y del cabecilla víctima.

Y siempre el procedimiento es el mismo.

Se anuncia la buena nueva: el espíritu ávido de la innovación se acerca curioso, el entendimiento convencido y el corazón ilusionado producen el proselitismo, el entusiasmo aparece, el favor y el éxito crecen y el reformista es llevado en hombros entre palmas y laureles, sobre las capas que arranca la fé de los hombros y las

flores que arroja al suelo una efervescencia bulliciosa pero infundada; y con tan brillantes apariencias de triunfo y entre vítores y hosannas, llega el apóstol á la ciudad y se sube, si es menester, á lo alto del capitolio. Los intereses que han de ser lastimados, le abren paso entre aturdidos y desdeñosos; la gritería no ha permitido entender lo que hay en el fondo de aquella manifestación; la confianza, apoyada en la rutina, no piensa en los peligros con que amenaza aquella tormenta que se anuncia como armonía de la Naturaleza.

Más tarde: cuando la constancia y exaltación del clamoreo ponen el anhelo donde estuvo el desdén, y el afan obliga al estudio, y la perspicacia tropieza con el riesgo, aquellos intereses despiertan, corren, se congregan, se aprestan á la defensa y declaran la guerra á muerte.

Breve porfía: los elementos más poderosos están de un lado: los que valen más son los más débiles. En la lucha material, el innovador está de antemano condenado á sucumbir; en la moral, la innovación está destinada á triunfar. Entre hombres, hasta el trono de la idea se levanta sobre un charco de sangre; hasta el sólio de Dios es un Calvario. Lo viejo es lo fuerte; lo nuevo, como reciennacido, es débil y tierno; los prosélitos pudieran robustecerlo oponiendo el número á la astucia, la cantidad á la calidad; pero la astucia es rastrera, coje desprevenidos, mina, se insinúa, ofrece aquí, amedrenta allá y al fin la fé nueva, como edificio sobre arena, se tambalea, rueda y cae á los embates de la fé vieja, que se apoya sobre la roca del hábito y el puntal del egoismo.

El proselitismo se desbarata; los discípulos huyen: el temor les esconde ó el pesar les paraliza: el amor gime mientras que ruge el odio, y la esperanza se vá como pétalo de rosa llevado por el viento, mientras la amenaza se acerca como rayo empujado por el huracan.

El innovador toma su cruz: está vencido, porque la soledad reina á su alrededor y no encuentra un espíritu en que vaciar su palabra: emprende el camino de la amargura: la desdicha agranda el vacío; mas como este no puede existir ni aun en torno de un cadáver, el lugar que abandonan los amigos entran á ocuparle los verdugos: el número de los defensores ha disminuido tanto como aumentó el de los que le acusan; porque la impunidad del delito alienta siempre á los criminales y el aislamiento en que dejan al mártir la timidez y el dolor, favorece á los cobardes y despiadados.

Y continúa la pasión, sin que el héroe sucumba ni á los tormentos que le imponen sus desalmados enemigos, ni á la desesperación profunda que ha de causarle la ingratitud. Sube al Gólgota entre ahullidos de fieras y rugidos de demonios.

Hay tantas ocasiones en el mundo en que triunfa Satanás!.... El grasiento fariseo, saco de inmundas pasiones; el nervudo centurión, brazo de implacable dureza; el seco escriba, doctor de falsa ciencia y de hipócrita corazón; el bárbaro pretor, cruel por cobardía y criminal por ambición; y la soldadesca brutal y el populacho miserable, veleta de todas las tempestades, forman el repugnante círculo que estrecha, ahoga y tritura al fin, á la indefensa víctima.

Sobre todos se levanta una cruz: sobre la cruz se dibuja un cuerpo humano: bajo aquel cuerpo late un espíritu de verdad y de amor. El último quejido, el último aliento, la última palpitación de aquella vida, vale más que toda esa miserable humanidad que vocea diabólicamente junto á las cuñas del madero; inmensamente más que esa pequeña raza de espíritus medrosos que en aquel instante gime en la sombra ó se extremece en las cavidades del suelo, y á la que habría que envolver casi en el

mismo anatema, si no fuera porque cumple el destino reservado á la idea que en ella queda encarnada; se apresta á predicarla y se dispone á morir por ella.

Pues bien; esta es la suerte de toda reforma; esta es la historia de todos los dias; la Iglesia celebra con ella misterios de una redención divina; mas esto es por cuanto se refiere al Cristo; pero tambien conmemora terribles monstruosidades de la ingratitud humana, que forman los negros eslabones de esa horrenda esclavitud del pecado en que gime y se arrastra la miserable Humanidad.

Aquí, en nuestra sociedad, á nuestro lado, se hallan los tipos que representan dignamente las castas hacinadas por la envidia y la ingratitud sobre las escarpadas laderas del Calvario: como aquellas, llevan insignias y distinciones; bordados que prestan al cuerpo el brillo que no tiene el alma; cintajos que parecen túrdigas arrancadas á famas agenas, ó lenguas preparadas para la asquerosa tarea de la maledicencia y la intriga. Aquí tambien se vé al fariseo gordiflón, al panzudo escriba y al Longinos de raida barba y aguda lanza preparada contra el impotente crucificado.

Vosotros les conoceis: vosotros, los que teneis valor, preferireis morir en el Calvario con las sienes taladradas, á reptar voceando como energúmenos por entre las rocas, abrumados con el peso de vuestras miserias, aunque con escandalosos alardes de triunfo.

Huid; huid de los que hoy os entonan himnos y os acompañan con palmas y olivas; mañana os condenarán y os pondrán en cruz.....

Pero pasado..... la victoria es vuestra: porque vuestra idea flotará gloriosa sobre ingratos y verdugos.

AMOR Y HUMILDAD.

Gran página de la historia nos dejó escrita Jesús en el dia que recuerdan hoy los Cristianos! Misterios dulcísimos los del Juéves Santo, llenos de deliciosas y fecundas enseñanzas, aun no bien entendidas, aun nunca practicadas por los hombres! Palabras y hechos que nadie ignora, á cada paso repetidos por los labios, jamás imitados por los hijos de Cristo!

Religión sublime la del amor, que ni es posible dejar de sentir, ni parece posible el obedecer! Bajaba del Cielo y cualquiera creería que se entró en la tierra por equivocación; vino de lo alto y podía parecer que era imposible que descendiera tan bajo: tal vez el mismo Dios creyó levantar con ella al género humano de su humillación y resultó que la doctrina quedó flotante en región á donde apenas alcanza el pensamiento, pero á donde seguramente no puede rozarla conducta de hombre!...

Cuando se la mira, se deslumbra el alma; cuando luego se mira á la conciencia, ciega la vista: nada de ella hay en el corazón: apenas se la reconoce como divina y nos arranca una oración, que viene á ser su estéril elogio; mas no impera en el alma, y por eso no nos ha movido al ejemplo, fecundo resultado de su eficacia.

Veámoslo.

«Amaos los unos á los otros:»—había dicho Jesús—«como yo os amo; como os ama mi Padre que está en los Cielos; y para que en este amor seais uno conmigo y yó uno con vosotros en el seno de Dios.»

Esta enseñanza había hallado eco en espíritus oscure-

cidos por la prevaricación y por el paganismo: traía penetrante aroma de Cielo y habían podido percibirlo los enfermizos y desgastados olfatos del pueblo de Judá. Tales perfumes habían despertado la curiosidad, y las turbas seguían al predicador deseosos de oirle, pero sin pensar en verle ni soñar con que tales principios tuviesen una práctica en el mundo de los hombres.

Jesús las condujo á una sala, sentó á sus discípulos en torno de una mesa, y les dijo:—«Hé aquí el altar del amor que os he predicado: comamos y hablemos.»—Comer es la unión en la naturaleza física: hablar es la comunicación en la naturaleza espiritual: comer y hablar es compartir el doble pan, de trigo y de verdad: vida para el cuerpo y vida para el alma. Comer de un pan y hablar de una idea; compartir el alimento del estómago y la vitalidad del pensamiento, es agruparse, fundirse, asimilarse, unificarse, amarse en fin.

El diálogo era además tiernísimo: aquel pan sin levadura estaba sazonado por un amor sin reserva; por un amor completo, intenso, infinito.

El amor es melancólico: sus íntimas tristezas subieron del corazón á la mente del Maestro, y se exalaron por sus dulcísimos labios en frases de triste profecía, de traición, de muerte: el amor es tan afine del pesar y este camino tal para la muerte, que á más de un vaticinio, había en las palabras del Redentor la fórmula de una ley humana.

Jesús clasificó á sus amigos: á un lado diez fieles: á otro uno vacilante, al otro uno falso y desleal: si hoy viniera á clasificarnos, las cantidades estarían invertidas: los que le ofenden son los más; los que le desdeñan son los menos: los que se han olvidado de su amor, son todos; Jesús fué muy feliz muriendo entonces: ningun hombre ha muerto tras él rodeado de diez amigos.

Y volviendo sobre el sentimiento del amor que animó

aquella sublime vigilia, dijo Jesús á sus discípulos.—«Voy á darme yo mismo á vosotros; quiero, antes de abandonar el mundo, habitar un momento en vuestras entrañas, y ¡ojalá de igual manera mi idea y mi recuerdo habiten siempre en vuestro pensamiento y en vuestro corazón, y en los de vuestros hijos!»—Y tomó el pan y el vino, con que fortalecían todos el cuerpo, los bendijo y los repartió diciendoles:—«Estas son mi carne y mi sangre: tomad, comed de la una y bebed de la otra, y siempre que hagais esto en memoria mía, estaré con vosotros y penetraré como ahora en vuestro cuerpo.»—

Y los discípulos comieron y bebieron: esto es, se repartieron á su maestro: saborearon su amor y absorvieron su sustancia. Ya lo habían hecho moralmente oyéndole y estudiándole: ahora lo hacían materialmente, por medio de un prodigio y de una fé; luego habían de hacerlo cruelmente, por medio de una pasión y de un suplicio.

Altar fué el Gólgota, desde el que Jesús dió al mundo á beber toda su sangre y en el que quedó luego expuesto su cuerpo, que ya había destrozado el pueblo iracundo y bárbaro. Habíase sepultado *divinamente* en las entrañas de sus amigos por un prodigio del amor; debía luego dejarse arrastrar materialmente bajo un peñasco de la Naturaleza por un efecto de la Redención; había salido del pecho de sus discípulos para cumplir con su destino terrestre; tenía que levantarse desde el fondo de la tierra para subir radiante á la gloria de los cielos. Obra toda del amor; se dá, se divide, se anonada, moralmente; se hiere, se destroza, muere materialmente; resucita, irradia, asciende, divinamente.

Mas huye y queda; se vá y permanece; no se vé, pero se siente al Cristo; no se le oye, pero se le puede amar, se le puede venerar, puede imitársele: ¿Se ha hecho así? ...

Pero sigamos hasta el fin, si puede llegarse al fin de la obra del amor.

Concluida la cena. Jesús se levanta:—«Vamos á separarnos,—exclama:—tenemos trazados diferentes caminos por la tierra: yo muero en breve; mas vosotros habeis de andar por el mundo; quiero preparar vuestros piés para el viaje: dejadme que os quite de ellos el polvo que cojísteis por antiguas vías y torcidos senderos, y os los disponga para los nuevos caminos que habeis de seguir cuantos obedezcais los impulsos de mi amor.»—

Y Jesús se inclinó hasta el suelo, y uno por uno lavó las plantas de sus hijos. Desde entonces la humildad fué la primera de las virtudes, como la ignominiosa cruz el adorno de coronas y tiaras: y el corazón movido por el amor escaló las cumbres de la santidad, como el instrumento de la Redención los vértices de las torres y las cúpulas de los palacios y los templos.

El amor se dijo y se hizo; se enseñó al alma y al brazó: y sin embargo, el alma es soberbia y olvidadiza y el brazo se arma del oro ó de la espada. Judas y Pedro vencen; pero sin la desesperación del primero ni el arrepentimiento del segundo. El bolso judasáico circula sin cesar en manos del vicio hasta bajo la techumbre de los templos, como rodaron las monedas por la falda del Gólgota: y la inhumana espada de Pedro se levanta fratricida enredada en el escapulario y haciéndole contrapeso en la otra mano la imagen de Cristo, hasta entre pueblos católicos y contra pechos cristianos!....

La Humanidad se ha olvidado del Juéves Santo: la doctrina del amor flota muy por encima de la bajeza humana.

DOLOR Y SOLEDAD.

Ley del género humano, noche del alma, gérmen de regeneración y de justicia es el dolor: no hay que odiarle. Solo un espíritu aturdido, superficial y desagradecido, puede aborrecer el dolor. Como consecuencia de nuestra conducta, es ineludible; como abismo á donde nos precipitan las faltas y las orpezas, es seguro; pero como lección y aviso, como arrepentimiento y recomposición, como castigo y ley, es grande, saludable y consolador.

Un alma que llora es siempre bella, simpática y amable: si lamenta agenos delitos ó injustos males, cautiva, seduce, y enseña; si deplora propios delirios y funestos extravíos, conmueve, apacigua y llama á la piedad y al perdón.

Una carcajada no vale lo que un gemido; la risa huele á mundo, trasciende á carne: la lágrima tiene sabor de alma y aroma de cielo. Como si estuviera hecho con las perlas del llanto el hilo sútil por donde el espíritu sube á Dios, sér que gime está más cerca del celestial consolador y en más derecha vía de las fuentes del perdón y de la gracia.

Una madre; ese sér divino que se llama madre; ese don del cielo que basta para atestiguar la existencia de un amor sublime y de una inteligencia infinita del lado allá de los límites del mundo y de la vida; una madre risueña y feliz, celebrando triunfos de su hijo, aunque sean glorias de su génio y no victorias de su espada, méritos de su virtud y no prosperidades del azar, es un sér poco

interesante, rufinario y vulgar: situadla al lado de su cuna, adormeciendo con fatigosa voz el sueño intranquilo de su hijo ó templando los dolores de su organismo enfermo; colocadla al pié de la cruz en que cuelgan sus ensangrentados miembros, testimonio elocuente de la barbarie humana y vergüenza eterna de la justicia impía, sollozando con los últimos alientos de su pecho destrozado, vertiendo hilo á hilo el amargo raudal de sus lágrimas de fuego, ó muda de espanto y de dolor arrodillada sobre el granito, menos duro que el corazón de los verdugos, y sosteniendo el inanimado cuerpo de su hijo; contempladla así, y hareis de ella seguramente un objeto de adoración.

Ponedla sola: dejad que su contorno se destaque sobre un cielo sin luces: hundidla en esa soledad en que deja el mundo á sus víctimas, por crueldad y de la que el Cielo hace el único consuelo, como si el aislamiento fuera el más adecuado y tierno compañero del infortunio; dejadla abandonada á sus profundas amarguras, y que no turben sus melancolías ecos de la tierra, ni se mezclen á sus gemidos otras voces que las de la Naturaleza conmovida, que se extremece bajo el peso del crímen, cruje y se rompe al sentir el calor de la sangre caliente y salta y se desquicia como si quisiera sacudir de sus espaldas el peso ignominioso de esa raza vil de verdugos.

Contemplad así á esa madre: más cerca de Dios cuanto más dolorida, y más apartada de los hombres cuanto más sacrificada: para que no haya dudas de que vivió en la tierra y se rozó con mónstruos humanos, lleva un puñal clavado en el corazón: hoy, como tremenda cicatriz de aquella herida que huele á mundo, la impiedad la ha herido con la calumnia: ni el incrédulo ha podido hacer de su memoria una reliquia, ni el creyente ha sabido prestar ante sus altares otro culto que el de su hipocresía. ¿Habrá mayor prueba de que la madre de Jesús habitó la tierra,

que el ver su santa efigie colocada sobre un altar cercado de fanáticos hipócritas y de astutos especuladores?

¿Qué importa erigir fastuosos monumentos de oro y plata envueltos en sedas, perfumados con flores y deslumbrantes de llamas, si ante ellos se arrastran corazones vacíos, sin un latido de piedad para aquel dolor, ni una virtud que ofrecer entre tanta flor y tanta luz? Llevais á María en el alma? Al pregonar una vez más su grandeza y su martirio ¿la llevais en alguna otra parte más que en los labios? ¿Teneis en vuestro pecho una sombra siquiera del Gólgota? Si no la teneis, la descarnada roca del Calvario vale más que el ostentoso altar de vuestros templos. Dejadla sola, envuelta en la doble noche del dolor y las tinieblas, si no habeis de acompañarla con las almas heridas por la piedad y resplandecientes de virtud.

Allá, hace 19 siglos, cuando María se arrastraba entre Juan y Magdalena, oprimido el pecho, agotado el raudal de las lágrimas, desfallecido el aliento, sobre las duras y revueltas rocas del monte de las calaveras, á los piés de aquella cruz de que pendía la ofrenda del amor divino y la víctima del rencor humano, tambien llegaban, como sarcasmo horrible, rumores de los hombres que, despues de haber temblado un momento, renacían á la confianza del vivir y á la estupidez del pecar: despues, siempre á cada paso, por todas partes, no ya enemigos del hombre, ni desconocedores de Dios, ni denegadores de la idea, sino cristianos, confesores de Jesús, constantes pregoneros de su grandeza y su divinidad, han elevado hasta el Cielo falsos himnos y aturdidores cánticos de fingida religiosidad con que ya, malvados, intentaron engañar á las gentes, ya, estúpidos, pensaron satisfacerse á sí mismos; pero son raros alma cándida, pensamiento virginal, corazón amante, que latan de amor y de pena ante la imagen venerada de María, y escasos los labios que la bendicen y la

ensalzan entre puras oraciones, con alientos de virtud y acendrados sentimientos de religiosidad y veneración.

Pero no importa: aquellos furores, como estas mentiras, no llegan al Cielo: María sigue en soledad, porque solo admite almas en su compañía y no tiene más que cuerpos: quiere corazones y se le dan voces, quiere conciencias y se le dan apariencias, quiere virtudes y se le dan ruidos, quiere cielo y se le dá mundo, gloria y se le dá fango, aunque envuelto todo ello en terciopelo y recamado de oro.

En soledad está María, porque vive con su dolor y el mundo con sus placeres: en soledad, porque la separó del mundo su martirio, y la era de los mártires ha concluido sin que se extinga la raza de los tiranos; en soledad, porque el arca de la gran idea se ha perdido, como la famosa de Noé, entre los peñascos del olvido, y la hoguera del amor se ha apagado al soplo helado de los vientos del siglo.

Allá en los sótanos y desvanes, como los primeros cristianos en el fondo de las catacumbas, todavía hay sobre la tierra algunos centenares de espíritus piadosos que piensan en María: guardan como ella el dolor en el seno y como ella viven en soledad y abandono: tienen entre sus brazos un destino duro y despiadado y llevan en el corazón el doble dardo de la injusticia y la ingratitud. En el fondo de sus oscuras alcobas aparece pegada en la pared una tosca imagen de María; pero cuando antes de acostarse la invocan y rezan, transfórmase aquella estampa en puerta del Cielo por donde se divisa á la Reina de los Angeles sobre un altar de gloria, y en este altar deposita la conciencia fervorosa las flores de sus virtudes, que brillan con los más puros matices y perfuman la vida con los más deliciosos efluvios.

Allá tambien en el sotabanco y la guardilla, se encor-

ba sobre su banquillo el pobre trabajador rodeado de su mujer enferma y de sus hijos hambrientos: la fé y la honradez le prestan fuerzas: á la noche, vá á entregar la obra de sus manos humedecida con su sudor, y vuelve con unas cuantas monedas menos brillantes que el gozo que arde en sus ojos: al contacto de aquel dinero, luce el fuego en el hogar, entra en los estómagos el calor de una sopa para reanimar el calor de una vida, y luego, cuando todos duermen, el pobre jornalero se postra ante un escapulario que lleva en el pecho, borrado con esa gloriosa suciedad que exuda el trabajo, lo besa y exclama:—«¡Madre de los dolores, que no me falten fuerzas ni trabajo!»—Mientras haya estos seres en el mundo, María no está sola: porque si no llegan hasta ella los alaridos hipócritas del mundo, sí la alcanzan esos dulces ecos que exhalan las almas doloridas y solitárias.

LA RESURRECCIÓN.

Dogma inefable, creencia dulcísima y eficaz que trasciende á cielo y guarda en la tierra el desdichado corazón humano: sentimiento palpitante en la conciencia racional, que acompaña á la vitalidad moral del hombre, como el instinto de conservación á la vitalidad orgánica: principio indefectible de todo pensamiento que sirve de fundamento, tanto á la sociedad civilizada, como á la agrupación salvage, y que se expresa en terrores y confianzas, en consuelos y en ansiedades en todos los pueblos de la tierra.

El Cielo hizo de la resurección una creencia: los profetas hicieron una religión y Cristo una historia. Sobre

tan suave grito de la Naturaleza fundáronse todos los sistemas: y aunque la voz humana alzó luego atronadores rugidos del error, y la impiedad extendió espesas tinieblas sobre su luz, ni se logró sofocar sus penetrantes ecos, ni extinguir sus vívidos resplandores. Apenas se percibió en el fondo de esa creencia el fulgor de una esperanza y la resonancia de un Cielo, el hombre la consagró para tributarle culto y la santificó para hacerla centro de una religión. El primer altar fué un corazón; el primer incienso quemado en sus aras, una oración; el primer himno levantado en su honor, una virtud; y los primeros sacerdotes, los mártires.

No ya resucitar fué la abolición de la muerte: no ya, como huyen fantasmas de la fiebre ante la antorcha de la razón, se deshizo la fatídica idea del no ser al resplandor de la seguridad del resucitar; no ya la negra tumba se iluminó con los destellos de una celestial aurora; fué más: la resurrección significaba la redención más cabal y perfecta de todo yugo que avergüenza, de todo límite que lastima, de toda humillación que mancha, de toda tiranía que irrita y de todo pesar que desespera.

Resucitar no es no morir solamente; es despertar de una pesadilla, es nacer á la libertad, á la belleza y á la justicia. La inmortalidad con todas sus grandezas, con todas sus seducciones, con todos sus consuelos y todas sus justicias, no llena por completo el sentido de esa palabra: porque resucitar no es solo nacer de nuevo, no es solo burlar la muerte, que se ha complacido en engañar á los sensualistas con apariencias fúnebres y aspectos de impotencia y de podredumbre: no es siquiera vivir siempre: es más, es vivir bien: vivir en la satisfacción de nuestras aspiraciones, en el logro de nuestros deseos y en la realización de nuestros destinos.

Si resucitar fuera solo tornar á la vida, volver al círcu-

lo, empezar de nuevo; si este hecho, como todos cuantos se realizan en el órden de las historias, no estuviera sometido á la ley de la transcendencia y del progreso; si resucitar no fuera redimir, el sentimiento de renacer no habría echado tan hondas raices en el corazón, ni su idea se mantendría con tanto afan y viveza en el pensamiento, ni su creencia habría podido resistir á los embates y á la movilidad de tantos y tan varios sistemas como han venido á colocarse dócilmente á su alrededor sin atreverse á atacarla, sino antes bien escogiéndola por fundamento é intentando aclararla y fortalecerla.

Bullía sin cesar en lo más recóndito de los espíritus; se cernía sobre todas las inteligencias; irradiaba desde el centro de una fé constante y universal; y faltaba, sin embargo, su comprobación como hecho. Los casos que ofrecían los taumaturgos y milagreros, si podían bastar para satisfacer las candideces del pobre de espíritu y sencillo de corazón, no eran suficientes para aventar las dudas del desconfiado, ni para dar al deseo la incontrastable fuerza de la realidad.

La filosofía contaba con él como verdad inducida del estudio experimental del alma ó corolario preciosísimo de las ideas teológicas: admitía su posibilidad é intentaba convencerse de su necesidad: teníalo, en fin, como elemento de sus sistemas morales en el fondo de sus doctrinas y como dogma fortalecedor en el seno de sus religiones; pero no contaba con él como hecho innegable y prodigio evidente en el campo de la historia. Se creía; pero no se había visto; se le esperaba despues de la muerte ó se le aplazaba para el dia del supremo juicio, pero no se le había presenciado, no se le había tocado con toda la magnificencia, con todo el explendor, con toda la divinidad con que se le presiente, se le adivina, se le quiere y se le necesita.

En tal estado, puso el pié en la tierra, sobre el polvo de Belen, el Redentor de los hombres.

Su vida fué la santidad, su predicación fué una iglesia y su resurrección fué el sello de una religión sublime é indestructible. La Humanidad acababa de presenciar la verdad que había presentido, el hecho que había ambicionado con tanto ardor: tenía evidencia de lo adivinado, tocaba lo que había querido; su sublime sueño se trocaba en realidad; la virtud de su fé en verdad histórica, y sin embargo, llamó á la resurrección de Jesucristo *milagro:* esto es, hecho sobrenatural.

La Humanidad fué exagerada en su calificación: aquel acontecimiento era sin duda *extraordinario*, pero no imposible: era sorprendente, pero muy natural. La resurrección es un hecho universal y constante: en sí mismo, el dogma de la resurrección se realiza segun las leyes dadas por Dios á su creación. El Ser vivo: esto es, el autor de la vida: no podía producir la muerte: la resurrección no es más que la transformación de las condiciones en que ha de vivir nuestro espíritu: este no puede morir un momento y resucitar en otro: eso lo hará la carne cuando, descompuesta y desnuda, vuelva á agruparse, á latir y á respirar; pero el alma, con ilación perfecta y continuidad necesaria, sigue viviendo aunque la separe la muerte de su desdichado compañero.

El alma de Cristo no pudo, pues, morir, como no murieron las de Gestas y Dimas; solo que, arrebatado su organismo á las tristes condiciones de la materia, y hé aquí ahora el prodigio, imposibilitado de corromperse, destinado á no llevar de la Naturaleza trato parecido al que le dieron sus verdugos, conservóse entero y sano para volver á recibir aquel divino espíritu que revoló por tres dias con invisibles alas sobre el sepulcro de José de Arimatea.

Y rompiéndose la dura losa, saltó al espacio, imponderable y explendoroso, el mismo Hombre-Dios que se bautizára en el Jordan, predicára en la Judea y espirára en el Gólgota.

La resurrección fué milagrosa, por cuanto hubo materia allí que no muriera, organismo incorrupto á que volvió la vida y forma humana que reivindicó su espíritu y alentó con él durante algun tiempo, curada aquella de sus materiales heridas, triunfante este, como había de quedar la idea redentora sobre las oscuras preocupaciones y sobre los pavorosos temores de sabios excépticos y de potentados egoistas.

Cosa rara! Antes de aparecer la divina demostración del dogma de la inmortalidad y del prodigio de la resurrección, el humano entendimiento lo había aceptado, si bien por impulsos irresistibles del corazón generoso y profético: luego que el hecho se realizó y los mortales le vieron con espantados ojos, la impiedad por un lado, el interés mundano por otro y la ciencia tímida ó incrédula, han alzado su voz para negarle con terquedad inconcebible y raro empeño.

«Si Cristo hubiera resucitado—se dice:—sería Dios: y como no era Dios!....» Poco á poco; y por qué no fué Dios? —«Porque no hizo milagros; porque no resucitó siquiera.»—Bravo! La doctrina de Cristo es claramente divina, aunque sus elementos se hubiesen tomado de la India y la Persia, de la Asiria y del Egipto: tal transformación sufrieron y á tal elaboración se vieron sometidas aquellas creencias universales ocultas bajo diferentes vestiduras en los diversos pueblos del viejo oriente, que el sello de Dios, que los signos de un espíritu superior é inspirado, se distinguen claramente en las enseñanzas del Redentor; virtudes magníficas y celestiales en su conducta; poderes y excelencias extraordinarias en su pasión

y circunstancias notabilísimas de modo, tiempo y caso en su muerte, que se encargarán de justificar la creencia en su divinidad.

Mas no es esta la que debemos hoy sustentar: es la resurrección la que intentamos establecer, como complemento de la redención; como forma de ese espíritu de libertad omnipotente y sublime que aquella simboliza; como ley impuesta á las almas en contraposición á las descomposiciones de la materia.

Redimir, es resucitar un alma de la muerte del error y de la culpa; y resucitar no es mas que redimir un espíritu de la servidumbre del límite, de la traba y del dolor.

La resurrección era forzosa: la redención fué libre: alianza magnífica del fatalismo divino, imposibilitado de matar las almas, con la libertad, tambien divina, que pudo dejar sin redención á los pecadores, verificada sobre la cumbre del Gólgota, altar desde entonces de la verdad de Dios, que espera hace 19 siglos el culto de la gratitud humana.

Tal se nos aparece el prodigio de la resurrección: todo el que redime, resucita: y todo el que intenta resucitar, ha de redimir y quizás ha de padecer y espirar como Jésucristo: todo el que saca de la ignorancia, arrebata á la pasión, liberta del error ó cura del vicio, redime un alma de esclavitudes y yugos y la resucita á la vida de la verdad, de la virtud y de la justicia: todo el que imita á Jesucristo, toma su cruz y le sigue, redime al pasar con el acento y el ejemplo y resucita á los muertos del siglo que se pudren, con llagas morales y gusanos del remordimiento, á la vida de la estimación social y de la ventura eterna.

ALGUNOS MINUTOS CONSAGRADOS Á CERVANTES.

Buscar las bases del sentimentalismo humano es tan grande como investigar los cimientos de la humana sabiduría, y además es más bello y más generoso. Fundar el magestuoso templo de la ciencia, no es más importante que construir el poético alcázar del arte, y además esto último es más práctico y más encantador.

Un sabio, Descartes, encerrado en las profundidades de su sér, cerrada toda comunicación con el mundo externo, abstraido en las hondas exploraciones de ese abismo que se llama *conciencia*, tropieza con el punto de partida de toda realidad, luz que de repente brilla en los tenebrosos senos del *Yo* humano, sube con ella al campo de los hechos y la muestra á la Humanidad que acude á encender en ella las antorchas del saber, gritando:—*Yo dudo, luego existo*.

Un génio, Cervántes, remontándose con el aliento de su inspiración sobre el bizarro mundo de las caballerescas ilusiones y de las extravagancias de un misticismo verdaderamente oriental, y aventando con las alas de su fantasía aquellas ridículas falanges de brujas y vampiros y aquel extraño tropel de duendes y gigantes, llega á la región de toda verdad y de toda poesía, encuentra la viva llama del ideal artístico y desciende con ella al punto en que le esperan los cultivadores del arte, que vienen á reanimar en ella las luces amortiguadas de su originalidad y su cordura.

La filosofía oscilaba, y Descartes la consolidó, ofreción-

dole un sólido punto de apoyo que aprovecha el sábio é inmortaliza al inventor. El arte deliraba, y Cervántes lo curó, presentándole una dósis de sensatez y de belleza, que absorvió el artista y colmó de gloria al doctor.

Desde el fondo de una cárcel y bajo el pesado yugo de las miserias, divisaba el gran poeta y profundo pensador los revueltos y abigarrados fantasmas que se cernían en la atmósfera del siglo XVII: emanaciones de una calentura de romanticismo caballeresco ó alientos de una demencia de superstición y falso misticismo, vagaban por los espacios, se respiraban con el aire y se derramaban en los poemas y las novelas, en el teatro y en el hogar, en el arte y en la vida.

¿Cómo pelear con magos y vestiglos, con aprensiones y delirios?

Con la pluma.

La pluma con que Descartes mata el sofísma y aniquila el excepticismo, le sirve á Cervántes para destruir el fanatismo y pulverizar el disparate.

¿Y cómo vencer solo y desarmado á toda una sociedad? ¿cómo aherrojado y preso se puede triunfar de un siglo y rendir á una generación?

Con un espejo.

Descartes ofrece al filósofo, claro y limpio, el cristal de su conciencia: Cervántes ofrece al hombre, transparente y sosegado, el cristal de su espíritu.

No hay consejero más audaz, ni delator más descarado que un espejo: Cervántes ofreció, pues, á su siglo el extenso y turgente espejismo de su *Quijote*.

Y la sociedad no tuvo más remedio que verse en él, y encontró en su fondo reveladas sus propias tendencias, y señalados sus gustos, y marcadas sus costumbres, y dibujadas sus aptitudes: esto es, retratada, no ya la fisonomía, sino la mente de aquellos hombres: es decir, descubiertos

el sentido de su época y el espíritu de su sociedad.

Cervántes es el emblema del pueblo español; su libro debió ser la síntesis de la nación ibérica. Como expresión del pueblo, es poeta y desventurado; su libro, como expresión de la sociedad, es bueno pero loco.

Como hijo del pueblo, el poeta se vió solo, perseguido y desdeñado por la aristocrácia de su tiempo, salvas rarísimas excepciones de un precio individual y limitado. Como símbolo de la nobleza, se vió el poéma desconocido, despreciado y hostilizado por el pueblo que no le entendió y que le dejó envolver en la misma desgracia que pesaba sobre su autor.

El Quijote es la sublime venganza que toma el génio contra las ordinarias ingratitudes de la sociedad. *Venganza*, porque es evidente que este libro es el castigo de aquella sociedad; *sublime*, porque lo es tambien que este libro es la gloria de nuestra nación. ¡Magnífica naturaleza la de esas penas impuestas por el talento, que corrigen y realzan, duelen y regeneran!

La amargura que aquellas gentes habían vertido á raudales en aquel corazón valiente y noble, vá destilandose gota á gota, como silenciosa lágrima del alma dolorida, por las puntas de los pinceles con que retrata en el fondo de su espejo hombres y cosas. Parece que en su paleta, cubierta de brillantes y variados matices, todos los colores están desleidos con hiel y, sin embargo, Cervántes rie, y la Humanidad rie con él: solo que Cervántes rie al ver á la Humanidad brotando de su pluma creadora, y la Humanidad rie contemplando en aquel mágico cristal su lastimosa y grotesca caricatura.

Quijote es la nobleza: *Sancho* es el pueblo.

Quién vence?

Si la democrácia fuera un delito, Cervántes podría ser condenado.

Tal vez la aristocrácia, profeta para el mal, castigó en Cervántes prematuramente el cruel sarcasmo y la magnífica burla que hizo de ella.

Tal vez el pueblo, siempre tardo en su justícia, premió tarde la democrácia, sobrado anticipada, de su autor más querido, con la popularidad más cariñosa y la fama más entusiasta.

Es lo cierto que *Quijote* es la representación fiel de aquella nobleza mística en el alma y bélica en el cuerpo, que lleva escapulario y espada, que reza é hiere, que viste sedas y acero, que discute y amenaza, que galantea y se disciplina, que devora con vanidoso énfasis y castiga con ciega crueldad.

Es lo cierto que *Quijote,* como los señores de aquellos tiempos, pelea por Dios, y ofrece luego los sagrados laureles á los piés de su dama; batalla por el honor, y sueña con escalar al fin castillos y murallas, para ir á descansar en los brazos de alguna gentil doncella; mata y destroza por deshacer entuertos y corregir desperfectos, y se penitencia en los campos y hace votos dignos de un ferviente anacoreta.

Mas es tal el rencor que guarda Cervántes á las gentes de sotana, que, no contento con el desdichado, pero graciosísimo, papel que hace jugar al *cura*, al que presenta con menos criterio y menos conciencia literária que un barbero, en el mismo *D. Quijote*, que tanto blasona de fervoroso cristiano y fidelísimo católico, pone el espíritu de independencia que basta para desdeñar censuras y excomuniones, para colocar su razón sobre el parecer de las bulas pontificias en asuntos de honor, y para sostener que, si bien la andante caballería tiene algo de sobrenatural y milagrosa, casi todo en ella atañe á la razón y cuanto á esta no se subordina, cosa es de diabólicas artes y de maléficos encantadores.

Esto no obsta para que, atento el *Hidalgo manchego* á su espiritualismo y religiosidad, menosprecie las vanidades del mundo, niegue el valor de la vida real, desdeñe la autoridad del Estado, ataque la propiedad individual, aparezca como moralista del desinterés, sectario del amor platónico, ciego creyente en Dios, y con firmísima fé en una revelación sobrenatural superior á toda sabiduría y á toda justicia humanas.

El socialismo de *D. Quijote* se expresa en el hecho de sentar á *Sancho* á su mesa, para *que sea una misma cosa con él que es su amo y señor natural* y para que entienda que la andante caballería es como el amor, *que todas las cosas iguala*; así como tambien en el gracioso y oportuno discurso que le inspiran unas democráticas bellotas.

Sus ideas sobre la justicia van claras en la reprensión que dirige al cuadrillero que lo quiere prender, al que dice que ningun hombre honrado debe ser el verdugo del que se llama delincuente; que es rudo intento querer hacer esclavos á quienes Dios hizo libres, y que solo á Dios, que está en los Cielos, corresponde premiar al bueno y castigar al malo.

Todo esto prueba que, aun queriendo retratar á la aristocrácia, en ocasiones pudo más en él que la escrupulosa fidelidad de la pintura, su repugnancia al inflexible principio de autoridad y á ciertas doctrinas muy apegadas á la tradición. Así se explica la donosa burla que hace de los crueles procedimientos del *Santo Oficio*, su chistosísima sátira contra las prácticas supersticiosas, contra las velas que arden ante la imagen de María para hacerla protectora de hurtos y desafueros, contra las misas por el alma de los ladrones muertos en el ejercicio de su *honrosa* profesión y contra los milagros, en fin, con que el Cielo pródigo parece que premia á tan impertinentes devotos, y alienta para tan ingeniosas industrias.

Frente á frente de esta peregrina caricatura de la nobleza, aparece como intencionado contraste la figura de *Sancho*, símbolo oportuno y graciocísimo del espíritu popular: forma de aparente grosería y simulado descuido, que resalta junto á la atildada y minuciosa de su señor: elemento contrario que viene á armonizarse de un modo sorprendente y perfecto dentro de la idea artística, como se combinaban dentro de la vida social lo místico con lo sensual, lo caballeresco y elevado con lo vulgar y tosco, la poesía con la prosa, lo ideal con lo real.

Al desinterés en *D. Quijote*, sustituye el interés en *Sancho*. Por eso le vemos registrar la bolsa de aquel fraile á quien su señor acaba de derribar; por eso, apenas se le ocurre que si sus súbditos de la *ínsula* son negros puede traerlos á vender á España, reclama desaforadamente el gobierno que le está ofrecido; por eso renuncia luego á él de buena gana por la receta de aquel milagroso bálsamo de Fierabrás, cuya excelencia podía ofrecerle una venta de á dos reales onza por lo menos; y por eso, en fin, le hallamos del lado de Camacho el rico contra Basilio el pobre, sin ocultar las razones positivas que tiene para ello, cuales son, entre otras, que por las gracias del pobre no hay quién dé ni un cuartillo de vino, en tanto que por las del rico ya es cosa muy diversa; porque los pobres han de contentarse siempre con lo que hallaren; y porque un buen edificio necesita de un buen cimiento y no hay mejor cimiento que el dinero.

Al indomable valor del *Hidalgo manchego*, suceden en *Sancho* la pusilanimidad y la poltronería; así le vemos temblar al solo nombre de la *Santa Hermandad*, extremecerse á la sola idea de la cárcel, y sentir espeluznos al reflexionar sobre los tormentos de la Inquisición.

Al amor platónico del castísimo hijo de la Mancha, viene á oponerse en el corazon de *Sancho*, una especie de

sentimentalismo utilitario, que se expresa claramente cuando se declara que ama á su señor porque le alimenta, porque es de su tierra y porque le dió su pollino. Así es que, cuando aquel tiene la donosa ocurrencia de quererle penitenciar, se irrita, le embiste, le echa una traidora zancadilla y le derriba gritando:—«Ni quito rey, ni pongo rey; sino ayúdome á mí; que soy mi señor.»—

Finalmente; á la sabiduría de *D. Quijote*, nunca desmentida sino en los momentos de locura, se opone la necedad de *Sancho*, siempre marcada, menos cuando dicta aquellos sabios juicios para el gobierno de su ínsula. Nécio es cuando se persuade del encantamiento de *Dulcinea*, y más que bobo cuando consiente én que le pellizquen, le pinchen y golpeen las dueñas de la *Duquesa* por ver libre del encanto á la dama de su señor.

Esto basta para abarcar el pensamiento inmenso de Cervántes y comprender la popularidad y la estimación de su libro apenas se le pudo entender, hoy crecientes á medida que se conocen mejor el espíritu de su siglo y la significación del momento histórico que reprodujo de modo tan ingenioso y perfecto.

La universalidad del *Quijote* se concibe desde luego, solo con observar que contiene en su seno todos los elementos, tanto literarios como sociales, de la época del Renacimiento y que tiende á combinar las doctrinas escolásticas con las inclinaciones racionalistas, el misticismo tiránico con el sensualismo seductor y la idealidad soñada con la práctica positiva.

Su popularidad depende precisamente de su sentido práctico: y en efecto, agítanse bajo la bella forma de la fábula y la risueña figura de la sátira, los tres sentimientos que se dividían la vida toda de aquellos hombres: *Dios*, el *honor* y la *dama*. Religión, valor y galantería, se presentan en todos sus tipos y muy especialmente en los

del famoso héroe y el no menos inmortal escudero; solo que en aquel revisten un ropagè de nobleza y caballerosidad, de gravedad y delicadeza, mientras que en este se muestran con el carácter de lo plebeyo y de lo egoista, de lo ridículo y de lo grosero.

Sin embargo, no creemos que el problema, tal como lo planteó Cervántes, tuviese en el *Quijote* una solución acabada. Atento sin duda, más á la inspiración de su génio que á la dirección intencional de su pensamiento filosófico, deja, á nuestro modo de ver, más perfecta la obra artística que el propósito social. Hay cierta independencia entre los caractéres de los protagonistas, que impide la armonía y aun produce la repulsión; porque lo uno sin lo vario es una mera abstracción, y lo vario sin lo uno es un absurdo; así es que el problema, de tal modo planteado, había de quedar sin solución. Por eso Cervántes no intenta dársela, ni siente que al parecer deberían morir juntos dos seres que viven, gozan y sufren unidos; por eso *D. Quijote* espira renegando de Amadís y de toda la casta de caballeros andantes, y *Sancho*, curado de soberbias ambiciones, concluye llorando sus desengaños entre sus cabras.

Mas no porque Cervánres no se nos aparezca con toda la profundidad de Descartes, deja de ser un génio: tampoco Descartes fué una eminencia artística y sin embargo fué un gran pensador. Más hizo Cervántes en el camino de Descartes, que Descartes en el camino de Cervántes.

Por eso la Humanidad leerá y estudiará siempre *El Quijote* y amará y honrará siempre á su autor.

MUÉRETE Y VERÁS.

Si hay razón para creer que nuestras voces llegan al país de los muertos, no la hay para negar que la mirada de los muertos lleguen al mundo de los vivos: el camino es el mismo; y tanta distancia hay para el sonido de aquí allá, como para la vista de allá acá.

Supóngase, pues, que nos hemos dado vivos y muertos cita en el cementerio para el dia 2 de Noviembre, y creamos que, si por nuestra parte somos puntuales, no han de ser ellos los que falten á tan tierna y singular entrevista.

Imaginémonos que, aunque invisibles, las almas allí evocadas bajan á las tumbas donde reposan los que fueron sus cuerpos, y se colocan detrás de sus lápidas respectivas; de modo que cuando llegamos á ponernos frente á ellas, contestan con el rayo de su mirada al eco de nuestras voces: es el choque de dos ondas del viento: una movida por el sonido, otra inflamada por la mirada: beso del gemido y el rayo: contacto de dos almas, una escondida tras de la carne y que se exhala en alientos, otra oculta tras de la piedra y que se filtra en relámpagos.

Varias son las disposiciones con que visitamos anualmente á los muertos: los más puros, ó los más candorosos, acuden con lágrimas en los ojos, envueltos en paños de luto, extremecido el pecho con persistente dolor, á murmurar oraciones con labio trémulo, entremezcladas de amorosas frases y profundos suspiros. Una nube de esperanzas desvanecidas, de consuelos perdidos y

de venturas arruinadas vá formándose en torno de sus cabezas con los alientos de los sollozos y el vapor de las lágrimas.

Otros, lleno el pensamiento de fortalecedoras ideas y la conciencia de convicciones profundas, llegan á confirmar su fé racional entre las fosas ó á fijar su filosofísmo religioso sobre el altar de las tumbas. El cristiano reza todavía, el filósofo discurre y el excéptico duda siempre: el creyente confiesa, el científico pregunta y el materialista niega: el desventurado sonríe, el sibarita se desespera y el malvado tiembla.

Muchos otros, con valeroso pecho, que la superstición no toca y tal vez la incredulidad hiela, hacen del dia de difuntos ocasión de fiesta y de la oportunidad de un ventorrillo junto al cementerio razón para un convite: estos remedan la escena del Tenorio, y no creyendo que el Comendador venga á sus banquetes para apurar una copa, adoptan el partido de apurarla por sí y por el Comendador y de presentarse luego ante los sepulcros con esta doble ración en el estómago. Es un modo de evitarse las impertinencias del sentimentalismo mortuorio; porque barriga llena á Dios alaba, y porque el vino es tan loco elemento, que haría reir á un muerto.

Otros, en fin, van al Cementerio por la profana razón de que en ese dia se traslada allí el paseo, y la costumbre, con el atavío fastuoso de la moda, invita á arrastrar sobre el polvo de los cadáveres las sedas y blondas, los pecados y pasiones que tantos otros han producido. Risas, amores, devaneos, ligerezas, locuras y otras bambollas, vienen á aposentarse sobre esa tierra en que se pudren cien generaciones y bajo la cual quizás estallan todavía los descompuestos organismos de muchos infelices que cruzaron el mundo con la mancha del delito, ó con la, todavía más oscura, de la pobreza.

En torno los muertos aristocráticos, bajo los piés los muertos desheredados y en el aire mil espíritus invisibles, burlones los unos, amenazadores los otros, dulces y benéficos algunos, piadosos y compasivos los más, y en el Cielo, allá en lo alto, encima de ese azul insondable, un Dios de justicia, de paz y de amor: tal es el cuadro en que viene á introducirse la Humanidad viva, trayendo á la rastra fé y amor religiosos, dudas y filosofías científicas, excepticismos y embriagueces groseras, demencias y sacrilegios sociales.

Y las almas de los muertos agazapadas bajo la tierra, parapetadas tras de los muros ó flotantes en el espacio, asisten á este singular espectáculo, verdadera *danza macabra* que baila nuestra sociedad ante los difuntos en el siglo XIX, sin duda para devolverles el sarao con que los muertos la obsequiaban allá en los siglos de la superstición y los fanatismos.

Si á la luz del sol y entre el bullicio ensordecedor de la vida pudieran oirse esos hondos ruidos que atribuimos al hueso que se desencaja, á la víscera que estalla y al organismo en fin que se rompe, quizás nos parecieran maldición de algun espíritu temoroso, rugido de algun alma indignada, amenaza de algun sér maltrado en vida, ó queja de esos infelices á quienes hicimos primero criminales y luego cadáveres.

Tal vez tras los muros del cementerio, como en casa de vecindad, oiríamos la murmuración burlona de aquellas almas que se rien de nuestra fúnebre comedia, el cuchicheo de los espíritus que critican la impertinencia del uno, la soberbia del otro, el hipócrita alarde de muchos, la sacrílega conducta de algunos, la nécia curiosidad y la terca maledicencia de aquellos que tienen boca bastante para escupir en el honor del vivo y en la fama del muerto; y la palabrería por fuera y las intenciones por

dentro, percibidas por aquellos seres invisibles, les harán quizá volvernos en fuego de sus ojos las insolencias de nuestro labio ó en compasión y perdones de su grandeza la miseria de nuestros corazones.

Quizá se oirán en el silencio, si el silencio sepulcral se hiciese, (como alas de mariposas que revuelan entre rayos de luz,) las ondas aéreas que agitan esos espíritus libres al besar la frente que se inclina con amor ó se nubla por el pesar, sonriendo al rozar la calva del filósofo ó la erguida cabeza del político en ejercicio.

Oh! que bello espectáculo debe ser para los muertos el pais de los vivos: allí les hemos condenado á podredumbre perpétua, y son ellos los que nos ven con el fango por el cuello: allí les hemos hacinado en ancho estercolero, y son ellos los que nos ven abrumados con el peso de tanta inmundicia.

Ellos al menos se nos ofrecen pacíficos, silenciosos, solemnes, hasta santificados: pero nosotros nos presentamos revoltosos, charlatanes, ridículos, hasta malvados. Entre aquellos muertos están seguramente nuestras víctimas; entre nosotros no habrá en verdad para ellos más que hermanos, hijos, seres queridos: porque al pasar sus cadáveres por aquellos estrechos agujeros, ni entraron sus odios, ni ha podido salir despues más que su perdón. Posible es que nos paseemos tranquilos sobre las cenizas que hizo nuestra saña; pero no es posible que floten sobre nuestras cabezas sino ángeles de piedad, espíritus de luz y almas llenas de amor.

Valen, pues, más que nosotros: y así es que, á cambio del bien que nos hacen lanzándonos al paso la magnífica idea de la muerte, les ofrecemos una comedia lastimosísima, tosca, fea y desabrida, cuando no repugnante y odiosa.

El que quiera convencerse de ello, muérase y verá.

JUSTO TRIBUTO.

DICIEMBRE 6 DE 1875.

Ayer cubrió la tierra el cadáver del que había llevado sobre ella el nombre de *Juan Ceballos*.

La ciencia y la literatura vertieron sobre su ataud las melancólicas flores de sus elogios fúnebres, y la gratitud y la popularidad le siguieron con lento y contristado paso hasta la morada de los muertos. El amor y la amistad invadieron su hogar desierto, le hicieron resonar al eco de los sollozos y le regaron con acerbo llanto.

Yo quiero unir una gota al amargo raudal, y colocar un suspiro en las agitadas alas del aire que conmueve el dolor. Juan Ceballos era mi amigo: y la amistad tiene el deber de rendir el más piadoso y el más desconsolador de todos los cultos: el que tiene por ara la losa de un sepulcro. Arte y ciencia, doctores y literatos, maestros y alumnos, la sociedad y el pueblo, formaron ayer eso que puede llamarse el *triunfo de la muerte*: dejad que en la soledad y en el silencio, mi espíritu produzca eso otro que pudiera llamarse el *triunfo del alma*.

Que cuando se pierde bajo el polvo de un cementerio la organizacion de un sér, renace ante los resplandores de la conciencia la idealidad del significado de ese sér y su realidad verdadera. Ceballos se oculta á la vista; pero aparece más claro ante el alma. Cuando el astro desaparece, estamos en el caso de pensar en sus resplandores. Antes que se hunda para algunos en el horizonte del olvido, aun podemos hablar todos de él á la luz de sus últi-,

mos destellos, y al calor de sus rayos postreros.

Ah! el olvido es el verdadero límite de la vida: es la nada verdadera con toda su horrible realidad: la muerte solo es una ocultación; pero el olvido es el aniquilamiento. El muerto puede vivir en la memoria eternamente; pero el olvido no tiene un lugar donde asentar la planta, ni un espíritu donde alentar un instante. Un hombre que muere, es un sér que pierde el límite y la determinación ante la vista, y gana la vaguedad y la consistencia de la idea ante la conciencia: nombre que se olvida, es un eco perdido, una lágrima en el oceano, un aliento infecundo, una existencia hueca, estéril, sin huella.

Ceballos vivirá siempre: pero no en el mundo, ni en la sociedad, sino en la mente de unos y en el corazón de otros.

Ceballos es una gloria para Cádiz; un alma grande que vivió una vida breve, pero honda. El contenido del alma de Ceballos, Cádiz le gozó, le aprovechó, pero no pudo apurarle en modo alguno: esa debe ser la razón de su duelo.

Un corazón grande para el sentimiento, lleno de delicadas ternuras y de suaves concordancias que le inclinaban hácia todo lo bello, lo gracioso, lo poético de la vida: una sensibilidad henchida de inapreciables pequeñeces, y de detalles preciosísimos, de armonías ténues y susurrantes y de resonancias hondas y dulcísimas, que el mundo no acertaba, no podía escuchar. El amor al arte, la afabilidad en el trato, el amor y la abnegación para con sus alumnos, esos hijos del espíritu entre quienes se reparte la conciencia y esa afición á esos mil objetos, preciosos los unos, supérfluos los otros, que embellecen el hogar, alegran la vida, solazan los sentidos y caracterizan el buen gusto y la serenidad del alma, publican la índole y cualidad de ese sentimentalismo, hoy tan raro y

siempre tan apreciable, que distinguió á Ceballos.

Nada tan elocuente, como ese aspecto de la vida íntima velado tras la santidad del hogar. Desnudo el hombre de las conveniencias sociales y libre de las imposiciones de un mundo desventurado y ridículo, muéstrase cual es, con diafanidad y franqueza, como pecho que respira aires de la verdad y corazón que late bajo los efluvios del amor.

Acercaos á la casa de Ceballos: ceded á su voz y penetrad hasta él: en un comedor lindamente adornado y ante una mesa primorosamente dispuesta por ese hada de la familia que se llama *una esposa*, el jefe de ella preside á la función más material de la vida, transformada por él en dulcísima escena de expansión y cariño. Sus alumnos le cercan, le escuchan, le miman y le aman. Es el convite de los amores y bajo sus formas más puras: á una señal del jefe, la esposa llena las copas y el discípulo la apura: la franqueza dulcifica el néctar y el respeto lo perfuma. Aquella comida es la paz: su digestión será la dicha.

Más al lado del corazón, Juan Ceballos tiene un pensamiento: más allá del hogar está la cátedra; envolviendo á la familia está la sociedad: y el amigo tiene que ser sustituido por el doctor.

El pensamiento de Ceballos es aún más grande que su corazón; por eso su fama será más duradera que su culto; el amor; ay! se extingue con los pechos que lo guardan; pero la idea vive eternamente, porque no se esconde en los que aman, sino que ilumina á cuantos piensan.

Ceballos científico, tiene una alta significación en los anales de la ilustración gaditana: su pensamiento poderoso, no solo absorvió la ciencia que cultivaba y penetró con su perspicaz ingénio en los oscuros senos de la tradición médica, sino que, ávido de innovaciones y afanoso de

progresos, siguió con insistente mirada las evoluciones del moderno saber, acogió cuanto original y nuevo le ofrecía la ciencia en su curso presuroso y, lleno de valor y de intrepidez, llevó á la práctica los más pasmosos inventos y los más notables adelantos.

Encarnación viva del espíritu innovador y progresivo de los tiempos presentes, recibía con fervoroso entusiasmo cuanto el mundo médico brindaba á su curiosidad ó señalaba á su estudio; y apenas en las largas y frecuentes vigilias dadas á la meditación, por término de sus tareas la luz de la convicción se encendía en su cerébro, cuando la Humanidad sentía los beneficios del lejano descubrimiento, fielmente entendido y diestramente aplicado por el valor y la habilidad del maestro.

Ceballos triunfaba; cada una de sus operaciones arrancaba á la gratitud y á la admiración frases de bendición y voces de gloria. Y la fama precedía al maestro en los paises extranjeros, y la prensa universal publicaba los prodigiosos resultados de sus ensayos y la exactitud y el acierto de sus más atrevidas operaciones. Y entre tanto, la cátedra y la academia, el liceo y el hogar doméstico, eran tribunas de su ciencia y teatro de su habilidad quirúrgica: y el libro, y el folleto, y el periódico, extendían por todas partes las muestras de su ilustración y los resultados de sus experiencias.

Aun agregaba Juan Ceballos á su gran corazón y á su elevada inteligencia, otra cualidad preciosa que acompaña siempre á un sentimiento exaltado y á una imaginación viva: la actividad.

Espíritu incansable, organismo débil al parecer, pero robusto bajo el poder de una voluntad de hierro, cedía flexible á los mandatos de una movilidad tan decidida como rápida: y la noche, el dia, la ciudad, el campo, el propio término y el ageno pueblo, eran recorridos con

una avidez y un afan, que solo pueden inspirar un vivo entusiasmo y una profunda vocación y sostener una convicción firme y una fé absoluta.

No parecía que fuese el dolor quien le llamase ni el sufrimiento quien saliese á recibirlo; con el ánsia con que suele correrse tras el placer y la dicha, acudía el sabio y el amigo al lado del enfermo ó del desgraciado; y con una confianza perfecta y una seguridad admirables, dictaba sus preceptos y seguía su marcha sin volver atrás la cabeza ni pensar tal vez que la enfermedad pudiera vencerle á traición en el tremendo duelo que sostenía contra ella.

Y víctima de su celo ha perecido. Olvidado de sí, en el cumplimiento de su penoso deber, de vuelta de una de esas expediciones que le imponían la amistad ó las exigencias sociales, y despues de haber llevado del lado allá de su esfera de acción ordinaria su ciencia médica y sus consuelos personales, abstraido tal vez en el pensamiento de los males que dejaba á la espalda y abandonado de las circunstancias que le rodeaban, cayó bajo el peso de todas ellas, herido de muerte en la mitad de su vida.

. . . . . .

Cádiz en masa ha servido de cortejo á su cadáver: en sus hombros le ha conducido esa juventud, siempre noble y generosa, delicia del maestro en vida y honor de su nombre en la muerte. El compañerismo en el saber y el compañerismo en las distinciones sociales, han rodeado su ataud; el afecto filial ha coronado su cadáver; ¡dulce gloria que se goza desde el Ciélo!; y las eminencias de la ciencia y del poder le han seguido con muestras de dolor y respeto. Sobre su cadáver ha dejado sentir su voz condolida el Claustro de la Facultad de Medicina por los elocuentes labios del Sr. Cambas, ayer su compañero y hoy

su fúnebre panegirista; ha lanzado su gemido la juventud, envuelto en los trémulos acentos del Sr. Párraga; ha levantado su voz la Academia representada en el Sr. Alsina, su discípulo primero, su compañero despues, su orador al fin: ha dejado caer su pena el periodismo científico, expresado por el Sr. Rocafull, tambien su discípulo, tambien su amigo, tambien su admirador: y por último, ha exhalado su suspiro el arte por los tiernos labios de otro joven, tambien su alumno, tambien, por tanto, su deudor.

Ya que no sea posible citar textualmente las elocuentes frases y los sentidos efluvios del dolor y del afecto, séame permitido terminar la pequeña ofrenda de mi amistad, reproduciendo el sentido soneto con que el jóven D. Servando A. de Dios ha pagado, sobre la tumba de su maestro, la deuda de su gratitud.

Acepte el alma de Juan Ceballos desde el cielo, el pequeño obsequio que le dirige mi alma, todavía sobre la tierra.

ANTE EL CADÁVER

DE MI INOLVIDABLE MAESTRO

DON JUAN CEBALLOS.

Lleno ayer de vigor, de fuerza y vida,
pudo el mundo escuchar tu dulce acento;
y al soplo poderoso de tu aliento
una ciencia aprender que no se olvida.

Hasta ayer la salud cobró perdida
quien por ella llegó á tu pensamiento;
y el labio que hasta tí lanzó un lamento
en tu pecho encontró su paz querida.

Ni un instante de calma al ocio diste;
por todas partes del dolor espanto,

en vano á tu saber el mal resiste
y á la virtud de tu destino santo.
Génio, ciencia, valor, todo eso fuiste,
y hoy ¡polvo nada más, húmedo en llanto!

Servando A. de Dios.

5 de Diciembre de 1875.

UN AMIGO MENOS.

5 DE NOVIEMBRE DE 1880.

Hace dos dias que vió Cádiz entristecida pasar por sus calles el cadáver de un hombre, y tres que una familia desesperada vió subir al cielo el alma de un sér querido. Yo me acerqué á su fosa con una lágrima pendiente de los párpados, y ahora tengo en mi soledad una gota de tinta pendiente de la pluma. Clara y transparente aquella como el espíritu de mi amigo, ardiente y abrasadora como el dolor de su pérdida, cayó sobre mi corazón; negra y triste como la muerte, inerte y fría como un cadáver, cae esta sobre el papel, que parece convertirse en lápida para grabar un epitafio. El pesar fué mío, como la lágrima; la tinta pertenece al pueblo, como el luto que causó la muerte del Sr. D. José Fernandez de Cires.

Hace unos cuantos años que un jóven, sin otros tesoros que los que deposita el Cielo en los pechos honrados y en los entendimientos claros, dedicábase al comercio en uno de los establecimientos más conocidos de esta ciudad. Su amabilidad y su natural rectitud colocaban

ante él compradores, que bien pronto se tornaban amigos, y á su alrededor afectos, que bien pronto se tornaban admiradores; pero aquella existencia, que podía satisfacer á la probidad y la modestia, no era posible que llenáse las nobles aspiraciones de una inteligencia viva y penetrante y de un pecho que latía con esos extraños, pero hondos, impulsos que preceden á la intuición de la ciencia y á las adivinaciones del talento y la ilustración.

La revolución política que allanó el paso al país hácia la libertad, abrió tambien ante el jóven Fernandez de Cires las puertas del saber y los horizontes de una profesión intelectual. Juicio formal y seguro y voluntad resuelta y entusiasta, la libertad de enseñanza le brindó con el estudio que devoró en breve tiempo y con el éxito más brillante; de manera que, enlazando las tareas escolares practicadas en las orillas del Cantábrico, con las que le ofrecían estas aulas que besa tambien el Occeáno, Fernandez de Cires fué bien pronto Bachiller.

De igual suerte, con igual fortuna, ó por decir mejor, con idénticos méritos, el Bachiller del Instituto gaditano fué abogado en Sevilla: unos meses más de vida y habría sido doctor en Madrid. Mas entretanto, llenó el pueblo de su vecindad con el aroma de sus virtudes, mostró sobre sus hombros con honra y explendor la toga del jurisconsulto, cuya humilde pero honrosísima borla arranqué de su ataud cuando había de perder de vista lo que de él quedaba sobre la tierra, y llevó en su mano inflexible y rígido un bastón que ostentaban en la suya dos de los señores que recogían las cintas de su féretro.

Si un dulce latido de satisfacción puede venir á mezclarse con este golpear de la pena, yo le siento dentro del pecho al verme enlazado con este hombre inolvidable, durante los años más brillantes de su breve existencia. Dos veces me había encontrado con él á las puertas de los tem-

plos que pisó su planta: en el de su carrera, cuando hube de hacerle Bachiller; en el de su ilustración, cuando hube de saludarle como académico de la Real Gaditana de Ciencias y Letras. Mi destino, cruel más que el suyo, colocóme tambien en las de su sepulcro para que llorase su muerte.

Y hé aquí lo que hago: hé aquí el deber que cumplo: y puesto que me halló en los umbrales de su vida científica, que me halle tambien en los de su vida inmortal. No ha de ser la pena muda, cuando tuvo su voz la satisfacción; ni ha de callar la amistad, cuando la Academia lanzó un gemido por los trémulos, pero elocuentes labios, de mi querido compañero D. Alfonso Moreno Espinosa, y cuando el compañerismo halló una armonía dolorosa en los del ilustrado jurisconsulto é intachable caballero D. Alfredo Arcimís. Ellos hablaron sobre la tumba, ellos vertieron las flores del elogio sobre aquellos restos inmóviles pero hácia aquel espíritu aun no distante de la tierra; yo en la soledad debo formular mi angustia, como si hablára con aquel sér que creo tener dentro de mí desde el momento en que le perdieron de vista mis ojos.

Ya sabemos que la vida es nada; ya sabemos que la ausencia es corta; pero cuando el espíritu se deleita y los sentidos se regocijan con el trato y el perfume de las bellezas humanas, dé las excelencias del alma, de los méritos preciosos del amigo, del consejero, del maestro, del hermano, y todo esto se pierde se deshace, huye y se hunde en la insondable oscuridad de un sepulcro ó en el piélago de luz de una esperanza, el espíritu gime, el sentimiento ahoga y vienen á los labios los candentes gemidos del dolor y á los ojos los jugos tristísimos del corazón.

Consuela, en efecto, ver como asciende un alma llevándose á los cielos el divino bagaje de sus virtudes;

pero hacen estas en la tierra tanta falta, que no hay grito más desgarrador que el que lanza el pecho cuando dice: *¡Un justo menos!*

Decían los estóicos que, puesto que el vicio se habia ido á morar entre los dioses, era preciso que la virtud viniese á habitar en la tierra. El Cristianismo nos enseña la verdad contraria; preciso es que la tierra sea la morada de la maldad, cuando tiende la virtud tan pronto sus alas hácia el Cielo. ¡Qué huida es esta de la honradez y la justicia! ¡Cómo se explican estas catástrofes que matan el corazón que ama y dejan desarmado al corazón que espera! En las luchas contra el mal á que estamos condenados, estos hombres forman las huestes para el combate: un vacío en las filas, es una desesperación para el ejército; porque no habiéndose de deber el triunfo á la cantidad, espérase todo del esfuerzo y de la excelencia de cada soldado: arrebatar uno solo de la pequeña falange, pérdida es terrible; ¡muy terrible! ¡Quién sabe cuando nacerá otro!

Hay algo que pueda consolar á la familia? Creo que no. Hay algo que pueda hacer olvidar al amigo? Creo que tampoco. Olvidan el mundo y la ingratitud; pero el alma racional no olvida. Si el tiempo, que todo lo cura, echára sobre la herida, como gotas de un bálsamo, los dias y los años para procurar su cicatrización, los reincidentes golpes del mal y las repetidas conmociones que nos hacen experimentar la deslealtad y los vicios, renovarían nuestra llaga, reanimando en nuestra fantasía y en nuestro pecho la imagen del hombre bueno colaborador de la Providencia en el mundo.

Ya se fué para siempre de la tierra aquel entendimiento científico, aquel corazón amante, aquella voluntad siempre franca al beneficio, aquella personalidad humana siempre simpática á todo lo grande y fecundo, siempre pronta á toda obra buena, en todo momento

apercibida para el esfuerzo levantado y generoso y constantemente repulsiva hácia todo aquello, no ya en algun modo torpe y mezquino, sino dudosamente bueno ó en riesgo de error y pecado. Toca llorar su falta al apreciador de sus virtudes; al gozador de sus bondades; al iniciador de un servicio, de un provecho, de una grandeza que seguramente le habría tenido á su lado; al mantenedor de un fuero noble y legítimo ó de un progreso seguro y transcendental, que decididamente habría contado con él para la lucha contra los obstáculos, en la que era firme y denodado; y es evidente que el foro y la judicatura, las ciencias y las letras, la sociedad y la familia, esta sobre todo, le llorarán largo tiempo y no le olvidarán jamás.

Por cuanto á mí hace, me solacé con su afecto, saboreé sus beneficios, admiré sus méritos, cooperé gustosísimamente á sus triunfos y le abrí este corazón con que hoy le lloro y este pensamiento con que le sigo por las serenas regiones de la inmortalidad, en tanto que mi espíritu no vá tras él fuera de los estrechos límites de esta vida.

Recíbame él en los dinteles del Cielo, como yo le he recibido en los de las aulas que cultivó su inteligencia, en los de la Academia que enalteció con sus talentos y su actividad y en los de la tumba que humedecieron con lágrimas parientes, amigos y admiradores.

AL REY.

(23, 24 Y 25 DE MARZO DE 1877.)

I

Jamás fué el culto de la lisonja, ni honroso homenage para un rey ni ofrenda digna de un pueblo. La adulación empequeñece al grande despues de manchar al chico: que ni eslícito esperar los favores del noble, comprados á precio de la más fea de las servidumbres, ni pueden enaltecer al cortesano los miserables recursos del hipócrita servilismo.

Las auras de la libertad que se mecen sobre la moderna Europa, van disipando las recargadas brumas que han envuelto á los poderes de la tierra: y al par que ofrecen á los pulmones de los pueblos limpias atmósferas de dignidad y grandeza, oxígeno para la vida pública, arrollan esas fantásticas nubes formadas con adormecedor incienso de lisonjas y mentiras, que no permiten respirar á los reyes el puro ambiente de la verdad y la justicia.

Bien está que en el fondo de los palacios y hasta sobre las gradas del trono se arrastre el cortesano que lleva en la eterna mueca de su falsa sonrisa el anzuelo de su fortuna, y suspendida de los labios la frase halagadora señuelo de la munificencia y del favor: mas un pueblo entero, una nación en masa, no deben, no quieren, no pueden querer, ser cortesanos.

Otra es la idea que tienen los pueblos actualmente de sus soberanos y otro por tanto el fundamento de su homenage y de su respeto: otra la idea que miran encarnada en la augusta representación de la autoridad suprema

y otra la forma de su amor y de su entusiasmo. Á la alta magistratura simbolizada en la Corona, deben responder los pueblos de la moderna España con el tributo de la lealtad; y al inmenso poder significado por el Cetro, con la franca confesión de sus necesidades y de sus deseos.

A la adulación sustituye la verdad; á la hipocresía la entera confianza.

Paso, paso al clamor general de las gentes, que piden justicia, administración, órden, paz, libertad, riqueza, seguridad y economías: no sofoqueis estos clamores con el estruendo de los bronces que retumban sobre la tierra, ó del cobre que golpea por los aires: no acalleis este grito con vítores sin término, ni músicas infatigables. Apartad de los oidos del Monarca el eterno murmullo de una falaz caricia, dejad que alguna vez llegue la súplica que formula el dolor, ó el gemido que exhala el hambre.

Tanta luz, tanto ruido, tantas flores, tantos gritos, tanto movimiento, aturden, sofocan y marean: paso, paso á la voz de la verdad, despues del bullicio del sentimiento, tregua, tregua al entusiasmo loco, para que pida y gima la conciencia sincera y respetuosa.

SEÑOR: Ved á Cádiz; la ciudad de plata, que hunde sus robustos cimientos bajo las ondulantes gasas de los inquietos mares y alza sus gallardas torrecillas hácia la explendente bóveda de otros mares de luz. Vedla recostada sobre un espejo en que se reflejan las miradas de sus hijos y el cielo de los ángeles. De plata pudieron ser sus cimientos y de fino oro y rica pedrería sus miradores y sus cúpulas, cuando esas ondas se abrían bajo las pesadas quillas de numerosos buques, arcas inmensas de innumerables tesoros; cuando la febril actividad de un lucrativo comercio hacía circular por sus calles, delgadas arterias de su robusto cuerpo, anchos carros que vaciaban rechinando en los escritorios sus codiciadas cargas; cuando la

paz y la confianza alentaban en las conciencias, y la seguridad y el crédito eran fundamentos de la esperanza y estímulos para el negocio.

Mas hoy..... No os fijeis, señor, en el trage con que la veis revestida; algunos la han engalanado como para una fiesta, poniendo joyas sobre sus andrajos y colorete sobre su palidez: algunos la oprimen para que seque sus lágrimas y la excitan á cantar para que no pueda prestar el aliento á sus sollozos. Tal vez hubiera preferido ofrecerse á vuestros ojos con su honrada pobreza, y su interesante miseria; sin duda á las voces de ese entusiasmo, más doloroso mientras más violento, habría preferido el elocuente grito de su lealtad y de su amor á la monarquía tradicional: seguramente se debate bajo el seno de esas flores que la abruman como cadenas, y de esas llamas que la abrasan como fiebres, y que, á ser libre, se habria lanzado á vuestras plantas, con la flotante túnica de las hijas del mar, ceñida la frente de algas y conchas, y sin otras galas que el coral de sus labios y las perlas que cuaja la desdicha en sus ojos, para deciros cuanto os ama y cuanto os necesita, como tiene hambre de paz y sed de ventura, como gime por su perdida fortuna y como se agita entre injusticias y desengaños. Tal vez entonces habríais sabido como juegan con su virtud los que hoy la disfrazan de cortesana, como desdeñan su desgracia los que hoy la engalanan con los explendores de la felicidad, como llora con el alma, en tanto que repite con risueños labios la canción que le han enseñado.

Cádiz se cansa de asistir perpétuamente á una insulsa comedia; ayer, la comedia electoral, hoy la comedia económica: ayer se le hacía creer en la legalidad y hoy en la riqueza: y sin embargo, ayer triunfó la injusticia y hoy nos hunde la miseria.

Bajo las actas de los diputados se escondieron ayer

las sierpes de la intriga y la arbitrariedad; y bajo esas telas y ese decorado, se ocultan hoy las polillas de las deudas y las alimañas de la pobreza.

Ahí teneis á vuestras plantas cuanto encierra Cádiz de más válor: ha salido á recibiros todo lo que tiene de satisfacción y de contento: detrás queda cuanto existe de privaciones y sufrimientos. Mirad los pechos y medid las dichas por las condecoraciones y los distintivos: los que no tienen frac ni botas de charol, se han quedado en casa pensando en cómo pondrán mañana el puchero.

Fijaos, Señor, en los rostros; los que irradian de ventura, han pasado la vida en banquetes y libaciones; pero si alguno se esconde para sofocar un gemido ó contener una lágrima, ese deja en su cása desnudos y hambrientos á sus hijos.

Hace unos dias llamaba el hambre con desaforadas voces á las puertas de la administración provincial: tornábase esta hácia los alcaldes populares y, al recibir tranquilamente una negativa, con imperturbable calma despedía á la beneficencia y á la instrucción pública, diciendoles:—«No hay; vuelvan Vdes. otro dia.»—Todo era polvo y suciedad, tizne y rotura por huecos y paredes, techos y pavimentos. El anuncio de vuestra venida, Señor, ha desatado ocultos raudales y descubierto ignorados veneros: todo se ha restaurado, rejuvenecido, enriquecido y engalanado: no era posible que vuestros ojos se fijasen en una fachada descolorida ó sucia, ni que vuestros piés descansasen sobre una alfombra deslucida ó rota. Entre presentaros el cuadro de una pobreza limpia y decorosa y ofreceros un lujo falso y costoso, se ha creido esto mejor para vos aunque peor para Cádiz; pero Cádiz cree que lo primero habría sido más honroso para ella y más apreciable para vos. ¿No es la verdad lo que venís buscando? ¿No son las necesidades populares las que quereis

saber? Pues bien: ahí las teneis: por lo que se vé, Cádiz es feliz, nada en la abundancia y se halla satisfecha con los hombres que administran sus tesoros: pero por lo que no se vé, Cádiz llora en la indigencia, y lamenta los errores de cuantos hicieron sus trampas.

Cuando nos hayais dejado se marchitarán las flores, enmudecerán las laringes oficiales, caerán pinturas y dorados, aparecerán los jirones, resonarán los gemidos, volverá la indigencia á sitiar el que ha sido alcázar de un Rey, y estas fiestas, y esta explendidez, y vuestro mismo nombre, serán la razón que se invoque para negar lo que solicite el derecho y exija la necesidad.

Y sin embargo, Señor, el afecto de nuestro pueblo hácia vuestra augusta persona es mucho, y la adhesión de todos á vuestro trono es grande, y la lealtad es acrisolada, y la fidelidad á toda prueba. Cádiz os ama, os acata, os bendice; pero es pobre y honrada; como pobre no debió daros sino las voces de su esperanza y de su amor; y como honrada, la franca expresión de sus angustias y de sus aspiraciones. Todo lo demás, es de poco precio: no lo agradezcais: es la lisonja del cortesano y la mentira del adulador palaciego, sin estos rendimientos ni este costoso homenage, á través del cual vuestra perspicacia habría vislumbrado la verdad, es seguro que vuestro magnánimo corazón, celoso y amante del pueblo, se hallaría dispuesto á derramar los dones de su liberalidad y de su justicia.

En esta seguridad, el partido liberal de Cádiz tiene el honor de ofreceros desde las columnas de este modesto periódico, la más sincera y profunda expresión de su fidelidad y su respeto, saludando con alborozo vuestra venida, agradeciendo hondamente el honor de vuestra visita y confiando en que habrá de ser fecundísima en beneficios para nuestra desgraciada ciudad y aun para toda España.

II

Una vez apartado, Señor, de delante de los ojos ese vídrio engañador que matiza con mil cambiantes seductores la pérfida lisonja, vuestra mirada se habrá extendido ansiosa sobre los rostros y habrá procurado sondear hasta lo más hondo de las conciencias. Fácilmente vuestra penetración, excitada por vuestro generoso interés, habrá descubierto cuanto esconde el espíri u popular. Y á juzgar por lo que se deja sentir en este pequeño rincón de la Península, y á partir del carácter general de los españoles y de su lealtad acrisolada y de su apegamiento á las más antiguas y venerandas instituciones, es seguro que forman cortejo en los pechos de vuestros súbditos al monarquismo más decidido y á su adhesión á la raza de sus antiguos reyes, el ánsia de paz, el hambre de justicia, la sed de libertad y el vivo anhelo de sacudir el yugo abrumador de una política desventurada y absorvente, para caminar desembarazadamente por las vías de otro régimen más diáfano y menos egoista.

Vuestro talento no se habrá dejado alucinar por el brillo de la prodigalidad más imprudente y del lujo más adulador; antes bien habrá visto cuan abrumada de enormes cargas se encuentran las clases productoras, cuan vejadas las industrias, cuando esquilmada la propiedad, cuan desatendida la agricultura, cuan trabado el comercio. Por entre el bullicio del entusiasmo, V. M. habrá percibido alguna vez los ecos del desaliento, los gemidos de las víctimas de la arbitrariedad, las quejas de los descontentos y desesperanzados, las súplicas de los que piden trabajo ó piden pan, y hasta los gritos de los que reniegan de la ilegalidad y exigen rectitud y economías.

V. M. habrá podido apreciar como reflejan las admi-

nistraciones locales el estado dolorosísimo de la hacienda española; como se halla envuelta la administración general en una funesta red de deudas, cuyas mallas se forman con millones; que ya no cuenta ningun erario por ménos cantidad sus trampas, ni en cambio acierta á poner frente á ellas el poderoso contrapeso del crédito.

Perdida la confianza y vacías las cajas, no hay modo de llenarlas ni medio alguno de satisfacer las deudas; y la trampa sube como las mareas, y el descontento cunde como en quien naufraga, y la indignación sofoca como en los que se ahogan.

Bien pudo Cádiz, bien pudieron las provincias que acaban de veros pasar como el astro anunciador de su ventura, presentarse á vuestros ojos sin otro atavío que el de la esperanza; sin otro continente que el de las gentes confiadas que vieron desde un principio en Vos la garantía del órden, el escudo contra la bancarrota y los fundamentos de su futura prosperidad. ¡Qué mayor tributo que el espectáculo de la alegría, de la gratitud y del anhelo! ¡Qué mayor gloria que la del amor, la del respeto y la de la adhesión! ¿Para qué necesitan las ciudades esos disfraces que las desfiguran ni los monarcas esas perspectivas teatrales, cuando el entusiasmo puede reanimar aquellas con sus dulces acentos, el interés poblarlas de pechos leales y el agradecimiento embellecerlas con sus fervorosas manifestaciones y cuando los reyes tienen el espectáculo magnífico y provechoso de la ventura pública, del amor general, y del culto popular.

Cuando se tiene de la alta personalidad que ocupa el solio de Alonso el Sabio ese concepto que elabora los honrosos dictados con que los monarcas pasan á la posteridad, no se les puede tributar mejor obsequio que el de la leal y franca exposición de las necesidades y los deseos generales; y mucho más cuando estas necesidades revis-

ten el carácter sagrado que les dá el derecho al trabajo y á la vida, á la prosperidad y á la riqueza, y estos deseos tienen la importancia que les prestan la oportunidad y la justicia.

El país tiene paz hace algun tiempo, y aún no ha sentido las ventajas que forman los benéficos corolarios de esta gran ventura; el país tiene deudas y aún no ha visto los medios de extinguirlas; el país se halla abrumado de cargas y aún no ha sentido sino el mayor peso lanzado sobre sus hombros: España quiere leyes y recibe arbitrariedad; quiere gobierno y presencia el personalismo más estrecho; quiere libertad y sufre vejaciones; pide administración y se la sofoca con política; pide tolerancia y se la dá intransigencia; reclama economías y presencia despilfarros; anhela cosas y se le dán hombres; busca ideas y se la irrita con ambiciones. España está descontenta; el placer de ver á su Rey puede costarle un suspiro en vez de arrancarle un grito de placer: pero España sabe que la culpa no es de D. Alfonso; fía en la rectitud de su corazón juvenil, en la reflexión de su pensamiento ilustrado y muy pronto en la firmeza de su voluntad generosa.

Por eso está segura España de que este viaje habrá de ser fecundo, no obstante su rapidez y sus seducciones; por eso espera que el astro de la autoridad real, que cruza veloz por los pequeños horizontes de las provincias, recoja, sin embargo, algo de las emanaciones de la conciencia popular que se convierta mañana en vívidos destellos que les dén con su calor y su luz, vitalidad y ventura, á la manera de ésas auras que recojen al pasar las evaporaciones de los mares y las devuelven á los campos cambiadas en lluvia copiosa y fecundante.

No es Cádiz la localidad que menos necesita sentir la influencia bienhechora de un gobierno ilustrado y recto, sábio y justiciero; no es Cádiz desgraciadamente la pro-

vincia que menos ha menester de una legalidad más prudente, más expansiva, menos personal y menos egoista. Y no es esto quejarnos de sus hombres; no; ¿por qué poner en la extremidad de uno de los miembros la causa del mal que devora al cuerpo social? Madrid hace tiempo que ejerce un poder inmenso, omnímodo y sofocante sobre toda España: allí la cabeza manda á todo el cuerpo, allí el corazón hace latir todas las fibras de la periferia: esa inspiración constante, ese resorte único, roba toda iniciativa, borra la fisonomía propia, extingue los caractéres originales de cada localidad y calca como en un molde único la vida de todos los pueblos. Tal vez los viejos hábitos contraidos en este sentido se oponen á que esto deje de ser; mas por eso mismo se necesita que esa inspiración, ese resorte y ese molde, sean á su vez reflejo de la justicia, del desinterés, de la abnegación y del patriotismo: por eso mismo es preciso que el impulso sea generoso, la dirección acertada, el calco bello y magnífico y la intención buena y provechosa.

Un propósito digno y levantado, una resolución legal y prudente, un deseo de bien estar y grandeza, un ideal, en fin, de riqueza y de progreso, solo necesitan descansar en un régimen vigoroso, casi en un estado de fuerza, no ya para imponerse y triunfar tan solo, sino para durar, hacerse sentir y conocer y darse á amar y respetar.

Esta robustez, empleada en favor de intereses personales ó de conveniencias estrechas, es irritante por una parte y se desperdicia por otra; mas puesta al servicio de un intento acertado y de utilidad general, es el único medio de levantar bien pronto una bandera bajo cuyos pliegues se agrupen desde luego los espíritus organizadores, bien poco los ansiosos de órden y garantías, y por último los que hoy desconfían de hallar la perdida libertad y el apetecido progreso.

Tales son las enzeñanzas que habreis, Señor, sacado de vuestro viaje de inspección por las provincias, cualquiera que haya sido el cuidado y el afan de colocar ante vuestros ojos ese prisma halagador de variados colores que se llama lisonja. Una política (que saturada de política se halla hoy España entera) que dá por resultado y síntesis la adulación, es una política engañosa; por eso la pobreza se disfraza á vuestro paso de explendidez, y el descontento de entusiasmo, y la desconfianza de alegría, y la impopularidad del gobierno de falsa satisfacción. Mas entre tanto alborozo y tan bien preparada comedia, la realidad se muestra siempre halagüeña para vos, si bien inflexible con los que mandan y dolorosa para los pueblos.

Inspiraos, Señor, en vuestros generosos instintos y, buscando apoyo en la fuerza, ya que sea preciso que la justicia descanse sobre la espada en nuestro desventurado país, estableced sobre nosotros y bajo vuestra mano el reinado de la ley, de la prudencia, de la economía y de la ilustración, único que puede colocar á España al lado de aquellas naciones que caminan hoy temidas y respetadas por los anchos senderos de la prosperidad y la civilización.

III

Si ha llegado, Señor, un rayo de luz á rasgar las artificiosas nubes de esa atmósfera en que se os envuelve, es seguro que habrá penetrado hasta vuestra conciencia, para dejar en ella grabada la imagen triste y suplicante de vuestro pueblo: es seguro que, retirándoos con esta imagen al fondo de vuestro palacio, habreis de contemplarla á solas con cariño y con interés y habreis de consagrarle con afanoso desvelo vuestros pensamientos más graves y vuestros votos más decididos.

Si así es, tambien es seguro que los males de España tendrán remedio, que vuestra visita será fecunda y que, torcidas vuestra ínteligencia y vuestra voluntad de un lado que tal vez no quisieran los que os aconsejaron este viaje, habrán de triunfar en breve en vuestro real ánimo, por la fuerza de la rectitud y por el deseo de ser verdaderamente el Rey, propósitos levantados y cérteros que vengan á entusiasmar á los que os aman, á admirar á los que desconfian y á haceros bendecir de todo el mundo.

Conocidas las necesidades de un pueblo y deshechas las ilusiones de una política de artificio, no cabe duda de que un espíritu deseoso del bien y de la justicia y enemigo de un habilidoso equilibrio y de una falsa situación, tomará un rumbo favorable á los intereses y exigencias generales y sacrificará ante ellos esos prodigiosos recursos y esos pasmosos manejos de un régimen que descansa sobre personalidades, se sostiene por medio de mañas y, en nombre de altas conveniencias y de necesidades del momento, hace imperar la arbitrariedad, impone el interés personal y muestra á los ojos de España y del mundo cómo es posible sostener un órden de cosas que rechaza el espíritu de la mayoría.

Solo la posibilidad, solo la esperanza de que vuestra magestad vislumbre el mal é intente su remedio, puede servir de premio á los esfuerzos hechos por los pueblos que os habeis dignado visitar: y solo la idea de que así ha sucedido y la seguridad de que muy pronto recibirán la prueba de ello, constituirán el provecho y la ventaja de vuestra visita.

Si la infatigable actividad que se os ha exigido y la precipitación y deslumbramiento con que se han hecho pasar ante vuestros cansados ojos pueblos disfrazados con los engañosos ropages de la riqueza y la felicidad, no produjeron otros resultados que el retiraros, desmayado

el cuerpo y rendido el espíritu á vuestro palacio á consolaros de vuestras molestias con la creencia de que España es rica y feliz, puede que los propósitos de vuestros consejeros se viesen cumplidos; mas seguramente las esperanzas y deseos de vuestros pueblos se verían defraudados.

Pero si, por el contrario, á pesar de los sacrificios hechos y del afan con que se ha intentado deslumbraros, vuestro talento y vuestro corazón han adivinado la verdad y percibido la postración, y penetrado la miseria, y oido los suspiros, y comprendido las aspiraciones de esas gentes y de esas ciudades que visitó vuestra planta, es seguro que los intentos de vuestro gobierno pueden ser los defraudados y que los pueblos van á recoger de vuestra visita el fruto que ambicionan y que tienen derecho á esperar.

Tambien estas poblaciones han desplegado actividad incansable; tambien se han agitado y han vivido en la tirantez en que ponen al alma los afectos: desde la simple curiosidad de ver á su Rey hasta las fervorosas y violentas sacudidas del entusiasmo monárquico y de la particular adhesión á vuestra persona, multitud de sentimientos, más ó menos enérgicos, han conmovido, trabajado los ánimos y arrastrado con rapidez nuestros cuerpos precipitándolos á vuestro paso. Tambien los pueblos necesitan reposo, y apenas se extinga el último eco de esos vítores que acompañan á vuestro nombre, y no bien se apague la última llama que inflamó el culto que se os profesa y se marchite la última flor con que el amor embalsamó el ambiente que habeis respirado, volverán las gentes á su soledad y su silencio, sin otro consuelo ni otro premio que la idea de que las hayais conocido, el pensamiento halagador de haber podido despertar vuestro interés y la risueña y fortalecedora esperanza de que querais reme-

diar sus males y os propongais dispensarles los beneficios del órden, de la justicia, la economía y la libertad.

A través de la distancia y por encima de las circunstancias que se agrupan, para diferenciarlos, en torno de esos dos extremos de la escala social y política, reyes y pueblos, los pensamientos de unos y otros pueden encontrarse incesantemente; que no consiste la unión entre Rey y súbditos en que aquel descienda alguna vez á visitar los límites de su imperio ni á recorrer los horizontes de su jurisdicción, ó en que estos suban algun dia á ver admirados el alcázar de sus reyes.

El propósito constante de esparcir por todas partes los preciosos dones de la soberanía; el afan de todo momento de regar en sábias leyes por todo el reino los tesoros de una ilustrada y recta administración, enemiga del lujo y la prodigalidad, codiciosa de sus fuentes de riqueza y ávida de economías; el anhelo de difundir por todos lados, como copiosa lluvia de fuego, los ardorosos rayos de la justicia y los vivos destellos de la ciencia, y el hondo y vigoroso intento de fundar el órden y el bienestar sociales sobre las anchas y robustas bases de la moralidad y del deber, son mejores y más eficaces medios de descender sobre los pueblos, de vivir entre ellos y de penetrarles hasta sus conciencias.

Al mismo tiempo, la leal manifestación de las necesidades públicas, la franca expresión de las aspiraciones particulares, el respeto á las leyes, el sacrificio de bastardas ambiciones, el apego á las instituciones que garantizan la paz, la prosperidad y la riqueza, el amor á la ilustración, la sed de cultura, el apego al trabajo, el gusto á las prácticas de los pueblos libres, el hábito del órden, la templanza en las costumbres, la renuncia del lujo, el abandono de los festines, la apostasía del culto á la vanidad, la repugnancia de toda licencia, la sobriedad en el

deseo del mando, la docilidad ante la ley, la fé en la justicia, la adhesión al trono y la esperanza en el porvenir, siempre seguro y magnífico cuando le ilumina el astro de la moralidad pública, son tambien los mejores medios que se ofrecen á los pueblos para subir hasta los palacios de sus soberanos.

Estos afectos y propósitos forman el hilo de esa telegrafía risueña y rica entre el pensamiento del Rey y el corazón de los pueblos, que debe llevar de abajo á arriba un tributo de amor y de respeto, y traer de arriba á abajo una deuda de ilustración y justicia.

A través de esta cadena, á cada instante pueden y deben encontrarse el corazón del Rey y la conciencia de los pueblos. Y si esto sucede, y si tras la visita que acabais de realizar se establece este comercio y muy en breve llegan á sentirse los admirables efectos de esta comunicación, volved, Señor, á recorrer estos lugares dentro de algunos años y gozareis la deliciosa perspectiva de una satisfacción verdadera, de una ventura real y de una riqueza positiva.

Cádiz, siempre rica, contrajo hábitos de prodigalidad; hoy pobre y abatida, aun conserva el gusto del fausto y el instinto de su generosidad; pero todo esto apenas alcanza para disfrazarse una vez de opulenta dama, á costa de su ruina. Cádiz, siempre pacífica y siempre amante de la libertad, alma de su vida mercantil y económica, guardaba hábitos de órden y apego á la rectitud y á la justicia: hoy, agobiada bajo el peso de una multitud de miserias personales, desleida en una política menuda y entregada á gentes que la olvidan por pensar en sí, y que atentas á reflejar las luces que irradia el centro político, rarísima vez se iluminan ni despiden los rayos que producen el propio interés ni la propia ventura, apenas puede sostenerse en ciertas ocasiones á favor de esa vida

galvánica que la prestan sus hombres con desesperados esfuerzos y peligrosos recursos.

Ya lo sabeis, Señor: nuestra vida es falsa: habeis asistido á una sesión de galvanismo de seductor aspecto, pero de escaso valor: ausente vos, la enferma ha caido en una postración más honda y más peligrosa: Cádiz apenas alienta y sus hombres, ya lo veis, no discurren ni aciertan más que á darle esta apariencia vital, que sería estéril en sí misma, si no fuera funesta en sus consecuencias; pero vos podeis en cambio desde vuestro trono enviarle verdaderos alientos de salud y de vida; vos podeis curar sus males y tornarle la robustez y el brio con que un tiempo florecía y gozaba.

Dejadnos creer que lo hareis por la justicia de vuestro talento y la solicitud de vuestro corazón, y sea esta creencia, casi esta promesa tácita que arrancamos de vuestra conciencia, aunque no la hayamos oido de vuestros labios, el provecho de vuestra visita y el premio de nuestra lealtad y de nuestro afecto. (1).

---

(1) Impone la conciencia declarar que este articulo y cuantos siguen hasta la terminación del libro, no reflejan con su franca espontaneidad el espíritu del autor.

Antes bien revelan un pensamiento de falso monarquísmo, obra de las circunstancias é hijo de una cierta debilidad de caracter que se explica por el deseo de complacer al amigo, por la necesidad de obedecer a la gratitud particular (no política) y por el compromiso de dar voz á los sentimientos de un partido, entonces de oposicion, y al que jamás ha pertenecido ni habrá de pertenecer el autor de estas líneas, que por otra parte nada le debe como no sean injusticias y pesares.

EL CASAMIENTO DEL REY.

(15 DE DICIEMBRE DE 1877.)

Que el Rey se case, es cosa natural; porque todos los hombres deben hacerlo y S. M. no deja de ser ya todo un hombre; que se casa á su gusto, es cosa justísima y que hemos de celebrar cuantos tengamos alguna idea de lo que es un enlace forzado para los intereses del corazón y de lo que es un matrimonio por razón de Estado para los intereses de un pueblo.

En los tiempos modernos todo se liberaliza; hasta la vida de los reyes; que para todos tiene dones esta explendida diosa llamada Libertad.

En otros siglos, cuando los pueblos se hallaban atados á la primera grada del trono, los monarcas se encontraban tiranizados por las exigencias del país y las conveniencias de los Estados. Y cuando despues el espíritu moderno de libertad ha venido flotando por los aires de la actual civilización á relajar un tanto aquellos molestos lazos que tendían á convertir en hatos ó haces á los hombres, todavía en un principio, como para castigo de los gobernantes, nególes á estos su benéfica influencia y les dejó, presa de la razón de Estado, en manos de sus ministros responsables, mil veces más tiranos con sus señores que estos con los pueblos, y tan inexorables con aquellos como con estos.

Lo último que han conquistado los hombres es el derecho de pensar; lo único que se les ha permitido ejercer á los reyes es el derecho de sentir: pero, en fin, hoy los pueblos piensan por su propia cuenta y los reyes aman

por su propia espontaneidad. Es muy posible que un rey oiga con placer pensar á su pueblo; pero es seguro que un pueblo vé con satisfacción á su rey escoger esposa. Despues de todo, en ninguna de las dos cosas hay peligro, digan lo que quieran esos tiranuelos que se agitan ó se arrastran entre reyes y pueblos, eterno obstáculo para que aquellos sepan lo que estos necesitan y piden, y para que estos vean lo que los primeros hacen y valen.

Siempre los enemigos se hallan cerca y son débiles: dos condiciones para barrerlos con facilidad: y sin embargo, aun no se ha caido en ello ó no se ha querido verificarlo. Algunas veces los pueblos, como más modestos, no han tenido á menos empuñar la escoba y arrimarlos en un rincón; mas los reyes, sea por su soledad, sea por las imperfecciones de la misma autoridad, que mientras más absoluta suele tener más crueles límites, rarísima vez han logrado vencer á sus tiranos, ni apartarlos con el fin de ponerse en inmediata comunicación con sus desdichados pueblos.

Hoy van pasando las cosas de otro modo: la libertad, aunque mermada por la acción ministerial, vá empujándo á los pueblos hácia arriba, y el pensamiento, deslizándose por las rendijas que halla en las barreras levantadas á su paso por la arbitrariedad y el miedo, sirve de escala para que la voluntad popular llegue á los oidos del rey. Por otra parte, esa misma libertad, alzándose impetuosa en el corazón vigoroso y juvenil de un rey poderoso y experto, enérgico y decidido, le impele á manifestarse autónomo é independiente en una cuestión transcendentalísima, que tanto importa á su vida particular y humana, como á los intereses morales de su país: y ya comprendiendo todo el alcance de su conducta, ya cediendo naturalmente á los impulsos de su corazón, se decide á tomar una esposa española, conjunto admirable

de perfecciones físicas, de virtudes morales y de gérmenes de amor y de respeto para los pueblos y de dignidad y grandeza para el trono.

Algo rodó por la atmósfera parecido á oposición y á obstáculos referentes á esta boda; algo zumbó en el aire que tenía la forma de unos propósitos contrariados y de unas ambiciones desvanecidas; mas el rey como tal, y más que como rey como hombre, tenía el derecho de hacer triunfar su gusto y su cálculo sobre todos los proyectos y todas las intrigas; y el matrimonio resuelto en la conciencia del Soberano con los preciosos auxilios del amor, y tal vez de los más acertados pensamientos para el porvenir de España, vá á ser un hecho.

Pues bien; creemos que España, ya harta de saber lo que son los matrimonios por razón de Estado, y ya experimentada respecto á los males que producen y á los bienes que dejan de producir, estará contenta con que D. Alfonso XII haya saltado por encima de todos los obstáculos, haya desoido agenas sugestiones y haya mantenido firme su resolución de dar al país una reina toda suya por decirlo así, hija de este puro cielo y de esta desgraciada tierra, bella como las flores que nacen en los vergeles de Andalucía, buena como las cría la *tierra de María Santísima*, noble como puede apetecerla la susceptibilidad aristocrática de la casa de Borbón, y sin duda (así al menos lo espera España) iniciadora de una política generosa, patriótica, puramente nacional, que habrá de dejarse sentir dulcemente sobre el pueblo español, al par que las delicias de su amor sobre el corazón de su augusto esposo.

FESTEJOS REALES.

(20 DE DICIEMBRE DE 1877.)

Es una verdadera desgracia que la ventura de los reyes no pueda aliarse siempre con la prosperidad de los pueblos. Como si la una debiera depender de la otra, las calamidades populares estorban á la dicha real: y las prosperidades de un Estado exigen los desvelos y la abnegación de su Soberano.

Colocadas las cosas en el órden que parece exigir la lógica; el bienestar popular debe ser primero que las venturas reales; porque parece que un rey no tiene tiempo de pensar en sí, mientras dia y noche piensa en su pueblo, y porque es de presumir que el contento del monarca sea un reflejo de la dicha general. La estrella de la ventura pública lanza su luz sobre el astro de la monarquía, y el trono aparece inundado entonces con los abundantes fulgores que emanan de esa gran fotósfera de la felicidad nacional.

Si por circunstancias varias el pueblo sufre, se arrastra en la miseria, se retuerce avergonzado bajo el peso de la bancarrota, sueña con amenazadoras tormentas y se agita, entre abatido y amedrentado, envuelto en las nieblas de un presente poco satisfactorio y de un porvenir inseguro, débiles y pálidos los rayos de la estrella, no pueden iluminar ni caldear la superficie del astro que ocupa el solio.

Tal parece ser la situación de España, á quien los desengaños y la postración han hecho indiferente para todo. En otros tiempos, poseían los pueblos abundantes y

poderosos medios para intervenir en la fastuosa vida de sus reyes: la exhuberancia de la vida pública, mantenida por la riqueza general y la confianza y seguridad de todos, manifestábase por todas partes vertiendo tesoros y exhalando gritos de entusiasmo: ahora, esa absorción tremenda é insaciable del espíritu de nuestros políticos modernos, agostando toda sávia, esquilmando todo fruto, podando con inexorable hoz el árbol de las libertades y empobreciendo todo gérmen de ventura y de esperanza, ha concluido por sumir al pueblo en una apatía tan dolorosa como injustificada, que le hace mirar con desdén los acontecimientos más transcendentales y con temor y recelo los cambios más graves y más decisivos.

La arbitrariedad y el egoismo de nuestros gobernantes han producido su natural resultado: el pueblo se encoje de hombros y les deja que continúen manejándolo todo, fabricando entusiasmos, organizando falsas situaciones, dibujando falaces perspectivas y representando sobre el inmenso escenario de la infortunada España un drama que sería digno de una silba, si no hubiéramos de llorar amargamente al aplicar el pito á nuestros trémulos labios.

Como todo pueblo infeliz vé una esperanza en cualquier parte, y como el mismo temor del mañana se complace en pintarnos el consuelo con los vivos colores del deseo, es muy posible que España se lanzára hoy á los piés de su Monarca para llevarle la expresión, ya que no de su dicha presente, de sus aspiraciones futuras, envuelta en agasajos, si no ricos, sinceros, y si no estrépitosos leales; mas por una parte, mira amedrentada hácia los hombres que han traido á tal punto la obra sorprendente de la restauración, y que aun cercan el trono de D. Alfonso para recojer quizá las gracias que se desprendan del tálamo nupcial de los reyes; y por otra, se encuentra

impotente para significar su alegría, miserable cuando necesitaría de su riqueza, y hasta abandonada por los que disponen sin ella las fiestas nacionales, fraguan sobre sus cómodas poltronas multitud de programas desatinados y hasta escandalosos y preparan con provocativo atrevimiento unos espectáculos que no puede sustentar nuestra pobreza y que insultan nuestro infortunio.

No hace nada, S. M. el Rey viajaba por España: el elemento oficinesco tendía á su paso paños que tapasen la miseria, flores que distrajesen la vista de la contemplación de los andrajos con que el pueblo tapa sus cuerpos macilentos, y con músicas y gritos impedía que el clamoréo de la desesperación general llegase á los oidos del Monarca aturdido y asendereado. Pasó el rey, y quedó la trampa: tornó á su palacio y quedó aquí el aire extremecido con las voces de la censura y la acusación, lanzada por las víctimas contra los ocultadores de la verdad y los lisonjeros del poder.

Igual comedia le prepara hoy en mayor escala: fuentes de vino, arroyos de leche y mil torrentes de oro van á surgir por todas partes: el suelo, que no produce frutos para el hambre, se vá á cubrir de flores para la dicha: la industria nacional, que no tiene fuerzas, vá á ser sustituida por la éxtranjera que se ahoga en costosos productos; el comercio, que yace herido de parálisis, vá á ser galvanizado por la imprudencia del elemento oficial, y arrastrará, empujado por el rayo de la osadía, las ricas preséas que reclama el desatentado espectáculo. No circulará el oro del pueblo; porque el pueblo solo tiene calderilla, negra como su alma; pero circularán los últimos restos del maltratado crédito del gobierno, á quien ya no le importa lo que vendrá detrás; perdido por ciento, perdido por mil y quinientos; y el país se vá á contemplar por unos dias vestido con el traje de la Fortuna, se vá á ver con espan-

tados ojos disfrazado de opulento y dichoso, y vá á soñar, si el hambre y los dolores le permiten conciliar por unos momentos el sueño, con la pesadilla de la temeridad y la locura.

Ah! si aunque penoso pudiera hacerse duradero el sueño!.... Si tras la alucinación no viniera la realidad; si tras la fiebre no llegase la horrible crísis del abatimiento y la desesperación!... Rey Alfonso: vos sois el único que podeis aventar con esos fantasmas de la mentira, esos otros gigantes terribles de la realidad: luego que paseis Vos mismo el deslumbramiento que os procuran esos hombres y que podais sacudir por unos instantes las languideces dulcísimas del amor y separar la mirada de vuestro contento para fijarla en nuestra desventura, dedicaos á penetrar la situación de España, á buscar las causas de su mal estar, á descubrir lo que anhela y á conocer lo que espera y os reclama: y veamos si esta vez, ya que la ventura general no se ha podido reflejar en vuestro trono, la dicha en que se inunda vuestro pecho desciende hasta el último rincón de vuestro reino, para dejar en él algo que sonría con esperanza y alguien que os bendiga con gratitud.

Valgan de este modo los obsequios de vuestros aduladores, y vengan por ellos vuestros beneficios sobre la España: esta os los pagará en adhesión y amor, que algo más valen que la atronadora bullanga de una falsa alegría y las expléndidas vestiduras de una mentida opulencia.

UNA BODA DE FAMILIA.

(DICIEMBRE: 1877.)

Imposiciones de la política y altos respetos hácia los secretos familiares, que hace aun más sagrados la magestad real, nos habían sellado el labio para tratar, bajo cierto punto de vista, del matrimonio de nuestro jóven soberano D. Alfonso; mas ya que la prensa inicia la cuestión y que los periódicos ministeriales nos dan el ejemplo, parécenos que no habrá inconveniente alguno en que lancemos tambien al aire nuestra palabra.

Felizmente tampoco es nada grave ni delicado lo que tenemos que decir; la misma apacibilidad y ternura de las relaciones que ligan á los diferentes miembros de la familia real española, facilitan nuestra empresa y la convierten además en grata y halagadora.

Por fortuna el enlace de nuestro sensible monarca, fundado en el amor, presidido por una de esas elecciones del corazón que auguran dichas conyugales, delicias familiares y hasta satisfacciones generales para el país, vá á reunir los encantos de una verdadera boda española, autorizada por los padres, engrandecida con la asistencia de los varios indivíduos de una y otra familia, y embellecida y realzada por las demostraciones de esa armonía dulcísima y esa uniformidad de afectos y de deseos que forman el explendente fondo del risueño cuadro de unas nupcias populares.

Antiguos y preciosos hábitos reunen entre nosotros bajo un mismo techo y en torno de los felices amantes, á los padres y parientes de las dos familias que así enla-

zan sus vástagos más queridos: viejo y eficaz remedio para extirpar injustos enojos y acreditar perfecta unión y cordial afecto, fué siempre en todas partes efectuar una alianza matrimonial garantida y amparada por los progenitores de los esposos, los allegados y amigos de ambos contrayentes y cuantos ven con placer llegar al término la obra del amor y esperan que se deriven de ella, como preciosos frutos, los inapreciables dones de la felicidad.

Porque sea real la familia que celebra hoy la boda no debe verse exceptuada de esta dulcisíma ley; que no arranca la sombra del trono sus fueros al corazón como la del manzanillo sus fuerzas á la vida, ni eximen una corona y un cetro del deber de agruparse, estrecharse y ofrecerse á los ojos del pueblo y del mundo entero unidos en el gozo y compactos dentro de una misma satisfacción.

Hay en los reyes mayor necesidad moral de hacerlo así: el ejemplo de su afecto y su armonía aprovecha á los pueblos, los invita al contento y á la confianza, les ofrece á los ojos de las demás naciones presididos por una autoridad que, aunque compartida entre varias personas, se robustece y confirma por el amor y la concordia, y no cabe duda de que la dignidad de cuantos ostentan, en cualquier grado y forma, los augustos sellos de la soberanía real, recae sobre los pueblos, los enaltece, los halaga y acrecienta así el placer popular de ver en la boda que celebran cuantas circunstancias pueden consolarle del pasado y alentarle para el porvenir.

Tal espectáculo vá á darse por fin en España: Doña Isabel y D. Francisco se aprestan á volver á Madrid para el gran dia de la boda de su muy querido hijo; D. Antonio de Orleans y Doña María Luisa de Borbón, no pueden dejar de concurrir á este gran acontecimiento: los

infantes de uno y otro lado, se agruparán en torno de los venturosos desposados; y lo que únicamente habrá que lamentar es la ausencia de D. Cárlos y Doña Margarita, á quienes una verdadera desgracia, que España no puede remediar, mantiene alejados de nuestro suelo; pero respecto á los cuales ya nos consta, para nuestro consuelo, que cuentan con el cariño y la consideración de la reina madre, la cual distingue, con sin igual nobleza, los accidentes políticos de las relaciones familiares y colma con su amor hácia sus primos el hondo abismo abierto entre estos y ella misma, por los funestos y tiránicos intereses de la política.

Al par que la obra del amor de D. Alfonso, habrá, por tanto, que celebrar en España la unión afectuosa y la uniformidad de deseos y de esperanzas, en todos los distinguidos miembros de la familia reinante. Si cobijando el Palacio real en Madrid tanta ventura, el país no se regocija, ni espera dias de prosperidad y bienandanza, no sabemos á cuando esperará; porque no es fácil que en mucho tiempo vuelvan á darse para esta mísera nación circunstancias más faustas y más significativas.

Hasta los conciliadores, que formarán en primera línea al rededor de la real familia, nos parecen más hermosos, iluminados por los destellos de felicidad que de ella se irradian; hasta perdemos de vista que constituyen el fondo oscuro que abrillanta y destaca más el grupo, y queremos olvidar toda la historia de estos tres últimos años, embebidos en la estática contemplación de esta preciosa lámina con que termina, pero embelleciéndolo, el libro de sus hechos.

Si tras ella cierran el poder, casi casi podemos perdonárselo todo: tal vez, y sin tal vez, el ingénio del Sr. Cánovas, auxiliado sin duda por la ilustración, agudeza y tino de sus compañeros en el ministerio, ha entra-

do por mucho en el magnífico ejemplo que hoy ofrece á la Europa nuestra familia real, procurando á un tiempo al rey D. Alfonso la gran satisfacción de verse cercado de cuantos le aman, y al pueblo español el honor de que la familia real se manifieste compacta en este momento venturoso de su vida y solidaria con el país en los futuros destinos que le están reservados.

Si así es, no queremos negar al actual gobierno, y sobro todo á su sábio presidente, los plácemes y enhorabuenas que por ello ha merecido: serémos los primeros á dárselos, ya que son tambien los primeros que les damos y es más que seguro que serán los últimos.

FESTEJOS MUNICIPALES.

(ENERO DE 1878.)

Debemos á nuestros lectores un artículo que les hemos ofrecido, y vamos á complacerles en este instante: esta misma deuda tenemos con nuestro ilustrado adversario en la prensa, y esta es una razón aún más poderosa para que nos apresuremos á pagar: todavía podemos añadir algo más; debemos tambien una especie de satisfacción á nuestro municipio, á quien tantas veces hemos tenido el pesar de combatir y al que ahora hemos encontrado ocasión de celebrar hasta cierto punto, y esta consideración agrega más fuerza á nuestro propósito.

Entre nuestros lectores, *El Comercio* y nuestro municipio, lo confesamos sin rodeos, el segundo es el que más nos mueve, por lo mismo que es el que nos trata con menos consideración y el que puede respondernos con ma-

yor donaire y *sans façons*; por tanto á nuestro colega dirijimos nuestra palabrería hueca y sonora y nuestra frase reluciente y deslumbradora; se lo advertimos, por si quiere ir poniéndose algodones en los oidos y vidrios ahumados ante los ojos.

Habíamos ofrecido ocuparnos de los festejos que preparara Cádiz para celebrar el faústo suceso de las bodas de D. Alfonso y como el lujo desplegado cuando la visita de S. M. nos hacía temer nuevos despilfarros, y nos hemos atrevido á prevenirlos renovando nuestra censura contra los ya pasados, nos hallamos en el caso de devolver á nuestro Municipio el concepto de moderado y prudente que le habíamos negado, y quizás de aplicarnos, aquí para *inter nos* y sin que *El Comercio* se entere, parte de la benéfica influencia ejercida sobre sus acuerdos por el espíritu de la templanza y la cordura.

En Cádiz, ni las fiestas serán escandalosas y temerarias, ni la vanidad lanzará á la autoridad por la pendiente de la prodigalidad soberbia ó de la adulación miserable. Cádiz se limitará á dar á entender que se alegra del faústa suceso, que asiste á él con placer, que se une á los demás pueblos de España en su júbilo oficial y solemne, y que se halla más dispuesto á manifestar sentimientos de adhesión y de respeto al trono y á la dinastía, que á una opulencia y una largueza que desgraciadamente está muy lejos de poseer.

Nada de desfigurar las calles y las plazas con ridículas ó extrañas construcciones de cartón y trapo; nada de arcos de flores, oriflamas y banderines por plazas y paseos; nada de bailes ni de banquetes, que solo producen un entusiasmo báquico y unas aclamaciones de vientre repleto; nada de grotescas mascaradas y comparsas haraposas y risibles por la ciudad, que divierten por la crítica á que se prestan y dejan el recuerdo de D. Alfonso y de sus

bodas envuelto en extravagantes imágenes y feas caricaturas, cómicas y diformes acompañantes de un drama histórico; nada, en fin, de funciones gratuitas tan ocasionadas á escándalos, ni de antiguos *pelones* en que, por atrapar el busto de la nueva reina estampado sobre 4 reales de plata, se rompe el pueblo los huesos, ni de espectáculos taurinos, á guisa de aldea que celebra al santo patrono y que de tan funesto presagio pueden servir á un casamiento, ni de fuentes de leche que es líquido para enfermos y mamones, ó de vino que es néctar de sibaritas y de borrachos.

En los tiempos modernos el espíritu que preside á estos acontecimientos es otro, y sus manifestaciones tienen que ser otras tambien. Más racional y levantada la dirección comunicada á la conciencia, los pueblos opinan que en estos faustos sucesos, toca más á los reyes acreditar su amor al país, su benevolencia natural y su liberalismo y nobleza, que á la nación imponerse nuevos gravámenes, ó someterse á estériles y duros sacrificios, ó agitarse sofocada bajo el peso de la destemplada é intolerable voluntad de los gobiernos, que solo piensan en lisonjear al poder aun á costa de la indignación y las iras populares.

Bajo este concepto, toca á los reyes hacer de su boda una garantía de órden, una esperanza de prosperidad y una promesa de ventura: les corresponde formular sagrados y firmes votos por el bienestar y el progreso de los pueblos, y ordenar á sus delegados y representantes que por todas partes á su nombre derramen los beneficios, practiquen el bien, publiquen los nobles propósitos del soberano, infundan la convicción de su rectitud, de su amor y su grandeza, y consolíden los sentimientos que reclama para vivir con seguridad y desenvolverse con crédito y explendor una monarquía secular, pero rúdamente

combatida por terribles principios y no escaso número de personas.

En estas ideas debe haberse inspirado nuestro municipio, cuando su programa aparece animado por el espíritu de la caridad y la beneficencia. En él casi todo son obras meritorias; favores dispensados al desvalido y al laborioso; premios para el mérito y limosnas para el desgraciado. ¿Quien se atreverá á criticar que el favor dispensado en nombre del monarca haga á la gratitud abrir las puertas del corazón popular al amor y al respeto? ¿Quién condenará que se arranquen de los labios, por medio del beneficio, frases de bendición y votos de felicidad para el rey?

Hé aquí un aspecto que puede presentar como pequeña toda cantidad, con tal que sea así empleada. Por ejemplo 7.200 reales invertidos entre los presos de la cárcel, los acogidos en el asilo de *La infancia*, los enfermos de la beneficencia domiciliaria, los conventos y los establecimientos de caridad, nos parece un guarismo raquítico: el dividendo es tan grande, que á su lado el divisor parece impotente: si se tratara de 7.200 duros!.... Con todo, nada diríamos de esto, si no apareciesen al final los rutinarios y fastuosos fuegos artificiales. Muy lindo y muy popular es este espectáculo; mas la pirotécnia resulta absurda y censurable, cuando se ha de contemplar con hambre; cohetitos y bengalitas para bobos, cuando hay tantos estómagos vacíos, y el municipio lo sabe, y los cuenta, y les reparte, á pretexto de no tener más, tan poco dinero!....

Costear un solo título de Licenciado en Medicina, cuando hay un Instituto Provincial y una Escuela Normal Superior en que estudia tanto pobre esforzándose por ser mañana sabios concejales é ilustrados alcaldes, ó simplemente laboriosos y entendidos vecinos útiles á la vida

comercial!.... Y Hacer esto reservándose un puñado de miles de reales para escribir en el espacio con fugaces luces de color, ¡Viva Cádiz! ó ¡Vivan D. Alfonso y Doña Mercedes!.... La verdad; valen más las letras de tinta de la escuela que los centelleantes letreros del polvorista. Para relumbrones, basta y sobra con nuestra oratoria.

Confiese el Municipio que dió con una punta del hilo de oro que conduce al acierto, pero que ó no ha sabido seguirlo, ó se le ha roto en el camino. Quizás el pueril deseo de hacer muchas cosas diferentes, ó el gusto de poner algo que divierta al lado de lo que aprovecha.... Pero ahí están las cucañas, y los certámenes, que no dejan de ser otras cucañas, y las regatas, y las músicas, y las iluminaciones oficiales, y los paseos; porque con tan fausto motivo (y esto es muy justo) no dejarán las calles de hacerse intransitables y de aparecer nuestras bellas domingueras en el Peregil, y nuestras lindas aves nocturnas en la calle Ancha.

No faltan pues placeres para un pueblo que no es rico y al que le conviene adquirir hábitos de pobre por si la necesidad aprieta todavía: pudo por tanto el Municipio suprimir goces inútiles, fugaces é insulsos y aumentar las obras benéficas.

Es la única observación que tenemos que hacer al programa de los festejos acordado por los señores concejales: no dirá *El Comercio* que hacemos oposición sistemática, y ya vé que nuestros términos son moderados; no se venga luego con pasmosas declamaciones, biliosas censuras y heladas frases de desdén, para ver si nos enardece con la injusticia y nos hace saltar con la provocación; y perdónenos esta pequeña lección de cordura, á cambio de las que nos dá de elocuencia.

HACER; PERO HACER MAL.

19 FEBRERO 1880.

Desde que S. M. el Rey, burlando los diferentes planes, más ó menos acertados ó egoistas, manifestó su resuelta voluntad de casarse á gusto, pese al partido histórico, que le niega á los reyes el derecho de tener corazón, conoció el país que D. Alfonso obraba para sí, anteponiendo á todo, en cuestiones de felicidad personal y de ventura doméstica, su propio cálculo y su autónomo deseo.

Desde que luego leyó el país el programa de los festejos con que el *Gobierno* quería curar la enconada llaga de su disgusto y responder con lisonjas á la herida de su contrariedad, tambien comprendió que el tal gobierno obraba tambien para sí y que quería sacarse la espina con unos dias de jolgorio y delicioso aturdimiento.

Y desde luego, en fin, que se escuchó el doloroso clamoréo que por todas partes se ha levantado, quejándose unos del desdén con que han sido tratadas ciertas clases y ciertos grupos sociales, otros de lo mal que se ha ejecutado lo que decidió hacerse y muchos de que lo que debió hacerse no se haya ni siquiera imaginado, y así que se ha conocido la gruesa suma derrochada en fiestas insulsas ó inoportunas, censurables muchas y aristocráticas casi todas, para que todavía sean más irritantes, el país empezó á comprender cual es la parte que le ha tocado en la danza general.

Ahora que se han borrado las fiestas del libro de la

realidad: y que ojalá se hubiesen borrado tambien del de la memoria, podemos preguntar: ¿cuáles han sido sus huellas? Ya sabemos que los placeres no suelen dejar rastro: la dicha es dedo que pasa por la arena y tras el cual el soplo del cansancio borra el ligero surco; mas los goces nacionales, aquellos con que se quiere grabar dulce y hondamente un suceso que se llama *fausto* en el ánimo de los pueblos, aquellos, en fin, que han de fijar en la mente el recuerdo de un acontecimiento que puede en verdad influir en los destinos de un país, esos deben tener y se les debe comunicar una mayor consistencia, un más alto precio y más notables extensión y profundidad.

Haber comunicado estos caractéres á nuestros festejos, era cosa facilísima; todo consistía en prodigar los beneficios y en escasearse los goces; esto es, en procurar más bien la ventura de los que siempre sufren, que el acrecentamiento sibarítico de los deleites de cuantos siempre gozan. Ya que la felicidad, como todos los bienes, anda mal repartida por el mundo, convenía no aumentar la desigualdad en estos momentos, ni hacer sentir su amarga injusticia precisamente con motivo de un suceso que dilata el corazon, dispone al bien y abre el alma á la conmiseración y á la caridad.

Se hizo así?

El Gobierno anunció que iba á anegar la España en los dones de su liberalidad y munificencia; que, dando al olvido rencores de la política, iba á extender su prodigalidad hasta sobre los enemigos. Esto era evangélico y sublime: pero por lo mismo el gobierno, que no anda muy acorde con los Evangelios y se halla á cien mil kilómetros de la sublimidad, se ha quedado bastante atrás, todo lo que le era posible, en el cumplimiento de su palabra; se le fué la lengua; pero la mano ha enmendado los deslices del labio. Alguna crucecilla baladí se ha desliza-

do de entre los dedos del ministro de Gracia y Justicia, hasta el pecho de un gacetillero de oposición ó de un humilde cajista que no tiene chaqueta en que colgarla, ni quizás pan para el estómago que le puso la Naturaleza de bajo de la chaqueta.

Los talleres, las fábricas, los campos, las escuelas, están sobrado hondos ó sobrado lejos, para que pueda alcanzarles una sola gota del bondadoso rocío del gobierno. Los grandes premios, las altas distinciones, se han quedado para los *padrotes*: si las cruces fueran como la que Cristo arrastró al Gólgota, á buen seguro que hubieran cargado con ellas los encopetados personajes de la córte. Verdad que en España no hay mayor cruz que la que simboliza la conciliación, y hace más de tres años que la lleva el pueblo por la larga calle de sus amarguras.

Esas chiquititas que se le han enseñado por acá y por allá debían ser el símbolo de la enorme que conduce el infeliz hácia su Calvario.

Y no solo ha negado el gobierno los beneficios que nada le costaban, y que, aún *libres de derechos*, han de chorrear hácia sus arcas algunos cuartos, sino que ha dejado de hacer el bien que podía, poniendo fin á las duras penas que sufren una multitud de infelices en remotos y enfermizos climas y una porción de familias españolas en paciente y melancólica oscuridad. Es más; esto es lo único que se le ha pedido, y sin duda por eso, es lo primero que se propuso no conceder. Quién se dispone á reir y no empieza por hacer cesar el llanto ageno, no es ya injusto, sino cruel; quién prepara millones para consumirlos en deleites y no vuelve á las familias que los proporcionan aquellos padres, hermanos y esposos que consumen en la desgracia haciendas y vidas, no es ya cruel, es desalmado. Pero los gobiernos no tienen obligación de tener alma: solo tienen el deber de tener estó-

mago: desgraciadamente el pueblo español tambien le tiene, y á tal extremo pueden llegar las cosas, que luchen los intereses del insaciable vientre del gobierno, con la intolerable hambre del país. La cuestión no será entonces política, sino social; y no se calmará con unos vistosos cintajos y una relumbrantes crucecillas colgadas mañosamente entre los jirones de un pueblo harapiento; que, despues de todo, un pueblo con arrumacos al pecho y desfallecido de miseria, es tan ridículo como el soldado de las Termópilas que andaba en cueros buscándose con las manos los bolsillos para resguardarlas del frio.

Resúmen; que se hicieron ya las cosas; pero se hicieron mal, porque el Gobierno no supo hacerlas mejor; que se tocan los resultados, que no han podido menos de ser funestos, y que por todas partes se levanta la crítica, severa, tanto como justa, llamando á aquel *ridículo* á pesar de su prodigalidad, *egóista* en su arbitrario reparto, *ingrato* por sus olvidos, *cruel* por su negativa del perdón, *avaro* por su ánsia de placeres y *dilapidador* por sus inoportunos despilfarros.

Dar el escándalo de los toros y la risible pantomima de los caballeros en plaza; ofrecer el desatino, por no llamarle el insulto, consumado en el hipódromo, y el sarcasmo, por no llamarle el vilipendio, realizado en el certámen literario, y no perdonar ofensas y deudas, ni redimir de quintas y amenguar de tributos, suprimir impuestos y multiplicar las obras que reclaman la civilización y la moral, perder, en fin, la ocasión de ganarse amigos, atraerse elogios, debilitar resentimientos, amortiguar juicios tan justos como funestos, y ganar algun terreno, si es posible, en el general aprecio, para caer siquiera entre clamores menos irritados y anatemas menos duros, es, á nuestro entender, la mayor de las torpezas ó el más osado de los desdenes.

¡El egoismo es horrible!: ni permite gobernar con talento, ni siquiera ser benéfico á la fuerza: ciega para el acierto y seca para el bien: y un espíritu ciego y seco es impotente para todo: tiene que desaparecer, porque su espectáculo solo es insostenible: la repugnancia general lo destruye.

TALAMO Y TUMBA.

28 DE JUNIO DE 1878.

La vida humana de los ángeles es muy corta: la Tierra los repele y el Cielo les atrae poderosamente. Ni la Humanidad merece llevar ángeles en su seno, ni es justo que los ángeles vivan entre los humanos la vida del martirio.

Destinado el bien á reinar, ni un trono basta á retenerlo en la Tierra: porque ni un trono es una dicha ni cabe otro reinado para la virtud que el del Cielo.

Dejar, pues, la Tierra en lo mejor de la vida, cuando se lleva la belleza en el rostro, la pureza en el alma y una corona de oro sobre las sienes, es un premio para la virtud y un castigo para la Humanidad. La Providencia siempre es justa.

Todo sér que aparece en la Tierra dotado de bellas prendas y engalanado con extraordinarias virtudes, está condenado á morir entre nosotros; es decir, está destinado á la inmortalidad del Cielo. Naciendo en la oscuridad, quizás el silencio y el abandono le permitan morar más tiempo entre nosotros; naciendo bajo los pliegues de un régio dosel, su vida tiene que ser corta. Un trono es una

altura admirable para emprender un vuelo al infinito: las almas grandes divisan desde él á Dios y el espíritu angelical que divisa á Dios desde una cumbre no puede dejar de lanzarse hácia él. En tal caso, la Tierra le ha dado ya cuanto puede dar al alma bella y grande; le ha dado una corona, una dominación, un culto; le ha dado amor, respeto, obediencia; nada resta que hacer, sino que se cumplan la justicia y la misericordia divinas: por tanto, la justicia de Dios premia la virtud del alma con la felicidad del Cielo y la misericordia la pone á cubierto de las desventuras de la Tierra. Antes que la corona se haga de espinas, antes que al dominio se ponga por precio el dolor y antes que el culto se convierta en ingratitud, el alma se escapa, la virtud se nos vá de entre las manos, y el amor, el respeto y la obediencia adquieren la consistencia de una religión y la santidad de un recuerdo. El alma abandona el mundo entre bendiciones y el pueblo mira á través de sus lágrimas el trono vacío y el altar sin ídolo: para seguirle amando, es menester alzar los ojos el Cielo, para hablarle es preciso orar y para reverenciarle ponerse de rodillas, que es la postura que corresponde al hombre guardar ante el ángel.

*
* *

Doña María de las Mercedes había nacido en un palacio para el mundo y en un paraiso para el alma: nobleza y fausto habían dorado su existencia, amor y virtud habían halagado su espíritu. Vientos de felicidad y jugos de ternura habian nutrido y acariciado aquella flor purísima, que recibió el más delicado cultivo y al fin se abrió un dia al calor de los besos maternales. Su candor, su talento, su belleza la hacían digna de un trono, y el Cielo trajo rodando á sus plantas una corona.

Un Príncipe heredero de una monarquía secular y jefe

de uno de los pueblos más nobles de la tierra, santificado por el infortunio y realzado por los gloriosos destellos de una paz, tomóla del suelo y la colocó sobre su frente. La vírgen pudorosa se extremeció bajo su peso; más el amor susurraba á su oido dulces esperanzas, ecos de ternura y de respeto populares traían las auras españolas en sus alas, y la ilustre princesa, fortalecida por tan poderosos consejeros, depositó su mano entre las de Don Alfonso y subió decidida al trono de Isabel la Católica.

España aplaudió, cobró alientos, forjó tambien sus ilusiones y esperó.

España y Doña Mercedes han soñado juntos: solo que la Reina ha tenido la dicha de despertar muy pronto á la verdad y á la ventura, y España aún recorre el camino de su Calvario arrastrando penosamente la cruz de sus infortunios.

La Reina ha sido mil veces más feliz que España: el tálamo de su amor trocóse en tumba de su vida: y vale más morir antes de probar las amarguras de la existencia y de sentir el pesado anillo de la corona, que agonizar lentamente con la hiel en el corazón y la desesperación en la mente.

Bajo un solio preparóse ayer un lecho de flores: antorchas nupciales derramaban á su alrededor luz y aromas y los amores revolaban entre los pliegues del dosel en una atmósfera perfumada. Un soplo cruel y helado cambió el tálamo en féretro, las antorchas en cirios, la luz en sombras, los aromas en gemidos, y al dios del amor ha sustituido el ángel de la muerte.

Ante esta transformación, el palacio real semeja una espaciosa tumba; la magestad real ha dejado el puesto al dolor humano: la política ha enmudecido, porque nada tienen que decir las pequeñas miserias cuando hablan los grandes infortunios. En torno de aquella tumba ya no

hay reyes ni príncipes, sino corazones desolados; la Humanidad bañada en lágrimas á los piés de un cadáver; tierra, tierra nada más: lo que habia de celestial y angélico, de suavísimo y bello, de admirable y santo, flota sobre el Palacio y sobre España; sonríe desde el infinito con indecible piedad y mira desde otro trono preparado para la virtud y envuelto en eterna ventura, con ojos enternecidos á los padres desventurados, con mirada de amor al esposo abatido y con piadosa expresión á la España desconsolada.

*
* *

El eco sordo del cañón nos hace extremecer: el aire tiembla y tiemblan los corazones como el aire. Hay sonidos tremendos con resonancias de gemidos eternos: la voz del cañón es de esos: habla para herir el cuerpo ó para destrozar el alma. Jamás escogió el dolor mejor pregonero. Cada disparo sacude el pavimento en que apoyamos los piés y precipita el latido que dá nuestro pecho: recordamos que ayer cada cañonazo nos arrancaba una maldición; hoy nos hace verter una lágrima: y es que ayer producia el cañón el zumbido de la barbarie, y hoy lanza el hondo grito de la desesperación. Siempre el bronce negro como la muerte, hueco como la negación y pavoroso como la inhumanidad. Su solemne estampido nos asusta, y el miedo que pone en el corazón es una protexta tremenda contra el génio brutal de la guerra que le inventó y contra el ángel exterminador de la vida que le presta esa terrible elocuencia. ¡Pregonero incansable de la muerte, que destruyes con el hierro y desesperas con el aliento; signo funesto del dolor, instrumento de sangre y de lágrimas; un instinto fatal te ha colocado frente á los humanos para lastimar sus almas, cuando no puedes aniquilar sus vidas!

Hoy pareces voz de la eternidad que nos anuncia la redención de un alma y la desventura de un pueblo: hoy extremeces las fibras más hondas del corazón trayéndonos la cruel noticia de que ha muerto la Reina; dínos más bien que se ha glorificado el ángel: no nos hables de las sombras que se extienden sobre los corazones, sino de los rayos de luz que inundan un alma. No nos digas que España llora cuando la virtud sonríe, ni nos remedes el sonido de las tumbas cuando puedes recordarnos la mansión de la vida, ni nos hagas, en fin, pensar en el vacío del trono de España cuando puedes hacernos creer en la gloria del trono de Dios.

La Reina lo dijo al espirar con voz de Cielo—«SIENTO MORIR, POR ALFONSO Y POR MIS PADRES.»—Ciertamente: ahí es donde queda el infortunio; por España no, que no merece la grandeza de un ángel. Ese cañón anuncia una nueva desventura: en el trono español, el amor puso un tálamo; la fatalidad lo ha convertido en tumba.

Lloremos, si nos quedan lágrimas; mas no por la Reina Mercedes, que ciñe ahora mejor corona; sino por sus padres, por su esposo y por España. Vela, ¡oh Reina! por todos nosotros!

ANTE EL REGIO CATAFALCO.

Vuelve el doble de las campanas, como enormes latidos del corazón popular, á marcar los pasos del dolor; otra vez el zumbido del cañón torna á hacernos sentir el ronco gemido de los pueblos tristes.

Pasada la loca vehemencia de la desesperación, una profunda melancolía guía á las gentes enlutadas hácia los templos: es el sufrimiento arrastrando á los espíritus hácia Dios. Bajo esas altas bóvedas en que tiende sus celes-

tiales alas el sentimiento religioso y se ven flotar, entre débiles rayos de irisada luz y vagarosas nubes de oloroso incienso, bellas esperanzas y dulcísimos consuelos, la fé del Cielo y los dolores de la Tierra han levantado un rico catafalco. Negros paños recamados de oro cubren el alto túmulo, que parece un abismo vuelto del revés y salpicado de pedrería; como si la invisible mano de la opulencia se hubiera complacido en derramar sus riquezas en el oscuro vacío, así aparece el catafalco como maravillosa pirámide formada con oro y sombras. Un pedazo de ese firmamento en que la mirada se hunde por la noche rozando las estrellas con su afanoso efluvio, recortado por la fé cristiana y apiñado con temblorosa mano sobre el mármol de los templos por el alma conmovida, tal parece el catafalco ante el cual ora y gime hoy el pueblo español.

Rodéanlo llamas oscilantes de humosas hachas, que pudieran tomarse por ardientes lenguas que buscan palabras para el dolor y que despiden el negro aliento de la desgracia, y ostenta en la parte superior los atributos de la humana magestad, como queriendo apartarlos de la Tierra donde acaba de mancharlos la huella de la muerte.

Parece el fúnebre monumento enorme escala por donde la virtud subió al cielo vestida con régios atavíos, de los que se ha despojado en el último peldaño al emprender su vuelo al infinito. Allí lanzó corona y manto, que podían retardar su paso ó embarazarla en el camino, y que no habían de valerle en la mansión de la justicia y del amor, donde no hay otras galas que la blanca túnica de la pureza ni otras distinciones que la refulgente corona de la virtud ó la roja marca del martirio.

Trocado el cetro en palma, cambiada la diadema en guirnalda de rosas, sustituidas las joyas del tocado por la inocencia, la belleza y la bondad del alma, el espíritu

de nuestra última reina arrancó desde el alto de un trono hácia lo más alto de un Cielo, dejando el sólio convertido en catafalco y el palacio real transformado en tumba.

El amor la llevó á las alturas del trono; nuestra desdicha la condujo á lo alto de un túmulo y sus virtudes la colocan sobre un pavimento de estrellas: si mirais al dosel de los Alfonsos, le encontrareis enlutado; si tocais las negras paredes del catafalco, os responderá el pavoroso eco del vacío; mas si lanzais el alma por encima de las nubes, hallareis á vuestra encantadora soberana en su trono de paz y sobre las fuentes de la vida.

Estos fúnebres paños, estos tristes acordes, este magestuoso rito y este aspecto de duelo, son demostraciones de nuestro infortunio; pero no pueden ser expresión de esa gloria de que hoy goza la Reina Mercedes. Confundimos nuestro pesar con su ventura: somos egoistas hasta con los muertos. Otro debiera ser el lenguaje de los bronces, otro el decorado de nuestras catedrales, otros nuestros sentimientos y nuestra apostura, si todo ello revelára lo que pasa del lado allá de los límites de esta vida; pero ni aun desde la iglesia, sosegado umbral de la muerte, divisamos otra cosa que nuestra condición humana y nuestro pequeño mundo terrestre. Nos hirió el dolor y levantamos un túmulo, perdimos un bien y gimen cañones y campanas, se desvanecen nuestras esperanzas y venimos á llorarlas junto al arca fúnebre en que yacen, mezclando entre los suspiros algunas oraciones y entre las voces de nuestro propio infortunio los ayes de nuestro afán perdido y de nuestras dichas transformadas en recuerdos.

Funeral de nuestras esperanzas es este: triste y amarga despedida de un bien que se fué; protexta contra la mísera condición humana y contra la incansable desventura española, que formula con religiosa resignación el

corazón atribulado y con pasmoso valor la Pátria conmovida.

Ay! si así como nos parece ver deslizarse el alma divina de nuestra bella soberana sobre los anchos escalones de esta fúnebre grada, sintiéramos rodar bajo sus pasos los efectos de su amor y las conquistas de su virtud!... si pudiéramos figurarnos que por esa escala por donde subió el ángel de nuestras esperanzas, bajára, emisario suyo, el ángel de nuestro consuelo!... si está enlutada arca de nuestras ilusiones hoy vacía, tornára á llenarse con los dones de su providencia!... Pero no: si ha de durar este momento lo que nuestro infortunio, preciso será que no se recojan sus paños, ni se apaguen sus llamas, ni enmudezcan las voces que les prestó el dolor.

Si preguntáramos en este momento al dozavo Alfonso qué es lo que siente en el corazón, es seguro que nos contestaría que así, á manera del golpe del último latido, á manera de esa terrible lágrima del alma que rompe su última fibra, á manera del único amor, muerto por el rayo de la primera desdicha. Pues bien; si preguntamos despues á nuestro propio corazón, algo tambien parecido á eso mismo contestan las voces de nuestro pecho; una última esperanza que se va, un postrero bien que se acaba, un desgraciado amor y una desvanecida aurora que antes sonreían; una paz fecunda, convertida en una paz de muerte; un himno de ventura transformado en un canto funeral; una vida que empezaba á florecer en los campos y en la ciudad á la luz del sol y á los aires del placer y que termina bajo las bóvedas de los templos, ante sepulcros y catafalcos, con un gemido y una oración; algo, en fin, que ha muerto, no ya sobre el trono, sino dentro del alma.

¿Y qué hacer, Rey Alfonso?

Este túmulo, tesoro de vuestro amor en pavesas y de

vuestras esperanzas en cenizas, es hoy fuente de lágrimas para Rey y para pueblo; ante su primera grada estamos todos en España estrechamente agrupados por el dolor y santamente enlazados por un sentimiento comun; confundidas las lágrimas, unísonos los suspiros, acompasados los latidos del pecho, como si un péndulo divino marcára todas las existencias. Pues bien; hemos llorado juntos, podemos vivir juntos; partid vuestra corona, ó lo que es lo mismo, dividid vuestro porvenir con el pueblo. Ayer puso el amor una esmeralda en vuestra diadema, y vos pusísteis esta diadema en las sienes de un ángel; hoy la desventura sustituye aquella preciosa piedra por una perla negra como la muerte; dejad esa corona en brazos de nuestro amor, que tambien el amor de un pueblo puede llenar el corazón de un monarca.

A los piés de una tumba puede llorarse el propio bien; pero puede verse brotar el ageno: que si un sepulcro puede ser fosa para la dicha, tambien puede ser cuna para la grandeza; y donde se ha ido á llorar un amor purísimo, se puede dejar al volver el altar del consuelo y la esperanza. Sea, pues, la tumba de vuestra inolvidable esposa cimiento de la ventura española; que propósito que se hace con la religiosidad del dolor, se cumple con la constancia de la virtud y la fé de la nobleza.

A reinar!... A gobernar la España emulando las glorias de vuestros antepasados; un corazón juvenil no puede morir al primer golpe; y aunque quedará destrozado, el Cielo quiere que la grandeza y pesadumbre de la figura histórica pueda todavía apoyarse sólidamente sobre los restos de la desventura personal.

¡Y tú, Reina Mercedes, pide al Cielo que el lazo que hoy reanuda el dolor entre Rey y pueblo ante este piadoso catafalco que te levanta nuestro culto, sea fecundo en gloria para tu régio esposo y en ventura para España!

ÍNDICE.

	PÁGINAS.
Dedicatoria.	5
LOCALES.—*(En honor de Cádiz.)*	
Año nuevo	13
Bailes de máscaras.—I. Transformación.	18
II. A bailar.	21
III. En otra parte.	25
IV. Piñata.	28
V. Hablemos de máscaras para terminar. . . .	33
Los bufos	38
Bufos italianos.	46
La Nigromancia	52
Gran Teatro.—Cádiz á Valero.	57
Toros en Cádiz	64
Algo peor que los toros.	75
El rey en los toros	91
La Velada de los Ángeles.—I. La víspera . . .	98
II. Inauguración.	105
III. Efecto de dia.	108
IV. Efecto de noche.	115
V. El jardin de las Delicias	121
VI. Las tres luces	128
Carreras de caballos	133
El hipódromo gaditano.	139
El Jockey-Club	147
El caballo de pura sangre.	153

	PÁGINAS.
Primer dia de carreras.	158
Segundo dia de carreras	165
Las regatas.	173
Premio al trabajo	179
La Exposición Regional	185
La esgrima	190
El tiro de palomas	196
LOCALES.—*(Por propia complacencia.)*	
Ayer y mañana	209
La semana santa	213
Palmas y espinas.	217
Amor y humildad.	222
Dolor y soledad.	226
La Resurrección	230
Algunos minutos consagrados á Cervántes	236
Muérete y verás	244
Justo tributo	248
Un amigo menos	254
Al Rey	259
El casamiento del Rey	274
Festejos reales	277
Una boda de familia	281
Festejos municipales	284
Tálamo y tumba	289
Ante el régio catafalco	297

ERRATAS.

Págs.	Líneas.	Dice.	Léase.
29	33	más	unas
31	1	enloqueceros	enloquecerla
41	25 á 26	admición	admiración
45	29	sabia	sávia
55	29 á 30	antochar	antorchas
60	11	hace al	hace el
61	31	válbulas	válvulas
73	7	entiéndasé	entiéndese
76	9	Verdades es	Verdad es
91	26 á 27	hale	halle
113	20	imterrumpido	interrumpido
116	3	descubren	descubre
128	5	IV	VI
144	13	de derecha	de la derecha
153	9	*Stud-Bood*	*Stud-Book*
171	4	2.500	2.500 rs.
171	8	grademente	grandemente
182	10	Bernadino	Bernardino
216	1	a tierra	la tierra
226	7	orpezas	torpezas
243	23	Cervánres	Cervántes
244	5	lleguen	llegue
252	20	abandonado de	abandonado á
267	32	bien poco	bien pronto
269	34	produjeron	produjeran